

**ROBERT BLY**

**IRON JOHN**

**PLAZA & JANES EDITORES, S. A.**

Título original: IRON JOHN

Traducción de DANIEL LOKS ADLER

Portada de GS-GRAFICS, S. A.

Primera edición: Septiembre, 1992

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Los fragmentos del cuento Juan de Hierro, de los hermanos Grimm, que aparecen en esta obra pertenecen a la versión española publicada por Ediciones Anaya.

© 1990 by Robert Bly  
Copyright 1992, PLAZA & JANES EDITORES, S. A.  
Enric Granados, 86-88. 08008 Barcelona

Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de  
IRON JOHN  
(ISBN: 0-201-51720-5. Addison-Wesley Publishing Company, Inc. New York. Ed. original.)

Printed in Spain — Impreso en España  
ISBN: 84-01-37447-2 — Depósito Legal: B. 29.702 - 1992  
Impreso HUROPÉ, S. A. — Recaredo, 2 — Barcelona

Scan/Revisión  
Elfowar/Melusina  
Agosto, 2003

# *A Noah, Micah y Sam*

# PREFACIO

Vivimos un momento importante y favorable, porque los hombres saben que las imágenes de la masculinidad adulta heredadas de la cultura popular están obsoletas; un hombre ya no puede depender de ellas. Cuando alcanza los treinta y cinco años, todo varón sabe que las imágenes del hombre hecho y derecho, del duro, del verdadero hombre, que recibió en la escuela, no funcionan en la vida. Dicho hombre está abierto a nuevas visiones de lo que es o podría ser un varón.

Los cuentos de hadas y las historias narradas al calor del hogar se han filtrado, como el agua a través de una capa de tierra de veinte metros, a través de generaciones de hombres y de mujeres, y podemos fiarnos de sus imágenes más que de, por ejemplo, las inventadas por Hans Christian Andersen. Las imágenes de los viejos cuentos —el robo de la llave de debajo de la almohada de la madre, el hallazgo de una pluma dorada caída del pecho ardiente del Pájaro de Fuego, el descubrimiento del Hombre Primitivo bajo el agua del pantano, el seguimiento de los rastros de la propia herida por el bosque hasta descubrir que semejan las huellas de un dios— están pensadas para calar lentamente en el cuerpo. Una vez dentro, continúan desarrollándose.

Es en los viejos mitos donde tenemos noticia, por ejemplo, de la energía de Zeus, esa positiva fuerza carismática en los hombres, que la cultura popular se esfuerza constantemente en negar; del rey Arturo aprendemos a valorar el papel del mentor masculino en la vida de los jóvenes; por la historia de Juan de Hierro nos enteramos de la importancia del tránsito de la esfera materna a la esfera paterna; y de todas las historias de iniciación comprendemos la trascendencia de la completa renuncia a las expectativas paternas y de la búsqueda de un segundo padre o «segundo Rey».

Hay iniciación masculina, iniciación femenina e iniciación humana. Este libro trata únicamente de la iniciación masculina. Quiero aclarar que aquí no se pretende volver al hombre contra la mujer, ni volver a situarlo en ese lugar dominante que, durante siglos, se ha traducido en la reposición de las mujeres y de sus valores. Las ideas aquí expresadas no constituyen un desafío al movimiento feminista. Las dos tendencias están relacionadas, pero avanzan a distinto ritmo. Desde el inicio de la Revolución Industrial, el sufrimiento del hombre ha ido incrementándose sin cesar, hasta alcanzar una intensidad que no es posible ignorar.

Conocemos bien el lado oscuro del varón. Son innegables su desenfrenada explotación de los recursos naturales, la desvalorización y humillación a que ha sometido a la mujer y su obsesión por las guerras tribales. Sus obsesiones están condicionadas por la herencia genética pero también por la cultura y el medio ambiente. Nuestras mitologías son insuficientes e ignoran la profundidad del sentimiento masculino, asignan al hombre un lugar en el cielo y no en la tierra, inculcan obediencia a poderes erróneos, se esfuerzan por impedir que el hombre deje de ser niño y someten al hombre y a la mujer a sistemas de dominación industrial que excluyen tanto el patriarcado como el matriarcado.

Este libro está dirigido, en gran medida, a los varones heterosexuales, pero no excluye a los homosexuales. El término heterosexual empezó a emplearse en el siglo XVIII; hasta ese momento, se consideraba a los homosexuales como parte de la extensa comunidad de los varones. Tal como yo la veo, la mitología no hace mayores distinciones entre hombres homosexuales y heterosexuales.

En este libro hablo del Hombre Primitivo, y la distinción entre Hombre Primitivo y salvaje es fundamental. El salvajismo es profundamente perjudicial para el alma, la Tierra y la Humanidad; cabría decir que, aunque el salvaje está herido, prefiere no reconocerse. El Hombre Primitivo, que ha examinado sus heridas, se parece más a un sacerdote zen, a un chamán o a un leñador que a un salvaje.

El saber necesario para construir un nido en un árbol desnudo, migrar cuando llega el invierno, o realizar la danza del apareamiento; toda esta información está almacenada en los depósitos del cerebro instintivo del pájaro. Pero los seres humanos, conscientes de cuánta flexibilidad podían necesitar para afrontar situaciones nuevas, decidieron almacenar este tipo de conocimientos fuera del sistema instintivo; lo almacenaron en los cuentos. Por consiguiente las historias —los cuentos de hadas, las leyendas, los mitos, los relatos narrados al calor del hogar— conforman una reserva de nuevas formas de respuesta que podemos adoptar cuando las formas convencionales y habituales se agotan.

Algunos de los más grandes estudiosos de esta reserva en los últimos siglos han sido George Groddeck, Gurdjieff, Carl Jung, Heinrich Zimmer, Joseph Campbell y Georges Dumezil. Mi primera maestra en el análisis de los cuentos de hadas fue Marie Louise von Franz, y he intentado ser tan fiel a las historias masculinas como lo ha sido ella a las femeninas en sus muchos libros.

Este libro se inspira en una gran comunidad de varones, la mayoría de los cuales trabajaron en este campo mucho antes de que yo me introdujese en él. Entre los primeros está Alexander Mitscherlich, el analista alemán muerto en 1981, así como varios magníficos pensadores en lengua inglesa. Me siento muy en deuda con aquellos junto a los que gozosamente enseñé durante los últimos ocho años: Michael Meade, James Hillman, Terry Dobson, Robert Moore y John Stokes, entre muchos otros. A Keith Thompson me gustaría agradecerle su interés en el material sobre varones; el primer capítulo es una reelaboración de su entrevista conmigo. Y a mi editor, William Patrick, por su entusiasmo y consejo.

Me siento igualmente agradecido a los muchos hombres que han depositado su confianza en mí para que les escuchara, y que me han honrado contándome sus propias historias, o sencillamente cantado, bailado o llorado. Si bien en este libro propongo una senda de iniciación en ocho etapas, otros podrían darles un orden diferente, o proponer etapas completamente distintas. Se hace camino al andar. Como dijo Antonio Machado:

*Caminante, no hay camino,  
sólo estelas en la mar.*

**ROBERT BLY**

## I. LA ALMOHADA Y LA LLAVE

Se habla mucho acerca del «hombre americano», como si hubiese alguna cualidad constante que permaneciese inalterable a lo largo de las décadas, o inclusive a lo largo de una sola década.

Los varones de hoy guardan poca o ninguna relación con el granjero saturnal de mentalidad arcaica y orgullosamente introvertido que llegó a Nueva Inglaterra en 1630 dispuesto a asistir a tres servicios seguidos en una iglesia sin calefacción. En el Sur se desarrolló un caballero expansivo y criado en un entorno matriarcal. Estos dos «hombres americanos» se parecían muy poco al codicioso empresario ferroviario que más tarde se desarrolló en el Noroeste, y a los temerarios colonos sin cultura del Oeste.

Aún en nuestra era, el modelo paradigmático ha cambiado enormemente. Durante la década de los cincuenta, por ejemplo, apareció un personaje americano con cierta consistencia que se convirtió en modelo de masculinidad adoptado por muchos varones: el hombre de los cincuenta.

Trabajaba desde temprano, era responsable, mantenía a su mujer y a sus hijos y admiraba la disciplina.

Reagan es una especie de versión momificada de este tipo tenaz. Esta clase de varón no tenía en demasiada consideración el alma de las mujeres, pero apreciaba su cuerpo; y su visión de la cultura y del papel que desempeñaban los Estados Unidos en ésta era infantil y optimista. Tenía muchas cualidades fuertes y positivas, pero detrás de la apariencia había, y sigue habiendo, mucho aislamiento, privación y pasividad. Necesita un enemigo para saberse vivo.

Al varón de los cincuenta supuestamente le gustaba el fútbol, era agresivo, fiel a los Estados Unidos, incapaz de llorar y generoso. Pero en la imagen de este varón faltaban el espacio receptivo o el espacio íntimo. Su personalidad carecía de fluidez. Su psique carecía de compasión, lo que se vio claro en la loca persistencia en la Guerra de Vietnam, igual que, más tarde, la carencia de lo que podríamos llamar «zona ajardinada» en la cabeza de Reagan se tradujo en la insensibilidad y la brutalidad hacia los desposeídos en El Salvador, o hacia los ancianos, los parados, los colegiales y los pobres en general de los Estados Unidos.

El varón de los cincuenta tenía una idea clara de lo que era un hombre, pero el confinamiento y la parcialidad de su visión revestían peligro.

Durante la década de los sesenta, apareció otro tipo de hombre. La futilidad y la violencia de la Guerra de Vietnam hicieron que el hombre se preguntase si sabía realmente lo que significaba ser un varón adulto. Si la masculinidad significaba Vietnam, ¿querían ser varones? Mientras tanto, el movimiento feminista animó a los hombres a tener en cuenta a las mujeres, forzándolos a tomar conciencia de los problemas y los sufrimientos que el varón de los cincuenta se había esforzado por ignorar. A medida que los hombres empezaron a considerar la historia y la sensibilidad de las mujeres, algunos hombres empezaron a descubrir y prestar atención a lo que se denominaba su lado femenino. Este proceso ha seguido hasta nuestros días, y me atrevería a afirmar que la mayoría de los varones contemporáneos están involucrados en él de una manera u otra.

Hay algo maravilloso en este desarrollo —me refiero a la práctica masculina de asumir y educar la propia conciencia «femenina»—, y esto es importante. En los últimos veinte años, el varón se ha vuelto más reflexivo, más tierno. Pero mediante este proceso, no se ha vuelto más libre. Es un buen chico que contenta no sólo a su madre sino también a la joven mujer con la que vive.

En los setenta, empecé a detectar por todo el país un fenómeno que podríamos denominar «el varón suave». Incluso hoy en día cuando hablo en público, más o menos la mitad de los varones jóvenes son del tipo

suave. Se trata de gente encantadora y valiosa —me gustan—, y no quieren destruir la Tierra o dar comienzo a una guerra. Su forma de ser y su estilo de vida denotan una actitud amable hacia la vida.

Pero muchos de estos varones no son felices. Uno nota rápidamente que les falta energía. Preservan la vida, pero no la generan.

Y lo irónico es que a menudo se les ve acompañados de mujeres fuertes que definitivamente irradian energía.

Nos encontramos ante un joven de fina sensibilidad, ecológicamente superior a su padre, partidario de la total armonía del universo y sin embargo con poca vitalidad que ofrecer.

La mujer fuerte o generadora de vida que se graduó en los sesenta, por decirlo así, o que heredó un espíritu más viejo, desempeñó un papel importante en la creación de este hombre preservador, que no generador, de vida.

Recuerdo una pegatina de los años sesenta en la que se leía: «LAS MUJERES DICEN SÍ A LOS HOMBRES QUE DICEN NO.» Sabemos que hacía falta tanto valor para resistirse al reclutamiento, ir a la cárcel o exiliarse al Canadá, como para aceptar el reclutamiento e ir a Vietnam. Pero las mujeres de hace veinte años decían claramente que preferían al varón más suave y receptivo.

De modo que el desarrollo del hombre se vio ligeramente afectado por esta preferencia. La virilidad no receptiva era equiparada a la violencia, mientras que la receptiva era premiada.

Algunas mujeres enérgicas, tanto entonces como ahora en los noventa, elegían y siguen eligiendo a hombres suaves como amantes y, tal vez, como hijos. La nueva distribución de energía «yang» entre las parejas no se dio accidentalmente. Los jóvenes, por diversas razones, querían mujeres más duras, y las mujeres empezaron a desear hombres más suaves. Durante un tiempo parecía un buen arreglo, pero ya lo hemos experimentado lo bastante como para saber que no funciona.

La primera noticia de la angustia de los hombres «suaves» la tuve al oírles contar sus historias durante las primeras reuniones de varones. En 1980, la comunidad lamaística de Nuevo México me pidió que diera una conferencia para un público exclusivamente masculino, la primera que organizaban, en la que participaron unos cuarenta varones. Cada día nos dedicábamos a un dios griego y a una antigua historia, y luego, por la tarde, nos reuníamos a conversar. Cuando los más jóvenes hablaban, no era raro que se pusieran a llorar a los cinco minutos. Me asombró la cantidad de dolor y angustia de aquellos jóvenes.

Sus aflicciones se debían en parte al alejamiento de sus padres, que acusaban agudamente, pero otra parte se debía a problemas en sus matrimonios o relaciones de pareja. Habían aprendido a ser receptivos, pero la receptividad no era suficiente para sacar adelante sus matrimonios en tiempos de crisis. Toda relación necesita de vez en cuando cierta violencia: la necesitan tanto el hombre como la mujer. Pero, cuando surgía esta necesidad, el hombre solía quedarse corto. Su actitud era positiva, pero su relación y su vida requieren algo más.

El hombre «suave» era capaz de decir: «Sé lo que estás sufriendo y considero tu vida tan importante como la mía, y cuidaré de ti y te consolaré.» Pero no podía decir lo que quería, y mantener su postura. Resoluciones de ese tipo eran tema aparte. En la Odisea, Hermes le ordena a Odiseo que cuando se aproxime a Circe, que representa cierto tipo de energía matriarcal, levante o muestre su espada. En estas primeras sesiones, a muchos de los más jóvenes les costaba distinguir entre mostrar la espada y herir a alguien. Un hombre, una especie de encarnación de ciertas actitudes espirituales de los sesenta, un hombre que había vivido en un árbol

en las afueras de Santa Cruz durante un año, se descubrió incapaz de extender el brazo cuando sostenía una espada. Había aprendido tan bien a no lastimar a nadie, que no podía alzar el acero, ni siquiera para reflejar la luz del sol. Pero mostrar una espada no implica necesariamente pelear. También puede sugerir una alegre firmeza. El viaje que muchos americanos han emprendido hacia la «suavidad», hacia la «receptividad» o hacia «el desarrollo del lado femenino» ha sido un viaje enormemente valioso, pero aún queda mucho por recorrer. No hay punto de llegada.

## **En busca de Juan de Hierro**

«Juan de Hierro» o «Hans de Hierro» es un cuento de hadas que habla de una tercera opción, un tercer talante para los varones. Aunque fue consignada por vez primera por los hermanos Grimm en 1820, esta historia podría tener diez o veinte mil años.

Al principio del cuento nos enteramos de que en un área remota del bosque, cerca del castillo del rey, han venido sucediendo cosas extrañas. Los cazadores que se internan en esta área, desaparecen y nunca más se vuelve a saber de ellos. Otros veinte salen en busca del primer grupo y tampoco vuelven. Con el tiempo, la gente comienza a sentir que hay algo raro en esa parte del bosque, y «no vuelven allí».

Un día, un cazador desconocido se presenta en el castillo y dice: «¿Qué puedo hacer? ¿Hay algo peligroso para hacer por aquí?»

El rey dice: «Bueno, pues está el bosque, pero hay un problema. No todos los que van allí vuelven. El porcentaje de retorno es muy bajo.»

«Justo el tipo de cosa que me gusta», le dice el joven. De modo que se dirige al bosque y, curiosamente, va solo, llevando únicamente a su perro. El joven y su perro dan vueltas por el bosque y pasan junto a un pantano. De pronto, una mano sale del agua, coge al perro y lo arrastra hacia el fondo.

El joven no pierde los nervios. Sencillamente dice: «Éste debe de ser el lugar.»

Encariñado como está con su perro y poco dispuesto a abandonarlo, el cazador vuelve al castillo, reúne a otros tres hombres con cubos y vuelve al lugar señalado para vaciar el pantano. Cualquiera que lo haya intentado sabe de sobra que semejante trabajo es muy lento.

Al fin, lo que encuentran, tendido en el fondo del pantano, es a un hombre grande cubierto de pelos de pies a cabeza. El pelo es rojizo..., semeja un poco el hierro oxidado. Llevan al hombre prisionero al castillo. El rey ordena que lo metan en una jaula de hierro que colocan en el patio, le da el nombre de «Juan de Hierro» y encarga la custodia de la llave a la reina.

Detengámonos por un momento en este punto de la historia.

Cuando un varón de nuestros días vuelve la vista hacia el interior de su psique, puede encontrar, si las condiciones son adecuadas, bajo el agua de su alma, tendido en un lugar que nadie visita desde hace mucho, a un peludo hombre antiguo.

Los sistemas mitológicos asocian el pelo con lo instintivo, lo sexual y lo primitivo. Lo que sugiero, entonces, es que cada varón moderno tiene, tendido en el fondo de su psique, un ser enorme y primitivo cubierto de pelos de pies a cabeza. Establecer contacto con ese Hombre Primitivo es el paso que le falta dar al hombre de los años ochenta o de los noventa. El proceso de vaciado es aún una asignatura pendiente de nuestra cultura actual.



Como sutilmente propone la historia, hay algo más que un ligero temor en torno de este hombre peludo, como lo hay alrededor de cualquier cambio. Cuando un hombre empieza a desarrollar su lado receptivo y supera sus temores iniciales, por lo general encuentra maravillosa la experiencia. Empieza a escribir poesías, a dar paseos y contemplar el mar, ya no necesita ponerse sistemáticamente encima de su pareja en el acto sexual, y se siente en consonancia con un mundo que le parece nuevo, bullente, asombroso.

Pero sumergirse en el agua para tocar al Hombre Primitivo del fondo del pantano es algo completamente distinto. El ser que se pone de pie es aterrador, y más aún hoy en día, cuando las multinacionales se esfuerzan tanto por producir el hombre sano, lampiño, superficial. Cuando un hombre asume su sensibilidad, o lo que solemos denominar su interior femenino, a menudo se siente más efusivo, más sociable, más vivo. Pero cuando se aproxima a lo que yo llamo el «varón profundo», se siente en peligro. Aceptar la existencia del Hombre Peludo infunde miedo y requiere otro tipo de valor. Tomar contacto con Juan de Hierro implica la disposición a sumergirse en la psique masculina y aceptar lo que allí abajo haya de oscuro, incluida la oscuridad nutricia.

Durante generaciones, la comunidad industrial ha advertido a los jóvenes ejecutivos que se mantengan alejados de Juan de Hierro, y la Iglesia cristiana tampoco le tiene demasiado aprecio.

Freud, Jung y Wilhelm Reich son tres de los investigadores que tuvieron la valentía de descender hasta el fondo del pantano y aceptar lo que allí encontraron. La tarea del hombre de nuestros días es seguirles hasta allí abajo.

Algunos varones ya han recorrido esta senda, y el Hombre Peludo ha sido sacado del pantano de sus psiques y vive en el patio. «En el patio» sugiere que el individuo o la cultura lo ha sacado al aire libre, donde puede ser visto por todos. Es mejor esto que mantener al Hombre Peludo en un sótano, donde muchos elementos de cada cultura quieren que permanezca. Pero, por supuesto, en cualquiera de los dos lugares sigue estando enjaulado.

## **La pérdida de la bola de oro**

Y ahora volvamos a nuestra historia.

Un día, el hijo del rey, que tiene ocho años, está jugando en el patio con una bola de oro que adora, y ésta, rodando, se introduce en la jaula del Hombre Primitivo. Si el niño quiere recuperar su bola, tendrá que acercarse al Hombre Peludo y pedírsela. Pero esto supone un problema.

La bola de oro nos recuerda esa unidad de personalidad que teníamos de niños: una especie de brillo, de integridad, previos a la división en hombre y en mujer, en rico y en pobre, en bueno y en malo. La bola es dorada y redonda, como el sol. Como el sol, desde su interior emite una energía radiante.

Nos enteramos que el niño tiene ocho años. Todos nosotros, hombres y mujeres, perdemos algo hacia los ocho años. Si conservamos la bola de oro durante la época del jardín de infancia, la perdemos en la enseñanza primaria. Y si todavía nos queda algo de ella, acabaremos por perderla durante la secundaria. En «El rey sapo», la bola de la princesa cae en un pozo. Desde que perdemos la bola, hombres y mujeres nos pasamos el resto de nuestras vidas intentando recuperarla.

Creo que el primer paso para recuperarla es aceptar —con firmeza, de forma definitiva— que la bola se ha perdido. Decía Freud: «Qué contraste tan doloroso hay entre la brillante inteligencia del niño y la endeble mentalidad del adulto medio.»

De modo que, ¿dónde está la bola de oro? Hablando en términos metafóricos, podríamos decir que la cultura de los sesenta le dijo a los hombres que encontrarían la bola de oro en la sensibilidad, la receptividad, la cooperación y la no agresividad. Muchos hombres renunciaron a cualquier tipo de agresividad y sin embargo no encontraron la bola de oro.

La historia de Juan de Hierro nos sugiere que un hombre no puede esperar encontrar la bola de oro en el ámbito femenino, porque no es allí donde se encuentra. Un marido le pide secretamente a su mujer que le devuelva la bola de oro. Creo que si pudiera ella se la daría, porque, según mi experiencia, la mayoría de las mujeres no intenta poner freno al desarrollo del hombre. Pero no se la puede dar, porque no la tiene. Lo que es más: ella ha perdido su propia bola de oro y tampoco puede encontrarla.

Simplificando, se puede decir que el varón de los años cincuenta quería que la mujer le devolviera su bola de oro. Con resultados igualmente pobres, el hombre de los sesenta y de los setenta le pedía a su lado femenino que se la devolviera.

La historia de Juan de Hierro sugiere que la bola de oro yace dentro del campo magnético del Hombre Primitivo, lo que para nosotros es un concepto muy difícil de comprender. Tenemos que aceptar la posibilidad de que la verdadera energía radiante del varón no se oculte, resida o aguarde en el ámbito femenino, ni en el del hombre duro/John Wayne, sino en el campo magnético de lo profundamente masculino. Está protegida por lo instintivo, que permanece bajo el agua sabe Dios desde cuándo.

En «El rey sapo» es el sapo, un animal desagradable que a todos repugna, el que devuelve la bola de oro. Y en la versión de los hermanos Grimm, el mismo sapo se convierte en príncipe sólo después de ser arrojado por una mano contra un muro.

La mayoría de los varones quiere que sea una persona agradable la que le devuelva la bola, pero la historia insinúa que la bola de oro no la encontraremos en el campo magnético de un gurú asiático, ni siquiera en el del benévolo Jesús. Nuestra historia no es anticristiana, sino precristiana en unos mil años, y su mensaje sigue siendo válido: la recuperación de la bola de oro es incompatible con ciertos tipos de sumisiones y benevolencias convencionales.

La insumisión, o la hosquedad, simbolizados por el Hombre Primitivo, no son comparables a la energía del macho, que los hombres ya conocen lo suficiente. La energía del Hombre Primitivo conduce a la acción contundente, ejercida no con crueldad sino con resolución.

No existe contradicción entre el Hombre Primitivo y la civilización; pero tampoco está del todo contenido en ésta. La superestructura ética del cristianismo popular no comulga con el Hombre Primitivo, aunque existen ciertos indicios de que el mismo Jesús lo hacía. Después de todo, fue un peludo Juan quien lo bautizó al principio de su ministerio.

Cuando al joven varón le llega la hora de hablar con el Hombre Primitivo, encuentra la conversación bastante distinta de la que podría sostener con un sacerdote, un rabino o un gurú. Conversar con el Hombre Primitivo no es hablar de la felicidad, de la mente, del espíritu o de la «consciencia superior», sino de algo húmedo, oscuro y profundo; lo que James Hillman denominaría «alma».

El primer paso consiste en acercarse a la jaula y pedir que nos devuelvan la bola de oro. Algunos hombres están preparados para dar ese paso, mientras que otros ni siquiera han vaciado el pantano, no han abandonado la identidad masculina colectiva para salir en busca de lo desconocido solos, o con la única compañía de su perro.

Por el cuento sabemos que una vez que el perro ha sido «arrastrado hacia el fondo», tenemos que ponernos a baldear. Ningún gigante succionará el agua por nosotros: la magia no nos ayudará. Y pasar un fin de semana en Esalen tampoco resolverá el problema. Ni el ácido, ni la cocaína. El hombre tiene que hacerlo por sí mismo, cubo a cubo. Se asemeja a la lenta disciplina del arte: es el trabajo que realizó Rembrandt, el que llevaron a cabo Picasso, Yeats, Rilke y Bach. La labor de vaciado supone mucha más disciplina de la que imagina la mayoría de los hombres.

El Hombre Primitivo, tal como me sugirió el escritor Keith Thompson, tampoco nos va a dar la bola de oro por las buenas. ¿Qué clase de cuento sería si el Salvaje dijese: «De acuerdo, aquí está tu bola»?

Jung señalaba que para que las peticiones a la psique sean satisfechas es necesaria una negociación. A la psique le gusta hacer tratos. Si, por ejemplo, una parte de nosotros es enormemente perezosa y no quiere hacer ningún esfuerzo, seremos incapaces de cumplir la más simple resolución. Todo irá mejor si le decimos a la parte perezosa: «Si me dejas trabajar una hora, yo te dejaré holgazanear durante una hora, ¿trato hecho?» Así que en «Juan de Hierro» llegan a un acuerdo: el Hombre Primitivo está dispuesto a devolver la bola de oro si el niño abre la jaula.

El niño, aparentemente atemorizado, huye a la carrera. Ni siquiera responde. ¿No es eso lo que suele ocurrir? Los padres, los sacerdotes, los profesores han insistido tanto en que no nos acerquemos al Hombre Primitivo, que cuando nos dice «te devolveré la bola si me dejas salir de la jaula», ni siquiera respondemos.

Transcurren quizá diez años. Al «segundo día», el hombre podría tener veinticinco. Vuelve a visitar al Hombre Primitivo y le dice: «¿Me devolverás mi bola?» El Hombre Primitivo le responde: «Sí, si me dejas salir de la jaula.»

En realidad, el solo hecho de volver a visitar al Hombre Primitivo ya es mucho; algunos ni siquiera vuelven. El joven de veinticinco años escucha lo que le dice, pero a estas alturas ya tiene dos «Toyota» y una hipoteca, quizá mujer e hijo. ¿Cómo va a dejar salir al Hombre Primitivo de la jaula? Por lo general, la segunda vez también se aleja sin decir palabra.

Pasan otros diez años. Digamos que el hombre tiene ahora treinta y cinco... ¿Os habéis fijado alguna vez en la cara de consternación de un hombre de treinta y cinco años? Agotado de trabajar, alienado, vacío, le dice al Hombre Primitivo, esta vez con decisión: «¿Me devuelves mi bola de oro?»

«Sí —le responde el Hombre Primitivo—. Si me dejas salir de la jaula.»

Entonces ocurre algo maravilloso en el cuento. El niño se dirige al Hombre Primitivo y conversa con él. Le dice: «Aun cuando quisiera dejarte salir, no podría, porque no sé dónde está la llave.»

Magnífico. A los treinta y cinco años no sabemos dónde está la llave. No es que lo hayamos olvidado; nunca lo hemos sabido.

El cuento dice que cuando el rey hizo meter al Hombre Primitivo en una jaula, «encargó la custodia de la llave a manos de la reina», pero en aquel entonces sólo teníamos siete años y, en cualquier caso, nuestro padre nunca nos dijo qué había hecho con ella. Así que, ¿dónde está la llave?

He escuchado a distintos públicos intentar responder a esa incógnita:

«Colgada del cuello del niño.»

No.

«Oculta en la jaula de Juan de Hierro.»

No.

«Dentro de la bola de oro.»

No.

«En el castillo..., colgada de un gancho en la Sala del Tesoro.»

No.

«En la torre. Colgada en lo alto de la pared.»

No.

El Hombre Salvaje responde: «La llave está debajo de la almohada de tu madre.»

La llave no está dentro de la bola, ni en la Sala del Tesoro, ni en la caja de caudales..., la llave está bajo la almohada de nuestra madre, exactamente donde Freud dijo que estaría.

Coger la llave de debajo de la almohada de la madre es una empresa complicada. Basándose en una obra de teatro griega, Freud dice que si un hombre quiere vivir muchos años, no debe ignorar la atracción mutua entre él y su madre. Después de todo, la almohada de nuestra madre está en la cama, en el lugar en que hace el amor con nuestro padre. Pero hay otra cuestión vinculada a la almohada.

Michael Meade, el narrador de mitos, me señaló una vez que la almohada también es el lugar donde la madre guarda todas sus expectativas hacia nosotros. Sueña: «Mi hijo el médico.» «Mi hijo el analista jungiano.» «Mi hijo el genio de Wall Street.» Pero pocas madres sueñan: «Mi hijo el Hombre Primitivo.»

En cuanto al hijo, éste no está convencido de querer coger la llave. El sencillo expediente de transferir la llave de la almohada de la madre a la almohada de un gurú no servirá de nada. Olvidar que la madre la posee es un grave error. Después de todo, el trabajo de la madre consiste en civilizar al niño, por lo que lo natural es que ella guarde la llave. Todas las familias se comportan de forma similar: en este planeta, «El rey encarga la custodia de la llave a la reina».

Atacar a la madre, enfrentarse a ella, gritarle, lo que muchos freudianos se inclinan a exigirnos, probablemente no sirva de mucho; es probable que se limite a sonreírnos y hablarnos con el codo apoyado en la almohada. Las conversaciones de Edipo con Yocasta no dieron buenos resultados, ni tampoco los gritos de Hamlet.

Un amigo sugirió robar la llave cuando nuestros padres estuvieran fuera. «Hoy mis padres no están en casa» supone un día en que la mente está libre de inhibiciones paternas. Es el día para robar la llave. Gioia Timpanelli, escritor y narrador de cuentos, señaló que en términos mitológicos el hurto de la llave pertenece al mundo de Hermes.

Y la llave tiene que ser robada. Recuerdo una conversación con un grupo de hombres y mujeres sobre el tema del robo de la llave. Un joven, sin duda bien preparado en los modelos operativos de la Nueva Era, me

dijo: «Robert, me molesta la idea de robar la llave. Robar no está bien. ¿No podríamos sencillamente acercarnos a nuestra madre y decirle: "Mamá, ¿me das la llave?"»

Su modelo era probablemente el consenso, la forma en que el personal de la tienda de alimentos naturales dispone las cosas. Sentí cómo las almas de todas las mujeres presentes en la habitación se elevaban en el aire deseando asesinarle. Este tipo de hombre es tan peligroso para las mujeres como para los hombres.

Ninguna madre que se precie entregaría la llave. Si un hijo no puede robarla, es que no se la merece.

«¡Quiero dejar en libertad al Hombre Primitivo!»

«Ven a darle un beso a mamaíta.»

Las madres son intuitivamente conscientes de lo que sucedería si el hijo se hiciese con la llave: lo perderían. Nunca hay que subestimar la típica posesividad que las madres ejercen sobre sus hijos, por no mencionar la típica posesividad que ejercen los padres sobre sus hijas.

La forma de recuperar la llave varía con cada hombre, pero baste con señalar que las estrategias democráticas o no lineales no sirven de mucho.

Un joven bastante rígido se pasó una noche bailando frenéticamente y a la mañana siguiente comentó: «Anoche recuperé una parte de la llave.»

Otro hombre recuperó la llave cuando, por primera vez en su vida, se comportó como un completo embustero y fue completamente consciente del embuste. Otro hombre robó la llave cuando se enfrentó a su familia y se negó a seguir cargando con la compasión de todos.

Podríamos pasarnos días hablando de la manera más práctica de robar la llave. El cuento mismo lo deja todo abierto, y sencillamente dice: «Un día robó la llave, la llevó a la jaula del Hombre Primitivo y abrió el candado. Al hacerlo se pilló uno de los dedos.» (Ese detalle cobrará relevancia en la siguiente parte del cuento.) El Hombre Primitivo queda finalmente libre, y está claro que volverá a su propio bosque, lejos del «castillo».

## **¿Qué hace el niño?**

A partir de aquí pueden suceder muchas cosas. Si el Hombre Primitivo regresa al bosque y el niño permanece en el castillo, la división histórica Fundamental de la psique entre hombre civilizado y hombre primitivo se restablecería en el niño. Éste, por su parte, podría pasar el resto de su vida llorando la pérdida del Hombre Primitivo. O podría volver a colocar la llave debajo de la almohada antes de que regresen sus padres, y luego decir que no sabe nada sobre la fuga del Hombre Primitivo. Tras este subterfugio, podría convertirse en ejecutivo de una empresa, en sacerdote fundamentalista, en catedrático, en alguien de quien se sintiesen orgullosos sus padres, en un hombre que «nunca ha visto al Hombre Primitivo».

Todos hemos devuelto alguna vez la llave, y mentido al respecto. Entonces el cazador solitario que hay en nuestro interior tiene que volver a entrar en el bosque acompañado de su perro, y el perro vuelve a ser arrastrado hacia el fondo. De esa manera perdemos muchos «perros».

Podríamos imaginar otra solución. El niño convence, o cree que puede convencer, al Hombre Primitivo para que siga en el patio. Si eso ocurriera, él y el Hombre Primitivo podrían entablar diálogos civilizados en el jardín de té, y esta conversación se prolongaría durante años. Pero el cuento sugiere que Juan de Hierro y el

niño no pueden unirse —es decir, no pueden experimentar su unidad— en el patio del castillo. Sin duda es un lugar demasiado próximo a la almohada de la madre y al libro de normas del padre.

Recordemos que cuando el niño de nuestro cuento habló con el Hombre Primitivo, le dijo que no sabía dónde estaba la llave. Es un acto valiente. Algunos hombres nunca llegan a dirigirle una sola palabra al Hombre Primitivo.

Cuando el niño abre la jaula, el Hombre Primitivo echa a correr hacia su bosque. El niño de nuestra historia, o el hombre de treinta y cinco años de nuestra mente —según cómo se mire— hace ahora algo maravilloso. Vuelve a hablarle al Hombre Primitivo: «¡Espera un momento! Si mis padres vuelven y no te encuentran, me pegarán.» Esa frase hace que se nos rompa el corazón, sobre todo a los que algo sabemos acerca de las prácticas pedagógicas corrientes durante largo tiempo en Europa del Norte.

Como nos recuerda Alice Miller en su libro *Por tu propio bien*, los psicólogos infantiles de la Alemania del siglo xix prevenían especialmente a los padres contra la exuberancia. La exuberancia en un niño era una mala señal, y al menor indicio de ésta los padres debían actuar con severidad. La exuberancia supone que el niño díscolo ya no está cerrado. Los padres puritanos de Nueva Inglaterra solían castigar con severidad a sus hijos si se mostraban inquietos durante los largos servicios religiosos.

«Si vuelven a casa y no te encuentran, me pegarán.»

El Hombre Primitivo dice, en efecto: «Tienes razón. Es mejor que vengas conmigo.»

De modo que el Hombre Primitivo sube al niño a sus hombros y juntos se encaminan hacia el bosque. Esto es decisivo. Ojalá todos tuviésemos la misma suerte.

Durante el trayecto, el niño tiene que vencer, al menos por el momento, su miedo a lo primitivo, a lo irracional, a lo peludo, a la intuición, a la emoción, al cuerpo, a la naturaleza. Juan de Hierro no es tan primitivo como el niño se imagina, pero éste —o su mente— aún no lo sabe.

En cualquier caso, se ha producido esa ruptura total con la madre y el padre que aconsejan los viejos iniciadores. Juan de Hierro le dice al niño: «No volverás a ver a tus padres. Pero yo tengo más tesoros de lo que jamás necesitarás.»

## **Partir a hombros del Hombre Primitivo**

El momento en el que el niño parte con Juan de Hierro es el momento en que, en la antigua Grecia, el sacerdote de Dionisios aceptaba a un joven como discípulo, o el momento en que, en las comunidades esquimales actuales, el chamán, a menudo totalmente cubierto con pieles de animales, con garras de glotón y vértebras de serpiente colgadas del cuello y una cabeza de oso a modo de gorra, aparece en el poblado y se lleva consigo a un niño para darle instrucción espiritual.

En nuestra cultura no existe momento semejante. Los niños tienen una permanente necesidad de ser iniciados al espíritu masculino, pero, en general, los mayores no se la proporcionan. A veces lo intenta el sacerdote, pero hoy en día éste está demasiado integrado al mundo corporativo.

Entre los hopis y otros nativos americanos del Sudoeste, los mayores se llevan al niño a la edad de doce años y descienden con él al área masculina de la kiva. Éste permanece allí abajo durante seis semanas, y no vuelve a ver a su madre durante un año y medio.

El problema del núcleo familiar actual no es tanto la locura como la gran cantidad de contradicciones (eso se da también en comunas, en la oficina y, de hecho, en cualquier grupo). El problema es que los hombres mayores que están fuera del núcleo familiar ya no pueden ofrecer al hijo una manera efectiva de romper las ataduras con sus padres sin que resulten dañados.

En las sociedades antiguas se creía que un niño sólo se hace hombre mediante el ritual y el esfuerzo; mediante «la intervención activa de los mayores».

Empezamos a entender que la masculinidad no nos viene dada; no ocurre sólo porque comemos cereales. La intervención activa de los mayores quiere decir que éstos dan la bienvenida al joven al antiguo, mítico e instintivo mundo masculino.

Una de las mejores historias que he escuchado acerca de este tipo de bienvenida es la que tiene lugar cada año entre los kikuyu, en África. Cuando un niño tiene edad suficiente para ser iniciado, es apartado de su madre y llevado a un lugar especial que los hombres han preparado a cierta distancia de la aldea. Allí ayuna durante tres días. La tercera noche la pasa sentado en círculo alrededor del fuego, con los hombres más ancianos. Está hambriento, sediento, alerta y aterrado. Uno de los más viejos saca un cuchillo, se abre una vena y deja caer unas gotas de su sangre en una calabaza o en un cuenco. Cada anciano del círculo se abre una vena con el mismo cuchillo a medida que el tazón pasa de mano en mano, y deja caer un poco de sangre. Cuando el tazón llega a las manos del joven, se le invita a saciarse de él.

En este ritual el muchacho aprende muchas cosas. Aprende que el alimento no sólo proviene de su madre, sino también de los hombres. Y aprende que además de arma para herir a otros, el cuchillo puede usarse para muchos propósitos. A estas alturas ¿puede seguir dudando de que ha sido acogido entre los demás varones?

Finalizado el ritual de acogida, el más viejo del grupo le enseña los mitos, los cuentos y las canciones que encarnan los valores característicos masculinos; no me refiero únicamente a los valores competitivos, sino también a los espirituales. El aprendizaje de estos mitos «húmedos» y los mitos mismos llevan al joven mucho más allá de su propio padre, hacia la humedad de los pantanosos padres que se remontan a siglos de antigüedad.

¿Qué ocurre cuando falta la labor consciente realizada por los ancianos? La iniciación de los hombres occidentales perduró con altibajos durante un tiempo después de que los fanáticos destruyeran las escuelas griegas de iniciación. En el siglo XIX, los abuelos y los tíos vivían en casa, y los más viejos tenían mucha participación. En grupos de caza, en trabajos que los hombres realizaban juntos en granjas y barracas y en deportes locales, los más viejos pasaban mucho tiempo con los más jóvenes, a quienes proporcionaban conocimientos sobre el espíritu y el alma masculinos.

Wordsworth, al comienzo de «La excursión», describe a un viejo que, cuando él era niño, permanecía sentado día tras día bajo un árbol y le ofrecía su amistad:

*Me quería: de entre una multitud de chicos sonrosados.  
Me eligió, como en broma decía,  
Por mi aspecto serio, demasiado pensativo para mi edad.  
Con el tiempo, me llegué a sentir orgulloso  
De ser su amigo elegido. A menudo,  
En días de fiesta, paseábamos por el bosque...*

La posibilidad de esa mezcla fortuita en gran parte se ha perdido. Los clubes y las asociaciones masculinas han ido desapareciendo progresivamente. Los abuelos viven en Phoenix o en el hogar de ancianos, y muchos chicos sólo se relacionan con otros chicos de su edad que, desde el punto de vista de los viejos iniciadores, lo desconocen todo.

Durante los años sesenta, algunos jóvenes extrajeron fuerzas de mujeres que, a su vez, habían recibido parte de las suyas del movimiento feminista. Se podría decir que muchos varones jóvenes de los sesenta intentaron iniciarse con mujeres. Pero los hombres sólo se pueden iniciar con hombres, del mismo modo que las mujeres sólo pueden iniciarse con mujeres. Las mujeres pueden transformar el embrión en niño, pero sólo los hombres pueden transformar al niño en hombre. Los iniciadores dicen que los niños necesitan ser paridos por segunda vez, en esta ocasión por hombres.

En uno de sus ensayos, Keith Thompson se describe a sí mismo a los veinte años como un típico joven «iniciado» por las mujeres. Sus padres se divorciaron cuando él tenía doce, y él vivió con su madre mientras su padre lo hacía en un piso cercano.

Durante el período escolar, Keith estuvo más cerca de las mujeres que de los hombres, y esta situación se prolongó durante los años de universidad, en los que sus mejores amistades eran feministas a las que describe como maravillosas, cultas y generosas, y de las que aprendió una infinidad de cosas. Luego, en Ohio, se metió en la política y trabajó con mujeres y en asuntos de mujeres.

Por aquellos años tuvo un sueño. Se vio corriendo por el bosque con una manada de lobas. Los lobos le sugerían, sobre todo, independencia y vigor. La manada de lobas avanzaba deprisa en formación, y finalmente llegó a la orilla de un río. Las lobas se miraron en el agua y todas vieron el reflejo de su propia cara. Pero cuando Keith se miró en el agua, no vio ninguna cara.

Los sueños son sutiles y complicados, y no conviene sacar conclusiones apresuradas. Sin embargo, la última imagen sugiere una idea inquietante. Cuando las mujeres, aun con las mejores intenciones, crían solas a un niño, éste podría no tener cara de hombre, o sencillamente podría no tener cara.

Por el contrario, los viejos iniciadores transmitían a los niños cierta seguridad invisible y muda; ayudaban a los niños a ver su verdadero rostro o su verdadero ser.

Por lo tanto, ¿qué se puede hacer? Miles y miles de mujeres separadas o viudas crían a sus niños sin la presencia de un hombre adulto en casa. Las dificultades propias de esta situación se hicieron evidentes un día, en Evanston, mientras daba una conferencia sobre la iniciación de los varones a un grupo integrado en su mayor parte por mujeres.

Las mujeres que criaban solas a sus hijos eran sumamente conscientes de los peligros de la falta de un modelo masculino. Una mujer explicó que cuando su hijo entró en la secundaria vio claro que debía ser más severa de lo que le salía de modo natural. Pero que si se hacía más severa para afrontar esta necesidad, perdería contacto con su propia feminidad. Mencioné la solución clásica en muchas culturas tradicionales, que es enviar al niño con su padre cuando cumple los doce. Varias mujeres respondieron terminantemente: «No, los hombres son incapaces de educar; no se ocuparían de él.» Sin embargo, muchos hombres —y yo entre ellos— descubrieron en sí mismos una capacidad para educar a sus hijos que desconocían hasta que se vieron obligados a ello.

Aun cuando el padre viva en la misma casa, puede que haya un fuerte lazo encubierto entre madre e hijo para expulsar al padre, lo que equivale a una conspiración, y las conspiraciones son difíciles de romper. Una mujer con dos hijos disfrutaba asistiendo cada año a un congreso en San Francisco con su marido, dejando



a los niños en casa. Pero una primavera, al volver de un retiro de mujeres, sintió el deseo de estar a solas y le dijo a su marido: «¿Por qué no te llevas a los niños este año?» El padre accedió.

Los niños, de diez y doce años, apenas habían disfrutado la compañía de su padre sin la presencia de la madre. Después de esa experiencia, solicitaron estar más tiempo con el padre.

La primavera siguiente, la madre volvió a decidir que quería estar sola, y los niños volvieron a viajar con su padre. Cuando llegaron a casa, la madre estaba en la cocina, de espaldas a la puerta, y el mayor de los hijos se acercó a ella y la estrechó por detrás. Instintivamente, el cuerpo de ella reaccionó con violencia y el muchacho fue lanzado al otro lado de la cocina, chocando contra la pared. Cuando se recobró, dijo ella, la relación entre ambos había cambiado. Había ocurrido algo irrevocable. A ella le alegró el cambio, y el muchacho se mostró sorprendido y algo aliviado por el hecho de que, aparentemente, su madre ya no le necesitara como antes.

Esta historia sugiere que la tarea de separación puede llevarse a cabo aun cuando no sean los viejos iniciadores quienes provoquen la ruptura. Puede provocarla la propia madre. Requiere una buena dosis de intensidad y, por lo visto, en cierta medida fue el cuerpo de la mujer y no su mente el que realizó la tarea.

Otra mujer contó una historia en la que el hijo era quien rompía la conspiración madre/hijo. Criaba ella sola a un niño y dos niñas, y mientras las chicas no tenían problemas, con el niño ocurría lo contrario. A los catorce, el chico se fue a vivir con su padre, pero volvió al cabo de un mes. Cuando regresó, la madre se dio cuenta de que tres mujeres en casa eran demasiadas mujeres para un solo niño, pero, ¿qué podía hacer? Pasaron dos o tres semanas. Una noche le dijo a su hijo: «John, es hora de cenar.» Al cogerle del brazo él estalló, y ella fue despedida al otro extremo de la habitación: el mismo tipo de explosión que en la historia anterior. No hubo intento de abuso en ninguno de los dos casos, y no hay evidencia de que el hecho se repitiera. En cada caso la psique o el cuerpo sabían lo que la mente desconocía. Cuando la madre se incorporó, dijo: «Es hora de que vuelvas con tu padre», y el muchacho repuso: «Tienes razón.»

Es preferible la ruptura de la iniciación tradicional porque evita la violencia. Por todas partes se ven muchachotes comportándose desagradablemente en la cocina y habiéndole groseramente a sus madres, y creo que es un intento de hacerse a sí mismos desagradables. Si el hombre adulto no ha hecho lo suyo por interrumpir la unidad madre/hijo, ¿qué pueden hacer los chicos para librarse, si no es hablar groseramente? Es una actitud inconsciente y poco elegante.

Es fundamental una ruptura total con la madre, pero sencillamente no ocurre. Esto no quiere decir que las mujeres estén haciendo las cosas mal: creo que el verdadero problema es que los hombres mayores no hacen lo que les corresponde.

La manera tradicional de educar a los hijos, que duró miles y miles de años, suponía que padres e hijos vivían en estrecha —ferozmente estrecha— proximidad, mientras el padre enseñaba un oficio al hijo: labranza, carpintería, herrería o sastrería. Como he sugerido en otra parte, la relación afectiva más perjudicada por la Revolución Industrial es la atadura entre padres e hijos.

Es inútil idealizar la cultura preindustrial, aunque sabemos que actualmente muchos padres trabajan a cuarenta o sesenta kilómetros de casa y que, cuando vuelven a casa, tarde por la noche, sus hijos ya están acostados y ellos mismos están demasiado cansados como para ejercer sus funciones de padre.

La Revolución Industrial, al necesitar trabajadores para fábricas y despachos, alejó a los padres de sus hijos y, además, colocó a los hijos en escuelas obligatorias en las que la educación es impartida sobre todo por mujeres. D. H. Lawrence describió esta situación en su ensayo «Los hombres deben trabajar y las mujeres

también». Su generación en las áreas mineras de carbón de Inglaterra sintió la brutal fuerza del cambio, y la nueva actitud se centró en una idea: el trabajo físico es malo.

Lawrence recuerda que su padre, que nunca había oído esta teoría, trabajaba a diario en las minas, disfrutaba de la camaradería con los demás hombres, llegaba a casa de buen talante y tomaba su baño en la cocina. Pero por aquella época llegaron nuevos profesores de Londres para enseñar a Lawrence y a sus compañeros de clase que el trabajo físico es vulgar e indigno y que hombres y mujeres deben luchar por alcanzar un nivel más «espiritual»: un trabajo superior, intelectual. Los niños de esta generación llegaron a la conclusión de que sus padres siempre habían hecho las cosas mal, que el trabajo físico de los hombres era algo malo y que esas madres sensibles que preferían cortinas blancas y una vida elevada estaban en lo cierto y siempre lo habían estado.

Durante su adolescencia, que describió en *Hijos y amantes*, Lawrence se dejó convencer por el nuevo profesorado. Quería esa vida «más alta» y tomó partido por su madre. No fue sino hasta dos años antes de morir, enfermo ya de tuberculosis en Italia, que Lawrence reparó en la vitalidad de los obreros italianos y comenzó a sentir una profunda nostalgia por su padre. Comprendió entonces que el arribismo de su madre le había hecho daño y le había llevado a separarse de su padre y de su cuerpo de forma infructuosa.

Una idea sencilla y clara, bien alimentada, avanza como una enfermedad contagiosa: «El trabajo físico es malo.» Mucha gente además de Lawrence recogió esa idea, y en la siguiente generación fue aún más grande el distanciamiento entre padres e hijos. Un hombre entraba a trabajar en un despacho, y se hacía padre él mismo, pero al no compartir ningún trabajo con su hijo, no podía explicarle qué hacía. El padre de Lawrence podía bajar a la mina con su hijo, como mi propio padre, que era granjero, podía llevarme en el tractor y enseñarme en qué consistía su trabajo. Yo sabía lo que hacía a todas horas del día y en todas las estaciones del año.

Con el trabajo de oficina y la «revolución informática» se empezó a desintegrar el lazo entre padres e hijos. Si el padre sólo pasa en el hogar un par de horas cada tarde, los valores de la mujer, maravillosos como son, serán los únicos valores domésticos. Se podría decir que hoy por hoy el padre pierde a su hijo a los cinco minutos de su nacimiento.

Cuando en la actualidad llegamos a una casa, lo más común es que sea la madre la que salga a recibirnos. El padre se encuentra en algún otro lugar en la parte trasera, sin decir palabra. A continuación transcribo un poema mío que se titula «En busca del padre»:

*Amigo, este cuerpo se ofrece a llevarnos sin pedir nada a cambio, como el océano lleva leños.  
Algunos días el cuerpo gime con su gran energía; destroza los cantos rodados, levantando  
pequeños cangrejos, que fluyen por los lados.  
Alguien llama a la puerta. No tenemos tiempo para cambiarnos. Quiere que le sigamos  
por las ventosas y lluviosas calles hasta la casa oscura.*

Iremos, dice el cuerpo, y encontraremos allí al padre que nunca conocimos, que deambuló sin rumbo bajo una tormenta de nieve la noche que nacimos, y que luego perdió la memoria, y desde entonces vive suspirando por su hijo, a quien sólo vio, una vez..., mientras trabajaba como zapatero, como pastor en Australia, como cocinero en un restaurante y pintor por las noches.

Cuando enciendas la lámpara le verás. Estará sentado junto a la puerta..., las cejas tan pobladas, la frente tan despejada..., sólo en todo su cuerpo, esperándote.

## El padre distante

El psicólogo alemán Alexander Mitscherlich relató su crisis con su padre en un libro titulado *Society Without the Father*. Lo esencial de su idea es que si el hijo no ve lo que hace el padre durante el día y a lo largo del año, en la psique del hijo se abrirá un agujero que se llenará de demonios que le dirán que el trabajo de su padre es perverso y que su padre también lo es.

El temor de los hijos a la perversidad del padre ausente contribuyó a las ocupaciones estudiantiles en los años sesenta. Estudiantes rebeldes de la Universidad de Columbia asaltaron el despacho del rector en busca de evidencias de que la CIA estaba infiltrada en la Universidad. Los estudiantes transfirieron su temor a la perversidad de sus padres a todas las figuras masculinas con cargos importantes. Una universidad, como un padre, parece recta y decente en la superficie, pero no se puede evitar la sensación de que dentro, en algún lugar, ésta y éste hacen algo perverso. La sensación deviene intolerable cuando las intuiciones más profundas del hijo se vuelven incongruentes con las apariencias externas. Las intuiciones subconscientes se manifiestan no porque el padre sea malvado sino porque está lejos.

Los jóvenes estudiantes se toman la molestia de invadir el despacho del rector para salvar esta incongruencia. Siendo el país como es, de vez en cuando descubren cartas de la CIA, pero esto no satisface el profundo anhelo..., la necesidad corporal del hijo de estar cerca del cuerpo del padre. «¿Dónde está mi padre? ¿Por qué no me quiere? ¿Qué ocurre?»

La película *Marathon Man* trata de las sospechas que el americano joven tiene sobre el hombre mayor. El protagonista, interpretado por Dustin Hoffman, pierde a su padre, un izquierdista compelido al suicidio en la era McCarthy. La trama pone al joven en peligroso contacto con el que fuera médico de un campo de concentración, a quien Hoffman debe enfrentarse y vencer para poder estar en paz con su propio padre muerto.

Cuando los demonios son tan sospechosos, ¿cómo puede más tarde el hijo establecer un contacto saludable con la energía masculina, en especial con la energía de un hombre adulto en una posición de autoridad o de liderazgo? Si es músico, destruirá guitarras hechas por hombres mayores; si profesor, desconfiará de los escritores más viejos, los «reconstruirá». Como ciudadano participará en terapias y no en política. Se sentirá más puro cuanto menor sea su autoridad. Se irá al norte de California a cultivar marihuana, o conducirá coches de tres ruedas en Maine.

Existe la convicción generalizada de que todo hombre en una posición de poder o es o no tardará en ser corrupto y opresivo. Sin embargo, los griegos comprendían y veneraban una energía masculina positiva en ejercicio de autoridad. La llamaban energía Zeus, e incluía inteligencia, salud robusta, firmeza compasiva, buena voluntad, liderazgo generoso. La energía Zeus es la autoridad masculina aceptada por el bien de la comunidad.

Los nativos americanos creen en ese saludable poder masculino. Entre los séneca, el jefe —un hombre, aunque elegido por las mujeres— asume el poder por el bien de la comunidad. Personalmente no posee prácticamente nada. Todas las grandes culturas excepto la nuestra conservan y viven con imágenes de esta positiva energía masculina.

En Estados Unidos, la energía Zeus se ha ido desintegrando progresivamente década tras década. La cultura popular se ha propuesto destruir el respeto por ésta, empezando por los comics «Maggie y Jiggs» y «Blondie y Dagwood», de las décadas de los veinte y de los treinta, en los que el hombre siempre es débil y estúpido. De allí, la imagen del adulto débil pasó a los dibujos animados.

En los anuncios publicitarios, el padre nunca sabe qué medicamento tomar para el resfriado. Y en las comedias de enredo, con la sola excepción de «La hora de Bill Cosby», los hombres son taimados, inútiles o fáciles de engañar. Son las mujeres las que les engañan y las que les dan una lección, o las que arreglan situaciones complicadísimas por sí mismas. Esto no es exactamente «lo que la gente quiere». Muchos jóvenes escritores de Hollywood, en lugar de enfrentarse a su padre en Kansas, se vengan del lejano padre haciendo que todos los varones adultos parezcan estúpidos.

Atacan el respeto a la integridad masculina que todo padre, en el fondo, quiere transmitir a sus nietos y biznietos. En las culturas tradicionales, por el contrario, los hombres y las mujeres mayores son a menudo los primeros en hablar en las reuniones públicas; los jóvenes varones pueden no decir nada y sin embargo aspirar a mantener contacto con los más ancianos. Hoy vemos a jóvenes de veintisiete años implicados en absorciones empresariales en las que tras comprar una editorial, desmantelan en seis meses lo que un hombre mayor ha tardado en crear treinta años.

Cuando tenía veinte o treinta años, ofrecí mi ayuda para socavar la energía Zeus. Ataqué a flechazos a todos los hombres mayores de la comunidad literaria y disfruté viendo cómo las flechas atravesaban sus cuerpos, flechas impelidas por la tensa energía contenida en mi psique. Conocí muchos aspectos de la vida diaria de mi padre, sus hábitos laborales y su generosa actitud hacia los trabajadores; pero era inaccesible en otro sentido, y el agujero que se había creado en mí se llenó de demonios, tal como predijo Mitscherlich. Fueron blanco de mi rabia, hombres de edad a quienes apenas conocía.

Cuando un hijo actúa movido por el temor a lo demoníaco, se vuelve chato, aislado y seco. No sabe cómo recuperar su parte húmeda y fangosa. Hace unos años empecé a sentir una mengua, no tanto en mi lado «femenino» como en el masculino. Empecé a echar en falta el contacto con los hombres..., ¿o debiera decir con mi padre?

Empecé a pensar en él, no como en alguien que me había privado de amor, de atención o de compañerismo, sino como en alguien que había sido privado de todo ello por su padre y por su madre, y por la cultura. Aún sigo replanteándome esta cuestión.

Cada vez que veo a mi padre me asaltan nuevos y complicados sentimientos sobre qué parte de la privación a que me sometió fue voluntaria y qué parte no lo fue, y hasta qué punto fue consciente de ello.

Jung dijo algo perturbador acerca de esta complicación. Dijo que cuando la madre hace conocer al hijo por primera vez el sentimiento, éste aprenderá la actitud femenina hacia la masculinidad y adoptará una visión femenina de su propio padre y de su propia masculinidad. Verá a su padre a través de los ojos de su madre. Puesto que el padre y la madre compiten por el afecto del hijo, no se puede obtener una imagen clara del padre a través de la madre, ni viceversa.

Algunas madres comunican la idea de que la civilización, la cultura, el sentimiento y las relaciones son cosas que la madre y la hija, o la madre y el hijo sensible, comparten, mientras que el padre representa y encarna lo rígido, quizá lo brutal, la insensibilidad, las obsesiones, lo racional: es un ser ambicioso, despiadado. «Tu padre no lo puede evitar.» De modo que, a menudo, el hijo crece con una imagen devaluada de su padre que no se corresponde necesariamente con las acciones o las palabras de éste, sino con la interpretación materna de estas palabras o acciones.

En mi propio caso, sé que establecí el primer contacto con el sentimiento a través de mi madre. Fue ella quien me transmitió por primera vez la sensación de discriminación afectiva. «¿Estás triste?» Pero el contacto suponía recoger una visión negativa de mi padre, que casi no tomaba en consideración los sentimientos.

A un hijo le lleva cierto tiempo superar estas tempranas visiones negativas del padre. La psique se aferra tenazmente a estas primeras percepciones. La idealización u obsesión con la madre, el amor o el odio hacia ella, pueden durar hasta que el hijo cumple los treinta, los treinta y cinco o los cuarenta. Hacia los cuarenta o los cuarenta y cinco se produce un desplazamiento natural hacia el padre: el deseo de verle con mayor claridad y de aproximarse a él. Esto ocurre sin motivo aparente, como si respondiese a un calendario biológico.

Un amigo me contó cómo se había operado ese desplazamiento en su vida. Hacia los treinta y cinco años, empezó a preguntarse quién era en realidad su padre. No había visto a su padre en unos diez años. Viajó a Seattle, donde vivía su padre, llamó a la puerta y, cuando éste le abrió, dijo: «Quiero que sepas una cosa. Ya no acepto la visión que mi madre me inculcó de ti.»

«¿Qué ocurrió entonces?», le pregunté.

«Mi padre se echó a llorar, y dijo: "Ya puedo morir."» Los padres esperan. ¿Qué más pueden hacer?

No pretendo decir que todos los padres son buenos; las madres pueden tener razón acerca del lado negativo del padre, pero la mujer también puede equivocarse acerca de ciertas características femeninas que son sencillamente distintas o inesperadas.

Si el hijo aprende a sentir principalmente a través de la madre, entonces es probable que también vea su masculinidad desde el punto de vista femenino. Puede que le fascine, pero también le asustará. Puede que le dé lástima y que no lo tolere, o que sospeche de él y quiera matarlo. Puede que lo admire, pero nunca se sentirá cómodo con él.

A la larga, un hombre necesita deshacerse de cualquier adoctrinamiento y empezar a descubrir por sí mismo qué es el padre y qué es la masculinidad. Para esa tarea son de gran utilidad los viejos cuentos, porque están libres de los prejuicios psicológicos modernos, porque han resistido el examen de generaciones de hombres y mujeres y porque muestran tanto la parte luminosa de la masculinidad como la oscura, lo admirable y lo peligroso. No tienen por modelo a un hombre perfecto, ni a un hombre exageradamente espiritual.

En los mitos griegos, Apolo es visto como un hombre de oro de pie sobre una enorme acumulación de energía oscura, alerta, peligrosa, llamada Dionisios. El Hombre Primitivo de nuestra historia tiene algo de ambos tipos de energía, la de Apolo y la de Dionisios.

Los butaneses hacen máscaras que representan a un hombre con cabeza de pájaro y dientes de perro. Ello sugiere una buena energía doble. Todos sabemos que los guardianes del templo están apostados en las puertas del lado oriental. Un guardián es un hombre de cejas pobladas y voluntad de hierro, un pie en alto como si se dispusiese a bailar y una porra echa con una flor, alzada. Como imagen de la masculinidad, los hindúes ofrecen a Siva, que es a la vez asceta y buen amante, demente y marido. Tiene una forma con garras llamada Bhairava, y en ese aspecto está lejos de la delicadeza sugerida por el convencional Jesús.

Jesús exhibe una insinuación de la energía de Bhairava en el templo, cuando la emprende a latigazos contra los cambistas. La tradición celta propone una imagen masculina de Cuchulain: cuando se calienta, los músculos de sus piernas se retuercen y empieza a salirle humo de la parte superior de la cabeza.

Estas poderosas energías del interior del hombre yacen, como Juan de Hierro, en pantanos a los que aún no nos hemos aventurado. Está bien que lo divino se asocie a la Virgen María y a un maravilloso Jesús, pero podemos suponer qué distinto sería para los jóvenes si viviésemos en una cultura en la que lo divino estuviese asociado, también, a bailarines dementes, a hombres violentos con garras y a un ser acuático cubierto de pelo.

Todos nosotros, hombres y mujeres, sentimos cierto grado de temor al aproximarnos a estas imágenes. Durante décadas hemos intentado, legítimamente, entender las desventajas de la destructiva personalidad del macho y en ese sentido creo que es útil recordar las diferencias entre el Hombre Primitivo y el salvaje.

Cuando un hombre entra en contacto con el Hombre Primitivo, puede ganar verdadera fuerza. Puede gritar y decir lo que le apetece de un modo que el hombre de los sesenta y de los setenta no era capaz. La aproximación a, o la incorporación del espacio receptivo que el hombre de los sesenta y de los setenta ha alcanzado es infinitamente valiosa y no se debe renunciar a ella. Pero, como escribí en un poema titulado «Una meditación en filosofía»:

***Cuando les gritas, no responden.  
Vuelven el rostro hacia la pared de la cuna y mueren.***

La capacidad de un varón de gritar y de ser violento no supone dominar, tratar a las personas como si fuesen objetos, exigir tierras o imperios, aferrarse a la Guerra Fría: el modelo del machismo.

La mujer de los setenta necesitaba desarrollar lo que en la tradición india se denomina energía Kali: la capacidad de decir lo que quiere, de bailar con calaveras colgando del cuello, de cortar las relaciones cuando lo creen conveniente.

Los hombres necesitan establecer una relación paralela con la violenta energía de Dionisios que los hindúes llaman Kala. Nuestra historia dice que el primer paso es encontrar al Hombre Primitivo que yace en el fondo del pantano. Algunos hombres son capaces de descender a ese lugar a través del dolor acumulado. Sin embargo, entrar en contacto con la energía Kala, también implica descubrir la misma energía en las mujeres. Si los hombres no lo hacen, no sobrevivirán.

Hoy por hoy los hombres sufren, sobre todo los más jóvenes. Ahora que tantos hombres han tomado contacto con su sufrimiento, con el anhelo del padre y el mentor, estamos más preparados para empezar a ver al Hombre Primitivo y para volver a contemplar la iniciación. Pero me siento muy optimista.

A partir de este punto pueden ocurrir muchas cosas.

## II. CUANDO UN PELO SE VUELVE DE ORO

Podríamos preguntarnos: «¿Por qué no detenerse aquí?» Tenemos a un muchacho que ha robado la llave de debajo de la almohada de su madre. Ha escapado de sus padres y está en contacto con el Hombre Primitivo y, a través de él, con la condición primitiva. Como Huck Finn, ha empezado a «bajar por el Mississippi» en una balsa con un compañero de otro mundo. Pero si nuestro cuento describe la iniciación, sabemos que tarde o temprano tendremos que hacer frente a algún tipo de herida, la rotura de un hueso, una perforación en la piel, un tatuaje en el cuerpo. Forma parte de ello.

Mircea Eliade, en sus informes sobre experiencias iniciáticas en docenas de culturas de todo el mundo, señala que la iniciación de los jóvenes empieza con dos acontecimientos: el primero es una ruptura en seco con los padres, después de la cual el principiante se retira al bosque, al desierto o a la condición primitiva. El segundo acontecimiento es la herida que el hombre mayor inflige al muchacho, que puede ser una marca en la piel, un corte con una navaja, una raspadura con ortigas, la rotura de un diente. Pero no debemos suponer que las lesiones las motiva el sadismo. Los iniciadores de jóvenes de casi todas las culturas procuran que las lesiones que infligen no produzcan un dolor gratuito, sino que reverberen desde un rico centro de significado. Un buen ejemplo de ello es una práctica iniciática seguida por los aborígenes de Australia. Los mayores, tras separar a los muchachos de la comunidad, les cuentan la historia de Darwalla, el primer hombre. Los muchachos escuchan atentamente esta historia del hombre original, su Adán. Resulta que Darwalla está sentado en aquel árbol. Mientras los muchachos intentan ver a Darwalla en el árbol, un mayor se les acerca y rompe un diente a cada uno de ellos. El hombre mayor recuerda entonces a los muchachos que algo similar le ocurrió a Darwalla. Perdió un diente. Durante el resto de sus vidas, el diente roto será un vínculo vivo con Darwalla. La mayoría de nosotros renunciaría a un diente por tener un vínculo vivo con Adán.

La primera adolescencia es el momento tradicionalmente elegido para empezar con la iniciación, y todos recordamos cuántas lesiones nos hicimos en esa época. La adolescencia es la época de mayor riesgo para los chicos, y la asunción de esos riesgos revela asimismo un anhelo de iniciación.

Es asombroso el número de lesiones que sufre un hombre normal. Vi claro este hecho un día en San Francisco, cuando varios centenares de hombres estaban reunidos en un amplio local. Uno de los profesores, Doug van Koss, repartió dos o tres mil tiras de tela roja, y pidió a cada hombre que se atase una tira en todas las partes de su cuerpo que se hubiese lesionado de alguna forma: un corte, un hueso roto, una herida de cuchillo, una cicatriz.

Muchos de los presentes necesitaron más de diez tiras. La totalidad del costado derecho de algunos hombres quedó cubierto de rojo de pies a cabeza; en otros, el rojo cubría casi por completo la cabeza; en algunos, las extremidades y las piernas. Cuando terminó el ejercicio, el local era un mar de color rojo.

Algo en el varón adolescente lo impulsa al riesgo, a cortejar el peligro, a llegar hasta el borde..., incluso al borde de la muerte.

En nuestra historia, pues, el dedo del niño sugiere las lesiones que todos nos hemos hecho al intentar sacar al «Hombre Primitivo» de la jaula. No son los mayores los que nos causan las lesiones. Somos nosotros mismos. Sea que el viejo hombre del pasado nos marque con una concha marina, nos tatúe dolorosamente o nos lo hagamos nosotros mismos, la cicatriz representa una herida que ya está allí, algún diente roto que todos hemos sentido al contacto con la lengua. El dedo herido de nuestra historia representa una lesión que la mayoría de jóvenes de nuestra cultura ya ha recibido. Volvamos a la historia:

## El cuento: El primer día en el pantano

Cuando el Hombre Primitivo alcanzó el corazón del bosque, bajó al muchacho de sus hombros y le dijo: «No volverás a ver a tus padres, pero te quedarás conmigo, pues me has liberado y me das lástima. Si haces lo que yo te diga, te irá todo bien. Tengo más oro y tesoros que nadie en este mundo.»

El Hombre Primitivo preparó al muchacho un lecho de musgo, donde durmió, y a la mañana siguiente le llevó a una fuente. «¿Ves esta fuente de oro? Es clara y luminosa como el cristal. Siéntate aquí y presta atención para que no caiga nada en ella, de lo contrario quedará mancillada. Vendré cada tarde para ver si has cumplido mis órdenes.»

El muchacho se sentó al borde del pozo. De vez en cuando veía aparecer un pez de oro o una serpiente de oro, y vigilaba que no cayera nada dentro. Sin embargo, estando allí sentado, le empezó a doler tanto el dedo que sin querer lo metió en el agua. Lo sacó en seguida, pero vio que se le había vuelto dorado y, por más que se esforzó en lavarlo, no obtuvo ningún resultado.

Por la tarde regresó Juan de Hierro y dijo: «¿Ha pasado hoy algo en el pozo?»

El muchacho escondió el dedo detrás de la espalda para evitar que lo viera y dijo: «Nada en absoluto.»

«¿Has metido el dedo en el pozo! —dijo el Hombre Primitivo—. Por esta vez, pase, pero que no vuelva a ocurrir.»

Volveremos a hablar del oro que se pega a la yema del dedo dentro de un momento, pero por ahora insistamos en la lesión. La herida le dolía tanto que, sin quererlo, el niño metió el dedo en el pozo. En suma, esto es lo que cuenta la historia.

Si pretendemos vivir la historia, y no permanecer como meros espectadores, tenemos que preguntarnos: «¿Qué herida puede dolernos tanto como para tener que meterla en el agua?» La iniciación de los jóvenes implica, pues, ayudarles a recordar la herida, y con ello nos referimos a las heridas del alma o a aquellas relativas a las emociones. Las cicatrices exteriores a veces están allí para recordarnos la existencia de las cicatrices internas.

Hagamos una lista de algunas lesiones internas, tal como lo hicimos antes con las exteriores. No recibir la bendición del padre es una lesión. Robert Moore decía: «Si eres joven y no eres admirado por un hombre mayor, te están hiriendo.» Cuántos hombres me han dicho: «Me pasé dos días junto a mi padre mientras agonizaba esperando que me dijese que me quería.» ¿Qué ocurrió? «Nunca lo hizo.»

No ver nunca al padre cuando se es niño, no estar nunca con él, tener un padre distante, un padre ausente, un padre adicto al trabajo, supone una lesión. Tener un padre crítico equivale a ser uno de los hijos de Cronos, a los que Cronos se comió. De un modo u otro, siempre se recibe algún golpe del padre.

A Michael Meade le contaron una historia africana en la que el padre cazador se lleva un día a su hijo de caza. Tras matar a una pequeña rata, le pide al hijo que la guarde. «El hijo, creyendo que no era nada, la tiró a un arbusto», dice la historia.

Al anochecer, el padre le pide al muchacho la rata para cocinarla y procurarse alimento. El muchacho le dice a su padre: «La tiré en un arbusto.» Luego, según la historia, «el padre alzó el hacha y golpeó a su hijo, que cayó inconsciente; y el padre dejó al muchacho tendido donde estaba.»



Los hombres que escuchan esta historia saben con el más asombroso detalle dónde golpeó el hacha. Uno dijo que el hacha le golpeó en el lado izquierdo de la cabeza. Otro dijo que en el pecho. Otro dijo: «En mi hombro.» Otro: «En la nuca.» Otro: «En medio de mi cráneo.» Otro: «En mi estómago.» Otro: «En la ingle», y así sucesivamente. Casi todos los hombres recuerdan ese golpe. De modo que este suceso parece formar parte del material padre-hijo: el padre da un golpe y el hijo lo recibe. Y es una herida que el hijo recuerda durante años.

¿Y los golpes de la madre? «Eres demasiado delicado y lo sabes; no deberías jugar con esos chicos.» «¿Cómo has podido matar un pajarito tan bonito?» «¡Si no paras, te enviaré a una familia adoptiva!» «Eres demasiado grande para ponerte esos pantalones.» «Te comportas igual que tu padre.» El padre da a su hijo un vivido e inolvidable golpe con el hacha, que lleva impreso una insinuación de la muerte; muchas madres procuran que el hijo reciba su bautismo de vergüenza. Y no dejan de verter agua sobre su cabeza para asegurarse.

Un hombre dijo: «Mi madre tenía fobia a los trípodes..., la obsesiva necesidad de golpear cualquier cosa de tres patas.»

A veces esa vergüenza produce una herida que tarda años en cicatrizar. Los griegos que se dirigían a la Guerra de Troya dejaron a Filoctetes atrás, en una isla, porque su herida hedía. Más tarde, cuando el oráculo dijo que recogerlo era la única manera de ganar la guerra, tuvieron que volver a buscarle. El hombre herido sabe algo, o es algo.

Los golpes, las bofetadas, las palizas verbales son heridas. Golpes que laceran la autoestima, que pinchan nuestro sentimiento de grandeza, que contaminan nuestro entusiasmo, que envenenan y asolan la confianza, que dejan marcas negras y azules en el alma, socavando y degradando la imagen del cuerpo; todo esto produce una degradación. Hieren y hacen daño.

Ser engañados por un hombre mayor equivale a romperse una pierna. Cuando los jóvenes llegaron a Vietnam y descubrieron que habían sido engañados, recibieron heridas enormemente profundas.

No ser acogido en el mundo masculino por los mayores es una herida en el pecho. El jefe de la Policía de Detroit señalaba que la mayoría de los jóvenes que detiene no sólo carecen de un hombre mayor responsable de la casa, sino que nunca han conocido a uno. Como señaló Michael Meade, cuando se mira a una pandilla, se mira a jóvenes sin hombres mayores en su entorno. Los miembros de las pandillas intentan aprender desesperadamente unos de otros el coraje, la lealtad familiar y la disciplina. Unos cuantos lo consiguen, no así la mayoría.

A juzgar por la vida de los hombres en Nueva Guinea, Kenia, África del Norte, los territorios de los pigmeos, las tierras Zulú y las culturas árabe y persa sazonadas por las comunidades sufíes, los hombres llevan cientos de miles de años viviendo juntos en comunidades de tierra y alma.

La vida empresarial moderna sólo permite relaciones competitivas, en las que las principales emociones son la ansiedad, la tensión, la soledad, la rivalidad y el miedo. ¿Qué hacen los hombres después de trabajar? Reunirse en un bar para mantener conversaciones light ante una cerveza light, vínculos que se rompen en cuanto una mujer joven entra o toca el ala del sombrero de cowboy de alguien. Carecer de una unión de alma con otros hombres, puede ser la herida más profunda.

Estas heridas se forman en nosotros tanto si honramos a nuestros padres como si no, tanto si somos buenos como si no lo somos. Podemos describir la mayor parte de éstas como heridas a nuestra grandeza. Cuando somos diminutos, creemos que somos Dios. Nuestra regia vida en el útero apuntaba a alguna

posibilidad semejante, y si una vez fuera alguien intenta decirnos que no somos Dios, no le escuchamos. A este sentido temprano de nuestra divinidad podríamos llamarlo «grandeza infantil», y es preciso diferenciarla de la grandeza o de la «verdadera grandeza», que también forma parte de nosotros. De todos modos, como adolescentes aún tenemos suficiente grandeza infantil, de modo que imaginamos que podemos decidir si la rata es o no es lo bastante importante como para guardarla. Luego, cuando el padre nos golpea con el hacha y nos deja tirados en el suelo, encontramos nuestra condición —heridos, abatidos— difícil de reconciliar con nuestra fantasía principesca.

Todas las heridas amenazan nuestro ego principesco. La vergüenza golpea: «¿Quién te crees que eres? No eres más que un mocoso presumido, como el resto», son como golpes encajados en el estómago del príncipe. Y siempre hay algo malo en nosotros. Un chico se siente demasiado delgado, o bajo, o fibroso; otro tartamudea o cojea. Uno es demasiado tímido; otro «no es atlético», o no puede bailar, o no tiene buena complexión. Otro tiene orejas grandes, o una marca de nacimiento, o es «tonto», no puede darle a la pelota, etc. Por lo general resolvemos el problema inflándonos aún más. Un pequeño ascenso nos pone por encima del resto.

Quizá cierta grandeza o divinidad sea útil para protegernos cuando somos muy jóvenes. Alice Miller señala que\* cuando hay malos tratos, cuando los padres cometen crueldades que el niño es incapaz de imaginar en padre alguno, toma o bien el camino de la grandeza, o bien el de la depresión. Si tomamos el camino de la grandeza, nos remontamos por encima de la herida y de la vergüenza. Quizás obtengamos buenas calificaciones, nos convirtamos en el miembro de la familia del que se espera que esté alegre, en una especie de médico de nuestro propio sufrimiento, y cuidemos de los demás. Algo prodigioso obra en nosotros. Podemos estar alegres, pero no podemos ser muy humanos.

Si tomamos el camino de la depresión, vivimos la herida y la vergüenza por dentro. En realidad estamos más cerca de la herida que del camino de la grandeza, pero no somos, necesariamente, más humanos. La víctima es también una persona prepotente. La víctima acepta la corona del sacrificio, se convierte, a su modo, en príncipe o en princesa. A veces los varones sin padre toman este camino.

Cada uno de nosotros toma uno de estos dos caminos, si bien empleamos uno los domingos y los días festivos, y el otro los días entre semana. Algunos toman un tercer camino: el de la parálisis, el comportamiento de robot, la insensibilidad intencionada: un agujero en el centro, nada de afecto, ninguna emoción hacia arriba o hacia abajo, una vida de autómeta.

Las antiguas prácticas iniciáticas afectan a todas estas respuestas, ya que ocasionan una nueva herida, u ocasionan una herida estudiada lo bastante punzante e intensa —aunque menor— para que el joven recuerde sus heridas interiores. La iniciación enseña entonces al joven qué hacer con las heridas, las nuevas y las viejas.

Los mayores cuentan historias a los muchachos tan pronto como éstos entran en el mundo de los hombres. Sin historias, no podemos asumir la herida. O bien nos elevamos por encima de ella, o bien nos convertimos en la herida, aplastados por algo tan enorme que sólo vemos el suelo debajo de nosotros.

Una vez establecida la relación entre el dedo herido del muchacho y las heridas de la niñez, volvamos a la historia e imaginemos cómo se produjo la herida. Intentamos liberar al «Hombre Primitivo» (que aquí representa nuestras propias brillantez, liberalidad, violencia, grandeza y espontaneidad), de la jaula, instante en el que se produjo la herida.

En nuestras familias, podemos elevarnos por encima de la vergüenza de tener un padre alcohólico añadiendo secretamente combustible a nuestro grandioso cohete, apartándonos bruscamente de la familia, elevándonos en el aire propulsores por ese combustible. O hundirnos en la figura del muchacho lastimado,

convertirnos en él, no ser nadie más, vivir en nuestra indignidad secreta, perder a nuestro rey y convertirnos en esclavos. Existe un placer en ser esclavos. Luego podemos convertirnos en adictos y no controlar nunca nuestra propia vida y avergonzarnos aún más.

El estado de adicción es el estado de mayor crecimiento en Estados Unidos, superando con mucho a California y a Hawai. En esta forma de enfrentar la herida del hacha, decimos: «Yo soy ese muchacho.» Como sabemos gracias a *Centuries of Childhood* de Philippe Aries, antes del siglo XIX, no existía ropa diseñada específicamente para niños. Durante y después de la Edad Media, el niño decía: «Soy un adulto pequeño», y él o ella vestía ropas similares a las que utilizaban los adultos. La práctica tenía algunas desventajas, pero lo contrario resultó catastrófico. Cuando la gente se identifica con su hijo herido, o no crece, la cultura entera se hace añicos. Aprendemos de las adolescentes embarazadas que los niños no pueden hacerse cargo de sus propios hijos. La gente lleva vidas que irradian destrucción a la familia más cercana así como a los vecinos. Todos están en la sala de urgencias.

Es esencial para la cultura la recuperación de alguna forma de iniciación. Estados Unidos ha experimentado un declive inequívoco desde 1950, y creo que si no encontramos una tercera vía, además de las dos descritas aquí, continuará el declive. Tenemos el camino de lo grandioso, que es el que toman los especuladores de Bolsa, la gente guapa y los propietarios de jets privados; y tenemos el camino de la decadencia, que es el que toman algunos alcohólicos crónicos, las madres solteras por debajo del umbral de la pobreza, los adictos al crack y los bastardos.

El entusiasmo y el éxtasis tampoco nos proporcionan la llave. La llave permanece oculta.

Un éxtasis temprano —o el entusiasmo generalizado— puede ser, como apunta James Hillman, sólo otra de las formas que tiene la Gran Madre de evitar que el hombre desarrolle disciplina alguna. Si la llave permanece bajo la almohada de la madre, tarde o temprano acabaremos en un centro de tratamiento. Los consejeros y los terapeutas harán todo lo posible por liberarnos, pero por lo general en cuanto se distraen metemos la llave debajo de sus almohadas.

Supongamos que conseguimos robar la llave de debajo de la almohada de la madre y que aliviamos la herida del dedo... ¿Luego qué? ¿Nos iremos con el Hombre Primitivo? Probablemente no. Es probable que nos pasemos diez años sintiendo el dedo dolorido, y culpando a nuestros padres y al patriarcado por ello. Probablemente demandaríamos al Hombre Primitivo por tener una cerradura oxidada, y a nuestra madre por no proteger mejor su llave. La historia del Hombre Primitivo acaba abruptamente cuando uno decide que es el Hombre Primitivo (el camino de lo grandioso) o el desamparado muchacho maltratado (el camino de la decadencia).

La gente dedicada incondicionalmente a la grandiosidad infantil —el corredor de Wall Street, el arpista New Age—, ¿por qué habría de irse con el Hombre Primitivo? Se imaginan que son ya el Hombre Primitivo; son lo último en primitivismo, seres capaces de permanecer toda la noche despiertos jugando con sus ordenadores o de pasarse cuatro días enteros pensando en cosas no contaminantes.

Pocos americanos han pasado, en las últimas décadas, del robo de la llave.

Si un hombre cree que es el Hombre Primitivo o un niño víctima, la adopción de un mentor está fuera de cuestión. Nos podemos preguntar a nosotros mismos: ¿hay alguien que conoce, que ha oído hablar, o que posee una verdadera grandeza? Si es así, tendríamos que irnos con él o con ella.

Es necesario entender que el Hombre Primitivo no está «dentro» de nosotros. La historia sugiere que el Hombre Primitivo es en realidad un ser que puede existir y desarrollarse fuera de la psique humana. Puede ser

comparado en el plano humano con un mentor, que seguirá viviendo y creciendo nos tome o no como discípulos.

Así pues, la antigua práctica de la iniciación —aún muy viva en nuestra estructura genética— ofrece una tercera vía entre los dos caminos «naturales» de la excitación maníaca y la excitación de la víctima. Un mentor o «madre varón» entra en escena. Detrás suyo hay un ser de intensidad impersonal, que en nuestra historia es el Hombre Primitivo o Juan de Hierro. El joven investiga o experimenta su herida —herida paterna, herida materna, herida vergonzosa— en presencia de su ser iniciador independiente, atemporal y mitológico.

Si el joven roba la llave y deja que este ser le lleve en hombros, tres cosas cambiarán: la herida, más que un producto de la mala suerte, será vista como un regalo. En segundo lugar, aparecerá el agua secreta o sagrada, sea lo que sea. Y finalmente, de alguna forma, la energía del sol penetrará el cuerpo del hombre. Repitamos esa parte de la historia.

Cuando el Hombre Primitivo alcanzó el corazón del bosque, bajó al muchacho de sus hombros y le dijo: «No volverás a ver a tus padres, pero te quedarás conmigo, pues me has liberado y me das lástima. Si haces lo que yo te diga, te irá todo bien. Tengo más oro y tesoros que nadie en este mundo.»

El Hombre Primitivo preparó al muchacho un lecho de musgo, donde durmió, y a la mañana siguiente le llevó a una fuente. «¿Ves esta fuente de oro? Es clara y luminosa como el cristal. Siéntate aquí y presta atención para que no caiga nada en ella, de lo contrario quedará mancillada. Vendré cada tarde a ver si has cumplido mis órdenes.»

El muchacho se sentó al borde del pozo. De vez en cuando veía aparecer un pez de oro o una serpiente de oro, y vigilaba que no cayera nada dentro. Sin embargo, estando allí sentado, le empezó a doler tanto el dedo que sin querer lo metió en el agua. Lo sacó en seguida, pero vio que se le había vuelto dorado y, por más que se esforzó en lavarlo, no obtuvo ningún resultado.

Por la tarde regresó Juan de Hierro y dijo: «¿Ha pasado hoy algo en el pozo?»

El muchacho escondió el dedo detrás de la espalda para evitar que lo viera y dijo: «Nada en absoluto.»

«¡Has metido el dedo en el pozo! —dijo el Hombre Primitivo—. Por esta vez, pase, pero que no vuelva a ocurrir.»

El Hombre Primitivo lleva al muchacho a una Fuente Sagrada, al agua. Nos enteramos de que en aquella fuente hay peces y serpientes de oro. En términos mitológicos, ésta es la vieja fuente sagrada custodiada por el Hombre Primitivo, y a veces, también, por la Mujer Primitiva. Si se mancilla la fuente, dicen los viejos sabios celtas, todo muere en la tierra. De modo que el agua es un lugar importante. Es un lugar tradicional para la meditación del Hombre Primitivo, y sabemos por la Vita Merlini que Merlín meditaba allí durante su locura. Eran también lugares a los que la gente común acudía en busca de inspiración, alimento espiritual y sabiduría. Los viajeros se nutrieron durante siglos en el pozo sagrado de Logres. El gran salmón sagrado nadaba en el Pozo de Connla, esperando a que, una vez al año, los árboles inclinados dejasen caer las avellanas de inspirada locura.

En el plano psicológico, ésta es el agua de la vida espiritual, pero sólo para los que están preparados para sumergirse en ella. Dice Mircea Eliade sobre la iniciación masculina: «La iniciación de la pubertad representa, más que nada, la revelación de lo sagrado, [...] antes de la iniciación, los muchachos no participan totalmente de la condición humana, precisamente porque aún no tienen acceso a la vida religiosa.»

Religión, aquí, no quiere decir doctrina, piedad, pureza, «fe», «creencia» o mi vida entregada a Dios. Quiere decir la disposición a ser un pez en el agua sagrada, a dejarse pescar por Dionisios o por alguno de los otros pescadores, a inclinar la cabeza y aceptar consejos de los propios sueños, a vivir una vida secreta, a rezar en un armario, a ser humilde, a alimentarse de sufrimiento de la misma forma en que el pez traga agua y vive. Supone ser al mismo tiempo pez y pescador, no ser herida sino asunción de la herida. Ser un pez significa ser activo; no con coches o balones, sino con el alma.

Aquellos que han trabajado con familias alcohólicas durante los últimos diez años han contribuido en mucho a dar sentido a la palabra «negación». Negación quiere decir amnesia, olvido. Cuando está avergonzado, una ola de olvido barre al niño. Una mujer sufre un abuso sexual a los cuatro años y se olvida por completo del hecho hasta que cumple los treinta y ocho y no hay culpa para el olvido. La negación significa que hemos sido encantados; vivimos durante años en trance.

En El Cuervo (de los hermanos Grimm), una muchacha se convierte en un cuervo cuando su madre pone reparos a su comportamiento, y permanece así encantada durante años; en «Los seis cisnes», seis muchachos se convierten en cisnes cuando el padre, por su cobardía, abre la casa al mal, y los muchachos permanecen encantados durante años.

Escribí un poema titulado «Cincuenta varones sentados juntos», sobre un joven a punto de entrar en trance:

*La mujer permanece en la cocina, y no quiere  
desperdiciar combustible para encender una lámpara,  
mientras espera  
que el mando borracho vuelva a casa.  
Luego le sirve  
comida en silencio.  
¿Qué hace el hijo?  
Vuelve la cara,  
pierde el valor,  
se va afuera a alimentarse de cosas  
naturales, vive entre madrigueras  
y chozas, come distancia y silencio;  
se deja crecer grandes alas, entra en la espiral, asciende.*

Que un mentor nos conduzca al agua supone el final del encantamiento. El agua del Hombre Primitivo no cura por sí misma la herida que permitió la huida o el ascenso; pero da fuerzas a la parte de nosotros que quiere continuar el esfuerzo para ganar valor y ser humanos.

Cuando Juan de Hierro lleva al muchacho al agua, la energía del sol penetra de alguna forma el cuerpo del joven. La historia lo relata de la siguiente manera:

*Sin querer lo metió en el agua.  
Lo sacó en seguida, pero vio que el dedo se le había vuelto dorado.*

En todas partes el oro simboliza la gloria del sol, el poder real, el resplandor propio, la inmunidad ante la corrupción, la inmortalidad, la luminosidad espiritual, y es ese oro el que ha impregnado el dedo del muchacho. Preparando la sorpresa del dedo dorado, el Hombre Primitivo, que aquí actúa como guía espiritual, hace la promesa.

La promesa es el redescubrimiento, cabe decir, de un oro que siempre estuvo allí. No hemos acumulado laboriosamente, mediante el esfuerzo en la escuela primaria, una historia de energía solar en el depósito del alma. El oro estaba en nosotros cuando crecíamos en el útero.

El niño nace, como decía Wordsworth, «arrastrando nubes de gloria». El niño es el heredero de milenios de labor espiritual e imaginativa. Dice Kabir:

*Sentimos que hay una especie de espíritu que ama  
a los pájaros, a los animales y a las hormigas...  
Quizás el mismo que te dio un brillo  
en el útero de tu madre.  
¿Sería lógico que anduvieras ahora totalmente  
huérfano?  
La verdad es que tú mismo te alejaste,  
y decidiste penetrar solo en la oscuridad.*

Sabemos por un famoso papiro que describe la momificación, que los sacerdotes egipcios cubrían de oro las uñas de los muertos. Al hacerlo, recitaban estas palabras: «Ahora el oro que pertenece a Horus se adhiere a tus uñas y te hace inmortal.»

La imagen del dedo de oro de nuestra historia es, pues, muy antigua, y podría remontarse al segundo o al tercer milenio antes de Cristo. Pero en lugar de los templos egipcios con sus sólidas estatuas de oro, tenemos peces y serpientes de oro nadando en la fuente.

Podemos recoger de la vida grecorromana un detalle más que nos ayuda a comprender el significado del oro que no es arrastrado por el agua. Los romanos creían que cada ser humano llevaba dentro su ángel o «daimon», que se heredaba por linaje y que era la semilla de la buena fortuna individual de cada persona. Llamaban a esta semilla, chispa, buena estrella, «genio» cuando se trataba de un hombre, y «juno» cuando se trataba de una mujer.

Los romanos imaginaban al «daimon» como a un guía, a medio camino entre lo humano y lo divino, un mensajero del mundo sagrado, una especie de ángel guardián, o lo que el poeta noruego Rolf Jacobsen denomina «la sombra blanca». El oro aparece en el mismo dedo que se atrevió a abrir la jaula del Hombre Primitivo, de modo que el destino del muchacho está íntimamente ligado al uso que hace de la llave.

Hasta aquí lo referente al modo mitológico de ver las cosas. En términos psicológicos, ¿qué es el oro en el dedo? ¿Cuándo aparece en la vida corriente?

La historia dice que cuando estamos en presencia, bien de un mentor, bien del Hombre Primitivo, intuimos dónde yace nuestro genio.

A veces, en una relación amorosa, los amantes hacen el amor con el Hombre Primitivo —y la Mujer Primitiva— en la misma habitación; y si somos esos amantes, podemos llegar a sentir cómo se convierten en oro ciertas células del cuerpo que creíamos estaban hechas enteramente de plomo. Los amantes y los santos sienten que tienen los dedos de oro; durante días o meses, pueden sentirse libres de los límites convencionales.

Un artista siente una extraña intensidad cuando trabaja en un objeto de arte: un poema, una pintura o una escultura; cabe decir que la fuente sagrada está allí mismo, en el estudio; los pensamientos y sentimientos del artista son mucho más salvajes que los que experimenta en días convencionales. Los dedos que sostienen el pincel o el lápiz se vuelven de oro, y de pronto vemos imágenes sorprendentes y comprendemos en qué somos realmente buenos.

Aquí, el Hombre Primitivo equivale a una presencia invisible, la compañía de los ancestros y los grandes artistas entre los muertos. Un poema de amor o un poema de meditación extática es una manera ingeniosa de preservar el recuerdo del momento en que el dedo se vuelve de oro.

La joven corredora cruza la línea de meta en presencia de su entrenador: los dedos de sus pies son de oro. El físico que trabaja con su mentor en la Universidad de Princeton escribe de pronto una ecuación en la pizarra con su tiza de oro. Los buenos jardineros tienen pulgares dorados, y no verdes; y a veces el mentor o maestro que está sentado con un discípulo se sumerge en agua espiritual y su lengua se vuelve de oro.

Creo que podemos considerar la terapia, cuando es buena, como una espera junto a la fuente. Cada vez que metemos nuestra herida en esas aguas, nos nutrimos y recibimos fuerzas para continuar el proceso. La iniciación, pues, no supone remontar la herida ni permanecer paralizados en su interior; el proceso consiste en saber cómo y cuándo sumergirla en el agua en presencia del mentor.

La herida es un regalo que duele tanto que «sin querer» la metemos al agua. ¿Cómo hubiese descubierto el niño de nuestra historia su genio si no se hubiese herido? Los que no tienen heridas son los más desgraciados. (Claro que es mejor no pensar en ello, porque semejantes personas no existen.) Cuando son niños, a los hombres se les enseña una y otra vez que una herida que duele es motivo de vergüenza. Una herida que impide seguir jugando es una herida de niña. Un verdadero hombre sigue caminando, aunque arrastre las tripas.

Nuestra historia contiene una enseñanza diametralmente opuesta. Dice que donde está la herida de un hombre es donde se encuentra su genio. Sea donde sea que aparezca la herida en nuestra psique; provenga de un padre alcohólico, una madre o un padre humillantes, o de una madre abusiva; proceda del aislamiento, de la invalidez o de la enfermedad, ése es precisamente el lugar desde el que daremos nuestro principal regalo a la comunidad.

Sin lugar a dudas, el mejor regalo del artista noruego Eduard Munch fue a partir de su paralizante ansiedad. Lo mismo puede decirse de Franz Kafka, Charles Dickens, Emily Dickinson, Anna Ajmátova y César Vallejo.

Antes de cerrar el tema de la herida y el genio, debemos formularnos la siguiente pregunta: ¿de qué género es el agua? ¿Masculino o femenino?

Ambas cosas... Pero en este siglo nos va a costar dar esta respuesta muy rápido. Algo extraño ha ocurrido. En nuestra sociedad, se considera que la tierra y toda el agua en ella contenida son femeninos y que, por extensión, pertenecen a las mujeres. En Occidente, el cielo pertenece a los hombres y la tierra a las mujeres; hay un «padre-cielo» y una «madre-tierra». No hay nada malo en esos términos, pero otros dos han caído en desuso: la «madre-cielo» y el «padre-tierra».

Cuando Platón fue a visitarlos, los egipcios señalaron que los griegos sólo eran niños; y los egipcios tenían, en efecto, la base mitológica y religiosa de mayor antigüedad. Conocían bien a Ra, el padre-cielo, y a Isis, la madre-tierra. Pero también había otros dos dioses importantes en cada período egipcio: Nut y Geb. Nut, la madre-cielo, se pintaba en el interior de la tapa del sarcófago de las momias para que la persona que yaciera dentro viese a un ser inclinándose hacia abajo desde las estrellas. Las estrellas aparecían en su cuerpo y alrededor de su cuerpo. Sus pies y sus manos tocaban la tierra, y el resto se arqueaba por el cielo. «Salí desnuda de la madre y desnuda volveré», decían el muerto o la muerta. «La madre lo ha dado, la madre lo ha quitado. Bendito sea el nombre de la madre.»

Luego estaba Geb, el padre-tierra. Libby y Arthur Coleman, en su libro *The Father*, reproducen hermosas pinturas de Geb, que yace con la espalda vuelta hacia la tierra, su estómago y el falo erecto color tierra, en dirección hacia la mujer en el cielo, o añorando las estrellas. Los griegos, y los europeos tras ellos, perdieron la pista del complemento completo de cuatro dioses, conservando en la memoria sólo dos. Cuando únicamente recordamos dos dioses, los sexos se polarizan y empiezan a parecer opuestos. Cada género termina por identificarse, los hombres con el cielo y las mujeres con la tierra. Los hombres se identifican con el cielo-fuego, y las mujeres con la tierra-agua.

Muchas mujeres de hoy dicen: «La tierra es femenina.» Un hombre me dijo que cuando oye eso, siente que ha perdido el derecho a respirar. Y cuando un hombre dice: «Dios es masculino», algunas mujeres sienten que no tienen derecho a rezar. La mitología es importante. La polarización surgida de nuestra fragmentaria mitología griega ha causado ya mucho daño.

Hoy, cuando un hombre o una mujer sueñan con un lago, el terapeuta asume que el agua está vinculada a lo femenino. Para los que entienden latín, mare (el mar) está asociado a María, y pronto el mar es femenino, y como el mar es lo inconsciente, lo inconsciente también es femenino y así sucesivamente.

La historia de Juan de Hierro, que es anterior a Grecia, no polariza tierra y cielo. Juan de Hierro vive en el agua, bajo el agua. También vive con entusiasmo en la tierra; su condición primitiva y peluda pertenece, de hecho, a la tierra y a sus criaturas. Ni la tierra ni el agua aparecen exclusivamente femeninos o masculinos.

Los antiguos celtas tenían un dios masculino llamado Dommu o «Profundidad de las aguas», y es posible que este dios haya vivido en la fuente a la que el Hombre Primitivo acaba de llevar al muchacho. Puesto que en algunas historias celtas la fuente está custodiada tanto por el Hombre Primitivo como por la Mujer Primitiva, resulta más apropiado decir que el agua es agua del alma y, como tal, masculina y femenina.

En los sistemas simbólicos, el agua no representa los impulsos espirituales o metafísicos (que están mejor sugeridos por el aire o el fuego), sino la vida terrenal y natural. El agua pertenece a las circunstancias inferiores, el nacimiento a partir del útero, el descenso desde el reino de lo eterno a la tierra llena de agua, donde adquirimos un cuerpo compuesto en su mayor parte por agua. Cuando nuestra mitología se abra nuevamente para acoger a las mujeres en el cielo y a los hombres en el agua, los géneros no parecerán tan distantes. A los hombres blancos les parecerá más natural proteger la tierra, como los nativos americanos han creído siempre conveniente hacer.

Antes de acabar nuestra discusión del primer día, debemos señalar que no todos los jóvenes que meten la mano en el agua ven convertirse su dedo en oro. El psicoanalista Alexander Mitscherlich refiere el sueño de un joven alemán al que trató. Este joven, hijo ilegítimo, abandonado por su padre, fue retenido por su madre «mediante mimos y castigos». En su sueño, un viejo con una calavera por cabeza conducía un coche recto hacia él. Más tarde, relata, «caminé un largo trecho, entré en un parque y vi unos peces de colores en una fuente. En el fondo vi un pueblo y oí el repicar de campanas. Metí la mano en el agua, pero al sacarla, ya no estaba y me entró el terror. Huí corriendo y vi que el viejo me seguía, apuntándome con una pistola. Percibí un destello y perdí la consciencia» (*Society Without the Father*). No aparece ningún mentor positivo o Juan de Hierro. Un viejo perverso intenta matarle dos veces. La fuente con sus peces de colores recuerda la de nuestra historia, pero ésta, aislada, le arranca la mano. Lo que vemos hoy en las pandillas es grupos de muchachos mancos.

## **El cuento: El segundo día**

A la mañana siguiente, muy temprano, estaba otra vez sentado en el pozo, vigilando. El dedo le dolía aún y, al cabo de un rato, se lo llevó a la cabeza. Un pelo, ¡ay!, se desprendió de la cabeza y cayó en el pozo. Lo sacó rápidamente, pero ya se había vuelto de oro.



Al volver, Juan de Hierro ya sabía lo que había ocurrido: «Has dejado caer un pelo en el agua. Lo pasaré por alto esta vez, pero si ocurre una tercera vez, el pozo quedará mancillado, y no podrás seguir conmigo.»

Cabe decir que esta vez, el niño ha elevado su dedo herido en lugar de hundirlo, lo que representa una pequeña diferencia. En primer lugar porque podríamos decir que un hombre hunde su herida en aguas psicológicas, y luego la eleva al espacio mitológico. Todas las historias del herrero con una herida —el Rey Pescador, el hombre cuya herida no sana— nos ayudan a ver nuestras propias heridas de forma impersonal. Las heridas necesitan ser aireadas, elevadas a la categoría de ideas conocidas por nuestros ancestros para que podamos remontar el techo de la casa de nuestros padres y descubrir de pronto que la herida (aparentemente tan nuestra) tiene su correspondencia en una gran historia impersonal.

La mitología ayuda a conferir peso a nuestras heridas privadas. Sentir la herida en una parte determinada de nuestro cuerpo confiere peso a la herida, igual que entenderla como parte de una historia antigua. En este peso, el hombre llevará una vida provisional.

Esta vez, el dedo herido se asocia con el pelo. El Hombre Primitivo y la Mujer Primitiva están cubiertos de pelos, como sabemos por distintas fuentes. La cuestión del pelo aparece a menudo en esta historia.

Si buscamos asociaciones culturales con la palabra pelo, encontraremos al menos cuatro conexiones. La primera tiene que ver con la energía sexual. Cuando una joven romana se unía a las Vírgenes Vestales, las otras mujeres se rapaban ritualmente el pelo. Los monjes de la Edad Media eran tonsurados y, hasta el día de hoy, las mujeres judías ortodoxas llevan peluca para ocultar su propio pelo.

Puesto que los animales presentan pelo en profusión, y puesto que vemos nuestra propia sexualidad como animal, la asociación es inevitable.

El bigote de un hombre podría representar su vello púbico. Un amigo se dejó crecer el bigote a los treinta años. Cuando visitó a su madre, ésta se vio incapaz de sostener su mirada, hablaban de lo que hablaban. El pelo, pues, puede representar la energía sexual.

Tradicionalmente los cazadores llevan el pelo largo, como los animales que cazan. El pelo, pues, puede representar la vida animal en general, y en particular la de los animales salvajes. A muchos chicos les fascina la cacería y construyen pequeños arcos y flechas, forman bandas de caza y se dedican a matar conejos o pájaros. Pero los resultados no son siempre los deseados. El niño, entusiasmado, trae a casa un conejo o un petirrojo muertos, pero muchas mujeres, y algunos hombres, deploran el instinto de caza del niño y piensan que hay que hacer lo posible y que debe ser educado para erradicárselo. Por lo general, los padres de la Nueva Era quieren que su hijo se salte esa etapa de su vida de fascinación por la caza y pase directamente a la ética. El problema de semejante salto es que el niño está viviendo mitológicamente a través de la historia del hombre, que incluye siglos de jubilosa caza que, suponemos, las mujeres de aquellos tiempos también disfrutaban.

Durante la era de la caza, la vida emocional, e inclusive su vida religiosa, resonaba en los espacios vacíos del bosque y del llano, y el hombre conocía a Dios a través de la cacería de animales, como explican los dibujos de las cuevas de Dordoña. Si una madre o un padre pudorosos impiden que un niño viva esa época, éste nunca llegará a nuestro tiempo. Seguirá llevando un venado a Detroit en la baca de su coche cuando cumpla los cincuenta años.

El pelo no sólo sugiere la proximidad con los animales a través de la caza y de la domesticación; evoca asimismo todas las especies de animales de sangre caliente. Los reptiles —de sangre fría— no tienen pelo, de modo que el pelo viene a representar la naturaleza pasional característica de los mamíferos: mal genio (los

pelirrojos), fogosidad, impulsividad apasionada, espontaneidad, emociones explosivas, furia leonina, celos salvajes.

Pero ya sean directores de orquesta de ondeante melena, ejecutivos con el pelo corto —pelo de franela gris, por llamarlo de algún modo—, o se dediquen a reprimir extravagancias —los ultras que defienden los cortes al rape o las cabezas afeitadas—, la cantidad de pelo que uno se permite, sugiere hasta qué punto están restringidos los instintos y contenida la espontaneidad.

Algunas personas no distinguen entre el instinto salvaje y el instinto agresivo. En las últimas décadas, el ala separatista del movimiento feminista se ha esforzado por eliminar el lado salvaje de los hombres en un justificado temor a la brutalidad.

Finalmente, el pelo sugiere el exceso. La pelambreira de Enkidu, el Hombre Primitivo babilonio, o la de Pan, el hombre-cabra, simbolizan lo que está más allá de los límites de la contención. Pan vive fuera del redil. Cuando vemos una melena femenina desplegarse en toda su abundancia, el pelo nos habla acerca del valor del exceso.

Decía Blake: «El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría.» El asocia el pelo con la tierra. «Los ojos del fuego, la nariz del aire, la boca del agua, la barba de la tierra.»

Podríamos decir que cuando se le cae accidentalmente un pelo al agua y este pelo se vuelve de oro, el muchacho de nuestro cuento aprende lo siguiente: que la energía sexual es buena; que el instinto de caza, que los mamíferos poseen sin avergonzarse de ello, es bueno; que el calor animal, la furia y la espontaneidad pasional son buenos; y que el exceso, la extravagancia y abandonar los confines del castillo en compañía de Pan también son buenos.

El pelo también sugiere los pensamientos. El pelo se nos cae de la cabeza día y noche, por lo que se parece a los pensamientos que tenemos incluso cuando estamos dormidos. A pesar de que aun cuando por la noche nuestro sistema consciente permanezca inactivo seguimos pensando: algunos de estos pensamientos se llaman sueños.

Sabemos que los sistemas hormonal y digestivo funcionan al margen del control consciente del ego. «¿Puedes crecer un centímetro mediante el pensamiento?» El crecimiento, el reaprovisionamiento de oxígeno, la depuración sanguínea, la sustitución de células, todo ello acontece cuando nadie mira.

*Ocurren tantas cosas  
cuando nadie mira,  
quizá porque  
nadie está mirando...  
Los piratas toman puerto  
cuando cae la noche;  
la bailarína perfecciona su arte  
cuando ya no representa  
nada...  
...El planeta gira, y las vacas  
aguardan que la hierba  
venga sola a sus bocas.*

**R. B.**

El pelo, pues, simboliza todas esas intuiciones que surgen de la nada, siguiendo canales que no podemos observar; un científico vislumbra la solución a un problema en el que lleva trabajando semanas sin éxito. Friedrich Kekulé, por ejemplo, soñó con una formación de serpientes, una de las cuales se cogía la propia cola.

Gracias a esa imagen vislumbró repentinamente la estructura del anillo de benceno.

Cuando un artista trabaja en un cuadro, imágenes en las que nunca había pensado ocupan de pronto el lugar de las que tenía previsto plasmar en el lienzo. Algunos parapsicólogos reciben conocimientos de extraños a través de imágenes que aparecen en el ojo de su mente. Sobre todo si no se esfuerzan. Yeats hace decir a una grulla:

*Sin duda hay truchas en algún lugar  
y es posible que pesque una  
si no pongo empeño en ello.*

El pelo es intuición. El pelo es la abundancia de percepciones, pensamientos, resentimientos, imágenes y fantasías dispuestas a salir al exterior cuando estemos pensando en otra cosa. En cierta ocasión Marian Woodman refería el sueño de una paciente suya que llevaba semanas trabajando contra una gran resistencia interna. La mujer soñó que llevaba días o semanas caminando por un bosque espeso y pantanoso, y justo cuando creía que estaba a punto de salir, llegó a un río ancho y peligroso. Horrorizada y desalentada, alzó la vista hacia la montaña boscosa que se levantaba al otro lado del río. A lo lejos, en lo alto de la montaña, vio que alguien había abierto un sendero que conducía al río.

Si un ser humano emprende una acción, el alma hace lo propio. Cuando un pelo cae al agua, el alma le añade oro. Es así como se comporta el alma, aparentemente. Esta fuente con peces y serpientes de oro en su interior es la propia alma, que no hace nada si uno no hace nada; pero si uno enciende una fogata, corta leños; si uno hace una barca, se convierte en el océano.

Es posible que de noche tengamos un sueño en respuesta a alguna flecha verbal o gesto corporal que hayamos realizado durante el día. El agua interpreta un golpe o un beso como un movimiento hacia ésta, y responde con una imagen o una narración, quizás inclusive con un sueño tan elaborado como Hamlet. Dice Rainer María Rilke:

*Mis ojos tocan ya la colina iluminada,  
más allá del camino que he empezado a recorrer.  
Somos asidos por lo que no podemos asir;  
tiene su luz interior, aun desde la distancia...  
y, aunque inalcanzable, nos convierte  
a nuestro propio gesto...  
pero lo que sentimos es el viento en el rostro.*

Pero la generosa respuesta de la fuente sagrada depende de un esfuerzo serio y decisivo realizado por un hombre o una mujer. En nuestra historia, éste podría ser el robo de la llave de debajo de la almohada de la madre, la decisión del niño de liberar al Hombre Primitivo y de seguirle, y su disposición a permanecer sentado junto a la fuente y a intentar cumplir con las tareas que le encomienda Juan de Hierro.

Cabe decir que el niño ha aprendido la diferencia entre espacio secular y espacio ritual. El espacio ritual devuelve algo al hombre o a la mujer que, curtidos en la disciplina y el silencio, entran en él.

## **El cuento: El tercer día**

Al tercer día estaba sentado el muchacho en el pozo, decidido a no mover el dedo por mucho que le doliera. El tiempo pasaba lentamente, y empezó a mirar el reflejo de su rostro en la superficie del agua.

Tuvo el deseo de mirarse directamente a los ojos y, para hacerlo, se inclinó más y más. De pronto, sus largos cabellos cayeron sobre su frente y al agua. Echó la cabeza hacia atrás pero todo su cabello era ya de oro y brillaba como el mismo sol. ¡El niño estaba asustado! Cogió un pañuelo y se cubrió la cabeza de modo que el Hombre Primitivo no se enterara de lo que había ocurrido. Pero, al volver a casa, Juan de Hierro lo supo de inmediato. «Quítate ese pañuelo de la cabeza», dijo. El pelo dorado cayó liberado sobre los hombros del muchacho, y el muchacho tuvo que guardar silencio.

Las manos del niño permanecen ahora a sus espaldas. Ya no son las manos las que avanzan, sino los ojos. Los ojos empiezan a escudriñar a su alrededor, la curiosidad intensificada quizá por la sensación de que el oro está en todas partes, misteriosamente presente inclusive en el agua transparente. Se concentra en su propio rostro, en sus propios ojos. Sabemos que la vergüenza nos impide a menudo mirar directamente a los ojos de los otros... o a los sensación, tan poderosa y sorprendente, de que alguien nos está mirando. Decía Rilke sobre su propio rostro en el espejo:

*De la vieja estirpe, largo tiempo noble,  
hay algo firme en la forma de los arcos de las cejas.  
En la mirada, aún el miedo y lo azul de la infancia,  
y aquí y allá humildad, no de criado,  
sino de servidor y de mujer.*

*La boca hecha como boca, grande y exacta,  
no persuasiva, sino expresando  
algo justo. La frente sin maldad, y con gusto  
a la sombra de un silencioso mirar hacia abajo.*

*Esto, como conjunto, primero sólo presentido;  
aún nunca en el dolor o en el acierto  
reunido en duradera compenetración,  
y sin embargo, como si estuviera planificado, desde lejos,  
con cosas dispersas, algo serio y verdadero.*

Autorretrato del año 1906

La experiencia de ser al mismo tiempo mirados por alguien nos hace reaccionar de golpe. Si como seres humanos tenemos dudas sobre la existencia del alma, las perdemos al instante. Cuando miramos al espejo, alguien nos mira desde allí interrogante, serio, alerta, sin complacencia; y, al contemplar el mundo, percibimos mayor profundidad en los ojos que nos miran que en los propios. ¡Qué extraño! ¿Quién será ese que nos mira? Concluimos que es otra parte de nosotros, la mitad que no dejamos salir por nuestros ojos cuando miramos a otros. Y esa mitad oscura y seria nos devuelve la mirada en contadas ocasiones. Decía Antonio Machado:

*Busca a tu complementario  
que marcha siempre contigo  
y suele ser tu contrario.*

La persona que se mira al espejo adquiere consciencia de la existencia de su otra mitad, su sombra, su hombre oculto; la toma de consciencia de ese hombre oculto es uno de los objetivos característicos de toda iniciación. La experiencia le enseña que los ojos que ve no sólo son los «suyos», sino también los de algún otro

hombre que no se ajusta del todo al nombre que le dieron sus padres, Edward, Lance o Kerry. Esos ojos pertenecen a algún otro ser al que no conocemos. Escribió Juan Ramón Jiménez:

*Yo no soy yo.  
Soy este  
que va a mi lado sin yo verlo;  
que, a veces, voy a ver,  
y que, a veces, olvido.  
El que calla, sereno, cuando hablo,  
el que perdona, dulce, cuando odio,  
el que pasea por donde no estoy  
el que quedará en pie cuando yo muera.*

El que vemos en el espejo es complicado, y el vistazo, que en el cuento dura un instante, podría durar varios años en la vida real. El que nos devuelve la mirada es al mismo tiempo la sombra, o el lado oscuro, de un hombre, y también su gemelo espiritual, su sombra blanca. Rolf Jacobsen, el poeta noruego, le llama

*tu sombra,  
la blanca que no puedes aceptar  
y que nunca te olvidará.*

Los gnósticos hablaron profusamente acerca del gemelo, al que imaginaban separándose de nosotros al nacer. El gemelo conserva el conocimiento espiritual que nos ha sido dado antes de nacer. El gemelo, cuando él o ella se reincorpora a la psique, insiste en la intensidad y en la seriedad.

Un adulto, por ejemplo, puede soñar que una persona desconocida ha entrado en su casa, ha movido cosas, se ha llevado o ha dejado una joya. Un amigo vio un día, en plena meditación, a un hombre de luz al fondo del pasillo. Medía dos metros y medio y llevaba una lanza. El hombre de luz se acercó y le dijo: «Si no haces algo con tu vida, me la llevaré.» Mi amigo tenía entonces treinta y ocho años.

Hemos estado hablando del «otro» al que a veces vemos cuando nos miramos al espejo. En nuestra historia, no hay espejo; el espejo lo ha hecho la naturaleza o, para ser más exactos, es la naturaleza. Cabe decir que el niño de nuestro cuento ha visto ojos que le devolvían la mirada desde la naturaleza.

La historia sugiere que nosotros, como seres humanos, no somos la única fuente de inteligencia organizada y consciente. El término «Los ojos del agua» puede interpretarse como un emblema de la consciencia de la naturaleza, de la inteligencia «de ahí fuera». Sabemos que la palabra adecuada no es consciencia, ni «inteligencia». Los seres humanos inventaron la palabra «consciencia» para describir su propia y particular sensibilidad, pero el conocimiento que posee la naturaleza no es exactamente inteligencia, ni sensibilidad, ni consciencia, ni conocimiento. Es un poco de cada una de estas palabras. Dijo Blake:

*¿No queréis comprender que cada pájaro que hiende los aires  
es un mundo inmenso de delicias cerrado para tus cinco sentidos?*

Me gusta la frase «¿No queréis comprender que...?»

Ahora debemos dar un nuevo paso. Supongamos que en lugar de describir la inteligencia de la naturaleza empleando un término abstracto como consciencia, o incluso una frase como «un mundo inmenso de delicias», tuviéramos que describirla como una personalidad.

Algunos antropólogos creen que eso es exactamente lo que hacían los cazadores primitivos.

La cultura nativa americana está llena de cuentos en los que se describe exactamente el atisbo de semejante personalidad. La tribu humana y la tribu búfalo se relacionan a través de un jefe búfalo, o un búfalo blanco sagrado se declara búfalo y dios. Cuando los cazadores realizan su parte del ritual, o de la tarea, la tribu búfalo participa en la caza.

Suponemos que los cazadores nativos americanos vieron con su mirada interior a este ser parte animal, parte dios y parte humano; como parece claro que los artistas de Dordoña también lo vieron.

Con su mirada interior las mujeres vieron a otro ser, al que llamaron la Gran Madre, e imaginamos que durante varios milenios estas mismas mujeres sostuvieron pequeñas estatuas de la Gran Madre en sus palmas cerradas durante el parto.

Podemos considerar la posibilidad de que el niño de nuestra historia viera alguna personalidad en la naturaleza devolviéndole la mirada, y que por ello la cabeza se le vuelve de oro. No. Lo único que nos deja la historia es la imagen del niño mirando al agua, y podemos interpretarla como nos plazca.

Es una imagen extraña. Un niño permanece sentado junto a una fuente. La mayoría de nosotros recuerda la conocida escena de la mitología griega en que Narciso está sentado junto a su fuente. Al inicio de la historia, Narciso ya se ha separado de sus compañeros masculinos de caza. Eso ya es, en sí mismo, interesante. Resulta que Hera también está enfadada con él, y ha enviado a una ninfa llamada Eco que repite cada una de las palabras de Narciso apenas las pronuncia. Narciso está enfrascado en sus propios circuitos. Cuando baja la mirada se enamora de su propio rostro. Guiado o protegido por el Hombre Primitivo, el niño de la fuente de Juan de Hierro no se enamora de su propio rostro, pero ve a través de los ojos, la consciencia de la naturaleza misma. Se libera, por así decir, de sus propios circuitos, y ésa es una diferencia importante entre ambas historias.

## Salir al mundo

Podríamos resumir lo anterior diciendo que cuando un hombre ha logrado vislumbrar a su propio gemelo psíquico, y ha visto la inteligencia en la naturaleza, su consciencia o propósito, el pelo de ese hombre se vuelve de oro: tiene una «cabeza de oro». El muchacho de nuestra historia parece demasiado joven para tener una cabeza de oro. Por la forma en que la oculta bajo el pañuelo deducimos que considera poco apropiado y correcto enseñarla.

En tiempo ritual, han pasado tres días. Estos tres días podrían ser quince años en tiempo real. El iniciador le asignó una tarea y él fracasó tres veces consecutivas. Pero de todos modos, cada vez recibe un regalo. Los fracasos eran producto del dolor que sentía y de su incapacidad humana para mantener la atención. Pero el regalo provino del agua, con la que, de algún modo, había establecido una relación. De lo que se deduce que aceptar una prueba iniciática es más importante que tener éxito o fracasar en ella. Se supone que el niño lo ha hecho bien.

Juan de Hierro le dice:

*«No puedes quedarte más tiempo porque no has superado la prueba. Vuelve al mundo y sabrás lo que es la pobreza. Sin embargo, puesto que no tienes mal corazón y te deseo lo mejor, te daré este regalo: cuando tengas problemas, acércate al límite del bosque y grita: ¡Juan de Hierro! ¡Juan de Hierro! Vendré a ti y te ayudaré. Mi poder es grande, más grande de lo que crees, y poseo oro y plata en abundancia.»*

Hemos aprendido a conocer un poco al Hombre Primitivo en estos tres días pasados junto a la fuente. Cuando oímos la frase «el Hombre Primitivo», nuestra fantasía nos representa a un monstruo, un salvaje, pero a

estas alturas ya vemos claro que el Hombre Primitivo se parece más a un instructor de meditación que a un salvaje. En parte se asemeja a un rabino que enseña la cabala; en parte, al poseedor de una tradición mística; en parte, a un dios cazador.

A veces se piensa que en nuestros días, la iniciación se da en la confirmación, la ceremonia de la Bar Mitzvá, o al obtener el carnet de conducir. Pero lo cierto es que iniciarse significa expandirse hacia la gloria de los robles, las montañas, los glaciares, los caballos, los leones, la hierba, las cascadas, los venados. Aquello que impida al hombre acercarse a la cascada y al tigre le matará.

La historia de Juan de Hierro suscita recuerdos de ceremonias iniciáticas en Europa del Norte que se remontan a diez o veinte mil años. La labor del Hombre Primitivo es enseñar al niño cuan abundante, variada y polifacética es la masculinidad. El cuerpo del niño hereda habilidades físicas desarrolladas por generaciones de ancestros, y su mente hereda poderes espirituales desarrollados siglos atrás.

La labor del iniciador, se trate de un hombre o de una mujer, pasa por enseñarle al niño o a la niña que es algo más que carne y sangre. Un hombre no sólo es una máquina de protección, caza y reproducción; una mujer no es sólo una máquina de protección, recolección y reproducción, puesto que cada uno lleva deseos que superan ampliamente lo que se requiere para la supervivencia física. William James elogia «el número y el carácter fantástico e inútil» de las necesidades del ser humano.

Las metáforas de la historia de Juan de Hierro se refieren al conjunto de la vida humana, pero están orientadas hacia la psique del varón. A un joven se le pide que descienda a sus propias heridas, que ascienda al reino del «gemelo» y que se expanda hacia la consciencia que habita en los árboles, el agua, los animales y «las diez mil cosas». Cuando un joven alcanza esta triste comprensión, o cuando completa estos tres viajes, su pelo se vuelve de oro. Esto no resuelve todos sus problemas; al contrario, le añade otros nuevos, empezando por el mismo pelo de oro.

### III. EL CAMINO DE CENIZAS, DESCENSO Y DOLOR

Hemos llegado a una nueva sección de la historia, y podemos evaluar los progresos hechos por el niño hasta el momento. Siguiendo al Hombre Primitivo, el hijo del rey no ha tomado el camino de la delincuencia, la drogadicción o la deshonra; al contrario, ha sido elevado a lo que hay de grandioso en él. Es como si en la escuela hubiese tenido como maestro a Pau Casals. Como si éste le hubiese enseñado lo que es el genio, y comentándole el dedo de oro, le hubiese convencido de que él tenía uno. También aprendió a confiar en su cuerpo o «pelo» instintivo y, finalmente, ha visto ojos mirándole desde el agua y, por extensión, mirándole desde la hierba, los árboles, las montañas. Aprendió que el mundo entero está en llamas. «¡Todo es inteligente!» Todo su pelo se convierte en oro.

Semejante enseñanza puede tener extraños efectos. Si alguno de nosotros tuviese tan buena fortuna, un amigo probablemente nos advertiría que corremos el riesgo de volvernos demasiado grandes. Es más: el niño recibió estas enseñanzas cuando era demasiado joven, ése es uno de los problemas de ir a una fuente sagrada con un hombre primitivo. Y, sin embargo, la mayoría de nosotros recibimos similares enseñanzas, aunque las lecciones nos lleguen de forma fragmentaria, una porción ahora y una porción después, dispersas en meses y en años.

Para algunos, la enseñanza que se refiere a los ojos les llegó durante la niñez, época en la que nos sentimos asombrados por los bosques y jardines y supimos que estaban «vivos». La enseñanza del pelo de oro nos llegó a los doce o catorce años, cuando impelidos por el instinto sexual tuvimos la primera erección, o nos enamoramos perdidamente, y supimos que era bueno, muy bueno. Más tarde, con la adolescencia, empezamos a experimentar habilidades mentales o físicas que nunca habíamos siquiera imaginado.

Todos hemos sentido alguna vez que éramos hijos de reyes y reinas, y que de alguna forma habíamos aterrizado por equivocación en nuestra prosaica y sosa familia. Nuestra grandeza estaba ya en nosotros, sin que ningún hombre primitivo visible nos hubiera llevado a su fuente mágica. Conocemos el sentimiento de grandeza, y queremos tenerlo todo el tiempo.

Para mantener el sentimiento de grandeza, un niño puede negarse a recordar episodios feos de la niñez, desviar la mirada de la confusión, el abuso, el abandono o la falta de protección, y pasar por alto la indiferencia, las adicciones o el lado oscuro de sus padres. En apariencia, los animales no tienen que preocuparse tanto por la inflación, pero nosotros somos seres humanos, y un poco de oro —o de sentimiento de genialidad— puede elevarnos a grandes alturas de las que luego no querramos bajar. Fue Robinson Jeffers quien, hablando del conocimiento científico del ser humano y su consiguiente grandeza, dijo:

*Un pequeño conocimiento, un grano de arena de la playa.  
Una gota de los océanos; ¿quién hubiese soñado este exceso infinitamente pequeño?*

#### Qué ocurre

Al ser elevados, los jóvenes pueden volverse cisnes blancos, grandes arribista, o «chicos voladores», del mismo modo que las jóvenes elevadas pueden volverse chicas voladoras, y ambos hacen el amor con seres invisibles a grandes alturas. Los pensadores jungianos han hecho bien en señalar y describir este fenómeno, y los términos *puer aeternus* (niño sagrado o eterno) y *puella aeterna* (niña sagrada o eterna) a muchos les resultan familiares. Los jungianos han descrito al niño eterno con lujo de detalle y el libro *Puer Aeternus*, de Marie-Louise von Franz, es un clásico.



En cualquier caso, esta gente voladora, frívolamente espiritual, no se siente cómoda en su propio cuerpo y está sujeta a terribles conmociones de abandono; son incapaces de aceptar las imitaciones y sienten aversión por un cierto hastío inherente a la condición humana. Marie-Louise von Franz llamó a este tipo de personalidad El principito, como el protagonista del cuento. Lo escribió Antoine de Saint-Exupéry, que fue, literalmente, un héroe de la aviación siempre en busca de formas puras de vida en otros planetas, pero cuyo «principito» muere al ser mordido por una serpiente en éste.

Peter Pan pertenece a esta categoría de voladores, al igual que la mayoría de los acólitos del ashram, devotos de una «conciencia superior» que reniegan de los alimentos terrenales, los amantes platónicos y célibes y algunos donjuanes, que exigen tal perfección celestial en las mujeres que se ven obligados a abandonarlas en cuanto comprueban que carecen de la perla perdida.

Los aspirantes a lo grandioso pueden soñar en subir en un ascensor sujeto a la parte externa de un edificio, pero cuando llegan al ático, a menudo descubren que no hay entrada al edificio. Al hombre volador por lo general le gustan las mujeres, pero suele reducirlas para guardarlas en botellas, y así poder llevarlas en el bolsillo. Los jóvenes *puer aeternus* no son, en absoluto, negativos; aman el espíritu y encarnan gran parte de la energía espiritual de la nación. Sus ascensiones suponen muchas ventajas para la cultura. Sin ellos, la cultura americana probablemente se secaría y endurecería como el hormigón. De modo que los aspirantes a lo grandioso son personas complicadas.

Los aspirantes a lo grandioso —de los que era y soy un buen ejemplo— provienen de todo tipo de familias, y a veces su ascensión es asumida como un inteligente método de supervivencia. Cité estas líneas al principio:

*¿Qué hace el hijo?  
Vuelve la cara,  
pierde el valor,  
se va afuera a alimentarse de cosas  
naturales, vive entre madrigueras  
y chozas, come distancia y silencio;  
se deja crecer grandes alas, entra en la espiral, asciende.*

Esa escena tuvo lugar cuando tenía unos doce años. A los veintiocho, aún anhelaba la pureza, «para estar por encima de todo», para no implicarme.

Tras su experiencia, Marie-Louise von Franz llegó a la conclusión de que estos voladores celestiales o astillas voladoras eligen elevarse en señal de rebeldía contra la terrenalidad maternal y el conservadurismo femenino. Se remontan en el aire, opina, para alejarse del temor a los imanes que algunas mujeres ocultan bajo tierra con la esperanza de atraer a hombres de cabeza hueca hacia el suelo de los matrimonios, los trabajos y los compromisos de largo alcance.

La evolución del niño hacia una criatura semejante a los pájaros es un proceso natural; cuando quiere escapar mira hacia arriba, hacia la luz, como hacen los pájaros. Los pájaros encerrados suben aleteando por las paredes hacia las grietas de luz. De modo que los jóvenes aspirantes a lo grandioso suelen alcanzar lo espiritual, pero a costa de la vida o de su propio arraigo en la existencia masculina.

*¡Qué lejos está de los trabajadores a los cuarenta años!  
De todos los hombres...*

No estoy diciendo que el trabajo espiritual era un error en sí, en absoluto; pero creo que es importante considerar en qué momento de la vida de una persona debe tener lugar. Recordemos a Baal Shem Tov, aquel

genio del espíritu de principios del siglo XVIII, en Polonia, que no dejaba que algunos de sus jóvenes leyeran ciertos textos espirituales hasta cumplir los treinta y cinco. Algunos dicen que el cometido del hombre en la primera mitad de su vida es ligarse a la materia: aprender un trabajo artesanal, hacerse amigo de la madera, de la tierra, del viento o del fuego. Cuando Jung montó un centro en Zurich, no aceptaba a ninguna persona que no hubiese triunfado en alguna otra carrera. Era una forma de decir «treinta y cinco o más».

Es preciso añadir que no todos los jóvenes aspiran a lo grandioso. Algunos están atados a la tierra, asumen responsabilidades demasiado pronto, se hacen cargo de otras personas; caminan lentamente, se mueven a ras de suelo, soportan enormes cargas, sienten que no tienen ningún derecho a buscar grietas de luz. La tradición familiar ha suprimido la grandiosidad del hijo desde temprano; a veces, en esas familias, las mujeres están sobrevaloradas; los hombres, no; los hombres toman el camino del descenso. No se convierten en artistas o músicos; su vida transcurre a la altura de las suelas de sus zapatos. En algunos cuentos de hadas él les llama «zapateros», y describen la tensión que existe entre ellos y los «sastres», de corazón más elevado.

La cultura de escasez de la Edad Media europea —por nombrar una sola cultura de escasez— no daba muchas oportunidades de ascensión a sus jóvenes; nuestra cultura de abundancia, o de derecho, pone muy pocos límites; y para muchos estudiantes universitarios, la diosa de la necesidad es casi desconocida.

El niño de nuestro cuento se encuentra ahora en el momento de la ascensión. Como tal, es similar, para bien o para mal, a millones de personas de la cultura americana actual. Si pretendemos cambiar algo en la vida de hombres y de mujeres conviene que observemos cuidadosamente a estos aspirantes a la altura, a estos sastres o voladores, y podemos observarlos a la luz de estas tres palabras: pasividad, ingenuidad e insensibilidad.

Sabemos que la tendencia de las mujeres a la elevación es muy intensa y extendida; pero creo que una mujer podría hablar con mayor precisión que yo acerca de su naturaleza, por lo que lo más apropiado es que sean ellas mismas las que la describan. De modo que aquí nos limitaremos a las aspiraciones de elevancia de los hombres.

Sabemos que durante cientos de miles de años los hombres se han admirado entre sí y han sido admirados por las mujeres, en particular por su actividad. Tanto hombres como mujeres acudían antaño a los hombres cuando tenían que aventurarse en lugares peligrosos, armarse de valor para atravesar una cascada o desempolvar las colas de los jabalíes. Creían todos que si los hombres lo hacían bien, las mujeres y los niños podrían dormir seguros. Pero en la actualidad los jabalíes se han convertido en cerdos en el corral, y los caudalosos ríos en la fuente del patio del Museo de Arte Moderno. La actividad por la que antaño eran amados los hombres ya no existe.

Los hombres se atrevían a penetrar en el reino de los animales, a plantarles cara, a luchar contra ellos, a luchar con el alma del animal; aprendían sus danzas, atravesaban el velo que les separaba de ellos. Algunos hombres, llamados chamanes, penetraban también en el reino de los espíritus, luchaban contra ellos, les vencían y salvaban a gente que había caído enferma por su maligna influencia. Los hombres eran amados por su sorprendente iniciativa: navegaban en inmensos océanos, levantaban de la nada una granja en terrenos agrestes, concebían negocios, los llevaban a cabo hábilmente, trabajaban en cosas nuevas, hacían lo que nunca antes se había hecho. Los jóvenes vikingos se ejercitaban caminando en el extremo de los remos sin que los remeros dejaran de remar.

Hasta hace muy poco nadie elogiaba a las mujeres por su actividad. Durante siglos han tenido que vivir en la inevitable pasividad que les exigían monjes, médicos, filósofos, moralistas, teólogos y jueces. Ahora que las mujeres empiezan a asumir actividades, son los hombres los que desertan y abogan por la pasividad. (La pasividad del «hombre suave» del primer capítulo suele sorprender mucho a las mujeres.)

Durante los últimos treinta años, se les ha exigido a los hombres que aprendan a dejarse llevar por la corriente, a seguir en lugar de dirigir, a vivir de forma no jerarquizada, a ser vulnerables, a adoptar decisiones consensuadas. Algunas mujeres prefieren a los hombres pasivos, si es que quieren un hombre; la Iglesia quiere un hombre manso —se les llama sacerdotes—; la Universidad quiere un hombre domesticado, sin iniciativa; la industria quiere a alguien que sepa trabajar en equipo, etcétera. Blake escribió:

*Me paseo por cada noble calle,  
cerca de donde el privilegiado Támesis fluye,  
y noto en todos los rostros que encuentro  
huellas de debilidad, huellas de infortunio.*

La pasividad se incrementa con cada nuevo «producto» generado por el sistema educativo.

A los dieciocho años, el americano medio ha visto cuatro mil horas de publicidad, y a pesar de ello muy pocos televisores han sido destruidos con hachas, muy pocos debates electorales han sido interrumpidos por «activistas», muy pocos incrementos en el presupuesto militar han sido abortados por protestas masivas. Blake sitúa la pasividad en la niñez temprana:

*Forcejeando en las manos de mi padre,  
luchando contra mis pañales,  
atado y cansado pensé que era mejor  
enfurruñarme sobre el pecho de mi madre.*

El niño forcejea con las manos de su padre, combatiendo el deseo narcicista paterno de atarle o asesinarle; y lucha contra los pañales, combatiendo el deseo narcicista materno de convertirle en lo que la madre quiere. Cuando el niño fracasa en el intento de liberarse, Blake dice que opta por enfurruñarse. ¿Con qué frecuencia se enfurruñan los adultos ante la peculiar interpretación que puede hacer una mujer de su comportamiento, tan distinta del suyo? A los veinte años, podemos pasarnos una semana en un enfurruñamiento de ese tipo —después de todo, no parece tanto tiempo—, y durante ese tiempo probablemente nos negaremos a hablar sobre nuestros heridos sentimientos, y hasta puede que no hablemos en absoluto. En semejante estado de ánimo nunca gritamos, chillamos ni pateamos: implican demasiada actividad. Cuando un hombre se enfurruña, se vuelve pasivo respecto de sus propias heridas.

Cuando no aparece ningún hombre mayor para romper el confinamiento del niño enfurruñado, el hábito de la pasividad puede extenderse a otros aspectos de su vida.

El hombre pasivo, por ejemplo, puede pedirle a la mujer que ella ponga el amor por ambos. Hablar no lo es todo, pero es una parte de la relación amorosa, como puede ser el comprar regalos, el llevar a «término» una conversación, el elogiar a la otra persona, el mantener el hilo de la intimidad. En *Intimate Partners*, Maggy Scarf señala que en aproximadamente tres cuartas partes de los matrimonios americanos se da esta curiosa situación: la mujer quiere más intimidad y el hombre la rehuye; ella le persigue, pero no lo bastante rápido como para cogerle, y él huye, pero no lo bastante rápido como para alejarse. Este juego puede durar años.

Es posible que el hombre pasivo no exprese sus deseos, y que la novia o esposa tengan que adivinarlo. Como compensación a la pasividad doméstica, en el trabajo puede dedicarse a la producción de robots, pero tampoco es eso lo que quiere.

Podemos ir más allá. El hombre pasivo puede pedirle a sus hijos que se hagan cargo del amor de la familia. Los niños suelen observar a sus padres con gran perspicacia. El equipo de terapeutas de Murray Bowman, especializado en ansiedad familiar, se dedica a estudiar los grados de ansiedad y quien las asume.

Concluye que un adolescente «con problemas» que se «manifiesta» puede, de hecho, estar transfiriéndose parte de la ansiedad existente entre el padre y la madre, y, en ese sentido, asumiéndola. Los niños son activos en sus afectos hasta el extremo de sacrificarse ellos mismos.

El hombre pasivo puede desatender su papel de padre. Ser padre significa sentir, pero también significa realizar todo tipo de labores aburridas, llevar a los niños al colegio, comprarles chaquetas, asistir a los festivales de final de curso, poner límite a las horas de llegada, establecer normas de comportamiento, decidir qué hacer cuando se violan estas normas, informarse sobre los amigos de los hijos, escuchar particularmente los discursos del niño, etcétera. El hombre pasivo deja todo esto en manos de su mujer.

Cuando le pregunté a un sueco qué quejas tenían las mujeres de su país en relación con los hombres, me contestó que sus amigas se quejaban de que el hombre sueco carecía de una visión de conjunto de la relación. El hombre sabe qué quiere hoy o mañana, pero no sabe cómo quiere que sea la relación a dos o diez años vista. Podríamos llamar a esto una especie de pasividad de visión.

Finalmente, un marido o amante puede evitar tener un papel activo en la vida de la mujer.

*Atado y cansado pensé que era mejor  
enfurruñarme sobre el pecho de una mujer.*

Una mujer no quiere que el hombre le diga lo que tiene que hacer, pero otras fuerzas pueden haberla alejado de una acción o de un acto provechoso. Si el marido ve que esto está ocurriendo, debe decírselo. Del mismo modo que un hombre también espera que si su mujer le ve aceptando la dirección de fuerzas invisibles, se lo haga ver.

## **Ingenuidad**

Cada vez se ve mayor pasividad en los hombres, pero también mayor ingenuidad. El hombre ingenuo se enorgullece de ser atacado. Si su esposa, o su novia, furiosa, le llama «chovinista», o «sexista», o «machista», no se defiende, sencillamente lo asume. Se abre la camisa para que ella pueda ver con más claridad adonde dirigir los dardos. Acaba con dos o tres jabalinas atravesadas y el suelo cubierto de sangre. Si fuese un torero, permanecería en su sitio cuando la res embistiera, ni agitaría la camisa ni se giraría, dejaría que el cuerno se le clavara en el cuerpo. Después de cada corrida, los amigos se lo llevarían en andas al hospital.

Encaja los ataques y cree que su postura es valiente y adelantada; está convencido de que, una vez solo, ya encontrará un lugar en el que recuperarse. Una mujer, tan misteriosa y superior, le ha prestado un poco de atención. Ser atacado por alguien a quien uno ama... ¿Hay algo más maravilloso? Quizá las heridas compensen su chovinismo, de modo que pueda permitirse seguir siendo chovinista algún tiempo más.

El hombre ingenuo también se enorgullece de poder asumir el dolor de otros. En particular el de las mujeres. Cuando a la edad de cinco años estaba sentado a la mesa de la cocina, su madre le confió sus penas y él se sintió halagado de que un adulto le contara semejantes cosas, aun cuando su padre no saliera bien parado. Más tarde, se sintió atraído por mujeres que «comparten su dolor». Su capacidad para escucharlas le hace verse como una especie de médico. Suele estar más en contacto con el dolor de las mujeres que con el suyo propio, y se ofrece a asumir el dolor de una mujer antes de consultar con su propio corazón si dicha tarea es apropiada en semejantes circunstancias. En términos generales, creo que cada sexo abandona su propio dolor cuando intenta asumir el del sexo contrario. No quiero decir con ello que los hombres no deban escuchar a las mujeres. Pero escuchar la problemática de una mujer y asumirla son cosas distintas. Las mujeres han intentado durante siglos asumir el dolor de los hombres, y no les ha ido bien.

La palabra especial es importante para el hombre ingenuo, que tiene relaciones especiales con cierta gente. Todos tenemos algunas relaciones especiales, pero éste rodea a la persona especial con un tipo empalagoso de buena voluntad. La relación es tan especial que nunca considera el lado oscuro de la persona, que puede ser un hijo, una hija, una esposa, un amigo, una amiga. Acepta reacciones fuera de tono, conspira de algún modo con el lado oscuro de la otra persona. «Algunas personas son especiales», dice.

Podríamos decir que, si no investiga el lado oscuro de su hijo o de su hija, quizás ellos no investiguen el suyo. Él mismo puede tener una relación secreta y especial con un pequeñín herido en su interior. Si es así, no desafiará al pequeño, ni le hará notar su autocompasión, ni siquiera le escuchará. Sencillamente dejará que el niño haga su vida.

La sinceridad es una cuestión importante para él. Asume que la persona, con la que conversa ya sea un extraño o un amante, es franca, tiene buena voluntad y habla con el corazón en la mano. Conviene con Rousseau y con Whitman en que todas las personas son en esencia nobles por naturaleza, y que sólo están un poco torcidas por las instituciones. Pone mucha leña en el asador de su propia sinceridad. Cree en ella, como si fuese un caballo o la muralla de una ciudadela. Supone que le evitará situaciones que sobrevienen a gente manos abiertas. Es posible que diga: «Es cierto que te fui infiel con tu mejor amiga mientras estabas de viaje, y aun después de que volvieras, pero he sido sincero contigo y te lo he contado. Así que, ¿por qué estás enfadada conmigo?»

Un hombre ingenuo representa extrañas obras de autoaislamiento. Es probable, por ejemplo, que cuando una mujer enfadada le critica, él responda con cierta prudencia: «Tienes razón. No tenía derecho a hacerlo.» Si el enfado de ella se convierte en rabia, agacha la cabeza y añade: «Siempre he sido así.» En el tercer acto, puede implicar a su padre. «Nunca estuvo a mi lado; no me apoyaba.» La rabia continúa, y él se encorva aún más. Está perdiendo pie rápidamente, y en el cuarto acto podría decir: «Todos los hombres son una mierda.» A estas alturas está muchísimo más aislado de lo que estaba cinco minutos antes. Se siente rechazado por la mujer y, ahora, también está aislado de los demás hombres. Un hombre al que conocí representaba esta obra cada vez que tenía una discusión seria con una mujer, lo que sucedía más o menos cada semana.

El hombre ingenuo perderá lo que para él es máspreciado por su falta de límites. Esto es particularmente cierto en el caso del hombre New Age, o en el hombre que busca una «conciencia superior». Los ladrones entran y salen de su casa, llevando abultados sacos, y él no parece darse por aludido. Cuenta sus experiencias de deslumbramiento en las fiestas; le confía el sueño que tuvo la noche pasada a un extraño. En términos mitológicos, cuando se encuentra con el gigante le expone todos sus planes. Rara vez lucha por lo que es suyo; regala sus huevos, y otros crían los polluelos. Podríamos decir que al no tener conciencia de los límites, es incapaz de desarrollar un buen recipiente para su alma, o un buen recipiente para dos personas. Éste tiene una fuga en algún lugar. Él mismo puede romper el recipiente al ver una cara atractiva. Como un artista, improvisa; como un poeta, a su trabajo le falta métrica y forma. La improvisación no es mala en sí misma, pero él tiende a enorgullecerse de su falta de forma porque desconfía de los límites. La falta de límites acabará por dañarle.

El hombre ingenuo suele tener una relación poco adecuada con el éxtasis. Ansia el éxtasis en el momento o en el lugar inoportunos, y desconoce las fuentes masculinas de éste. Busca el éxtasis a través de lo femenino, a través de la Gran Madre, a través de la diosa, aun cuando lo que arraiga a la mujer puede desarraigarle a él. Utiliza el éxtasis para mantenerse alejado del arraigo y de la disciplina.

El hombre ingenuo se hunde en sus estados de ánimo como en un gran agujero. Vemos que algunas mujeres son capaces de abstraerse de un estado de ánimo. Si una mujer está de mal humor antes de una fiesta, por ejemplo, puede sortear su estado de ánimo, desvincularse y deshacerse de él, al menos durante un tiempo. Pero el estado de ánimo de un hombre ingenuo parece adosarse a él como a una montaña. No puede separarse

de él. Si se siente herido, o en baja forma, se identifica con su estado de ánimo, y todos los que le rodean tienen que descender al agujero. En el trance de su estado de ánimo, no está ni para su mujer, ni para sus hijos, ni para los amigos.

El hombre sin limitaciones puede especializarse asimismo en no contar las cosas. Si, por ejemplo, él y otros deciden que hay que cambiar la disposición de un número determinado de sillas antes de una actuación, y se le encarga a él el trabajo, es probable que no le diga a nadie que ha decidido dejar las sillas tal como estaban. La gente implicada, generalmente mayor, se enfada y grita de inmediato. Básicamente les ha hecho cargar con la rabia, y con su peso. Él está limpio y ligero, y se pregunta por qué los demás se enfadan con tanta frecuencia.

El hombre ingenuo, por lo general, no sabe que hay un ser dentro de él que quiere permanecer enfermo. Dentro de cada hombre o mujer hay un ser enfermo y un ser sano: y es necesario saber quién habla en cada momento. Pero la consciencia del hombre enfermo y del poder que tiene no forma parte del campo de percepciones del hombre ingenuo.

El hombre ingenuo suele carecer asimismo de lo que James Hillman ha dado en llamar «brutalidad natural». Un día, la madre halcón echa a sus crías del nido; el zorro saca a sus cachorros a principios de octubre. Pero el aspirante a la altura deja que las cosas se alarguen demasiado tiempo. Unas cuantas palabras duras y francas al inicio de la relación hubieran servido de mucho. En lugar de ello, espera y espera, hasta que, más adelante, sale una herida grave.

Carece de sentido del tiempo. Falta un latido, uno o dos segundos después de recibir el golpe físico o verbal. Pasa directamente del dolor del golpe recibido a una comprensión empática del motivo, y se salta la rabia por completo. Citando a Jesús, diríamos que pone la otra mejilla.

Como último comentario sobre la ingenuidad, podemos decir que hay algo en ésta que inspira a la traición. El hombre ingenuo tiene una curiosa relación con la traición, el engaño y la mentira. No sólo traiciona a otros con facilidad, convencido de que sus motivos son siempre buenos, sino que, cuando una mujer vive durante un tiempo con un hombre realmente ingenuo, se siente inevitablemente impelida a serle infiel. Cuando hay demasiada ingenuidad alrededor, el Universo no tiene más opción que cristalizar cierta traición.

## **Insensibilidad**

A un hombre espiritual le puede gustar la luz, y sin embargo ser totalmente insensible en el área del pecho. Es difícil decir esto con propiedad, y no está claro de dónde proviene la insensibilidad. Narraré una fábula personal.

Cuando tenía dos o tres años de edad, me acerqué a mi padre y le pedí protección. Pero era un hombre muy activo, y estar con él parecía más peligroso que estar fuera, en la calle. Luego me acerqué a mi madre y le pedí protección. Dijo que sí al instante. Y yo sentí cómo la insensibilidad me bajaba por el cuello hasta el estómago. Ésa es la fábula. Puede que no sea verdad. No sé a qué edad me sobrevino la insensibilidad. Quizá tenía la expectativa genética de que me protegiera mi padre, y cuando esto no ocurrió, la conmoción me hizo perder la sensibilidad. También es posible que supiera, o que creyera saber que, si aceptaba la protección de mi madre, aprendería a sentir como sienten las mujeres. Pero yo era varón, de modo que decidí no tener ningún tipo de sentimientos.

La fábula sugiere que la protección de una madre, por mejor intencionada que sea, no puede sustituir la protección del padre.

No tuve sensibilidad en el pecho mientras duró la enseñanza secundaria. La cabeza, rebosante de sangre, me ardía; los genitales, rebosantes de curiosidad, también me ardían. El problema estaba en el área intermedia.

En la secundaria, si una chica me preguntaba: «¿Me quieres?», no podía responder. Si yo le hacía la misma pregunta, ella podía responderme: «Bueno, te respeto, y te admiro, y te tengo cariño e incluso me interesas, pero no estoy enamorada de ti.» Aparentemente, cuando miraba hacia su pecho, veía un espectro de afectos, toda una procesión de sentimientos que podía distinguir con facilidad. Si yo me miraba el pecho, no veía nada en absoluto. Tenía, pues, que quedarme callado o fingir.

Algunas mujeres se sienten heridas cuando un hombre no «expresa sus sentimientos», y deducen que está conteniéndose, o «diciéndoles algo» con semejante ocultamiento; pero lo más probable es que cuando dicho hombre le hace una pregunta a su pecho, no reciba ninguna respuesta.

Una parte de esa insensibilidad ha desaparecido ya. Puedo responder a preguntas sobre mis sentimientos, y puedo ver gente allí abajo, con ropas de distintos colores, dando vueltas, y puedo diferenciarlos. Es posible que a medida que envejezca, ciertas partes insensibles del cuerpo de un hombre vuelvan a la vida de forma natural. Es posible, también, que la insensibilidad desaparezca a medida que aprendemos a buscar protección en personas distintas a nuestros padres. Recibo protección de hombres de mi edad —o al menos así lo siento—, de unas cuantas mujeres exultantes y adorables, y de algunos jóvenes decididos.

## **El cuento: Trabajo en la cocina**

Si el niño de oro de nuestra historia es un aspirante a la altura y un volador tras dejar la fuente, entonces Juan de Hierro no se equivoca cuando, en esencia, le dice: «Ahora ya sabes mucho sobre el oro, pero nada sobre la pobreza.» De hecho, le dice: «Sabes mucho sobre el ascenso, pero nada sobre el descenso.» La historia lo narra así:

«Vuelve al mundo y sabrás lo que es la pobreza. Sin embargo, puesto que no tienes mal corazón y te deseo lo mejor, te daré este regalo: cuando tengas problemas, acércate al límite del bosque y grita: «¡Juan de Hierro! ¡Juan de Hierro!» Vendré a ti y te ayudaré. Mi poder es grande, más grande de lo que crees, y poseo oro y plata en abundancia.»

El hijo del rey abandonó el bosque y recorrió caminos buenos y malos hasta que, por fin, llegó a una gran ciudad. Allí buscó trabajo, pero no pudo encontrar ninguno; no había aprendido ningún oficio con el que poder ganarse la vida. Al cabo de un tiempo, se dirigió al castillo y solicitó que le admitieran. La gente de la corte no sabía en qué menester podían utilizarlo, pero les cayó en gracia y le dijeron que se quedara. Por fin le tomó el cocinero a su servicio, y le dijo que se ocupara de la leña y del agua, y que barrierá las cenizas.

Pasar de príncipe a cocinero es el paso que exige la historia. Cargar la leña y agua, trabajar en el sótano del castillo —donde está la cocina— supone caer por debajo del suelo, el Descenso, la humillación, el «ir hacia abajo y hacia fuera». Encontramos esa frase en *Sin blanca* en París y Londres, de George Orwell. Cuando Orwell decide superar la ingenuidad heredada de su formación de clase media, también consigue un trabajo en el sótano, y su novela está llena de la vida del subsuelo que llevó como ayudante de cocina en los grandes hoteles. Para los jóvenes que se han graduado en Universidades de elite, o que han sido elevados por la cultura oficial, la vida espiritual suele empezar con este trabajo de sótano en la cocina.

## Katabasis

Lo que marca el descenso, se emprenda consciente o inconscientemente, es un sentimiento de inferioridad, asociado al agua y al alma, como la altura se asocia al espíritu. «El agua prefiere lugares bajos.» La inferioridad asalta sobre todo a hombres que están inicialmente en lo alto, en la fortuna, elevados.

El ir hacia abajo y hacia fuera suele separar al joven de sus compañeros voladores y de su apoyo, y le hace consciente de una depresión que puede haber estado habitando inadvertidamente en él durante años. Empieza una vida dura de mediocridad, abatimiento, silencios, resquebrajamiento en el camino, opresión y moderación.

Nuestra historia dice, sencillamente, que tras vagar durante un tiempo, a falta de «habilidades», el joven logró finalmente un trabajo en la cocina —que tradicionalmente está en el sótano— de un castillo. La historia dice que después de los dedos y de los cabellos de oro, lo más apropiado para el hombre es la vorágine, el hundimiento, la caída, lo que los antiguos griegos llamaban katabasis.

Esta caída implica algo más que un mero susto. Nuestro ego no lo quiere y, aun si caemos, no quiere presenciarlo. Los sonidos de katabasis, ásperos y abruptos, parecen apropiados para este viaje.

Lo que digo, pues, es que el siguiente paso en la iniciación de los hombres consiste en encontrar la ratonera. La ratonera es «el camino oscuro», para el que no nos prepara Williams ni Haverford, el viaje que el hombre ascendente supone propio de hombres de clase inferior, el ir hacia abajo y hacia fuera.

Cuando tiene lugar la katabasis, un hombre ya no se siente una persona especial. No lo es. Un día está en la Universidad, alimentado y hospedado —a menudo con el dinero de otro—, protegido por paredes de ladrillo construidas por hombres muertos hace mucho, y al día siguiente se encuentra sin hogar, recorriendo las calles, buscando alguna forma de procurarse comida y lecho. La gente percibe de inmediato cuándo uno está cayendo o ha caído: los porteros te dan la espalda, los camareros te miran con desprecio, nadie te sostiene la puerta en el Metro.

Tu psicología interna cambia a la vez que aflora una vieja vergüenza, caminas cabizbajo sintiendo que todo es inútil. El yo masculino interior cambia. Mientras aún somos grandes e ingenuos, dentro de nosotros vive un joven de rostro resplandeciente, expectante, optimista, acicalado, un príncipe. Al empezar el Descenso, un hombre anciano ocupa el lugar del príncipe. Para nuestra sorpresa, toma el control un derrotado desvalido, antisocial, frágil y aislado.

Recordamos a Edipo en su katabasis un día, rey arrogante y exigente; al siguiente, un ciego guiado por otros. En nuestra época, la katabasis se da a través de la adicción —alcohol, cocaína, crack. El hombre pierde la salud y acaba con las piernas esqueléticas, falta de energía, sin mujer e hijos, sin amigos, casa y dinero. Pierde el trabajo, el respeto por sí mismo y «hasta el último rastro de su arte y de su vida pasados».

Para un hombre profundamente involucrado en su trabajo, la katabasis puede aparecer sin mediación de adicción ni enfermedad. A un hombre le va bien en su trabajo, lleva una vida dulce en el hogar con su familia, disfruta de los fines de semana en el lago Tahoe y un domingo por la mañana se encuentra a sí mismo en el patio con una pistola cargada a punto de apretar el gatillo. Vive, pero pierde «hasta el último jirón de su arte y de su vida pasados».

Recordamos que los hermanos de José le meten en una gravera (la versión árabe dice que en un pozo seco). Unos días después, le venden a los comerciantes de esclavos, que, a su vez, le llevan aún más lejos, a un tercer Descenso en un calabozo tras ofender a la mujer del comandante.



Es como si de algún modo la vida le rechazara. Hay muchas formas de ser «rechazado»: un accidente serio, la pérdida del trabajo, la ruptura de una larga amistad, un divorcio, una crisis nerviosa, una enfermedad.

Se dice que, cuando un amigo le decía entusiasmado a Jung

«¡Acaban de ascenderme!», éste le respondía: «Me apena mucho escucharlo; pero si seguimos unidos, creo que lo superaremos.» Si, por el contrario, un amigo llegaba deprimido y avergonzado, diciendo: «Me acaban de despedir», Jung le respondía: «Abramos una botella de vino; qué buena noticia; ahora ocurrirá algo bueno.»

El joven de «El hermano hollinoso del diablo» (un cuento de los hermanos Grimm) se encuentra con un hombre oscuro mientras pasea por el bosque justo después de ser licenciado del Ejército. Acepta un trabajo de fregaplatos en un lugar subterráneo, uniendo en la misma imagen la cocina y el Descenso. Cabe decir por tanto que el «rechazo» es una situación buena y sagrada como antesala del Descenso. Juan de Hierro, pues, rechaza al niño tras los tres días junto a la fuente.

Sabemos que los hombres del siglo XIX eran insensibles al sufrimiento femenino. *The Madwoman in the Attic*, de Sandra Gilbert y Susan Gubar, describe la intensidad de ese sufrimiento. En este siglo, los hombres han añadido otra desatención: suelen ser insensibles a su propio sufrimiento.

La herida que un hombre recibe de su padre, de la vida o del contacto con el Hombre Primitivo, aparece por primera vez en nuestra historia cuando el niño se pilla el dedo. A partir de esa herida, su relación con el mundo queda trastocada.

Algunos padres administran nuestra herida con frialdad o indiferencia, pegándonos, con el abuso verbal o sexual, tratándonos como si no fuésemos nada o inculcándonos una vergüenza fundamentalista. Como mencionamos en el último capítulo, un hijo puede sumergir la herida en agua terapéutica o ritual para darle entrada en su consciencia, para sentir su injusticia, su enormidad, su efecto dañino sobre su espontaneidad y su alegría, su conexión con su rabia abierta o encubierta.

Trabajar en la cocina significa intensificar la inmersión. El que desciende sale —de la vida ordinaria y respetable— a través de la herida. Se piensa ahora en la herida como en una puerta. Si su padre le abandonó, ahora se abandona realmente; durante este tiempo no tiene casa, ni madre, ni mujer. Si hirió su vergüenza mediante el abuso sexual, los malos tratos físicos, o por la ingestión de un padre lleno de vergüenza, esta vez deja la vergüenza fuera..., se asocia con hombres y mujeres crónicamente avergonzados, se sitúa hacia abajo y hacia fuera, donde se sentiría avergonzado cincuenta veces al día.

Si la madre le hirió con su posesividad, haciéndole sentir incapaz y demasiado pequeño, esta vez se vuelve realmente inútil, no tiene estatus ni «contactos». Se confirma en el conocimiento de esa pequeñez.

Si algún acontecimiento paterno o alguna presión cultural separó su «cabeza» del «cuerpo», le dejó atrapado en la posición del observador, esta vez se deja atrapar por completo en su katabasis. El poeta peruano César Vallejo, que pasó diez años en París en lo más profundo de lo inferior y lo exterior, expresa bien esa inmovilidad:

*Es una araña enorme que ya no anda;  
una araña incolora, cuyo cuerpo,  
una cabeza y un abdomen, sangra.*

*Hoy la he visto de cerca. Y con qué esfuerzo  
hacia todos los flancos  
sus pies innumerables alargaba.  
Y he pensado en sus ojos invisibles,  
los pilotos fatales de la araña.*

*Es una araña que tiembla fija  
en un filo de piedra;  
el abdomen a un lado,  
y al otro la cabeza.*

*Con tantos pies la pobre, y aún no puede  
resolverse. Y, al verla  
atónita en tal trance,  
hoy me ha dado qué pena esa viajera.*

*Es una araña enorme, a quien impide  
el abdomen seguir a la cabeza.  
Y he pensado en sus ojos  
y en sus pies numerosos...  
¡Y me ha dado qué pena esa viajera!*

El método de Vallejo ha sido descrito como «una salida heroica a través de la herida». No sale, como el héroe, a través del heroísmo, ni a través de su invulnerabilidad, como el guerrero, sino a través de la herida. Escribió Vallejo en otro poema:

*Yo nací un día  
que Dios estuvo enfermo.*

El ir hacia abajo y hacia fuera no requiere necesariamente pobreza, desamparo y un empleo de fregaplatos, pero sí parece requerir, en cambio, una pérdida de categoría, pasar de ser humano a araña, de persona de clase media a derrotado. El énfasis recae sobre la consciencia de la caída.

En el divorcio, cuando la seguridad emocional de un hombre amenaza con desintegrarse, éste puede desandar su camino por la puerta mientras mira películas cómicas, o asumir la verdadera oscuridad de la puerta que hay frente a él. El divorcio —o inclusive el matrimonio— puede ser el resultado de alguna herida de niñez del hombre, pero, en cualquier caso, la crisis o la disolución del matrimonio reaviva la herida.

El divorcio es, para la mayoría de los hombres, una especie de rechazo, como si a uno lo hubiesen despedido de un trabajo que asumió el día de la boda. Y la agonía de la separación de la figura de una sustitúa de la madre, la sensación de inadecuación entre exigencias de más dinero, falta de calor o encanto en la nueva casa, sensación de rechazo y de aislamiento cuando la comunidad retira parte de su aprobación y su apoyo, las dudas que propicia el cambio..., todo esto se añade a un nuevo tipo de soledad. Si el hombre se niega a ser consolado, y considera todos los malestares como astutas manifestaciones de una herida aislante recibida en la niñez, entonces puede utilizar el divorcio —igual que cualquier otro fracaso serio— como una invitación para cruzar el umbral de la puerta, aceptar la katabasis, sumergirse en la herida y, a través de ésta, salir de su vieja vida.

A menudo el momento de la katabasis no está exento de su propio humor negro. Un profesor espiritual al que conocía llegó en cierta ocasión a una bifurcación en la carretera que llevaba a su casa tras dar una charla sobre la Ilustración. El camino de la izquierda conducía a un motel en el que se encontraban unos amigos, y

donde sabía que habría alcohol y mujeres, y el camino de la derecha conducía al centro de meditación ascética que él dirigía. No pudo decidirse y el coche siguió de largo hasta estrellarse contra una pared de ladrillo amarillo en la que habían pintado en grandes letras un cartel publicitario de una tienda de ARTÍCULOS DE BROMA. El resultado no tuvo nada de gracioso. Cuando dejó el hospital tenía un lado paralizado y permaneció así el resto de su vida.

Recuerdo estas historias con una sensación temerosa. Las energías que exige la katabasis tienen grandes poderes bajo su control. El clima es el de la frase de Cristo: «No saldrás hasta haber pagado el último céntimo.»

La katabasis lleva también implícito el concepto de desastre, introduciéndolo tal vez por vez primera en la vida del hombre. Otro hombre, entregado a su disciplina espiritual, un volador pero también un esforzado trabajador, siempre dispuesto a ayudar a la comunidad, vio cómo ardían unos arbustos a un lado de la carretera. Detuvo el coche y al bajar corriendo para ayudar a apagar el fuego vislumbró algo por encima de su hombro izquierdo. Un segundo más tarde un coche que volaba por los aires lo aplastó contra el suelo. También él acabó en el hospital, con las costillas y la pelvis rotas, tendido boca arriba. Hasta el día de hoy, el barco de su vida ha seguido flotando. La mayoría de nosotros, a decir de Tomas Tranströmer, desplaza lastre de un bolsillo al otro para mantener el barco. De pronto, el barco se vuelca. Al tocar el agua, el naufrago se acuerda de los que se hundieron una noche con el Titanic en las heladas aguas, la gran montaña de hielo flotando a pocos metros de distancia. Antonio Machado dijo:

***Cuatro cosas tiene el hombre que no sirven en la mar:  
ancla, gobernalle y remos, y miedo de naufragar.***

Un pastor luterano de nuestro pequeño pueblo de Minnesota había sido capaz de mantener a flote su bote en las envidiosas aguas turbulentas de la congregación. Actúa con firmeza; y emplea la firmeza con su hijo de dieciséis años, que insiste en utilizar el coche de la familia, inclusive después de que el padre le ha dicho que no. El chico lo roba. El padre, al ver que falta, llama a la Policía, que localiza el coche, lo persigue y lo detiene. El muchacho saca un rifle del calibre 22 del asiento trasero y mata al policía. En esta ocasión el bote se hunde arrastrándolos a ambos.

Parece como si algún poder en la psique dispusiera una severa katabasis si el hombre no sabe lo suficiente como para descender por sí mismo. Una depresión es una pequeña katabasis, y viene dada por fuerzas ajenas a nosotros. Por lo general la depresión nos sorprende con su llegada y su marcha. En la depresión nos negamos a descender, de modo que aparece una mano que nos hunde. En la aflicción, elegimos descender.

Desaparecidos los iniciadores en nuestra cultura, no aprendemos cómo descender por nuestra propia cuenta. Podríamos emplear la frase hundirse en el dolor para el acto consciente del descenso, pero a veces uno siente que en los Estados Unidos el hombre sólo debe sentir dolor en un funeral.

Algunos grupos sufíes turcos empiezan su trabajo nocturno repitiendo una palabra que les recuerda el dolor de lo que no han hecho el año pasado. La emoción no gira en torno al pecado, la culpa o la vergüenza, sino a las omisiones. La propia alma nos pide que descendamos. D. H. Lawrence escribió:

***Yo no soy un mecanismo, el ensamblaje de distintas secciones. Y no es porque el mecanismo funcione mal, que estoy enfermo. Estoy enfermo por las heridas del alma, del profundo yo emocional... y las heridas del alma llevan mucho, mucho tiempo, sólo el tiempo cura y la paciencia, y cierto difícil arrepentimiento, largo difícil arrepentimiento, la comprensión del error de la vida, y la propia liberación de la infinita reiteración del error que la Humanidad entera ha elegido santificar.***

El «largo difícil arrepentimiento» es una forma de decir descenso, aunque prefiero la verticalidad de la katabasis y la imagen de una puerta. La bebida es una puerta que se abre para algunos. En lugar de repetir «lo puedo manejar» y «nunca pierdo el control», semejante hombre dice «soy un alcohólico, no hay duda». Los doce pasos de A. A. le hacen descender.

Al principio de este capítulo mencionamos algunas características del hombre ingenuo, entre ellas la decisión de no mirar el lado oscuro, la suposición de que todo el mundo habla desde el corazón, una relación poco adecuada con el éxtasis, la incapacidad para notar que una parte de él quiere permanecer enferma, etcétera. Supongo que cada vez que nos demos con una ingenuidad de este tipo, encontraremos su katabasis correspondiente.

Ver el lado oscuro de las personas que nos rodean es una disciplina que acepta quien desciende. Le pregunto a un amigo sobre un amigo común; me dice «en gran medida confío en él». Eso mismo: «en gran medida».

La gente de la calle aprende pronto la idea de confianza parcial. Y uno se mira a sí mismo de la misma forma, con confianza parcial. Se dice que en el matrimonio, el hombre y la mujer se dan el uno al otro «su bestia más baja» para que la sujete. Cada uno sujeta las riendas de la «bestia más baja» del otro. Es una magnífica frase.

El hombre ingenuo que vuela directamente hacia el sol no podrá ver su propia sombra. Se encuentra demasiado lejos de él. En la katabasis, la sombra le atrapa.

*Yo nací un día que  
Dios estuvo enfermo.  
Todos saben que vivo,  
que mastico... Y no saben  
por qué en mi verso chirrían,  
oscuro sin sabor de féretro  
luyidos vientos  
desenroscados de la Esfinge  
preguntona del Desierto.*

*Yo nací un día  
que Dios estuvo enfermo,  
grave.*

En el camino del descenso, uno se instruye sobre el lado oscuro de Dios.

El hombre ingenuo también puede recibir algo de instrucción sobre el lado oscuro de la Gran Madre. Tarde o temprano, también, el lado oscuro de la Gran Madre se cristaliza a partir del Universo; tiene que aparecer la amante negra, la de colmillos de jabalí asomando por la boca. Quizás en la vida corriente se presente como una mujer furiosa, asombrada por la incongruencia o la traición.

El hombre experimenta a la mujer enfurecida; pero algo en la malicia de la mujer furiosa le pone enfrente, quizá por vez primera, del Furioso, el Lado Oscuro de la Luna, el Ogro que vive en la parte oscura de la Luna con alas de murciélago y pájaros desgarrados. Experimentar al Maligno es una compensación por la vida más temprana «por encima de la tierra», ser alimentado con pescado y ave, y con cosas delicadas.

Cuando nos traicionan, el lado dentado del Universo muestra sus fauces: los perros negros echan a correr detrás del carruaje; el despiadado cocinero mata a su hija y la entierra en el jardín; el mozo de cuadra extraviado le corta la cabeza al caballo mágico y la princesa es enviada a ocuparse de los cerdos.

En la India, el lado negro de la Gran Madre se llama Kali. Las flores que cuelgan de su cuello pueden convertirse en calaveras y volver al estado original en una fracción de segundo. Sólo Siva, una de las formas del Hombre Primitivo, puede hacerle frente, y eso nos da un indicio de por qué en nuestra historia es el Hombre Primitivo el que inicia al joven.

Pwyll, príncipe de Dyved, cuya historia relata El Mabinogión, no sube al trono hasta haber trocado su lugar durante un año con el del Rey del Submundo. En la práctica, esto quiere decir que durante un año siente a su lado, todas las noches, el cuerpo de la Amante Negra, la Reina del Submundo.

O sea que para bajar hasta el pie de la colina no basta sólo con tomar conciencia de nuestro lado oscuro o el de nuestros amigos, por difícil que sea. En los cuentos rusos, Baba Yaga pregunta: ¿Estás aquí para hacer una buena acción o para eludirla? Tocamos fondo sólo cuando la hostil energía de jabalí de Baba Yaga ha remplazado por completo —durante un tiempo— el Eros infantil que cada uno de nosotros sentía cuando nuestra madre nos llevaba el pecho a la boca, o cuando, más tarde, nos ponía un vaso de leche en la mesa, o cuando nuestra primera y maravillosa novia nos llevó a la cama. Estos amores no tienen nada de malo, pero el descenso sólo se completa cuando ambos han sido sustituidos por la energía con colmillos, cerdas y fauces de jabalí, el cuello rodeado de calaveras y el espíritu de la locura de Baba Yaga.

Algo nos reclama allí, favorece el encuentro con la Reina Negra, quiere que el jabalí abra la boca, que la piscina de Grendel se llene de sangre, que la espada se derrita, que la Mujer Gigante meta al niño en su saco.

Mientras esperan ansiosos conocer a Baba Yaga, los jóvenes de nuestra cultura a menudo suponen que pueden «matarla». Imaginan una aniquilación, una victoria total; pero la historia deja claro que semejantes fantasías son propias de los hombres no iniciados. La única defensa contra el poder de la bruja es desarrollar una energía grande como la suya, tan cruel, salvaje, sagaz, tan clara en su deseo. Cuando un joven se presenta en el hogar de ella y demuestra estar a su nivel de intensidad, de resolución, de respeto por la verdad, puede que ella le diga: «Está bien, ¿qué quieres saber?»

## **El camino de cenizas**

El Descenso o «el trabajo en la cocina» puede revestir otras tres formas. Las denominaremos «Tomar el camino de cenizas», «Aprender a estremecerse» y «Pasar del mundo de la madre al mundo del padre».

«El cocinero le tomó a su servicio, y le dijo que cargara leña y agua, y que barriera las cenizas.» Ésta es una referencia al niño de cenizas de los cuentos de hadas noruegos, llamado Askaladden (Niño de Cenizas), y a Cenicienta (Niña de Cenizas), personaje de los cuentos de hadas de muchos países. Las cenizas no pertenecen a la copa iluminada del árbol, ni a sus fuertes raíces. Las cenizas son, literalmente, la muerte del tronco.

En los cuentos de hadas, «cenizas» es una palabra clave para designar el tiempo ceniciento, hollinóse, depresivo, «hacia fuera». En nuestros días, ser destinado al fogón es una especie de castigo, pero en los cuentos de hadas dicha tarea recae sobre el afortunado hijo tercero, que es el tono mágico y ceniciento, y sobre la afortunada hija tercera, Cenicienta, la hija mágica y sufrida. Encargarse del fogón es el trabajo apropiado para estos dos hijos.

Sabemos qué sensación producen las cenizas en las manos. ¡Qué ligeras son! Parecen polvo sobre las yemas de los dedos. Las cenizas son a veces de color canela, a veces gris pálido, o blancas como el encaje, delicadas como alas de insectos desplegadas. Las cenizas se depositan en las arrugas de los dedos, resaltándolas, haciéndolas más visibles, más claras a nuestros ojos. Con cenizas podemos tomar nuestras propias huellas digitales.

Vivir la vida de cenizas es muy distinto que caer en la katabasis. No implica un descenso en la escala social. No es tan fulminante; en las cenizas hay una especie de serenidad, incluso de letargo.

Según el erudito noruego R. Keyser, en la época de los vikingos a los jóvenes se les permitía hasta dos o tres años de cenizas.

Los noruegos de aquel tiempo vivían en grandes casas comunales, no muy distintas de las de los indios de la Costa Oeste. En su libro sobre los antiguos escandinavos, Keyser los describe durmiendo en grupos de treinta o cuarenta camas dispuestas a lo largo de las paredes. En el centro de la habitación colocaban un enladrillado que hacía las veces de hogar. El humo salía por unos agujeros en el techo. Las cenizas se disponían en montones a setenta o noventa centímetros del enladrillado, entre éste y las camas. A veces los jóvenes se recostaban en el espacio que quedaba entre el fuego y el montón de cenizas, y allí pasaban dos o tres años. «Se les podía ver constantemente acurrucados junto al ruego, rodando sobre las cenizas, comiendo cenizas, sin preocuparse por hacer algo útil ni por mantenerse aseados.» Aparentemente, algunos también masticaban cenizas. Los llamaban los Mordedores de Cenizas. Parece evidente que los jóvenes estaban pasando por una especie de hibernación o de letargo ritual, y que los mayores lo permitían. Si un joven siente hoy la necesidad de abandonar la escuela, no existe ritual para ello, y lo más probable es que acabe avergonzado o, peor aún, en prisión.

Keyser menciona a un Mordedor de Cenizas del siglo XI llamado Starkad, que permaneció varios años en las cenizas hasta que su padre adoptivo le invitó a participar en una expedición. Entonces se levantó, se afeitó, se vistió y se convirtió en uno de los mejores guerreros de la expedición, distinguiéndose más tarde, también, como poeta, evocado en las sagas.

Recordamos el énfasis que pone la Iglesia católica en el Miércoles de Ceniza, de cenizas en la frente.

Mircea Eliade refiere en sus libros el brillante uso de las cenizas que hacen los ancianos iniciadores en Australia, África, Cercano Oriente, Sudamérica y el Pacífico. Para que el niño se convierta en hombre, la iniciación requiere que muera el ser infantil que habita en el interior. El Tiempo de Cenizas es un tiempo reservado para la muerte de ese niño apegado al ego. Tras ser separado de su madre, el niño de entre ocho y doce años pasa a manos de los ancianos guías que cubren su rostro, y a veces su cuerpo entero, con cenizas para que adquiera el color de los muertos y para recordarle la muerte interna que acaecerá. Pueden tenerlo en un lugar oscuro durante horas o días, en contacto con los espíritus de sus ancestros. Y luego obligarlo a arrastrarse por un túnel —o vagina— hecho de maleza y de ramas. Los ancianos le esperan en el otro extremo, sólo que ahora tiene otro nombre. En ciertas culturas, las madres se toman tan en serio la importancia del ritual que cuando vuelven a reunirse con sus hijos, fingen no reconocerlos y hay que volver a hacer las presentaciones. Las madres participan jubilosas en esta iniciación.

Cabe decir que el hombre ávido de oro, ya sea un producto de la New Age o un corredor de bolsa, es un hombre que aún no ha estado en contacto con las cenizas.

La palabra cenizas incorpora una oscura sensación de muerte; colocadas sobre la cara, la blanquean como si de la muerte se tratara. Job se cubrió de cenizas para anunciar que el antiguo y despreocupado Job había muerto; y que el Job viviente lloraba la muerte del otro. Pero en nuestro caso, ¿cómo podemos mirar el lado ceniciento de las cosas en una sociedad que crea un mundo de grandes almacenes y de complejos de esparcimiento en los que se nos hace creer que no existe la muerte, la desfiguración, la enfermedad, la demencia, la pobreza, el letargo y la miseria? Disneylandia es la negación de las cenizas.

Pese a nuestra cultura de Disneylandia, algunos hombres de treinta y cinco o cuarenta años empiezan a experimentar las cenizas en privado, sin rituales, sin ancianos. Empiezan \*a notar cómo muchos de sus sueños

se han reducido a cenizas. Durante la enseñanza secundaria un joven sueña con ser corredor de automóviles, con ser alpinista, con casarse con Miss América, con ser millonario a los treinta, con recibir el premio Nobel de Física a los treinta y cinco, con construir el edificio más alto. Con salir de su pueblucho y establecerse en París. Con tener maravillosos amigos. Y, a la edad de treinta y cinco, todos estos sueños se han convertido en cenizas.

A los treinta y cinco, su estufa interior empieza asimismo a producir cenizas. Diez años antes, su estufa ardía con tal intensidad que echó dentro amanecidas, fiestas plagadas de alcohol, extravagancias sexuales, entusiasmo, locura, excitación. Luego, un día, nota que su estufa ya no da abasto con semejantes carretadas. Abre la puerta de la estufa y el suelo se llena de cenizas. Es hora de comprar una pequeña pala negra en la ferretería y de ponerse de rodillas. Las cenizas caen de la pala al suelo, y en esas cenizas verá la huella de sus zapatos.

Dijo Robert Frost del «Homero»:

***La pregunta que formula en todo menos en palabras  
es qué hacer de algo que ha menguado.***

Nuevas dietas, nuevos cantantes pop, nuevos autores, todo se ha vuelto cenizas al cumplir treinta y cinco años. A los treinta y ocho escribí este poema:

***Esos grandes montones de nieve que se detienen de pronto a tres  
metros de casa... Pensamientos que van tan lejos.***

***El muchacho acaba la escuela y no vuelve a leer libros; el hijo deja de llamar a casa.  
La mujer abandona su rodillo y no vuelve a hacer pan. Y, una noche, en una fiesta, la esposa mira a su  
marido y descubre que ya no le ama.***

***La energía abandona el vino, y el pastor cae al dejar la iglesia. No se acercará más...***

***El que está dentro retrocede, y las manos no tocan nada, y están a salvo.  
El padre llora a su hijo, y no está dispuesto a abandonar la habitación donde se encuentra el féretro.  
Él deja a su mujer, y ella duerme sola.***

***Y la marea sube y baja toda la noche, la Luna atraviesa sola los  
cielos despejados. La punta del zapato gira en el polvo...  
Y el hombre del abrigo negro se vuelve y baja la colina.  
Nadie sabe por qué vino, o por qué se fue y no trepó la colina.***

Los habituales errores que seguimos cometiendo en nuestras relaciones producen más cenizas que calor. Varios hombres de treinta y cinco años me han dicho que se resisten a empezar una nueva relación por temor a que acabe como las últimas diez o doce: en «cenizas». Pero los jóvenes no se cansan de acumular cenizas. Los adictos a la iluminación creen que en su asociación con el gurú buscan el éxtasis, pero es posible que en realidad lo que buscan son cenizas. Sin un fogón al que arrimarse, sin un Hombre Primitivo que nos envíe allí, el joven se cubre la cara de hollín y espera que su madre no le reconozca.

Dice Pablo Neruda:

***De todo lo que he hecho, de todo lo que he perdido,  
de todo lo que he ganado sobresaltadamente,  
en hierro amargo, en hojas, puedo ofrecer un poco.  
Aquí estoy con aquello que pierde estrellas, vegetalmente, solo.***

de «Bruselas»

Las cenizas suponen una gran mengua del árbol viviente, de su enorme copa y de su abundante sombra. El reconocimiento de esta mengua es una experiencia apropiada para hombres mayores de treinta y cinco. Si un hombre no experimenta con claridad esta mengua, se mantendrá inflado y seguirá identificándose con todo lo que en él pueda volar: su vigor sexual, su mente, su negativa a comprometerse, su adicción, su trascendencia, su frialdad. La frialdad de ciertos varones americanos les viene de haber eludido las cenizas.

Franklin Roosevelt encontró sus cenizas en su parálisis; Anuar el-Sadat, en su prisión; Soljenitsin, en el gulag. Algunos de nuestros escritores más vitales —John Steinbeck, William Faulkner, Thomas McGrath, Tillie Olson, David Ignatow, Kenneth Rexroth— encontraron sus cenizas en la pobreza de la Depresión.

La katabasis y las cenizas no son exactamente lo mismo. Cabe decir que un hombre efectúa su katabasis cayendo, empobreciéndose, descendiendo abruptamente en la escala social; y la prisión es un lugar tradicional para experimentar tanto la katabasis como las cenizas. Pero si sabe lo que se hace, un hombre puede conservar su trabajo y su familia y aun así experimentar las cenizas.

En su libro *In Midlife*, Murray Stein sugiere que lo que yo denomino Tiempo de Cenizas puede compararse a la búsqueda del cadáver. En algún lugar de nuestro pasado hay un cadáver. Puede que sea el haber elegido mal nuestra carrera profesional, una relación naufragada, el cadáver de un niño avergonzado.

Después de que Aquiles matara a Héctor, su padre, Príamo, quiso llevarse el cadáver a Troya para darle un funeral apropiado. Con la ayuda de Hermes, «el del casco invisible», Príamo guió a Príamo, refiere Stein, «con la complicidad de la noche, pasadas las líneas de los griegos, al corazón de su campamento».

De modo que para encontrar el cadáver tenemos que deslizarnos de noche «pasadas las líneas». Eso exigen las cenizas. Requiere astucia y sigilo. Requiere la ayuda de un dios.

## **Aprender a estremecerse**

El descenso tiene una tercera cara, a la que denominaremos «aprender a estremecerse». Entre los cuentos de los hermanos Grimm hay una historia sobre un joven que parecía normal en todos los sentidos excepto que no podía estremecerse. Intentaron infundirle miedo de distintas formas: fantasmas, ahorcados, gatos demoníacos, cadáveres en ataúdes..., pero nada de esto surtió efecto.

Los niños pueden estremecerse con facilidad, y un niño suele romper a llorar cuando ve un animal herido. Pero luego desarrolla su propio sistema de autocontrol, y algunos niños empiezan a torturar y a matar insectos para perfumar su propia insignificancia.

En ese momento, los niños se vuelven titanes. Los titanes habitaban el mundo antes que los dioses. Fue un titán —Cronos— el que castró a su padre Urano, y luego devoró, a medida que fueron naciendo, a cada uno de sus hijos, excepto a Zeus. A la larga, Zeus acabó por derrotar a los titanes y los recluyó bajo tierra, pero de algún modo se las arreglaron para seguir cerca, y más tarde se comieron «accidentalmente» a Dionisios, su nieto, el que se estremecía, el que sentía dolor. Encolerizado, Zeus redujo a los titanes a cenizas. Pero los seres humanos, se nos dice, nacieron de esas cenizas. El mismo Dionisios fue reconstruido a partir de su corazón, que había caído en manos de los titanes.

Hacer que los seres humanos nazcan de las cenizas de los titanes es una idea mitológica maravillosa; ayuda a explicar nuestra crueldad y frialdad. Desde luego, también recibimos en las cenizas el cuerpo de Dionisios, pero no el corazón, desafortunadamente. Podemos decir, pues, que es Dionisios, el último dios griego, quien guía ese proceso secreto en el que el joven —o la joven— aprende a estremecerse. Después de la adolescencia, un joven necesita aprender precisamente lo que los titanes nunca aprendieron. Es una meta



legítima de la iniciación.

La reciente película *Casualties of War* expone con brillantez la dificultad de esta iniciación. La película narra un incidente real: cuatro hombres de un pelotón de cinco capturan, violan y asesinan a una vietnamita. Desde la óptica del iniciador, ninguno de los cuatro es un hombre: son niños brutales, estancados en alguna etapa anterior a las cenizas y el descenso. Están sin hacer, hombres inacabados, peligrosos en su incapacidad para estremecerse.

Michael J. Fox representa al quinto hombre, que se niega a participar en la violación, después intenta salvar a la mujer y, más tarde, denuncia el brutal acto arriesgando su propia vida. El horror a lo que estos «titanes» hacen le estremece. Su capacidad para estremecerse es su aspecto más adulto.

La mayoría de nosotros recordamos de nuestra niñez cuánto odian los que no se estremecen a los chicos que pueden estremecerse. Los cuatro hombres de esta película amenazan con aislar a Fox, con dejarlo fuera de la comunidad de hombres, violándolo a él si es necesario.

Adquirir la capacidad de estremecimiento significa sentir cuan frágil es el ser humano, y qué horrible es ser un titán. Cuando uno se estremece, el temblor ayuda a disipar la insensibilidad de la que antes hemos hablado. Decir que un hombre posee empatía no significa únicamente que ha desarrollado el sentimiento femenino; desde luego que lo ha hecho, y es bueno desarrollar lo femenino. Pero cuando aprende a estremecerse, también desarrolla una parte del conjunto emocional masculino. Así como Mermes le ayuda a «atravesar las líneas» para recuperar el cadáver, Dionisios, el nieto de los titanes, le ayuda a estremecerse.

## **Trasladarse de la casa de la madre a la casa del padre**

Cuando la iniciación es legítima, los ancianos ayudan a los muchachos a trasladarse del mundo materno al mundo paterno. Los niños han vivido felices desde su nacimiento en el mundo de la madre y, sin duda, el mundo del padre les parece peligroso, inestable y lleno de incógnitas.

La mayor parte de las culturas describen la primera etapa de la iniciación como una ruptura clara y limpia con la madre. Un día, cuando los niños tienen entre ocho y doce años, los ancianos sencillamente entran en el recinto de las mujeres y se los llevan. Hasta ese momento, los chicos han vivido exclusivamente con las mujeres. En Nueva Guinea, por citar un ejemplo, los hombres iniciados viven juntos en casas en las afueras de la aldea. Las madres se cuidan mucho de decir nada a sus hijos acerca de los inminentes acontecimientos, conservando el elemento sorpresa. Cuando los hombres se los llevan los chicos suelen gritar «¡Sálvame, mamá, sálvame!». De pronto, el mundo de la madre parece maravilloso. Las mujeres oponen cierta resistencia, pero no sirve de nada. Los ancianos se llevan a los niños, por ejemplo, a una isla en la que se ha construido la cabaña del iniciador. Las madres de los niños que están siendo secuestrados aparecen en el puente con lanzas. «¡Aquí estoy, mamá! ¡Sálvame!», gritan los niños, pero los ancianos las disuaden y se retiran. Las madres vuelven a casa, toman café, conversan con las otras mujeres y dicen cosas como «¿Qué tal lo hice? ¿Fingí ser lo bastante agresiva?» «Estuviste maravillosa.»

Cuando los «temas sexuales», como solemos llamarlos, están claros, las mujeres no se oponen al trabajo iniciático con los chicos, ni suspiran resignadas, sino que participan con entusiasmo y tristeza en el drama que supone. Hay una frase importante aceptada por hombres y mujeres de unas ochenta tribus de Nueva

Guinea: «Un niño no puede convertirse en hombre sin la intervención activa de los ancianos.» Una niña se convierte en mujer por sí misma, y su desarrollo físico marca el cambio; las ancianas le cuentan historias, le cantan y celebran. Pero con los niños no hay ningún anciano, ningún cambio.

De modo que el primer paso, pues, es una ruptura limpia con la madre. Es lo que ocurre en nuestra historia cuando el Hombre Primitivo se lleva al niño en hombros. Pero una ruptura es sólo una ruptura, y no supone ninguna transformación dentro del niño. La transformación todavía está pendiente; para la mayoría de nosotros, el proceso aún continúa.

En términos sencillos, el niño necesita trasladarse de la casa materna a la casa paterna. Hamlet, de Shakespeare, describe con gran agudeza y conmovedor detalle la dificultad de este cambio. El fantasma le da a Hamlet una orden precisa: «Estremécete ante mi muerte, mira las cenizas de mi reino, abandona tu vida dedicada a los estudios.» Pero Hamlet aún no ha aceptado trabajar «en la cocina». Conoce bien su genio, pero está estancado en algún lugar. Quizás ha repuesto cuidadosamente la llave bajo la almohada de su madre. A lo largo del drama, lucha por liberarse de su dominio. Participa demasiado en la vida sexual de su amante, que le obsesiona. A ella no la ve como a «otra», con el respeto propio de una persona adulta. El padre tiene que volver una y otra vez de la tumba para mantener las cosas en marcha, para evitar que Hamlet retroceda a su antiguo lugar de estancamiento.

Si en esta etapa no hay ningún anciano o iniciador competente —y Polonio no lo es, ciertamente— todo se mueve con extrema lentitud. Una de las cosas que aprendemos de esta obra es que un joven no puede emprender la transición al mundo paterno sin asumir al Embustero, y particularmente al lado oscuro del Embustero. El lado bueno no lo hará. El cuento de los hermanos Grimm, «El cuervo», lo dice claramente: si pretende llegar al final de la historia, el hijo tiene que aprender a robar a los ladrones. El Embustero de Hamlet reescribe algunas líneas de la pequeña obra, y luego hace que los actores la representen. Es el mismo Oscuro Embustero el que mata a Polonio después de que éste espíe una conversación. A bordo del barco, cuando Hamlet descubre que sus viejos amigos Rosencrantz y Guildenstern llevan consigo una carta en la que Claudio le pide al rey de Inglaterra que mate a Hamlet a su llegada, podía haberse limitado a dejar todo como estaba; lo que hace es falsificar una nueva carta ordenando al rey de Inglaterra que los mate a ellos. Así como también vemos que regresa a Dinamarca con la ayuda de piratas, otro guiño al Oscuro Embustero.

Hamlet intenta una y otra vez dar el paso decisivo hacia el mundo paterno, pero el esfuerzo parece demasiado grande para él. Mientras tanto, Ofelia muere: la joven sufre porque el hombre no puede pasar al mundo paterno como asimismo podríamos decir que una joven sentimental que habita en el interior de Hamlet, llamada aquí Ofelia, ha enloquecido ante este torpe movimiento y «morirá». Parsifal, otro hombre sin un mentor mayor, que vivió toda su niñez y su juventud junto a la madre, se encontró un día con unos caballeros, que en realidad eran «ángeles», y sintió de pronto el imperioso deseo de irse con ellos. Al verle partir, su madre murió en el acto. Algunas muertes simbolizan la muerte de la ingenuidad cuando el hijo acepta el mundo del padre.

Hamlet termina la obra con una escena enormemente intrincada de doble y triple engaño. En el curso de la última escena, un duelo, Hamlet llega finalmente a la casa del padre; muere su madre, él mata al asesino de su padre. Casi inmediatamente muere él también, pero nada es perfecto. En el último acto Shakespeare deja que el escenario sea ocupado por Fortinbrás y sus hombres, que no saben estremecerse. Es un momento escasamente sentimental.

El esfuerzo de un hombre para trasladarse a la casa del padre toma mucho tiempo; es difícil, y cada cual lo tiene que hacer por sí mismo. Para Hamlet significaba renunciar a la inmortalidad de la vida segura prometida al leal hijo de la reina y aceptar el riesgo de muerte inminente siempre en la esfera del padre.

La historia de Pwyll, que ya hemos mencionado antes, describe el tránsito como un intercambio de casas con el Señor de los Muertos por el período de un año. Asumir los pesares forma parte de la tarea de un hombre. Cuando un hombre asume sus pesares y se inspecciona la herida, puede descubrir que se parecen a los pesares y a la herida que tenía su padre, y la asunción le pone en contacto con el alma de su padre. Una vez que se agudicen sus sentidos, podrá oler la herida del padre. Se puede decir que un hijo huele a su padre como uno

huele una serpiente, que muda la piel y vive.

Trasladarse al mundo del padre no supone necesariamente rechazar o enfrentarse a la madre —Hamlet está más allá de esto—, sino convencer al joven ingenuo, o al joven que vive cómodamente arropado en el amor materno, de que muera. Otros niños interiores permanecen vivos; éste muere. Los peces y las tortugas se independizan de la madre desde el primer día. Pero independizarse del mundo uterino supone un proceso agónico y lento para el hombre en vías de maduración. Uno quiere echar a correr, pero las piernas no le responden. Nos despertamos exhaustos.

La imagen de la serpiente nos lleva a una última imagen en torno a este complicado tema del traslado a la casa del padre. En su *Occidental Mythology*, Joseph Campbell llama la atención sobre una escena que se repite una y otra vez, con variaciones, en numerosos sellos babilónicos. En éstos se puede ver una figura masculina de pie, y cerca de ella otra, femenina, casi siempre sentada, presumiblemente una diosa o la sacerdotisa de la diosa, y una tercera: una larga serpiente. Es posible que este sello fuese un objeto de meditación para hombres que crecieron en una cultura fortalecida, gobernada o impregnada por la Gran Madre.

Suponemos que, en dicha cultura, la madre personal del varón también debía ser fuerte. Si pretende vivir, el joven se tendrá que desvincular de ambas madres. Si no lo hace, no escapará del dominio de la Gran Madre. Campbell especula: la figura masculina que vemos de pie es el cuerpo masculino que el varón recibió de la madre en el útero. Odiarla, conquistarla, destruirla..., todas esas fantasías son irrealizables. En lugar de ello, el hombre que medita se liga en la imaginación al padre serpiente. Conviene recordar que el mundo antiguo no consideraba maligna a la serpiente. Por el contrario, era un animal sagrado. Esta serpiente vive bajo las raíces del Árbol del Mundo —en la tierra—, si bien sabemos que las serpientes también se enroscan a las ramas de los árboles.

Ligarse al padre serpiente nos recuerda a Hamlet. Al principio de la obra, Hamlet llama a la voz de su padre «topo», porque se mueve bajo tierra y le habla, ora desde aquí, ora desde allá. Es posible que la identificación con el padre serpiente fuese una típica meditación masculina en el segundo y el tercer milenio antes de Cristo. En siglos posteriores, los hombres han creado otras meditaciones, y podríamos citar, a modo de ejemplo, las meditaciones jesuíticas de finales del siglo XVII. En estas meditaciones, el hombre se desidentifica de la parte que ama la materia de la Gran Madre y de todo paganismo. (Mantiene cierta identificación con la Virgen.) Se desidentifica de su propio cuerpo poniéndole nombres, castigándolo con insomnios, ayunos y, ocasionalmente, azotes. Se identifica, sin embargo, con un espíritu celestial, incorpóreo, dorado, eterno, superior a todo. No se menciona la serpiente como fuerza. Es un gran cambio respecto a la primera meditación.

En la primera meditación, que, en esencia, se practica aun en la India, en África, en Nueva Guinea y en la Australia aborígen, el joven hace el tránsito para unirse al Padre de Abajo. El Padre de Abajo conserva su forma a través de muchos cambios, igual que las serpientes. Más aún: siendo una serpiente, el Padre de Abajo se asocia con la espina dorsal. Se dice que algún tipo de poderosa serpiente vive en nuestro interior, en la base de la espina dorsal, en la casa de la supervivencia.

Al embarcarse hacia la casa del padre, el hombre de hoy se sitúa entre estas dos mitologías. Si es un aspirante a la altura, huye de la tierra, del agua, del polvo y de la carne y, en efecto, le pide a las mujeres que cuiden de la tierra. Por contraste, en la iniciación tradicional, los ancianos conducen al joven hacia el Padre de Abajo, cerca de donde están los ancestros y las serpientes. Ese viaje no le exilia del cielo, porque es posible encontrar serpientes aun en la copa de un árbol. La serpiente también nada en el agua. La serpiente es el Señor de las Aguas. En términos mitológicos, pues, la serpiente semeja al Hombre Primitivo, al Rey y a otros seres que yacen en el agua en el fondo de nuestras psiques.

Suponemos, entonces, que cuando un hombre acepta el Descenso como una forma de transición a la casa del padre, aprende a mirar la parte de muerte de las cosas, echa un vistazo a la ratonera, que es también la guarida de la serpiente, y antes que al pájaro, acepta a la serpiente como su animal. En la familia de clase media, es el padre el que posee el coche y las tarjetas de crédito, pero la madre vive más tiempo y vuelve del cementerio después de enterrar al padre. El hijo se siente compelido a identificarse con la tenacidad de la madre y, más allá de ello, con la vibrante energía de la Gran Madre.

La iniciación le exige al hijo que traslade su energía afectiva de la atractiva madre al poco atractivo padre serpiente. Todo esto es labor de cenizas. Cuando un hombre entra en esta etapa, considera el Descenso algo sagrado, incrementa su tolerancia a las cenizas, come polvo como lo hacen las serpientes, aumenta la capacidad de su estómago para espantosas introspecciones, aumenta su capacidad para digerir los perversos hechos de la historia, acepta la tarea de trabajar siete años bajo tierra, abandona por voluntad propia el granero a través de la ratonera, mastica cenizas, aprende a estremecerse y sigue la voz del viejo topo bajo tierra.

Un dios masculino ha tomado parte en cada etapa del proceso iniciático de Juan de Hierro. Apolo estuvo presente en la fuente. Y podemos decir que, oculto en la labor de cenizas está el viejo dios mediterráneo Saturno, el continente natural de la restricción, la melancolía, los vastos sistemas, la disciplina de la repetición, las pautas del mentor y el dolor profundo. Cuando Saturno está presente, el fracaso se instala sólida e inexplicablemente.

Así pues, Saturno ayuda a los hombres a adquirir peso con toda la carga de sus heridas y con toda la fuerza de sus fracasos. Cuando Saturno pone a un hombre ante el Señor de la Melancolía, ese hombre emprende el negro cortejo del alma, que, al final, le conduce al jardín.

## IV. EL HAMBRE DE REY EN UNA ETAPA SIN PADRE

### Trastornos de la filiación

En los diez años que llevo participando en reuniones masculinas, he escuchado una y otra vez una afirmación de los varones americanos, enunciada de cien formas distintas: «No hay suficiente padre.» La frase supone que padre es una sustancia como la sal, que en tiempos pasados solía escasear, o como el agua subterránea, que en algunas regiones sencillamente ya no existe.

En su libro *The American People*, Geoffrey Gorer señalaba que, en 1940, para que un niño se hiciese hombre en Estados Unidos, sólo hacía falta una cosa: rechazar a su padre. Escribió, incluso, que los padres americanos esperan ser rechazados. Por contraste, los jóvenes europeos imaginan tradicionalmente al padre como a un ser demoníaco contra el que tienen que luchar (en *La sentencia*, de Kafka, el hijo lucha contra el padre hasta la muerte). Sin embargo, muchos hijos en los Estados Unidos visualizan al padre como un simple personaje ridículo del que se puede uno burlar, tal como, de hecho, aparece en las tiras cómicas y en los anuncios televisivos. Un joven lo resumió en una frase: «Un padre es una persona que hace crujir los periódicos en la sala de estar.»

Es indudable que «padre agua» fluye en casa por debajo de la mayor parte de las fuentes.

### Muy poco padre

Cuando el padre-mesa, el agua subterránea, se filtra, por así decir, y hay muy poco padre, en lugar de mucho padre, los hijos se ven en una nueva situación. ¿Qué hacen? ¿Perforan en busca de más padre agua, racionan el padre agua, se aprovisionan, destilan madre-agua en el padre-agua?

Las culturas tradicionales que aún existen parecen tener padre en abundancia. En las denominadas culturas tradicionales, muchos padres sustitutos trabajan con los jóvenes. Los tíos tratan de tú a tú al hijo, o le hablan de mujeres. Los abuelos le regalan historias. Los guerreros le enseñan a usar armas y disciplina, y los ancianos lo ritual y lo espiritual; y son todos ellos padres honorarios.

Bruno Bettelheim también señaló que en la mayor parte de las culturas tradicionales no se sostiene la versión freudiana del odio padre-hijo. La muda tensión entre padres e hijos en Viena, que Freud supuso universal y basada en los celos sexuales, era, en opinión de Bettelheim, cierta en el caso de Viena a finales del siglo XIX.

En la mayor parte de las culturas tribales, padres e hijos conviven en un clima de cordial tolerancia. El hijo tiene mucho que aprender, de modo que padre e hijo pasan horas juntos fabricando puntas de flecha, reparando una lanza o siguiendo la pista a un animal astuto. Cuando un padre y un hijo pasan largas horas juntos, lo que aún hacen algunos padres e hijos, se puede decir que, como si de alimento se tratase, una sustancia se transfiere del cuerpo más viejo al más joven.

En nuestro tiempo, la mente intentaría definir el intercambio entre padre e hijo como una similitud de actitud, un remedo, pero yo creo que lo que en realidad ocurre es un intercambio físico, como si una sustancia pasase directamente a las células. El cuerpo del hijo —no su mente— recibe y el padre da este alimento a un nivel muy por debajo de la consciencia. El hijo no recibe una curación por imposición de manos sino corporal. Sus células reciben cierto conocimiento sobre el cuerpo masculino adulto. El cuerpo más joven aprende a qué frecuencia vibra el cuerpo masculino. Empieza a percibir la canción que cantan las células del varón adulto, y cómo bailan las encantadoras, elegantes, solitarias, valientes, semiavergonzadas moléculas masculinas.

Durante los largos meses que el hijo pasa dentro de la madre, su cuerpo sintoniza con las frecuencias femeninas: aprendió en qué frecuencia transmiten las células de la mujer, quién se inclina ante quién en ese campo resonante, qué animales corren a través del verde claro, qué escucha el cuerpo de noche, cuáles son los temores superiores e inferiores. ¡Con qué firmeza se convierte el cuerpo del hijo, antes y después del parto, en un buen receptor de las frecuencias superiores e inferiores de la voz materna! O sintoniza con esa frecuencia, o muere.

Ahora, de pie junto al padre, mientras reparan puntas de flecha, o arados, o limpian los pistones con gasolina, o asisten al parto de un animal, el cuerpo del hijo tiene la oportunidad de re-sintonizarse. Lentamente, a lo largo de meses o de años, las cuerdas del cuerpo del hijo empiezan a resonar de acuerdo con el áspero, a veces exigente, testicular, irreverente, impaciente, porfiado, impulsivo, silenciosamente amoroso cuerpo masculino del mayor. Tanto las células masculinas como las femeninas llevan una música maravillosa, pero el hijo necesita acompasarse a la frecuencia masculina tanto como a la femenina.

Los hijos que no reciben esta resintonización, tendrán hambre de padre toda la vida. Creo que es acertado llamar «hambre» al anhelo: el cuerpo del joven carece de sal, de agua o de proteína, del mismo modo que el cuerpo y el tracto digestivo inferior de una persona hambrienta carecen de proteínas. Si no las encuentra, el estómago acabará comiéndose los propios músculos. Estos hijos hambrientos permanecen alrededor de hombres mayores del mismo modo que los sin hogar permanecen alrededor de un comedor de beneficencia. Como los sin hogar, se avergüenzan de su condición, y la suya es una vergüenza sin nombre, amarga, inexpugnable.

Por más que se compadezcan de sus hambrientos hijos, las mujeres no pueden remplazar la sustancia ausente. Puede que el hijo la intente obtener más tarde de una mujer de su misma edad, pero eso tampoco funciona.

## **Desconfianza hacia los mayores**

El trabajo industrial en Occidente se inició formalmente hace sólo ciento cuarenta años, y desde entonces los lazos entre padres e hijos se han ido empobreciendo en cada generación con resultados catastróficos. Un minucioso estudio sobre el Enclosure Act de Inglaterra muestra que, hacia finales de ese largo proceso legislativo, el Gobierno británico negó al cabeza de familia sin tierras el acceso al pastoreo libre y a la tierra común con el objetivo preciso de forzarlo a emigrar, con o sin su familia, a los centros industriales. En la actualidad, en Sudáfrica se sigue haciendo lo mismo con los cabezas de familia negros.

Hacia mediados de este siglo, un cambio importante tuvo lugar en Europa y en los Estados Unidos: el padre trabajaba, pero el hijo no le veía trabajar.

Desde las sociedades dedicadas a la caza, que aparentemente duraron miles de años —quizá cientos de miles—, hasta las sociedades agrícolas y artesanales, pasando por las sociedades dedicadas tanto a la caza como a la recolección, padres e hijos habían trabajado y vivido juntos. En fecha tan tardía como 1900, cerca del 90 por ciento de padres de familia de los Estados Unidos estaban vinculados a la agricultura. En todas estas sociedades, normalmente el hijo veía trabajar a su padre a todas horas del día y en todas las temporadas del año.

¿Qué ocurre cuando el hijo deja de verlo? Tras trabajar treinta años con jóvenes alemanes, tan huérfanos en su sociedad industrial como los jóvenes americanos de hoy, Alexander Mitscherlich, de quien ya hemos hablado en el primer capítulo, desarrolló una metáfora: en la psique del hijo se abre un agujero. Cuando el hijo no ve el lugar de trabajo del padre, o lo que éste produce, ¿imagina que su padre es un héroe, un

defensor del bien, un santo o un caballero blanco? La respuesta de Mitscherlich es triste: el lugar vacío es ocupado por demonios: los demonios de la sospecha.

Los demonios, invisibles pero locuaces, fomentan el que se sospeche de todo hombre mayor. Dicha sospecha produce la ruptura de la comunidad de hombres jóvenes y hombres mayores. En los años sesenta, esta desconfianza se intensificó: «No te fíes de nadie mayor de treinta años.»

Es cierto que la gente mayor responsable del aparato militar y gubernamental traicionó a los más jóvenes en Vietnam, mintiéndoles acerca de la naturaleza de la guerra, y poniéndose ellos mismos a salvo en lugares seguros después de exigir a los jóvenes que fuesen guerreros para enviarlos después a acabar como muertos corrientes. De modo que los demonios han tenido una labor importante en la historia americana reciente. Los demonios urgen a todos los jóvenes a ver *Lawrence de Arabia* y *El club de los poetas muertos* porque estas películas nos recuerdan cuan corruptos son todos los hombres en el ejercicio de la autoridad, y cuan meticulosamente traicionan al joven varón idealista. El papel del mentor se vuelve difícil de sostener; se rechaza la iniciación.

Los antropólogos afectados por estos demonios sugieren que en las culturas primitivas, los ancianos realizan actos sádicos y humillantes sobre los jóvenes con el pretexto de seguir un ritual iniciático. Un joven arquitecto controlado por estos demonios, disfruta en secreto con el derribo de un edificio de Louis Sullivan; y el músico de rock interpreta, con un deje de malicia, una música que su abuelo nunca entendería.

Esta desconfianza tampoco es buena para la estabilidad del hijo. Tras emplear gran parte de su energía crítica y cínica en sospechar de los mayores, el hijo podría compensar la balanza siendo ingenuo con las mujeres —o los hombres— de su edad. Un hombre de nuestro tiempo suele dar por hecho que una mujer sabe más acerca de una relación que él, deja que la mujer sabe más acerca de una relación que él, deja que la mujer administre la casa a su aire, asume que cuando le ataca «lo hace por su bien». Muchos matrimonios fracasan de esa manera. También puede ser demasiado confiado en los negocios: dejar que un hombre de su misma edad le robe dinero, o dejarse humillar por otro que dice obrar por amistad o para aconsejar. Dirigir todas las sospechas hacia un mismo lugar —hacia los mayores— suele traer consigo relaciones de pareja fracasadas y el aislamiento espiritual.

En la próxima década los demonios de la sospecha dañarán más y más la visión masculina de lo que es un hombre o de lo que es la masculinidad. Entre el 20 y el 30 por ciento de los jóvenes americanos viven hoy en día en un hogar sin padre, donde los demonios tienen carta blanca para desatar sus iras.

También es plausible que a medida que crezca la ocupación laboral de las mujeres fuera de casa, semejantes emociones se desarrollen en la psique de las hijas, y que éstas empiecen a sospechar de las mujeres mayores. Pero eso está por verse.

## **Temperamento sin enseñanzas**

Cuando un padre, ausente durante el día, regresa a casa a las seis de la tarde, sus hijos reciben su temperamento, y no sus enseñanzas. Si un padre trabaja para una empresa, ¿qué es lo que puede enseñar? Está poco dispuesto a decirle a su hijo lo que realmente ocurre. La fragmentación de la toma de decisiones en la vida corporativa, el esfuerzo masivo que produce el deseo corporativo de destruir el medio ambiente en provecho propio, la prudencia, por no decir la cobardía, que uno aprende con la burocracia..., ¿quién quiere enseñar todo eso?

Conocemos pocos casos en los que el padre se lleve a los hijos o a las hijas a la fábrica, a los tribunales, al desguace o al edificio de la compañía de seguros, y esos esfuerzos dan frutos mucho menores que la

enseñanza en las culturas artesanales. Pero en la mayor parte de las familias de hoy, cuando el padre vuelve a casa a las seis, los hijos y las hijas reciben sólo su disposición, su temperamento, que por lo general es irritado y distante.

Lo que el padre trae a casa en nuestros días es, por lo general, malhumor, producto de la impotencia y la desesperanza mezcladas con la vergüenza y la insensibilidad propias de aquellos que odian su trabajo. En otros tiempos, los padres podían romper el círculo vicioso de sus inadecuados temperamentos enseñando a trenzar cuerdas, a pescar, a cavar agujeros para instalar postes, a deshebrar, a tocar el tambor, a cuidar animales o inclusive a cantar y a contar historias. La enseñanza endulzaba el efecto del temperamento.

El anhelo de la bendición paterna a través de la enseñanza sigue estando presente, aunque tal vez algo fosilizado; pero los hijos no reciben esa bendición. En particular, el hijo recibe al «Nobodaddy» amenazado, celoso, como le llama Blake: «El padre de nadie...», el principio masculino que vive en el Reino de los Celos.

El alejamiento del padre puede dañar seriamente la capacidad de la hija para entregarse en relaciones futuras con hombres. Gran parte de la cólera que las mujeres destilan contra el patriarcado resulta de una profunda decepción ante esta falta de enseñanza de sus propios padres.

Hemos dicho que el padre como fuerza viviente en el hogar desapareció cuando las exigencias de la industria le obligaron a emigrar a los centros de producción.

Ningún modelo histórico nos prepara para la condición psíquica del hijo de nuestros días. Para entender su psique tenemos que imaginar nuevos mobiliarios, nuevas figuras psíquicas, nuevas posesiones demoníacas, nuevas incapacidades, nuevos vuelos.

Se han operado enormes cambios de última hora; pocos de nosotros —padres o hijos— estamos preparados para semejantes cambios. He hablado del hambre de padre de los jóvenes y de los cuerpos hambrientos de los hijos; de los demonios de la sospecha que han invadido las psiques de los jóvenes, y de la insatisfacción de hijo cuando recibe temperamento en lugar de enseñanzas. Ahora podemos hablar de la desaparición de los reyes positivos.

## **El padre oscurecido**

El patriarcado es una estructura complicada. En términos mitológicos por dentro es matriarcal, y un matriarcado es igualmente complicado ya que por fuera es un patriarcado. La estructura política ha de parecerse a nuestra estructura interior. Y sabemos que cada hombre tiene una mujer en su interior, y que cada mujer lleva dentro de sí a un hombre.

El auténtico patriarcado hace caer el sol, a través del Rey Sagrado, sobre cada hombre y cada mujer de su cultura; y el auténtico matriarcado hace caer la luna, a través de la Reina Sagrada, sobre cada hombre y cada mujer de su cultura. La muerte del Rey y de la Reina sagrados significa que ahora vivimos en un sistema de dominación industrial, que no es un patriarcado. El sistema en el que vivimos no honra la forma de sentir del varón ni la de la hembra. El sistema de dominación industrial determina cómo nos van las cosas en el mundo de los recursos, los valores y las lealtades; de qué viven y mueren los animales; qué trato reciben los niños. En el sistema de dominación industrial no hay rey ni reina.

La muerte del Rey Sagrado, y la desaparición del Rey del Grupo significa agudizar más la escasez de padre. Cuando un padre se sienta ahora a una mesa, parece débil e insignificante, y todos sentimos que los padres ya no llenan un espacio tan amplio en la habitación como los padres del siglo pasado. Algunos lo celebran, pero sin entender todas sus implicaciones.



Estos hechos han contribuido a hacer del padre presa de su propia miseria. D. H. Lawrence escribió: «Los hombres llevan muchos años hundidos en sus egos masculinos y resplandecientes, hundidos en el desaliento y casi en la abyección. ¿No es esto perverso?»

Debilitado, desalentado y cada vez más insignificante, el padre también parece tornarse la herramienta de fuerzas oscuras. En La guerra de las galaxias se nos transmite la imagen de «Darth Vader», un equivalente sonoro de «padre oscuro» («dark father»). Está decididamente del lado de las fuerzas oscuras. A medida que mueren los reyes políticos y mitológicos, el padre pierde el resplandor que antaño absorbía del sol, o de la jerarquía de seres solares; la sociedad le ve como a un ser opaco.

Los demonios que han montado una agencia de publicidad en la psique del hijo le convencen de que la oscuridad de su padre es mayor de lo que éste jamás había imaginado. ¿Qué se puede hacer al respecto? El hijo descubre pronto que la madre no puede redimir al padre; más aún: en muchos casos no lo quiere hacer. El único que puede hacerlo es el hijo.

Mientras los reyes políticos conservaron su poder, el padre recogía el resplandor de arriba; y el hijo intentaba emular al padre, volverse resplandeciente como él, alcanzar su altura. El hijo percibe al padre como un ser luminoso. Aunque puede que esto no fuera así en la realidad, la literatura, en fecha tan tardía como el siglo XVIII, está llena de este tipo de deferencias, de reverencias al padre, de emulación del padre.

En nuestro tiempo, cuando el padre aparece como objeto de ridículo (como ocurre, lo hemos dicho ya, en la televisión), o como un buen candidato a la sospecha (como en La guerra de las galaxias), o como un tonto con mal genio (cuando vuelve del despacho sin nada que enseñar), o como un pobre ser indeciso (que ha dejado de heredar resplandor regio), el hijo tiene un problema. ¿Cómo imagina su propia vida como hombre?

Algunos hijos caen en una secreta desesperanza. Si hacia los seis años de edad ya han adoptado la visión que la madre tiene del padre, hacia los veinte adoptan la visión crítica que la sociedad tiene de los padres, lo que equivale a un abandono. ¿Qué pueden hacer sino pedir ayuda a las mujeres?

Esta petición no es del todo mala. Pero ni siquiera la mujer mejor intencionada puede dar lo que se necesita. Algunos hijos hambrientos de padre encarnan una secreta desesperanza que no menciona a las mujeres. Sin investigar a su propio padre ni las razones por las que es como es, se hunden en una temible desesperanza, habiendo aceptado a pies juntillas la idea genérica y menguada de padre. «Soy hijo de un material masculino defectuoso, y probablemente seré como él.» Luego, con este secreto se dan por vencidos, se hunden, viven con una zona insensible en su interior, se sienten compelidos a ser oscuros porque el padre lo es. Pierden la vigorosa participación en las batallas políticas, tan característica de los americanos del siglo pasado, sienten que sus opiniones no importan, se convierten en secretos seres del subsuelo y a veces se ahogan en alcohol mientras viven en una madriguera bajo tierra.

Otros hijos reaccionan poniéndose en pie de un salto y elevándose en el aire. Cuanto peor sea la visión que tienen del padre, más largos serán los vuelos. Cada vez aparecen más evidencias en los periódicos y en los libros de abusos sexuales perpetrados por padres, de la incapacidad de los padres para relacionarse como seres humanos, de la rígida postura militarista de muchos padres, de la adicción al trabajo de los padres, de su alcoholismo, de abusos cometidos contra las esposas y de abandonos. Todos estos hechos intensifican el resplandor que algunos hijos se sienten compelidos a adquirir por la oscuridad del padre.

En esta situación se puede barruntar una respuesta a la pregunta «¿Por qué hay cada vez más hombres ingenuos en el mundo?». Sean o no los padres más oscuros que en el pasado, se los percibe así, y un hijo se asigna a sí mismo la tarea de redimir al oscuro padre.

Podemos considerar nuevamente el fenómeno del que hablamos con anterioridad, el fenómeno del hijo aspirante a la altura, el «niño eterno», la polilla loca por la luz, el «puer», o el «niño constante», como algunas personas lo llaman. En *Puer Aeternum*, Marie-Louise von Franz interpreta su vuelo hacia las alturas como una revuelta contra la parte terrenal, conservadora, posesiva, de la feminidad maternal.

En su ensayo «La Gran Madre, su Hijo, su Héroe y el Puer», James Hillman lo ve de manera totalmente distinta. Vincula el fenómeno al padre. Es característico de la psicología contemporánea vincular todo con el padre. Tanto Freud como Jung eran hombres de madre, y nuestra psicología fue creada por ellos.

Hemos sugerido que, hoy por hoy, un joven puede sentir que su padre se halla inmerso en una oscuridad demoníaca, el tipo de oscuridad sugerida por las expresiones obsesión por el trabajo, debilidad, sumisión, aislamiento, alcoholismo, adicción, abuso, evasión y cobardía.

Muchos hijos en nuestro tiempo, pues, no se enfrentan al padre como en otras épocas, ni conciben estrategias para vencerle, sino que se remontan por encima de él, más allá de él. Existe la Psicología Transcendental, la psicología de hombres como Thoreau, dispuestos a adquirir una consciencia superior a la de sus padres. Ello no es malo en absoluto; pero es volar.

Me cuento entre los hijos que han soportado años de privación, de desconexión de la tierra, de aire enrarecido, de la soledad del corredor de fondo, para poder remontarse alto y ser vistos. Un hijo semejante intenta redimir al «padre oscurecido» adquiriendo «luz propia».

Esto no es del todo nuevo; es nuevo sólo hasta cierto punto. James Hillman ha sugerido que podemos encontrar un modelo para la redención en el dios egipcio Horus, el hijo de Osiris. Es un dios halcón, y hasta nuestros días han llegado magníficas estatuas que lo representan en su forma de halcón, con sus ojos escrutadores.

Todos recordamos que Osiris entró en la oscuridad. Su hermano Set le indujo a recostarse en un féretro; clavó la tapa y lanzó el ataúd al Nilo. Encerrado en la oscuridad, arrastrado por la corriente, Osiris cruzó el Mediterráneo hasta llegar a Biblos, donde se incorporó a una segunda oscuridad dentro del tronco de un árbol. Permaneció años así. El alto vuelo del halcón Horus puede entenderse como una respuesta a la prisión del padre.

Horus dice de sí mismo que pretende volar más lejos que cualquier otro dios. Una inscripción reza:

***Horus se remonta en el cielo más allá del alma del primer dios, y más allá de las divinidades de tiempos pasados... He ido más allá de los límites de Set. Soy único en mi vuelo.***

Podemos extraer mucho de esta imagen. Hemos mencionado que volando hacia el sol, el hijo no verá su propia sombra, porque mientras vuela la sombra cae tras él. Ha visto la sombra de su padre, pero la suya permanece oculta.

Ese tipo de vuelo tampoco rescata al padre. El hijo aspirante a la altura vuela huyendo del padre, no hacia él. Remontándose hacia la luz, subiendo escalones en la escalera corporativa y alcanzando iluminación, el hijo redime, hasta cierto punto, el nombre del padre.

Esta explicación del impulso para el ascenso me conmueve, porque sugiere que no todo este trabajo proviene del temor a la madre posesiva, sino que en parte surge del amor del padre oscurecido.

Siempre han habido hijos aspirantes a la altura, pero nunca tantos como hoy. Un hombre puede, sin duda, aspirar a la espiritualidad demasiado pronto en su vida. Añado, pues, el ascenso a nuestra lista de desequilibrios producidos por la mengua y la minimización del padre.

La sociedad sin padres produce estos hombres semejantes a pájaros, tan intensos, tan encantadores, tan propensos a la adicción, igual que las grandes bahías del Helesponto producían las grullas que, notó Hornero, volaban por miles hacia el sol.

### **La historia: visitar al rey**

El niño de nuestra historia se elevó cuando el Hombre Primitivo se lo llevó cargado en los hombros. Luego se hundió junto con su dedo herido en el agua. Después se elevó mucho cuando toda la cabeza se le volvió de oro. Luego volvió a descender más profundo cuando experimentó su Tiempo de Cenizas en la cocina.

Esta inhalación y espiración parece una buena forma de respiración, y puesto que el niño ha aprendido a respirar bien, quizá podríamos dejarlo aquí y terminar la historia. Todo hombre que haya tomado el camino hacia abajo y hacia fuera se ha convertido en un hombre descendente; y por ello se parece a José, que bajó a Egipto; a Job, que cayó desde gran altura, y a Huckleberry Finn, que descendió por el río. Pero la historia no está a punto de acabar; nada se ha dicho aún sobre el segundo Rey.

Uno de los grandes temas de los cuentos de hadas es el de los dos reyes. Los problemas se dan con el propio padre: el primer Rey. Entonces uno tiene que abandonar el primer castillo. Después de un tiempo de sufrimiento y aislamiento, no se sabe cómo aparece un segundo rey en escena, encuentra al héroe (o a la heroína) mientras caza, lo (la) adopta y le impone una tarea. Luego, mientras el aventurero intenta establecer un lazo fructífero con el nuevo Rey, empieza una complicada danza.

Recordemos que el niño de nuestra historia, careciendo de habilidades —ese detalle muestra cierta falta de enseñanza paterna— toma un trabajo como ayudante de cocina en un castillo que no es el de su padre. Aquí experimenta el hollín y las cenizas, si bien aún conserva su pelo de oro. Después de un tiempo en la cocina, el cocinero le ordena llevar la comida al Rey. La historia lo cuenta de la siguiente manera:

*Una vez, como no había ningún otro disponible, el cocinero ordenó al niño que llevara la comida a la mesa real, pero como el niño no quería que viesen su pelo de oro, se dejó puesto el sombrero. Nunca antes había ocurrido algo semejante en presencia del rey, que dijo: «Cuando vengas a la mesa real, has de quitarte el sombrero.» El niño respondió: «¡Ay, señor, no puedo! Tengo una costra en la cabeza.» El rey llamó al cocinero, le riñó, le preguntó por qué había tomado a un chico así a su servicio, y le ordenó que le despidiera y le echara del castillo.*

El pelo de oro nos ayuda a sobrevivir en la adolescencia, pero es más una molestia que una ayuda, como dice el niño con bastante precisión: «Tengo una costra en la cabeza.» Ese pelo sabe a cielo, pero ignoramos qué hacer con él en presencia del Rey: si mostrarlo y jactarse de él, u ocultarlo y ser taimados.

Todos queremos estar con «el Rey». Sabemos cuánto anhelaban las chicas estar en presencia de Elvis, el Rey, o más recientemente, cerca de Prince. Oímos que constantemente se mete alguna mujer en casa de David Letterman, y de gente que roba pañuelos de las habitaciones del príncipe Carlos, o que acampan frente a la casa de Michael Jackson, o que están dispuestos a hacer cualquier cosa para ser invitados a una fiesta en la Casa Blanca. Todos quieren estar en presencia del «Rey». En la actualidad para mucha gente el Dalai Lama es «el Rey», llegando a sustituir incluso al Papa.

El hambre de padre se transmuta en hambre de Rey. Pero por el cuento sabemos que tener el pelo de oro no otorga el derecho a permanecer en sus habitaciones.

Quizá cada uno de nosotros ha hecho algún tipo de trabajo de cocina, se ha familiarizado con las cenizas, incluso ha soportado la katabasis, pero eso no quiere decir que podamos permanecer mucho tiempo junto al Rey. Los guardias que nos dejaron entrar nos escoltan ahora fuera. Eso es lo que dice la historia.

De modo que surgen algunas preguntas: ¿Por qué tenemos tanto hambre de Rey? Y ¿por qué son tan cortas las visitas a los veinte y a los treinta años?

Cada uno de nosotros recuerda de la adolescencia los profesores por los que perdimos la cabeza durante una breve temporada, las breves visitas a celebridades, las embarazosas conversaciones con escritores a los que pedíamos consejo. Si el «Rey» nos acepta, nos podemos descubrir en un aprendizaje cuyo mantenimiento requiere una disciplina que no tenemos. Una mujer que penetre en la habitación del gurú puede descubrir, para su horror, que él quiere hacerle el amor. A veces la preocupación del «rey» es genuina, y decimos lo que no debemos..., deseamos tanto recibir un elogio y una ratificación que cuando nos confundimos decimos lo que no queríamos decir..., y nos retiramos irremediabilmente avergonzados.

Por supuesto, puede que el Rey o la Reina no sean materiales: es decir, en este mundo. Los chicos de doce años viven inexplicables experiencias de luz para las que no tienen ningún nombre, y no conocen ninguna mitología que les ayude a situar las experiencias en una historia. Un chico de catorce años entiende ciertos conceptos matemáticos en un instante, o sabe de qué están hablando exactamente los indios santos; él o ella viajan a una parte del cerebro nunca antes visitada, tiene intuiciones de un éxtasis religioso. Semejante acontecimiento equivale a una ascensión al Séptimo Cielo, seguida de un retorno en picado a la tierra.

Como románticos, añoramos esa sensación oceánica que sentimos en el útero, cuando éramos divinos y nos alimentábamos de ambrosía. La adicción supone un intento de huir de las limitaciones y permanecer en la habitación del Rey. Muchos de nosotros subimos las escaleras incluso antes de que nos lo ordene el cocinero, y mediante el alcohol, el sexo o la cocaína, alargamos la visita más allá de lo tolerado. Podría decirse que toda nuestra cultura está ahora obsesionada con esta escena de «Juan de Hierro», a saber, la visita al Rey. Pero quienquiera que realice la visita antes de ser llamado, o que la alargue demasiado tiempo, vuelve a caer en las cenizas.

Los bares para solteros se parecen a la habitación del Rey. El cazador sexual que hay dentro del hombre y de la mujer, mezclado de momento con el amante, hace extravagantes promesas de extáticas visitas, largas estancias en la habitación celestial y placeres eróticos. El espíritu soporta pérdidas durante estas pobres uniones.

De semejante cacería, dice Shakespeare:

*Apenas se ha gustado de ella se la desprecia,  
se la persigue contra toda razón; y no bien saciada  
contra toda razón, se la odia, como un incentivo  
colocado expresamente para hacer locos  
a los que en ella se dejan coger.*

*Es una locura cuando se la persigue,  
y una locura cuando se la posee;  
excesiva al haberse tenido, al tenerse*

*y en vías de tener; felicidad en la prueba  
y verdadero dolor probada; en principio,  
una alegría propuesta; después, un sueño.*

Todo el mundo lo sabe perfectamente; y, sin embargo, nadie sabe evitar el cielo que conduce a los hombres a este infierno.

Los bares de solteros, pues, son fantásticos hornos de alquimista donde los intentos de fusionar metales se suceden día tras día, noche tras noche.

Por alguna razón, de jóvenes, las visitas al Rey no duran mucho tiempo. Los alquimistas dirían que, si bien hemos hecho un buen trabajo de cenizas, nuestra alma sigue contaminada por rabias infantiles, deseos irracionales y cólera contra nuestros padres o contra nosotros mismos. Otra forma de decirlo es que sabemos en la cocina lo que hemos aprendido de los sentidos; conocemos la madera, el fuego y las cenizas, eso es todo.

Nuestra alma, cuando está en la cocina, semeja alguna especie de roca cruda o mixta. El espíritu, clarificado e individual, no puede hacerse una impresión clara de esta cosa cruda hasta más tarde.

Por contraste, el Rey, que vive en su habitación aireada e iluminada en lo alto del castillo, simboliza el poder solar y el santo intelecto. El Rey ha alcanzado la unidad; permanece inalterado y puro, en comparación con el niño de las cenizas o con la niña del hollín, y ve las cosas de manera muy distinta. No debe sorprendernos el que la visita del muchacho de nuestra historia resulte muy corta.

Resumiendo las conclusiones de los alquimistas sobre este tema, Edward Edinger dice: «El matrimonio menor es una unión o una fusión de sustancias que aún no están suficientemente separadas o discriminadas. Le sigue siempre una muerte...»

Los alquimistas hablan de una boda más larga o de una «gran boda» que ocurre después; y nosotros también la veremos al final de nuestra historia.

La historia de Juan de Hierro semeja una danza en la que, gradualmente y con muchas vacilaciones, el joven finalmente consigue acercarse al segundo rey.

Sabemos que en nuestra vida, la historia puede acabar allí mismo, en la cocina, de golpe. A la orden de llevarle la sopa al Rey, algunos dicen «No hay nadie allí arriba», o «Que se sirva él mismo». Una persona que confunde los niveles podría decir «Yo me sirvo a mí mismo y nunca sirvo a otra persona, mucho menos al Rey».

Aquellos que ignoran «el cocinero» pueden quedarse años estancados en la etapa de la cocina, feliz o tristemente identificados con la figura del niño víctima, que sólo conoce las cenizas. Algunos niños sienten temor a cruzar el umbral; les parece más seguro permanecer en las cenizas. Escritores de pluma correosa que insisten en que lo único que hay es cenizas.

Si la visita a la habitación del Rey es tan importante —y está tan cargada del elemento emocional— deberíamos tomar en consideración lo que el mundo antiguo quería decir con la palabra «Rey».

## **El Rey en sus tres reinos**

«Rey» y «Reina» poseen una larga y honorable historia en el reino invisible del mito y de los cuentos de hadas, donde las palabras no presuponen seres humanos —por no hablar de personas según su sexo—, así

como una larga historia en el reino visible de la monarquía, donde sí lo hacen.

Haremos una distinción entre tres reyes: el superior: Rey Sagrado; el intermedio: rey político, y el tercero: rey interior.

## **El Rey Sagrado**

Existe un Rey en el mundo imaginario o invisible. No sabemos cómo llegó allí. Quizá los seres humanos, tras amar durante siglos al rey político, le elevaron al mundo invisible, o quizá fue al contrario. En cualquier caso, hay un Rey en el espacio sagrado. Desde su mundo mitológico, actúa como un imán y reordena las moléculas humanas. Entra en la psique humana como un torbellino, o como un tornado, y las cosas vuelan por los aires. Cada vez que se mencionan las palabras rey o reina, algo tiembla ligeramente en el cuerpo.

«El Rey» y «la Reina» envían energía hacia abajo. Semejan el sol y la luna que se abren paso a través de la atmósfera terrestre. Aun en días nublados nos llega algo de su radiante energía.

Estos imanes o torbellinos hacen cosas, son verbos: afectan nuestros sentimientos y nuestras acciones de la misma forma que un imán atrae y dispone pequeñas limaduras de hierro. Las limaduras forman un dibujo. Del mismo modo, un ser humano descubre el modelo de sus sentimientos cuando está en una habitación con el Rey. John Weir Perry llama al Rey Sagrado «El Señor de los Cuatro Cuartos», y su libro del mismo título describe la mitología y los rituales que giran en torno a este imán en particular.

El Señor de los Cuatro Cuartos se sienta con su Reina, que es la Reina de los Cuatro Cuartos. Ninguno socava el poder del otro. Podemos llamar el «estrato mitológico», o el reino eterno.

Este estrato ha sido sentido siempre como un cielo interior abovedado. No está vacío, porque en él viven los «imanes», los «torbellinos» o los «dioses». En su interior aún vive Dionisios, y Fedra y Odín, y Tor, la Virgen María, Kali, Buda, Zeus, Alá, Atenea, Artemisa y Sofía. Pensar en términos mitológicos significa tener la capacidad de imaginar estos «dioses» y lo que hacen, ruidosamente, vigorosamente, y bien, sin dejar de distinguir entre el estrato humano y el estrato mitológico.

Diría que Occidente perdió su capacidad de pensar en términos mitológicos hacia el año 1000, y que entonces el estrato se vino abajo. Quizá porque la Cristiandad no permitía nuevas historias, o nuevos dioses; quizá la apasionante búsqueda de la ciencia que siguió al Renacimiento absorbió cada vez más la energía e impidió que el estrato se reconstruyera. Los hombres y las mujeres europeos dejaron gradualmente de alimentar a los abundantes dioses y diosas con su energía imaginativa. El cielo interior se derrumbó, y ahora no es más que cristales rotos alrededor de nuestros pies. Los dioses yacen alrededor de nuestros pies.

Explica John Weir Perry que el Rey Sagrado, el Rey Solar, es el principio del orden y del espacio. Cuando el Rey está presente, hay un espacio sagrado libre del caos. El Rey no crea orden; sencillamente, donde está hay orden. El Rey Sagrado bendice; ésa es una segunda cualidad. Robert Moore, que ha hablado maravillosamente del Rey, subraya una tercera cualidad: estimula la creatividad como un reino propio.

También es grande el poder de la Reina. A veces es ella la que está en cabeza, a veces es él. Puesto que el Rey y la Reina comparten un espacio en armonía, la higuera florece, los manzanos dan fruta en abundancia, por los arroyos corre leche y miel. Los cuentos de hadas celtas, algunos de los cuales empiezan con imágenes de este tipo, no describen el estado de las cosas en la tierra, sino el estado de las cosas en el «Cielo», en el estrato mitológico.

En nuestra historia, el Rey, en lo alto del castillo, representa a este Rey sagrado y eterno. En la historia, carece de Reina; e ignoramos si el cuentista perdió a la Reina, o si pretende decir algo mediante su ausencia. En cambio, el Rey tiene una hija, que más tarde, con su gran poder, se convertirá en Reina.

La presencia del Rey en la historia nos dice que el paisaje que rodea a Juan de Hierro es un espacio ordenado. Es un cosmos, y no un caos.

## **El rey terrenal**

La primera noticia que tenemos de reyes como líderes de grandes ciudades e imperios, con amplios poderes, es del segundo milenio antes de Cristo en las ciudades-Estado de Mesopotamia. No se sabe con certeza si el Rey Sol de China reinó antes o después que el rey de Mesopotamia. Los chinos elaboraron esta doble monarquía en fantásticos detalles que aún equivalen a los modelos de la imaginación mitológica. En cualquier caso, el Rey Sol y su Reina Luna mantuvieron sus sociedades unidas durante milenios. Como principios de orden, empezaron a fallar en los siglos XVIII y XIX en Europa. Bajo los títulos de Kaiser, Zar, Emperador, Marajá, Sultán y Rey, uno tras otro, los reyes empezaron a caer, primero en toda Europa y luego en las colonias.

Durante la Edad Media, los reyes recorrían sus dominios terrenales. Cientos de personas esperaban en fila en las aldeas inglesas, por ejemplo, para ver pasar al rey. Probablemente sentían una bendición procedente del Rey Sagrado cuando el rey material pasaba silenciosamente cerca.

El problema es que cuando el rey político desaparece de las aldeas, aun justificadamente, nos resulta difícil «ver» o sentir al Rey eterno. No digo que el asesinato del rey fuese un error, ni que debamos redimir al rey y enviarle de vuelta a recorrer las aldeas, sino que nuestra imaginación visual se aturde cuando dejamos de ver al rey material. La desaparición de los reyes perjudicó seriamente nuestra imaginación mitológica. Cada persona tiene que reparar esa imaginación por sí misma.

El rechazo de nuestra nación al rey de carne y hueso Jorge (1776) precedió en unos años la decapitación de Luis XVI, y celebramos ese momento con los fastos del Cuatro de Julio. Conmemoramos ese rechazo del rey político con menos júbilo cada mes de julio, quizá porque la brillante y ascendente explosión de victoria, seguida por el descendente fracaso, arroja una sombra sobre nuestros padres.

Los reyes de carne y hueso que quedan, viven ahora sus vidas en el National Enquirer, junto con Duke Ellington, Count Basie y Prince.

Parte de la confusión popular en torno a los cuentos de hadas es que los lectores de hoy asumen que «el Rey» de un cuento de hadas es un rey político. «No creo en eso», decimos. «A mí me parece un mal rey. ¿Por qué no vive en la cocina?»

El rey político forma parte de un mundo de tres niveles, y deriva su energía y su autoridad de su habilidad para ser transparente o receptivo con el Rey que está por encima de él. Pocos reyes actuales son tan buenos, pero el mundo de tres niveles depende de su intento.

Cuando los reyes políticos pierden credibilidad, no pueden hacer su trabajo, pierden su conexión con el Rey Sagrado, se vuelven diletantes o dioses, son asesinados o desaparecen de nuestra vista, las cosas cambian. La imaginación tiene que esforzarse. No lo hace. Entonces, nuestros padres menguan ante el ojo de nuestra mente.

Si los reyes políticos viven ahora en el National Enquirer, entonces nuestros padres también están allí. Si el Rey Sagrado yace hecho añicos a nuestros pies, entonces nuestro padre también es una copa rota. Las

mujeres saben eso acerca de la Reina. Si todas las reinas viven en el National Enquirer, entonces todas las mujeres están allí, atrapadas en una hoja de chismorreos. Si Sofía y Kali han caído por el colapso de los estratos celestiales, y yacen en el barro de las calles, entonces todas las mujeres yacen en el barro de las calles.

Las mujeres se han impuesto la tarea de levantar a Sofía y a Kali del barro; no es un trabajo que nosotros, como hombres, podamos hacer. Nuestro deber es levantar a Dionisios, a Hermes y la energía Zeus, aunque ya no veamos pasar a los reyes en carruajes tirados por caballos. Necesitamos ver al Rey Sagrado, «no con, sino a través de la mirada» (como lo expresa Blake), y ver a nuestro radiante rey interior no contaminado por las imágenes de algún Herodes caído o de algún Stalin muerto. De tal modo que nuestros pies tropiezan cada mañana, al salir de casa, con fragmentos del Rey Sol desparramados por la acera.

## **El rey interior**

Tenemos dentro de nosotros, pues, un tercer Rey, al que podemos honrar o no, y al que llamaremos el Rey interior.

El Rey interior es el que, dentro de nosotros, sabe qué queremos hacer el resto de nuestra vida, o el resto del mes, o el resto del día. Puede saber con certeza qué queremos sin dejarse contaminar por las opiniones de los que nos rodean. El Rey interior está conectado con nuestro fuego, o propósito, o pasión.

Cuando teníamos uno o dos años, el Rey interior, suponemos, estaba vivo y lleno de energías. A menudo sabíamos qué queríamos, y así nos lo expresábamos a nosotros mismos y a los demás. Sin duda, a algunas familias no les importa qué quieren los hijos.

Para la mayoría de nosotros, nuestro Rey fue asesinado hace mucho. Ningún Rey muere para siempre, sino que cae y muere. Cuando los guerreros interiores no son lo bastante fuertes para proteger al Rey —y a los dos o tres años es difícil que lo sean— muere.

Otra forma de ver al Rey es decir que está por, depende de, da sustancia a nuestro estado de ánimo. Un niño tiene un determinado estado de ánimo: quiere jugar, o quedarse en la habitación, o hacer locuras. Los adultos tienen estados de ánimo más intensos. El padre abusivo, depresivo, alcohólico, adicto al trabajo o loco tiene un estado de ánimo muy intenso, y es el único estado de ánimo que cuenta. Los hijos y el otro padre tienen que adaptarse a ese intenso estado de ánimo, servirle, preocuparse por él, sacrificar su estado de ánimo al otro, más intenso.

Un hombre cuyo Rey ha desaparecido no sabe si tiene derecho a decidir siquiera cómo pasar el día. Cuando mi Rey está débil, pregunto a mi mujer o a mis hijos qué es lo que se debe hacer. He tenido extrañas aventuras comprando jerséis. Por ejemplo, no puedo decidir cuál es mejor, el jersey verde o el violeta. Mi mujer dice: «El violeta es muy bonito.» Entonces, el verde se marchita ante mis ojos, cambia de color, se vuelve feo. No puedo creer que ese jersey me haya podido parecer bonito.

Algunas personas tienen un Rey fuerte al dirigirse a un público, un Rey moderadamente fuerte al intercambiar opiniones con cinco o seis personas, y un Rey débil al discutir con una sola persona.

Muchos hombres de la generación del cuarenta y cinco proyectaban su inmaduro Rey interior en Jack Kennedy, que hablaba abiertamente de Camelot, en Martin Luther King y en Bobby Kennedy. El asesinato de los Kennedy y del Rey por las fuerzas americanas opuestas a cualquier reinado espiritual supuso una catástrofe para los hombres de esa generación. Algunos hombres me han dicho, con lágrimas en los ojos, que entonces perdieron algo que nunca han vuelto a recuperar; nunca han vuelto a encontrar la senda.



Los líderes, pues, han de ser lo bastante fuertes para que los jóvenes les permitan hacerse cargo durante un tiempo de su Rey interior, y vivir lo bastante para que los jóvenes lo puedan recuperar, intacto, y hacerle un lugar dentro de ellos.

Los jóvenes en proceso de madurez durante las administraciones Reagan y Bush tienen un problema distinto: la dificultad de encontrar a alguien que se haga cargo de su Rey. Sin duda, Edwin Méese no lo podía hacer, ni John Poindexter, ni ninguno de los otros involucrados en las mentiras sobre los «contras». Reagan, como actor, desempeñaba su papel, pero no podía ser honesto. La traición al país durante el escándalo de los bonos basura por senadores demócratas y republicanos empeoró aún más las cosas. Si los jóvenes no tienen ningún hombre público al que entregar su Rey, ¿cómo pueden desarrollar el Rey en su interior?

Mi generación entregó su Rey a Roosevelt, a Eisenhower, al general Bradley, al senador Fullbright y a otros hombres que se hicieron cargo de él con honorabilidad. A los veinte años, no sabíamos nada acerca de la mitología en torno del Rey, pero honramos a algunos hombres que, pese a no ser reyes, encarnaban un orden que hasta podía ser benéfico.

Cuando el Rey exterior o de carne y hueso cae, arrastra en su caída a los frágiles Reyes de los otros dos estratos, incrementando la velocidad de su descenso. La caída de un Rey corrompido acelera la caída de los otros dos por magia simpática.

¿Cómo puede revivir el Rey interior sin mitología y sin reyes políticos capaces de hacerse cargo de él durante al menos un par de años?

El proceso de resurrección del Rey interior, visto desde dentro, empieza con la atención a los más pequeños deseos..., intuyendo lo que a uno realmente le gusta. William Stafford lo describe como coger con los dedos la punta del hilo de oro. Percibimos los giros del pensamiento o del lenguaje que nos agradan. A los cuarenta o a los cincuenta recordamos qué tipo de mujer o de hombre nos gusta en realidad. ¿Cuáles eran los placeres que sentíamos de niños antes de consagrar nuestra vida a agradar a los demás, a atenderlos, a hacer lo que esperan de nosotros? En términos mitológicos, hacerse con la punta del hilo de oro equivale a coger una sola pluma del ardiente pecho del Pájaro de Fuego.

La mengua del padre y el derrumbamiento del Rey exterior hacen más intenso, casi insoportable, el anhelo del Rey interior. Diría que, tras dirigir la atención a los pequeños deseos, el siguiente paso empieza no con resoluciones sino con un largo período de duelo por la muerte del Rey interior y de sus guerreros.

Una vez recuperado, si ha de permanecer con vida el Rey interior requiere ser alimentado y honrado, y cada hombre y cada mujer debe descubrir cómo hacerlo por sí mismo o por sí misma.

Las mujeres también tienen un Rey, además de una Reina. La diferencia entre éstos es un tema aparte.

El solo hecho de establecer contacto durante veinte minutos con el Rey Sagrado fue tan importante para Yeats como todos los años que había pasado trabajando. Escribió:

*Llegó, pasó mi cincuenta aniversario.  
Sentéme, solitario,  
en Londres, en un bar abarrotado,  
libro abierto y una taza vacía  
sobre la mesa de mármol.*

*Y entonces, mientras contemplaba el bar y la calle,*

*una súbita llamarada inundó mi cuerpo;  
y por unos veinte minutos creí,  
tan grande era mi felicidad,  
que estaba bendito y podía bendecir.*

*Las dos corrientes que fluyen  
en el interior del rey sagrado.*

En la habitación de lo alto, el Rey se nos acerca con un rostro radiante: bendice, estimula la creatividad, establece —con su sola presencia— un universo ordenado. Pero existe, como afirma Robert Moore de forma tan convincente y gráfica, un segundo lado del Rey, más oscuro, que impreca a los jóvenes, desalienta su lado creativo, establece —con su sola presencia— el desorden.

Si estos seres tempestuosos o huracanados forman parte de la naturaleza, podemos tener la certeza de que la noche acompañará al día y de que las plantas producirán sustancias venenosas, y no sólo curativas.

El Rey Sagrado hace caer su resplandor a través de la atmósfera, lo mismo que el Rey Venenoso. Eso quiere decir que, en el mundo político, convivirán los Herodes con los Arturo. Sabemos que si Herodes ve inclusive una pizca de creatividad masculina en su reino, mandará matar a todos los jóvenes para acabar con ella. El Rey Torcido y el Rey íntegro conviven en el reino eterno, del mismo modo que ciertas tradiciones sostienen que el diablo es el hermano de Jesús.

De lo que se deduce, pues, que todo hombre tiene algo de guerrero brutal y destructivo y algo de guerrero constructivo; algo de oscuro embustero y algo de bromista. Sabemos por «Blanca nieves» que las jovencitas traban relación con una Reina Venenosa así como con una Reina Nutricia, y sabemos por la mitología griega que hay una Atenea que petrifica y una Atenea que devuelve la vida.

Dos corrientes, pues, descienden hacia nosotros desde el Rey Sagrado. El Rey Benévolo fluye directamente hacia Churchill, y el Rey Torcido lo hace hacia Stalin.

### **Las dos corrientes que fluyen en el interior del padre**

Michael Meade encontró una poderosa historia africana que ya hemos contado aquí en parte, y que empieza con un padre y un hijo que van de caza. El padre coge una rata. Después de que el hijo tira la «rata» del padre (que podría ser la ocupación del padre), el padre descarga un hacha sobre su hijo. Tras yacer inconsciente durante un rato, el hijo despierta y en medio de la noche entra a hurtadillas en casa de sus padres, coge su ropa y se va.

Después de una «larga caminata en la oscuridad», el muchacho llega a una aldea en la que todos duermen, excepto el jefe, cuya cabaña, en el centro del poblado, está iluminada. El muchacho le cuenta su historia, y el jefe le dice: «¿Me guardas un secreto? »

«¿Qué secreto?»

«Yo tuve un hijo que murió en una batalla y nunca volvió a casa. Quiero que seas mi hijo. ¿Me guardas este secreto?»

Estamos ante un mentor de este mundo, o un Rey Sagrado del otro. El muchacho acepta convertirse en hijo del jefe, supera toda clase de pruebas, se sienta con él en su cabaña real. Luego, un día, el padre aparece en la aldea buscando a su hijo. «Quiero que me devolváis a mi hijo.» De modo que el problema del padre permanece sin resolver.

Cada uno de nosotros tiene que enfrentarse en algún momento a este problema. Tarde o temprano, tenemos que enfrentarnos al lado del padre que nos golpea con un hacha.

En *La Metamorfosis* de Kafka, el hijo despierta una mañana y descubre que se ha convertido en un insecto con caparazón. Sospechamos que el lado envenenado del Gran Padre anda cerca. El hijo insecto se arrastra bajo su propia cama, trepando en ocasiones por las paredes de la sala cuando la familia está ausente. El padre vuelve un día inesperadamente y, viendo al hijo insecto en lo alto de la pared, le lanza una manzana que abolla el caparazón y lesiona el blando cuerpo interior del hijo.

Cuando la manzana del Jardín del Edén golpea el caparazón, salimos del pensamiento psicológico para entrar en el pensamiento mitológico. De pronto, el padre es una especie de Jehová maligno, y un opresor en un nivel fantástico, descomunal.

Kafka describe con gran maestría a ese padre en el que conviven dos Reyes a la vez. En su relato «El juicio», el padre, anciano y aparentemente senil, cambia varias veces de tamaño. Mientras el hijo carga al padre hasta su propia habitación, que le ha cedido, el anciano es un bebé que juega con la cadena del reloj de bolsillo del hijo. Pero, ya en la cama del hijo, el padre se alarga y toca el cielo raso con los dedos. Declara que el mejor amigo del hijo es en realidad su propio confidente, y condena al hijo a morir ahogado. Su autoridad es tan grande que poco después el hijo ejecuta la sentencia sin dilación. Al caer del puente al río, dice: «Queridos padres, os he querido pese a todo.»

Todos los padres heredan miles de años de paternidad sagaz y elaborada. Un padre aparentemente débil puede controlar a toda la familia desde la sombra con sus silencios. Si el padre es alcohólico, su alcoholismo puede ser una operación de gran envergadura, realizada con meticulosidad napoleónica, del modo de gobernar su casa mediante los medios más económicos. El Padre Destructivo no proporciona energía a la familia; la extrae de ésta para alimentar algún agujero negro que alberga en su interior. La extrae continuamente, como la extraen los grandes tiranos de sus ciudadanos.

En el cuento «Los seis cisnes», de los hermanos Grimm, el padre, acobardado tras perderse un día en el bosque, acepta casarse con «la hija de la bruja» para poder salir. Fue el padre el que dejó entrar las fuerzas del mal en esa casa. Nuestro propio padre, por cobardía o por temor, pudo haber dispuesto nuestras desgracias aun antes de que nació.

He estado en reuniones de hombres en las que los intentos de alguno de ellos de hacer frente al padre-hacha se expresan en gritos de cólera que pueden prolongarse durante veinte minutos. Si se les pregunta, la mayoría de hombres recuerdan con claridad el golpe del padre y el lugar en el que lo recibieron.

Un hombre dice: «El hacha cayó en el lado izquierdo de mi cabeza»; otro, «en mi espalda, entre los hombros»; otro, «directo a la parte superior de mi cabeza»; otro, «en plena ingle». Algunos hombres dicen: «Me golpeó a los trece años, y si estuviese aquí lo mataría ahora mismo.» Oímos historias vivas en las que no existe orientación, apoyo, afecto, y sí, en cambio, sarcasmo, brutalidad, frialdad. «Nunca serás ni la mitad de hombre que yo.» Conocemos historias de abandono con una que otra huella criminal.

Admiro la capacidad que tienen ciertos hombres para ver el lado-hacha del padre. Claro que algunos se pueden quedar estancados allí. James Hillman señala: «Si aún te duele algo que te ocurrió a los doce, es el pensamiento el que ahora te duele.»

Otros hombres —una gran cantidad— no sienten rabia o culpa. Por el contrario, se sienten estrechamente unidos a sus padres, y para ellos la disciplina fue algo sin importancia. Algunos cuentan historias de padres generosos que les elogiaron, quisieron y protegieron cuanto pudieron, y que inclusive les

iniciaron lo mejor que pudieron en ausencia de los antiguos iniciadores. Para el primer grupo, esto suena a encubrimiento del lado negativo del padre. Es posible que no sea así.

Algunos hombres del segundo grupo han sido capaces de considerar a sus padres a la luz de la psicología. Si consideramos en esos términos a nuestro padre, podemos obtener de nuestro interior perdón, complicidad, humor, sutileza simbólica y compasión. El corazón se nos empieza a derretir. Entendemos cuan poco amor, cuan poca atención recibió. Consideramos sus traumas infantiles. Sin embargo, el pensamiento psicológico rara vez engrandece al padre. Más que ver qué hizo, bueno o malo, vemos que no pudo hacer otra cosa. El pensamiento psicológico puede dejar al padre del mismo tamaño, quizá más pequeño, pero al mismo tiempo más aceptable y menos singular.

No existe ninguna receta. Ningún padre es bueno por completo. Ello se deduce de la imagen de las dos corrientes —una sagrada, la otra envenenada— que fluyen, no sólo hacia los reyes materiales en la tierra, sino también hacia nuestros propios padres.

Si vemos a nuestro padre como una persona insignificante, ridícula, absurda, etc., le hemos oscurecido tanto que ya no queda lugar para él en la historia. Si insistimos en que era una persona mala, que nos humillaba constantemente, caemos en el victimismo y ya no queda lugar para nosotros en la historia.

La mitología nos ayuda a ver el lado oscuro de nuestros propios padres de forma viva, inolvidable. Comprender que nosotros y nuestro padre existimos en una gran historia nos saca de nuestro trance privado y nos recuerda que no tenemos el monopolio del sufrimiento.

Los occidentales ven la pureza y la dulzura de una mujer en el esplendor de la Virgen María irradiándose sobre ella. Los rusos y los hindúes ven la violencia, la fuerza, la disponibilidad ante la muerte y el deseo de conquistar la muerte de una mujer en el brillo de las grandes brujas como Baba Yaga, Kali y Durga.

En el esplendor del Rey Sagrado, del luminoso Arturo, que transmite su brillo a nuestro propio padre, somos capaces de ver su valentía y su generosidad; y sabemos que a través de los Padres y de los Reyes Envenenados —Herodes, Cronos, Stalin— podemos ver el hambre devoradora, el temor a la muerte, la insistencia del padre en que todos vivan en desorden.

## **El anhelo de vivir con el rey**

Puesto que cada uno de nosotros siente un enorme hambre de Rey, de Rey Benévolo o de Rey Sagrado, nos gustaría empezar a vivir con él de inmediato. Nos gustaría saltar por encima de nuestro padre y trasladarnos a su castillo. Pero parece ser que no lo podemos hacer hasta habernos enfrentado al padre-hacha.

A la pregunta «¿Por qué no podemos permanecer más tiempo con el Rey?», habría que responder: «Los niños visitan al Rey, pero los adultos disponen un lugar en el que los pueda visitar el Rey.»

Nos preguntamos, entonces, por el lugar habitable que reservamos en la cabeza a nuestro propio padre. ¿Qué clase de habitación hemos dispuesto para él? Si por él sentimos el mezquino respeto que sugiere Geoffrey Gorer y las comedias de situación, lo más probable es que la habitación esté en un barrio marginal, tenga la puerta combada, las cortinas de plástico y una nevera maloliente con comida podrida en su interior. Sin duda alguna, los demonios de la sospecha ya han visitado este lugar. Han tirado el sofá sin abrir las ventanas. Han colgado retratos de Pinochet y de Jesse Helms, y atado pequeños perros negros a los radiadores.

Por consiguiente, en un país como el nuestro la primera tarea del hijo consiste en limpiar la habitación, reamueblarla, honrar el lado transparente y positivo del padre. Los hombres que sencillamente y sin dobleces

aman a sus padres —y hay muchos— encuentran fácil este trabajo. Cuelgan retratos de George Washington. Algunos, por supuesto, sólo tienen consciencia del lado positivo de sus padres, y no saben nada del lado negativo. Recuerdo a un joven de unos veinticinco años que asistió a una reducida reunión de hombres en Alaska. A su padre, policía, le habían asesinado mientras estaba de servicio. Para preservar una imagen positiva del padre ante los hijos, su madre le había colocado en un pedestal, de modo que no era del todo humano. Unos años después, algunos ex compañeros del padre invitaron al muchacho a salir con ellos. Pronto empezaron a contarle anécdotas sobre lo bien que el padre hacía trampas a las cartas, y sobre borracheras y mujeres. Los hombres mayores le dieron a ese hijo un regalo a través de las historias.

Los hombres con semejantes padres ideales en la cabeza necesitan construir una habitación entera para el lado torcido, destructivo, vulgar y oscuro del padre, inclusive si es un héroe para otros. Todos los que estamos en esa situación necesitamos añadir una habitación al piso para hospedar al Rey Destructivo y a sus familiares.

Por contraste, al hijo que siempre rué consciente del lado cruel y destructivo del padre no le resultará difícil amueblar una de estas habitaciones oscuras. Quizá convenga una mesita baja, con la Carta al padre de Kafka repujada en cuero, algunos dardos envenenados en la pared, las paredes cubiertas con pegatinas de Jim Beam y la cabecera de la cama elegantemente labrada con escenas de la vida de Cronos, el devorador de hijos.

Para ampliar la habitación del Padre Torcido, hemos de incrementar, como Kafka y Blake, nuestra capacidad para el horror, el odio, la tiranía, los celos y el asesinato. Blake inventó un dios llamado Urizen que maldice, condena y destruye «los gozos más bellos»; sus tablillas parecen lápidas, y en ellas escribe lo que no se debe hacer. La fantasía de Blake equivale a una habitación adicional en el piso de su padre.

Pero ese mismo hijo tiene que construir una segunda habitación para hospedar el lado generoso y benévolo de su padre. También en esta ocasión pueden ser útiles los amigos de su padre, porque a veces el padre oculta su talante y su generosidad inclusive a su mujer. Muchos hombres han recibido ayuda de este tipo. «Descubrí que mi padre había sido un gran bailarín de joven.» «Mi padre evitó que un hombre fuera a prisión, y nunca se lo contó a nadie.» Me enorgullecía cuando los mayores me decían: «Tu padre era el único hombre que leía libros durante la Depresión.» Algunos de nosotros tenemos que construir esta habitación en posición de desventaja, reconociendo que nuestra memoria es selectiva, que algo en la cultura quiere que seamos injustos con el lado masculino de nuestros padres, que encontremos razones mezquinas en sus generosas palabras y que asumamos que es un monstruo, como algunos dicen que son todos los hombres. Para algunos, construir la habitación supone encontrar la tumba de su padre y yacer sobre ella durante largo tiempo, aullando.

Si aún no hemos edificado y amueblado dos habitaciones, no podemos esperar que nuestro padre, vivo o muerto, se mude a éstas. Aquellos que ya han construido ambas habitaciones en su alma, pueden empezar a pensar en invitar a un mentor. También él necesitará dos habitaciones.

Estoy seguro de que los lectores pueden completar por sí mismos la figura que propongo aquí. El Rey es un «hombre de mundo» y nunca aceptaría venir a vivir a estas habitaciones mezquinas e incómodas. Después de hospedar al mentor, podemos empezar a pensar en invitar al Rey a las renovadas habitaciones en las que ha vivido el mentor.

Y Dios, ya sea masculino o femenino, también tiene —se dice— dos lados, y sin duda nunca aceptaría venir a vivir con una persona que no ha hecho un lugar en el alma para el Rey, para el mentor y para los lados envenenado y benéfico del propio padre.

## El varón como ser separado

Sabemos que todos los niños empiezan siendo hembras en el feto, y que el feto señalado para ser varón pasa por cientos de cambios antes de nacer. John Layard explica que, según una antigua tradición, la piedra, mientras permanece adherida al lecho de roca, es femenina. Se vuelve masculina cuando se separa de la cantera y se sostiene por sí misma. Las piedras de la Isla de Pascua, por consiguiente, son masculinas, igual que las de Stonehenge.

Así, llegamos a la conclusión de que cada padre es un ser separado. Tiene su propia vida, desvinculada no sólo de su esposa, sino también de sus hijos. Sentado en los acantilados occidentales de la principal isla de Aran, escribí acerca de mi padre:

*¿No estás, padre,  
lejos del continente,  
mucho más que estos acantilados de granito?  
Quizá quiera que estés  
aún más lejos  
que estas islas de Aran,  
que estés al borde  
de todo sentimiento humano.*

La mayoría de nosotros quiere que nuestro padre permanezca cerca, quiere que esté «al borde de todo sentimiento humano», donde ya está.

La mitología está llena de historias del mal padre, el devorador de hijos, el aventurero lejano, el gigante celoso y posesivo. La paternidad positiva a la que todos aspiramos es poco común en los cuentos de hadas y en la mitología. No hay padres buenos en las principales historias de la mitología griega, y muy pocos en el Viejo Testamento. Urano, Cronos y Zeus manifiestan tres tipos de horrenda paternidad. Abrahán, un famoso padre de la Biblia, estaba completamente dispuesto a sacrificar a Isaac; y su nieto Jacob fue bueno con José, pero no lo fue, aparentemente, con sus otros once hijos, y no hace falta decir que no protegió a José de la cólera de sus hermanos.

Es interesante el hecho de que se encuentren escasos ejemplos de buena relación paterno-filial en la literatura mitológica. El Rey Arturo irradia generosidad, pero como tío, como iniciador y guía de jóvenes, y no como padre.

Es posible que nunca alcancemos con nuestros padres la proximidad a la que aspiramos. «Lo masculino —señala John Layard—, supone aquello que está "aislado".»

Menciono esto cuando hablo con jóvenes que buscan en el padre la repetición del afecto materno, o un alimento femenino del que no han recibido suficiente. Sea lo que sea que nos dé el padre, nunca será el mismo tipo de proximidad que nos daba la madre. Y algunos hombres se tienen que conformar con una relación poco próxima. En muchas culturas tradicionales, son hombres mayores que el padre los que alimentan y enseñan a alimentarse. El poder del anciano en orden a la nutrición se erige sobre el fundamento proporcionado por la alimentación femenina, el calor, el amor, las canciones de la madre. Más tarde, el niño busca las enseñanzas en la tierra; es el tiempo de la caza, del frío, del viento, del clima. Cuando la base de la nutrición materna y de la compañía terrestre es la que debe ser, los ancianos pueden intervenir, aportando el alimento masculino y su propia visión.

Los hombres parecen separados al nacer; pero sabemos que también la mujer experimenta aislamiento, sobre todo cuando, ya adulta, empieza a desarrollar su lado masculino.

El regalo de nacimiento del padre, pues, es una cosa, y el de los ancianos iniciadores, otra. El padre da con su esperma un abrigo negro para el alma, invisible en nuestras negras noches. Dio, y da, un revestimiento, o envoltorio, o baño para el alma hecho de intensidad, astucia, deseo de penetrar, vivacidad, impulso, atrevimiento. El regalo de nacimiento del padre es incalculable. Su regalo contribuye al amor al conocimiento, al amor a la acción y a las distintas formas de honrar el mundo de las cosas. Hoy en día resulta importante nombrar algunos de los regalos paternos.

Al cerrar el capítulo sobre el Rey y el padre, vemos que hemos topado con algo duro. Los hijos e hijas de los Estados Unidos sienten aún «muy poco padre» y no hay señales evidentes de que esto vaya a mejorar. Los padres mismos no han cambiado tanto; nos parecen más pequeños porque no vemos detrás, o a través de ellos, al Rey Benéfico o al Rey Destructivo. Los padres parecen opacos; el Rey Sagrado parece más lejano, y el alcance de nuestra vista no es muy amplio.

Cuando el estrato mitológico se derrumba y caen los reyes políticos, desaparece el patriarcado como fuerza positiva. Las energías del sol y de la luna ya no llegan a la tierra. La antigua mitología celta tiene una imagen particular del fin del patriarcado:

Las águilas descansan en las ramas más altas del árbol sagrado, con animales muertos entre sus garras. Trozos de carne podrida caen por entre las ramas al suelo, donde los cerdos los devoran.

Nosotros somos los cerdos. Cuando toda la carne que cae de arriba está podrida, ni los hijos ni las hijas reciben el verdadero alimento. Las mujeres tienen razón cuando se quejan del alimento que encuentran en la tierra, pero tampoco los hombres están bien alimentados. Desde luego todos están insatisfechos, porque ni el hombre ni la mujer reciben la verdadera carne.

Eso no quiere decir que tengamos que reconstruir el patriarcado, sino reconocer que estamos muertos de hambre. Cuanto más difícil se hace visitar al Rey, más hambre sienten todos. La percibida ausencia del padre es la ausencia del Rey. La adicción no tiene que ver con los «capos» colombianos de la droga, sino con la ausencia del Rey.

Los hombres y las mujeres ya han estado separados del Rey; esta separación se ha dado muchas veces en los siglos pasados. Por ello, resulta interesante volver la mirada a la historia y ver qué ocurre a continuación.

## V. ENCUENTRO EN EL JARDÍN CON LA MUJER-DIOS

### Lo femenino maternal y lo femenino privado

Ya hemos recorrido una buena parte de esta historia. Después de separarse del Hombre Primitivo, el muchacho ha conocido al alma. Si le damos un pelo, el alma lo cubre de oro. Si nos abrimos camino hacia el alma, ésta responde y corta la maleza para abrirse camino hacia nosotros. Después de esto, el muchacho se las arregla para entrar en el castillo, desciende a las cenizas y, finalmente, realiza una breve visita a las habitaciones del Rey.

¿Qué queda? No podemos detenernos ahora, porque aún no ha aparecido lo femenino. Por supuesto ha tenido una relación con su madre, que es la forma maternal de lo femenino, pero eso es todo. Y ahora está a punto de conocer lo femenino en su forma no maternal, en su forma poderosa, floreciente, astuta, salvaje, instigadora, erótica, juguetona. En el plano terrenal, es la mujer astuta. En el mitológico, «La mujer que ama el oro», como se llama en algunos cuentos de hadas, o «La mujer del pelo de oro». Los rusos la llaman «La zarina», y los celtas a veces la llaman «La huella de la luna en el agua».

Los celtas distinguen dos formas de la energía femenina o energía «yin»: una forma terrenal, y otra estelar, lunar o solar. Parte de su pensamiento se encuentra en la antiquísima historia, conservada en El Mabinogión, de «Culhwch y Olwen».

La historia dice que la madre de Culhwch enloqueció durante el embarazo y que, luego, aterrada por los cerdos, le parió en los corrales de las puercas. Una forma de energía «yin» es la madre-puerca, y no olvidemos que Deméter también está relacionada con cerdos. La segunda forma de lo femenino, más erótica y espiritual, la asocian los celtas con el agua y con la luna.

«Olwen» significa «huella que deja la luna en el agua». Cuando uno está de pie en la orilla mirando el reflejo cambiante, no sabe si está mirando el agua o la luna. La imagen capta el carácter esquivo, meditabundo, cambiante, plateado, de lo astuto femenino. La luna es atraída por el sol, y extrae luz del sol, de modo que no es una contradicción denominarla «La mujer plateada» o «La mujer que ama el oro».

### El cuento: Conocer a la hija del rey

En la vida común y cotidiana, el hombre entra en contacto con lo femenino maternal al nacer —de hecho, antes de nacer—, y es un encuentro sólido, que no depende de la madre y de su habilidad para unir. Un hombre tiene muchos encuentros con lo femenino, en la escuela y durante la adolescencia. La vida nos pone en presencia de lo femenino erótico muchas veces antes de tomar el Camino de las Cenizas. Nuestra historia sencillamente ignora estos encuentros tempranos, porque, aunque dulces, no son «eso».

Un hombre relativamente inconsciente puede tener a los veinticuatro años un romance con una mujer de veinticuatro años relativamente inconsciente sin que suceda nada. Aun cuando ésta sea una mujer luna, no ocurrirá gran cosa si ni él ni ella hacen ningún esfuerzo. Por lo general, cuando la relación concluye son más inconscientes. John Cheever describe todo esto en su relato «La casta Clarissa».

Nuestro cuento referirá un encuentro con la mujer femenina después de las cenizas, y la narración presupone que un encuentro fructífero de este tipo sucede sólo después de que el hombre haya abandonado «el sótano» y entrado en «el jardín».



Veamos cómo lo narra el cuento.

El rey llamó al cocinero, le riñó, le preguntó por qué había tomado a un chico así a su servicio, y le ordenó que le despidiera y le echara del castillo. Sin embargo, el cocinero se compadeció de él y lo cambió por el chico del jardinero.

Ahora el muchacho tenía que plantar, regar, escardar y cavar, y soportar el viento y el mal tiempo.

Una vez, en verano, mientras trabajaba solo en el jardín, subió tanto la temperatura que se quitó el sombrero para que el viento refrescara su cabeza. Cuando el sol la tocaba, resplandecía con tanta fuerza que unos haces de luz penetraron en la habitación de la hija del Rey, y ésta se levantó para ver lo que era. Vio al muchacho fuera, y le llamó: «¡Joven, tráeme un ramo de flores!»

Se puso el sombrero a toda prisa, recogió algunas flores silvestres y las ató en un ramillete para ella. Cuando subía las escaleras con el ramo, se topó con el jardinero, que le dijo: «¿Qué haces llevándole unas flores tan vulgares a la hija del Rey? Ve a buscar otras ahora mismo, las mejores y las más hermosas.

«No, no —dijo el muchacho—, las silvestres huelen mejor y le gustarán más.»

Cuando el muchacho entró en la habitación, la princesa dijo: «Quítate ese sombrero; has de descubrirte en mi presencia.»

Respondió él: «No me atrevería a hacerlo. Tengo tina, ya lo sabe.»

Sin embargo, ella le cogió el sombrero y se lo quitó; sus cabellos de oro cayeron sobre sus hombros y era algo maravilloso de ver. Quiso correr hacia la puerta, pero ella le cogió del hombro y le dio un puñado de monedas de oro. Él las aceptó y se fue, pero no les prestó la menor atención; de hecho, se las llevó al jardinero y le dijo: «Toma, dáselas a tus hijos para que jueguen con ellas.»

Al día siguiente, la princesa volvió a llamar al muchacho y le pidió que le trajera más flores silvestres. Cuando entró con ellas, intentó quitarle el sombrero, pero él lo sujetó con ambas manos. Una vez más, le dio un puñado de monedas de oro, pero él no se las quiso quedar y se las dio al jardinero.

Al tercer día ocurrió lo mismo: ella no pudo arrancarle el sombrero, y él no aceptó las monedas de oro.

Un día, quizás en agosto, él se quita el sombrero. Sin quererlo, descubre al cielo, y sólo durante un instante, la cabellera de oro. La princesa no ve el pelo propiamente dicho. En una magnífica manifestación del talento del cuentista, propia de Shakespeare, el sol se refleja en la cabeza de oro y se proyecta en la pared de la habitación de la segunda planta.

Los suecos llaman a estas manchas de luz que se mueven en una pared «gatosol». Qué hermoso es para el sol que se le permita tomar parte en su primera visión del muchacho, para quien ese encuentro será decisivo. La princesa conoce al hombre de pelo de oro, pero el pelo de oro también conoce al sol. El pelo de oro ha permanecido inactivo hasta ese momento como algo que debe mantenerse oculto. Ahora hace algo. El muchacho siente que está siendo observado y se vuelve a poner el sombrero, pero ya es demasiado tarde. Este momento es lo que los griegos llaman kairós, el momento exacto de la revelación de lo que ha estado oculto en nuestro propio destino.

Sabemos que estamos en presencia de algo elaborado cuando el cuentista hace que el sol ilumine el pelo de oro, se proyecte en la pared de la habitación de la princesa, y de allí salte a sus ojos. Mediante el diagrama

geométrico, el cuentista adopta una magnífica forma indirecta, una manera de presentar la comprometedor luz solar. No puedo elogiar lo bastante este detalle. Está claro que, una vez más, estamos en algún punto del área del intelecto sagrado, sólo que, esta vez, asociado a la mujer.

Escribe García Lorca:

*Mujer que puede matar dos gallos en un segundo,  
mujer que no le teme a la luz...*

El clima lo da el jugueteo de la luz. Si en la última parte de la historia aparecieron algunos temas alquímicos, cuando el muchacho subió las escaleras con sus metales crudos para el «matrimonio breve», el ingenio alquímico continúa aquí.

Sabemos, por centenares de textos, que es Mercurio o Hermes quien vigila el proceso de la alquimia. Esta escena del jardín, con la luz dando botes como una bola de mercurio que uno intenta coger en vano, es verdaderamente mercuriana en su concepción: ingeniosa, juguetona, seria, deliciosa. Muchos hombres recuerdan haber conocido de algún modo juguetón a una mujer que resultó ser decisiva en su vida —un número de teléfono que cae de la cartera, una equivocación de restaurante, un encontronazo torpe en el bordillo de la acera, la elección de un mismo libro en una librería, un enredo de cadenas de perros o la asignación de una misma tarea y la consiguiente discusión sobre quién de los dos debe realizarla—. Todas estas experiencias de coincidencia, simultaneidad, sincronía, luz, sugieren que va a ocurrir algo que pertenece al «otro mundo» o forma parte de él. Concluimos, pues, que esa mujer está de algún modo vinculada al otro mundo.

Pongamos por escrito las cuatro cosas que hasta ahora sabemos de esta misteriosa mujer. En primer lugar, empieza las cosas: le pide flores al muchacho.

En segundo lugar, es la «hija del Rey», de modo que está vinculada al Fuego Solar, al Rey Sagrado o al término que se quiera emplear para designar a ese que está en lo alto, en su habitación iluminada.

En tercer lugar, le gusta el oro. Le impresiona el pelo de oro del muchacho. Y ofrece monedas de oro a cambio de las flores.

Por último, sabe algo. El Rey no sabía con certeza qué había debajo del sombrero, pero ella sí lo sabe.

## **Entrar al jardín**

Todo esto comenzó cuando el cocinero envió al muchacho a trabajar al jardín. En la tradición mitológica, la palabra jardín supone un jardín tapiado. «Jardín» sugiere un lugar acotado, separado del corral, del campo de granos, del bosque, del desierto, para que los seres humanos puedan cultivar en él sus plantas o flores preciosas. El jardinero introduce en este espacio acotado rosas raras, granos poco comunes, retoños de peras persas, nuevas variedades de manzanos, parras trepadoras. En el jardín tapiado, las plantas naturales se desarrollan de acuerdo con un plan.

Sabemos que el jardín tapiado europeo de la Edad Media se inspiró en los jardines de Persia, Arabia y otros países nororientales. Algunos de los rasgos característicos de estos jardines son el diseño geométrico de los cuadros, las curiosas formas de las fuentes del centro y la extraña asociación con la alquimia. Los textos alquímicos de la Edad Media describen las características del jardín y la fuente. Una fuente de piedra, por ejemplo, de metro o metro y medio de alzada, tenía canales que evacuaban el agua en cuatro direcciones. Los alquimistas llamaban a este tipo de fuente *fons mercurialis*, es decir, Fuente de Mercurio o Fuente de Hermes.

El dios griego Mercurio se asocia desde antiguo con los jardines tapiados, de hecho con todo lo que está acotado. Me parece encantador, por ejemplo, que hoy en día se diga de una lata de melocotones que está «herméticamente sellada». Mercurio gobierna la formación de continentes, el establecimiento de lugares acotados, en particular las áreas reservadas para el trabajo interior. El claustro de una monja, un lugar de meditación, el nicho para un dios, una relación en la que nos proponemos cultivar un árbol sagrado, una tumba cerrada, la habitación de los amantes, el estudio del filósofo y el recipiente del alquimista son continentes herméticos.

Las universidades fueron alguna vez jardines tapiados; y conozco a gente que a los cincuenta años abandona sus negocios y se matricula en la universidad para seguir estudios medievales. Algunos, inclusive, se van a vivir al campus universitario. Para ellos, dicho estudio es un jardín tapiado.

En toda la literatura latina y, más tarde, la italiana, la francesa y la española, la imagen del hortus conclusus, o jardín tapiado, proporcionó el tema y el marco para muchos poemas. Un buen poema es en sí mismo un hortus conclusus: privado, enigmático, misterioso.

Los críticos del siglo XX se refieren a la poética de Eugenio Montale, de Stéphane Mallarmé y de Paul Celan como herméticas. En un poema que me gusta mucho, Gerard Manley Hopkins describe el deseo humano de estar en un jardín tapiado. Los propios sonidos del poema parecen los de un jardín tapiado. Se titula «Cielo Puerto» y lleva por subtítulo «Una monja toma el velo»:

He anhelado llegar  
adonde no faltan nunca animales,  
a los campos donde el granizo cortante no desciende  
y sí florecen unos cuantos lirios.

Y he rogado quedarme  
donde no lleguen las tormentas,  
donde el verde oleaje está mudo en los puertos,  
lejos del flujo y reflujo de la mar.

En el jardín encontramos un refugio temporal para la lluvia de golpes que nos da «el mundo». Los jardines renacentistas de Europa del Norte conservaban el ambiente del patio ordenado de la casa romana clásica.

«Donde siempre es primavera» es una cualidad del jardín. Si un hombre o una mujer han sido víctimas de abusos físicos en la niñez, o han vivido en algún tipo de «familia disfuncional», él o ella necesitarán tarde o temprano un «cielo refugio». La historia dice que cada uno de nosotros lo necesita.

El jardín tapiado es un refugio del mundo, y un lugar para recuperarse de la pérdida de confianza. En «Allerleirauh» (Piel de animal sin curtir), el cuento de los hermanos Grimm, el jardín toma la forma de un árbol hueco; en ese árbol vive durante un tiempo Allerleirauh, la heroína, su cuerpo cubierto por una capa de ásperas pieles. El jardín tapiado es también un lugar para desarrollar la introversión. Escribe Rilke:

*Estoy demasiado solo en el mundo, pero no lo bastante para santificar cada hora.  
Soy demasiado insignificante en el mundo, pero no lo bastante pequeño  
para ser como una cosa ante ti, oscura e inteligente.*

*Quiero mi voluntad y quiero acompañar a mi voluntad por los caminos, hacia la acción; y quiero en tiempos silenciosos, como vacilantes, cuando algo se acerca, estar entre los labios o estar solo.*

Se podría decir que a la diosa griega Deméter pertenece la superficie de la tierra, los campos de trigo, los de cebada, los olivares, los huertos de hortalizas, los pastizales. Recordamos que un día, mientras su hija Perséfone juega en uno de estos campos floridos, Plutón, o Hades, la lleva hacia abajo y hacia afuera. Ella se va a vivir con Plutón, cuyo nombre quiere decir «riqueza», y, como ella, todos vamos, cuando entramos en el jardín tapiado, al encuentro de la riqueza de la psique, que es abundante sobre todo en sufrimiento.

Para los hombres, un dios del deber sin nombre gobierna la superficie de la tierra; y todas las bolsas de valores, todos los estadios de fútbol, todos los aparcamientos de las empresas, todas las zonas suburbanas, todos los despachos le pertenecen. Allí un hombre lucha por sus ideas, construye una granja, se hace notar, levanta un imperio, pero, tarde o temprano, si la suerte le acompaña, llega el momento de viajar al interior y vivir en «el jardín». Aquí el Hombre Primitivo es como Perséfone. Es en el jardín donde un hombre encuentra la riqueza de la psique.

Podemos decir que en el jardín tapiado, como en el recipiente al químico, se forman nuevos metales a medida que se derriten los viejos. El plomo de la depresión se funde para convertirse en dolor. El impulso del éxito, un estaño resistente, se mezcla con el cobre de Afrodita y se convierte en bronce, que es bueno para hacer escudos e imágenes de dioses. El jardín tapiado, pues, sugiere lo cultivado en oposición a lo agreste, los límites en oposición a la sociabilidad ilimitada, las inquietudes espirituales en oposición a las obsesiones exteriores, la pasión en oposición a la sexualidad grosera, el crecimiento del deseo espiritual en oposición a la obsesión con una codicia generalizada por las cosas. Este pequeño poema de Lorca habla de ese misterioso crecimiento del deseo espiritual que el jardín inspira:

*La rosa  
no buscaba la aurora:  
casi eterna en su ramo,  
buscaba otra cosa.*

*La rosa  
no buscaba ni ciencia ni sombra:  
confín de carne y sueño,  
buscaba otra cosa.*

*La rosa  
no buscaba la rosa.  
Inmóvil por el cielo,  
buscaba otra cosa.*

Este nuevo trabajo en el jardín significa salir del espacio del sótano al viento y la intemperie. Las semillas brotan, las estaciones se suceden, las hojas caen, los bulbos dan nuevos tallos en el jardín. Escribió Theodore Roethke:

*Estudio las mínimas vidas  
que se cumplen sobre una hoja;  
los diminutos seres en letargo  
que, entumecidos, pugnan débilmente  
en la cárcel del frío;  
observo los escarabajos  
encogidos en sus guaridas;  
las lagartijas de agua,  
pulgonas adheridos  
a largos y flexibles hierbajos subterráneos,*

*insectos que se revuelcan por el cieno,  
y reptantes bacterias  
culebreando a través de las heridas  
como elfos en las aguas de un estanque,  
con sus bocas que besan las suturas calientes,  
que acarician y limpian,  
que serpean y curan.*

El abono se transforma a sí mismo en hojas, rosas y manzanas; no provocamos adrede nuestras desgracias, y no sería justo culparnos por todas, o por algunas de ellas. En el jardín trabajamos aún «en la oscuridad», pero esa oscuridad es ahora la de la tierra negra. En un pasaje de uno de sus poemas, el poeta persa Rumi menciona con alborozo cómo los poemas y las imágenes acuden a él casi sin esfuerzo. Luego escribe:

*Pero el verdadero trabajo está siendo realizado afuera  
por alguien que cava en la tierra.*

En el jardín tiene lugar el matrimonio entre alma y naturaleza. Estamos preparados para empezar un jardín cuando amamos el cultivo más que el entusiasmo. En el jardín cultivamos el anhelo y la nostalgia —esos extraños sentimientos tan poco americanos— y reparamos en los pequeños deseos. El camino del jardín es el del interés por los sentimientos diminutos, casi imperceptibles. Ése es el modo en el que se comportan los amantes.

El jardín tapiado es el lugar apropiado para los amantes. Los amantes de la literatura medieval —Tristán e Isolda, por ejemplo— tienen allí sus peligrosos encuentros. En el jardín nos podemos encontrar con una joven, con un anciano sabio o con el Rey, que pasa para «tomar el fresco». Sorprende la frecuencia con que aparece la imagen del jardín en la poesía amorosa; sobre todo entre los árboles. Al-Muntafil escribió:

Hay un lunar en la mejilla de Ahmad  
que atrae a aquellos que no están enamorados;  
es un rosal, cuyo jardinero es un abisinio.

El poema evoca de forma hermosa al «hombre oscuro» que de algún modo pertenece al jardín. Los hechos más importantes en las vidas de los grandes amantes tienen lugar en el Jardín No Abierto a Todos, y podemos decir, por extensión, que los hechos más importantes en nuestra vida espiritual tienen lugar en este mismo jardín.

El jardín tapiado alienta el verdadero deseo de infinito antes que la codicia de las cosas; y sabemos que todo deseo verdadero es peligroso. Dice Ibn Hazim:

*El encuentro que debe ser secreto alcanza  
una intensidad que el encuentro abierto no posee.  
Es el placer que se mezcla con el peligro,  
como escalar un camino sobre médanos en movimiento.*

Cuando dos personas se encierran en las intimidades de una aventura romántica, sobre todo si tiene que ser secreta, tal vez sientan cómo los sólidos que hay en ellos se licúan y los líquidos se evaporan. La tibieza de Eros es un placer mezclado con peligro.

La iniciación, pues, exige de cada joven, en algún momento, su transformación en amante: es decir, que desarrolle el amante que hay en él, de la semilla a la flor. Sabemos por el Romeo y Julieta de Shakespeare, y por otros relatos renacentistas, que en aquel tiempo no era inusual que un joven se tomase dos o tres años para aprender a ser amante. Nosotros, en cambio, pasamos esos años en la enseñanza secundaria. El joven de aquella época aprendía a tocar un instrumento musical porque la resonancia de las cuerdas afecta el corazón; aprendía a «memorizar» poemas y a ponerles su propia música, y luego se los recitaba a mujeres introvertidas que escuchaban detrás de ventanas con barrotes de hierro. Era labor de jardín, pero hecha con ganas.

Robert Moore propone la expresión «consciencia admirativa» para describir la naturaleza de los amantes. Si valoramos las armonías de las cuerdas, la luz del sol en las hojas, la gracia del viento, los pliegues de una cortina, podemos entrar en el jardín del amor en momentos inesperados. Más aún: después de que un hombre o una mujer se ha enamorado, la hoja parece más bonita, las palabras tienen más gracia, los hombros son más hermosos. Incluso nos gustan los pequeños pueblos:

Enamorados,  
amamos la hierba, y los graneros, y los  
postes de alumbrado,  
y las pequeñas calles abandonadas a la noche.

**R. B.**

Los amantes están llenos de alabanzas:

*Fue entre helechos que aprendí sobre la eternidad.  
Bajo tu barriga hay un lugar rizado.  
A través de ti aprendí a amar los helechos de aquel banco,  
y la curva que dejan en la arena las patas del venado.*

**R. B.**

Más aún, cuando un hombre se enamora de una mujer, o de un hombre, está en el jardín. Escribe Rumi:

*Ven al Jardín en primavera.  
Hay vino, y promesas de amor en las granadas maduras.  
Si no vienes, qué importa todo esto.  
Si vienes, qué importa todo esto.*

La labor de jardín puede empezar de forma inesperada. Una enfermedad que confina al enfermo en una habitación durante semanas puede ser su jardín tapiado. Un accidente puede favorecerlo. Thoreau, por otra parte, decidió vivir unos meses en una cabaña que él mismo se construyó, y él y su cabaña y Walden Pond fueron su jardín. Sabía bien que se había convertido en un amante, y escribió: «Finalmente he encontrado compañía: me he enamorado de un roble.»

En el proceso de entrar al jardín algunos hombres empiezan por levantarse a las cinco de la mañana y reservarse una hora para sí mismos antes de ir al trabajo. Para ello es necesario que el padre se resista a la idea interiorizada de que su vida pertenece al trabajo, a los hijos y al matrimonio.

Hacer un jardín y vivir en él supone trazar ciertos límites, y a veces necesitamos esos límites para no desperdiciar nuestro tiempo en cosas mundanas.

*Soy demasiado insignificante en el mundo,  
pero no lo bastante pequeño para ser como una cosa ante ti.*

La adicción a la perfección, nos recuerda Marian Woodman, equivale a no tener un jardín. La ansiedad en la búsqueda de la perfección marchita la vegetación. La vergüenza nos impide cultivar un jardín. Cuando cuidan su jardín, los hombres y las mujeres profundamente avergonzados, arrancan las flores junto con los hierbajos, porque gran parte de sus propios sentimientos les parecen defectuosos o sucios.

¿Qué es lo que amamos tanto como para protegerlo de extraños? Ésa es una buena pregunta para los constructores de jardines.

*No importa cuan profundamente me sumerja en mí mismo  
mi Dios es oscuro, y como una telaraña hecha  
de cien raíces, que beben en silencio.*

**RAINER MARÍA RILKE**

## **La Mujer de Cabellos Dorados y la deliciosa confusión**

La joven de nuestra historia se las ha arreglado para meter en su propia habitación al joven del pelo de oro. ¿Qué significa para un muchacho corriente conocer a la Mujer Que Ama el oro?

Un hombre me contó sobre un verano que pasó a los quince años trabajando de camarero en un balneario de las Catskills. A él y a otros muchachos les iba bien hasta que un día apareció una chica de dieciséis años, alta, rubia, hermosa y autosuficiente. En un instante todo se vino abajo. El muchacho de quince años se hundió bajo las olas, salieron burbujas, estaba perdido.

Es interesante el hecho de que ni él ni sus amigos, igualmente impresionados, hablaran con ella en ningún momento. En cambio, después de trabajar pasaban horas comentando con quién había estado hoy, qué llevaba puesto en el desayuno, quién se había sentado a su mesa. La belleza de su rostro, que parecía inaccesible, o invulnerable, les hacía sentirse estúpidos, seres inarticulados, patanes sin esperanza. Ella estaba por encima de la materia.

Tres semanas duró la obsesión; cada mañana despertaban enfebrecidos. Luego se acabó el verano; ella se marchó, y eso fue todo. Aquel verano sólo hubo un acontecimiento: ella.

La muchacha de dieciséis años no era la Mujer de Cabellos Dorados, pero los chicos no lo sabían. Vieron lo que vieron: la Huella de la Luna en el Agua, y se sintieron deliciosamente confundidos.

Por su parte, la chica está igualmente confundida. En realidad, puede carecer de autoestima, ser insegura, sentirse avergonzada, inclusive acosada, pero por fuera, en el brillo de su rostro, es regia, dueña de sí misma, dorada e invulnerable. La Mujer Dorada del otro mundo irradia su brillo a través de la atmósfera, iluminando el rostro de la muchacha. Su belleza es un imán lo bastante poderoso para los fantásticos anhelos de los chicos; quizá corresponda a algún patrón de su memoria genética. Le echan un vistazo y el verano está completo.

Si se hubiese tratado de jóvenes de dieciocho años, uno de ellos le hubiese dirigido la palabra y la hubiese cortejado. Quizás hasta hubiese hecho el amor con ella; y en el curso de todo ese proceso hubiese descubierto que ella no era «ella». ¡Qué desilusión! «¿Cómo pude equivocarme tanto?», se hubiese dicho a sí mismo. Si ella le hubiese reprochado su pérdida de interés, quizás hasta le hubiese hablado de su decepción.

Estamos ante una gran fuente de desesperación para ciertos hombres, y de sufrimiento para ciertas mujeres. Un hombre puede caer en el círculo vicioso del cortejo y de la decepción. Un hombre de unos treinta y cinco años me contó que la confusión respecto de los niveles arruinó su vida. Su vida se puede resumir así: Ve a una mujer en el extremo opuesto de la habitación y sabe de inmediato que es «Ella». Abandona la relación que tiene, la persigue, se entusiasma, se apasiona, se obsesiona. Al cabo de unos meses, todo se viene abajo; ella se convierte en una mujer corriente. Él se siente confundido y perplejo. Luego vuelve a ver una cara radiante en el extremo opuesto de la habitación, y le vuelve a embargar la vieja certidumbre. El rostro parece emitir un susurro: «Venid a mí los que amáis a la Mujer de Cabellos Dorados.» Ella no parece consciente de su propio susurro. Sin duda, ese susurro le otorga un gran poder, porque los hombres le proponen cambiar sus vidas por ella. Pero no es un poder real y, cuando la dejan, se siente insignificante, abandonada, impotente. Una generación de americanos depositó su anhelo de la Mujer de Cabellos Dorados en Marilyn Monroe. Ella se propuso asumirlo y murió por ello.

La gloria del Rey Sagrado recae sobre una figura pública, un líder, y sobre un padre capaz de asumirla. La gloria de la Mujer de Cabellos Dorados desciende desde su luminoso espacio eterno sobre una figura pública como Marilyn Monroe o Meryl Streep, y también sobre una chica de dieciséis años del balneario de la Catskills. Debajo del rostro invulnerable hay un ser humano sumamente vulnerable, víctima de estas fuerzas implacables e impersonales.

En los siglos XII y XIII, la gente lo comprendía. Los trovadores, instruidos en la inteligencia religiosa de los musulmanes, escribían poemas a la Mujer de Oro. Diferenciaban los planos al describirla como «la mujer del Señor del castillo». Mediante este recurso, el poeta también proporcionaba razones plausibles para la necesidad de mantener un clima de secreto y restricción. Las mujeres de los Señores eran astutas y sabían que allí se estaba realizando el deseo espiritual. Algunas mujeres de la época se convirtieron ellas mismas en trovadoras. Cuando una mujer trovadora como la Condesa de Dia, que fue una gran poetisa, elogia a un hombre, mira a través de él a una figura luminosa que está detrás, como hacen los trovadores cuando elogian a una mujer.

Si un griego de la Antigüedad veía a un hombre con energía Zeus, nunca se le ocurría decir «Ese hombre es Zeus». Su mitología distinguía los estratos. Destruída esa mitología, los hombres de nuestro tiempo confunden una y otra vez a la mujer viviente con la Mujer de Cabellos Dorados. Una mujer viviente con estómago, intestinos y una infancia perturbada no es la mujer de la luz. Quien se echa un pedo discretamente en un ascensor no es un ser divino, y un hombre debe saberlo.

¿Qué significa que un hombre se enamore de un rostro radiante que está en el otro extremo de la habitación? Puede querer decir que aún le queda trabajo espiritual por hacer. La cuestión es su alma. En lugar de seguirla e intentar verla a solas, lejos de su marido, necesita estar a solas él mismo, quizás en una cabaña de montaña, durante tres meses, escribiendo poesía, remando, soñando. Más de una mujer se ahorraría problemas.

No pretendo decir que el enamoramiento sea siempre ilusorio, ni que haya que desconfiar sistemáticamente del amor romántico y, por tanto, descartarlo. El tema en su conjunto es muy delicado. Es posible que Robert Johnson, siempre tan agudo y maravilloso en sus escritos, sospeche demasiado del amor romántico. Otro de los errores cometidos por los junguianos consiste en la adopción de esa horrible palabra que es *anima*, y en la consideración de cada mujer hermosa como nuestra *anima*.

Cuando un hombre le dice a una mujer «Eres mi *anima*», ella debería dar un grito y salir corriendo de la habitación. La palabra *anima* no tiene ni la grandeza de la Mujer de Cabellos Dorados, ni la grandeza de una mujer común, que quiere ser amada como a una mujer.



La aparición de una mujer desconocida en el sueño de un hombre puede indicar la proximidad de la Mujer de Cabellos Dorados. Este poema se titula «Un sueño de una tarde con una mujer a quien no conocía»:

*Desperté y salí. Aún no había amanecido.  
Un gallo proclamaba ser la luna menguante.  
El molino era una escalera que acababa en una nube gris.  
Una moledora gruñía en una granja cercana.*

*Durante la noche, la escarcha había convertido en nubes la maleza.  
En mi sueño nos detuvimos a tomar café, nos sentamos solos  
junto a una chimenea, junto a unas tazas delicadas.  
Amé esa tarde, y el resto de mi vida.*

John Fowles señaló que su novela La amante del teniente francés surgió de una sola imagen que vio durante diez segundos en un sueño. En su sueño vio a una mujer, el rostro parcialmente oculto por una bufanda, de pie en el extremo de un dique bajo una tormenta.

Meryl Streep representó magníficamente esta escena en la película. Escenas posteriores dejan en claro que la Misteriosa Mujer Oculta, como la he llamado en otros lugares, ama la intimidad, los árboles colgantes, las faldas largas, los lugares oscuros bajo los puentes, las habitaciones en penumbra. Una intensa y tormentosa noche de amor en un granero de heno significa más para ella que tres años de tibias relaciones sexuales; quiere pasión y firmeza en el hombre, y lleva un profundo deseo en su interior, una pasión a medio camino entre el sentimiento erótico y la intensidad religiosa.

Dante, que conocía a la perfección a los poetas de la Provenza, escribió una serie de poemas sobre la muchacha ingenua del balneario de las Catskills; o, para ser más exactos, escribió sobre una mujer consciente de lo que tenía, de modo que no era ingenua, sino astuta.

*En los ojos lleva mi señora a Amor,  
por lo cual se ennoblece lo que ella mira;  
por donde ella pasa, todos se vuelven hacia ella  
y a quien saluda hace temblar el corazón,  
de forma tal que, bajando los ojos, por completo se desmaya,  
y se arrepiente entonces de todos sus defectos:  
huyen delante de ella soberbia e ira.  
Ayudadme, mujeres, a hacerle honor.  
Toda dulzura, todo humilde pensamiento  
nace en el corazón de quien la oye hablar,  
por lo que es alabado quien primero la vio.  
Lo que ella parece si apenas sonrío  
no se puede decir ni recordar,  
tan asombroso y gentil es el milagro.*

La belleza irlandesa Maud Gonne estuvo en casa de los Yeats cuando W. B. Yeats contaba apenas dieciocho años. Aquello fue suficiente para él. Le dedicó muchos poemas, la amó y soñó con ella durante treinta años, hasta que se dio por vencido y se casó con una mujer corriente. Aun después de tomar esta decisión, le costó mucho apartarla de su mente. Mientras sus amigos le buscaban esposa, él escribió este poema:

*Una tenía un rostro hermoso,  
y dos o tres tenían encanto*

*pero encanto y belleza eran en vano  
porque la verde montaña  
no puede sino conservar la forma  
del lugar donde yació la liebre.*

Las liebres montañosas son salvajes; Yeats señala la relación de Maud Gonne con todo lo salvaje. El muchacho de nuestra historia dice acerca de la Mujer Diosa: «Las flores silvestres le gustarán más.»

Del mismo modo que el rey político y nuestros propios padres reciben un brillo que mana o se desprende del Rey Sagrado, Maud Gonne y toda mujer viviente reciben ese brillo proveniente de lo Femenino Sagrado o de la Mujer de Oro.

Sabemos que el término «lo femenino» no se puede sustituir por el término «una mujer». Las mujeres participan de lo femenino como el agua de una jarra participa de la luz cuando ésta la atraviesa. Dice Kabir: «Toma una jarra de agua y ponía en el agua... Ahora tiene agua dentro y fuera.» De modo que lo femenino es tan abundante como el océano o la luz del sol, interminable, y sin embargo es contenida aquí y allá, abarcada aquí y allá..., a veces en cuerpos de mujeres, a veces en cuerpos de hombres. Pero cada cuerpo contiene únicamente un sabor del océano, una fragancia del mar. Diría Blake: «El cuerpo desnudo de la mujer es un trozo de eternidad demasiado grande para el ojo del hombre.»

En nuestra historia, esta jarra de agua del océano es la hija del Rey. ¿Por qué no estará completa la iniciación de un joven sin ella? Todos tenemos ideas al respecto, y yo propondré una.

Todo hombre y toda mujer de este planeta está en el camino que lleva de la Ley a las Leyendas. Sin duda, lo está todo aquel que lee este libro. Las Leyendas representan lo húmedo, lo pantanoso, lo primitivo, lo indómito. Las leyendas son húmedas en comparación con la sequedad de la Ley. Toma veinte años entender las Leyes, y una vida entera pasar de allí a las Leyendas.

La Ley representa los mandamientos que necesitamos para sobrevivir, la regla que dice en qué lado del camino hemos de transitar, la ley de la gravedad. Hemos de aprender el axioma según el cual no podemos meter agua en nuestros pulmones y seguir respirando; el mandato que impide que nos matemos unos a otros por una disputa estúpida; el canon contra el suicidio; los postulados que alientan la prudencia, la buena educación; los preceptos que nos ayudan a controlar nuestra locura. Algunos hombres se quedan en la etapa de las Leyes. Dice Yeats acerca de los hombres que se vuelven eruditos:

*Todos andan con rodeos; todos tosen tinta;  
todos gastan la alfombra con sus pasos;  
todos piensan lo que otros piensan;  
todos conocen a quien conoce el vecino.  
Señor, ¿qué dirían si su Cátulo  
caminara de tal manera?*

Todos estamos en el camino que lleva de la Ley a las Leyendas, del dogma al Midrash, del hombre demasiado obediente a la naturaleza.

El joven de nuestra historia camina, sin lugar a dudas, en esa dirección. La prueba de ello es su conversación con el Hombre Primitivo acerca de la bola de oro y su posterior partida en su compañía. Cuanto más se acerca una persona a las leyendas, más cerca está de la profundidad, la humedad, la espontaneidad y lo peludo. Algunos cuentos celtas describen «un pájaro con cabeza humana» que le habla al joven héroe sobre un caballo peludo, que luego lleva al joven a la orilla del océano, y mar adentro, donde el héroe echa rebanadas de pan a los dragones en el momento apropiado. De modo que pasamos de san Jorge al dragón.

¿Cómo empieza este tránsito? El escritor y analista John Layará dice que cuando un hombre está preparado para dar un paso decisivo hacia «Las Leyendas», una figura femenina cuyo rostro «mira en ambas direcciones» puede aparecer en su sueño. Es como si tuviera dos caras: una mira hacia el mundo de las Leyes y de las normas, y la otra hacia el del deseo dragonesco, la humedad, lo primitivo, la adultez masculina. La imagen del sueño no corresponde a una mujer de carne y hueso, sino a una figura luminosa y eterna. Es la Mujer de Cabellos Dorados.

Presumimos que algo similar le ocurre a la mujer cuando está preparada para dar un paso decisivo. En cierto momento aparecerá en su sueño una figura masculina cuyo rostro mira en ambas direcciones. Pero sólo son suposiciones. Las mujeres saben más acerca de esto que los hombres.

En cualquier caso, «La mujer que mira en ambas direcciones» ha aparecido ya en nuestra historia. En sus cuentos de hadas, los rusos la llaman «El zar que también es una mujer»; pero cada cual le puede dar el nombre que quiera: «La mujer atraída por el oro» o cualquier otro. Si pudiera recibir un solo nombre para siempre, entonces, como dice el Tao Te King, no sería el auténtico ser luminoso, de modo que no nos preocupemos por su nombre.

El mundo de la Ley y el mundo de las Leyendas son dos partes distintas del universo, y quizá tras la aparición de «La mujer que mira en ambas direcciones» el hombre pueda ver ambos mundos con mayor precisión porque ella los ve. Su historia se desarrolla a mayor velocidad.

En su habilidad para mantener en movimiento la trama de la vida, la Mujer de Cabellos Dorados se parece más al femenino hindú, Shakti, que al femenino occidental, al que la costumbre imagina receptivo y pasivo. Shakti, a quien vemos en muchas pinturas indias, aparece erguida, desafiante, feroz, atroz. En algunas pinturas, Siva yace cerca en el suelo, y aun debajo de sus pies, aparentemente dormido; él es, por contraste, receptivo, frío, pacífico, profundamente introvertido.

Vale la pena echar un vistazo a la relación existente entre esta mujer intrigante y María Magdalena. Su inclinación a crear problemas, a echar chispas sobre la madera seca, a extraer energías de la psique estancada, a agitar el océano con un solo pelo, merece ciertos estudios y atención.

Antonio Machado, inspirándose en la vieja cultura árabe y persa, señala que el hombre preocupado, o de a pie, o resuelto, tarde o temprano se sienta a la vera del camino.

*Al borde del camino un día nos sentamos.  
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita  
son las desesperantes posturas que tomamos  
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.*

## **Hermes y la mujer-dios**

Saturno es el dios de las cenizas, y es el dios letárgico, deprimido, devorador de cenizas, al que adora el joven cuando en su vida ha llegado el momento apropiado para las cenizas. Saturno es denso, condensado, pesado, decidido, se convierte en disciplina en los hombres afortunados, y en amargura en los hombres sin fortuna. Es el dios del fracaso correcto.

Hermes es el dios del sistema nervioso interior. Su presencia equivale a la inteligencia celestial. Cuando estamos en el campo de Hermes, los mensajes entre el cerebro y las yemas de los dedos, entre el corazón y los lagrimales, entre los genitales y los ojos, entre la parte de nosotros que sufre y la que ríe, se transmiten a velocidades fantásticas. Hermes es Mercurio, y sabemos que no se puede sostener el mercurio en la mano...,

rueda hacia todas partes, se separa en gotas diminutas, se vuelve a unir, cae al suelo, rueda bajo la mesa, se mueve con asombrosa rapidez. Se le denomina, con razón, quicksilver.<sup>1</sup>

Esta energía mercurial recibe, entre otros, el nombre de Odín en Europa del Norte, el de Mercurio en Italia y el de Hermes en Grecia.

Su día de la semana es el miércoles (Día de Odín), *mercredi* en Francia.

A veces, cuando un grupo de amigos charla en una habitación cerrada, el calor de la conversación empieza a aumentar: se dicen cosas ingeniosas; todos contribuyen; aparecen chispazos de imaginación; lo genuinamente espiritual sigue a lo genuinamente obscuro. Hermes está presente. En algún maravilloso momento de la conversación desciende un silencio que parece misterioso; nadie se atreve a romperlo. En España, hasta el siglo XV, a ese silencio se le llamaba «silencio de Hermes».

Así lo explica López-Pedraza en su magnífico libro sobre Hermes.

La tradición antigua sostiene que el verdadero aprendizaje no tiene lugar a menos que Hermes esté presente. Es una lástima, porque las facultades de Filología, de Sociología y de Religión suelen deshacerse en primer lugar de los profesores con energía Hermes. El propio sistema de doctorado fue creado por asesinos de Hermes germánicos. Hermes es mágico, amante del detalle, obscuro, bailarín, bobo, y no tiene nada en común con las carreras universitarias.

Hermes desliza información verdadera en ese segundo dividido entre el momento en que nuestra lengua empieza a pronunciar una palabra y el momento en que termina. Intentamos decir «Esta es mi madre» y decimos «Esta es mi mujer». A mí me ocurrió una vez. Mi madre parecía muy satisfecha. Tenemos la intención de decir «más lejos»<sup>1</sup> y terminamos diciendo «padre»<sup>2</sup>, porque Hermes se mueve más rápido que nuestro cerebro. Lo que la gente llama un lapsus freudiano es en realidad una precisión hermética. Hermes quiebra la ostentación, la piedad, la seguridad, la suficiencia.

En el jardín Hermes se ha mostrado activo, eligiendo el instante preciso para que el muchacho se quite el sombrero, enviando el rayo de luz a la habitación de la princesa en el momento adecuado, eligiendo flores silvestres en lugar de flores cultivadas y entregando, más tarde, las monedas de oro. Todo ese trabajo solar es suyo. El planeta Mercurio es, de todos, el más cercano al sol, de modo que él es el pariente más cercano al sol.

Los alquimistas sabían que el mercurio tiene la cualidad de licuar el oro y la plata. Sabemos cuán rígido y tieso se puede volver lo masculino, lo mismo que lo femenino. Mercurio los suaviza de forma tal que puedan fluir. En presencia de Hermes, ha empezado a tener lugar en nuestra historia un flujo entre lo masculino y lo femenino.

El joven, discípulo de Juan de Hierro, recibe una doble bendición: de Afrodita, que es otro nombre para la Mujer que Ama el oro, y de Hermes. Hermes y Afrodita se llevan muy bien. Varias esculturas griegas que aún se conservan muestran a Afrodita pasando los dedos por los cabellos de Hermes. Sabemos que cualquier dios y cualquier diosa no hacen, necesariamente, una buena pareja: ejemplo de ello son Hera y Zeus.

1. «Farther.»

2. «Father.»

---

<sup>1</sup> *I. Además de mercury, en inglés el mercurio recibe el nombre de quicksilver («plata veloz»). (N. del T.)*

Pero Hermes y Afrodita hacen tan buena pareja que se convirtieron en el modelo del hermafrodita. Es una unión espiritual..., de Hermes en un hombre con Afrodita en una mujer, o viceversa.

La Mujer que Ama el Oro le quita el sombrero al muchacho, sabiendo perfectamente, a diferencia del Rey, lo que hay debajo. Le da al joven monedas de oro a cambio de las flores silvestres, y en cada ocasión él dice: «Se las daré a los hijos del jardinero para que jueguen con ellas.»

Ello quiere decir que sea lo que sea que recibimos en el jardín, es para regalarlo. Y la cabeza debe mantenerse cubierta. Una mujer puede desear con demasiada vehemencia que el joven muestre su oro. En general, el público quiere que los artistas muestren su oro de inmediato. Pero la historia de Juan de Hierro nos dice, de principio a fin, que a los veinte años un artista debe mostrar sus pinturas con cautela, o pensárselo antes de publicar un libro.

Si, como Keats, se va a morir a los veinticinco años, entonces todo tiene un ritmo distinto. Pero para los que hemos decidido vivir más tiempo, es importante cubrirse la cabeza, y decir acerca de las monedas: «Se las daré a los hijos del jardinero para que jueguen con ellas.»

Ya hemos hablado del papel de Hermes en el sellado hermético de cierto espacio interior, manteniendo fuera lo que debe mantenerse fuera y conservando dentro lo que se quiere conservar dentro. Los hombres que pueden evitar la entrega total al trabajo y al mundo, se descubren, finalmente, capaces de entrar en el espacio vallado dentro del cual tienen lugar ciertos acontecimientos mágicos. Hermes dispone el jardín con sus fuentes y sus muros:

*Y he rogado quedarme  
donde no lleguen las tormentas,  
donde el verde oleaje está mudo en los puertos,  
lejos del flujo y reflujo de la mar.*

Juan de Hierro quiere que el muchacho experimente el jardín. Una vez experimentado el jardín —y esto puede tomar diez años—, podemos decir que el joven ha empezado a honrar su propia alma, ha aprendido a ser amante y ha aprendido a bailar.

## VI. RESUCITAR A LOS GUERREROS INTERIORES

Michael Meade nos recuerda la antigua máxima celta: «Nunca des una espada a un hombre que no sepa bailar.» En nuestra historia, el siguiente paso del muchacho es convertirse en guerrero; al jardín le sigue la guerra.

El iniciador ofrece la espada sólo después de que el corazón del joven se ha conmovido con la intimidad del amante y la danza del amante. Los Marines se llevan a los jóvenes sin esta provisión; le dan una espada al muchacho sepa o no sepa bailar.

Los Marines desarrollan el guerrero exterior; nosotros empezaremos con el guerrero interior.

### Los guerreros internos

En los últimos años, los guerreros que habitan en el interior de los varones americanos se han vuelto débiles, y su debilidad contribuye a la falta de límites, una condición a la que anteriormente llamamos ingenuidad. Un adulto de un metro ochenta permitirá que otra persona invada su espacio, entre en su casa psíquica, abuse verbalmente de él, se lleve sus tesoros y le dé con la puerta en las narices; el hombre invadido permanecerá allí sonriente, con aire intrigado, perplejo.

Cuando un niño crece en una familia «disfuncional» (tal vez no exista otro tipo de familia), sus guerreros interiores perecen temprano. En la mitología, los guerreros empuñan sus espadas para defender al rey. En un niño, el Rey representa y defiende su estado de ánimo. Pero de niños, en la familia perturbada, nuestro estado de ánimo suele ser fácilmente rebasado y anulado por el del padre, más fuerte, dominante y aterrador. Cabe decir que, cuando no pueden evitar la desintegración de nuestro estado de ánimo, o defender nuestro cuerpo de la invasión, los guerreros interiores se derrumban, entran en trance o perecen.

Los guerreros interiores a los que me refiero no cruzan los límites con agresividad; existen para defender los límites. La Fianna, aquella famosa banda de guerreros que defendía las fronteras de Irlanda, podría ser un ejemplo. En primavera y en verano, la Fianna salía para vigilar y defender las fronteras, y en invierno se guarecía.

Pero un muchacho corriente no dispone de esa protección. Si un adulto alza la mano para pegar a un chico, o le embute comida en la boca, no hay nada que hacer... sencillamente ocurre. Si un adulto decide gritar, e invadir el territorio auditivo del niño mediante el empleo de la violencia, sencillamente lo hace. La mayoría de los padres invade el territorio del niño cuando quiere, y el niño, que llora para preservar su estado de ánimo, es sencillamente arrastrado, estado de ánimo incluido.

Todo niño vive en el fondo de su propia casa psíquica, o de su propio castillo espiritual, y tiene derecho a la soberanía en el interior de esa casa. Cuando quiera que un adulto ignora la soberanía del niño y la invade, el niño no sólo siente rabia, sino también vergüenza. El niño infiere que, si no tiene soberanía, debe de ser una persona despreciable. Vergüenza es el nombre que damos a la concepción de que somos indignos e inadecuados como seres humanos. Gershen Kauffman describe este sentimiento de manera brillante en su libro *Shame* y, en su libro *Facing Shame*, Merle Fossum y Marilyn Masón extienden el trabajo de Kauffman al área de los sistemas de humillación familiares y su funcionamiento.

Cuando nuestros padres no respetan en absoluto nuestro territorio, su falta de respeto parece una prueba irrefutable de nuestra incompetencia. Una bofetada cala profundamente en nosotros, porque la cara es el límite

material de nuestra alma y ésta ha sido invadida. Si un adulto decide invadir nuestro espacio sexual y tocarnos, no hay nada que podamos hacer al respecto. Nuestros guerreros mueren. El niño, lleno de expectativas de aprobación siempre que está cerca de un adulto, se pone rígido de la impresión, y cae en la confusión atemporal y fósil de la vergüenza. Lo que aún es peor: una invasión sexual, o un golpe, lleva por lo general a otro y, si resucitaron, los guerreros vuelven a morir.

Cuando un niño crece en una familia de alcohólicos, sus guerreros son empujados al río por un enorme caudal de agua, y luchan allí, arrastrados río abajo. Varón o hembra, el niño carente de protección se aísla y tiene más cosas en común con los gansos que con las personas.

*Los gansos blancos vienen, pisan el polvo de nieve de Dakota  
saltan las vallas de las pequeñas granjas,  
se cuelan a través de los gritos lanzados a la noche,  
y se posan, oh, entre ellos, batiendo las alas,  
con levedad final en campos fértiles y nevados.*

*El padre borracho empuja al niño hacia dentro.  
El niño se libera, se vuelve, deja la casa.  
Pasa la noche fuera comiendo con los gansos.  
Donde, alerta y balanceándose sobre sus anchas patas,  
en filas quebradas, andan sobre los tallos rotos.*

**R. B.**

No debe sorprendernos que semejante niño, ya en la adolescencia, busque habitaciones individuales, mujeres maternas, gurús, sistemas, relaciones «no comprometidas». A los treinta o treinta y cinco años, aún se sentirá indefenso, y será incapaz de defenderse de otras personas enfurecidas por su propia indefensión.

Cualquier adulto o hermano mayor que quiera entrar a la habitación psíquica del niño lo puede hacer, porque es como si no hubiese pomo en la parte interior de la puerta. La puerta se abre sin oponer resistencia, dejando al descubierto intimidades sobre las que la madre puede incidir, pequeñeces impropias sobre las que el padre puede incidir, aficiones sexuales sobre las que cualquier otro niño o la canguro pueden incidir, el incesto, físico o psíquico. La puerta se abre sin oponer resistencia, cabe decir, porque el pomo está en la parte exterior.

Creo que lo más probable es que la muerte de los guerreros de un hombre impida el crecimiento del niño que hay en él. Es posible que también impida el desarrollo de su lado femenino. Los personajes femeninos de Dickens, que sufrió una horrible niñez, tienden a ser sentimentales e infantiles. Es probable que estos seres añiados sean proyecciones de su atrofiada mujer interior, a quien sus guerreros no pudieron proteger de la violencia que le rodeaba.

En una familia perturbada, el niño interior puede seguir avergonzado, invadido, decepcionado y paralizado durante años. «Soy una víctima», dice una y otra vez. Pero la misma identificación con la desgracia mantiene la casa espiritual abierta y accesible a nuevas invasiones. Y la mayoría de la gente, hombres o mujeres, no sabe qué aspecto tendrían o qué sentirían los guerreros interiores o exteriores.

### **El guerrero exterior o disciplinado**

El mitólogo o historiador cultural Georges Dumézil nos ha hecho un gran regalo con su descubrimiento, abundantemente documentado, de que la tierra fértil de las civilizaciones indoeuropeas se compone de tres estratos diferenciados: el Rey, el Guerrero y el Granjero. Esas tres fibras componen el tapiz. Hay tres tipos de ceremonias, tres formas de vivir la vida, tres visiones del mundo con sus propios dioses y diosas.

La cultura romana situaba a Júpiter en el área del rey, a Marte en el área del guerrero, y a Quirino en el área de la agricultura. La antigua cultura griega situaba a Zeus y a Hera en el área del rey y de la reina, a Ares en el área del guerrero y a Dionisios y a Ariadna en el área vinícola y agraria. En la Europa del Norte, Odín estaba en el área del rey, Tor en el área del guerrero y Frey y Freya en la de la agricultura.

La visión agrícola contempla «fecundidad, abundancia en los hombres y en los dioses, nutrición, salud, paz y gratificación sensual». La identificación habitual de los dioses y las diosas con los temas de fertilidad durante el siglo XIX nos parece, hoy, una obsesión con este nivel de nutrición.

La visión real, desde el punto de vista del rey y de la reina, supone la soberanía, la paternidad política, la realeza, y lo sagrado y la forma de administrarlo. Nos hemos referido a esa visión en el capítulo IV.

Dumézil ha situado la visión del guerrero en un nivel intermedio. Los ojos del guerrero ven el combate y el uso de la fuerza en el combate. Si Dumézil no se equivoca, una tercera parte de las visiones de la raza indoeuropea del pasado cercano o lejano pertenecen a la cabeza del guerrero. Es lícito decir que una tercera parte del cerebro de cada persona es la de un guerrero; un tercio de los instintos impresos en nuestro ADN están vinculados al comportamiento del guerrero; un tercio de nuestros pensamientos, nos guste o no, son pensamientos de guerrero. Es una idea sensata.

Robert Moore, el psicólogo y teólogo, ha hablado convincente y detalladamente del guerrero, y aquí recogeremos algunas de sus ideas. Según este autor, para los hombres, el guerrero está bien defendido. No es endeble. El guerrero le puede decir a un hombre: «Tienes mucho de guerrero en ti —no temas—, más de lo que puedes llegar a necesitar. La cuestión es si lo merceras, sea en ti consciente o subconsciente.»

El área de conocimiento y de experiencia del guerrero es el campo de batalla. La guerra que allí se libra puede ser una guerra física, psicológica o espiritual. Dentro del espacio reverberante y ritual, los ejércitos, las tribus, las divinidades, aun las ideas, se ordenan de forma antagónica. Se izan banderas, se ahuecan las voces, se agudizan las mentes, se tensan los músculos. Los viejos filósofos identificables con el modelo del guerrero se imaginan opuestos: recto y torcido, largo y corto, agrio y dulce. Los hombres extrovertidos identificables con el modelo del guerrero, como el general Patton, imaginan la batalla, acero contra acero, la santidad del campo de batalla —tan sagrado para ellos como lo es el campo sembrado para el granjero—, la precipitación de la adrenalina, el combate cuerpo a cuerpo, el placer del peligro, aun la alegría de la muerte noble.

Moore subraya que la cualidad de un verdadero guerrero es la de estar al servicio de un propósito más importante que él: es decir, de una causa trascendente. En términos mitológicos, está al servicio de un Rey Verdadero. Si el Rey al que sirve está corrompido, y por tanto sirve a la codicia o al poder, ya no es un guerrero, sino un soldado.

Cuando los aztecas sometieron a la cultura tolteca, hacia el año 1200 después de Cristo, elevaron la casta del guerrero por encima de la casta real. Esta transformación estructural fue una novedad para el mundo tolteca, y este único cambio condenó la cultura azteca en su conjunto. Los japoneses, cuya sociedad enaltece desde hace muchos siglos al guerrero, cuentan una historia sobre un estanque que había perdido a su Rey; dudando qué hacer, los habitantes del estanque eligen finalmente a una garza (que en Japón se asocia al guerrero) para que ocupe el lugar del Rey. La garza se come a todos los del estanque.

Sin embargo, cuando un guerrero está al servicio de un Rey

Verdadero —es decir, de una causa trascendental—, actúa con justicia y su cuerpo se convierte en un trabajador infatigable, capaz de soportar el frío, el calor, el dolor, las heridas, el miedo, el hambre, la falta de



sueño y cualquier tipo de privación. Por lo general, el cuerpo responde bien. La persona que tiene energía de guerrero puede trabajar muchas horas seguidas, soportar la fatiga, hacer lo que sea necesario, terminar el doctorado y todas las notas a pie de página, soportar a jefes de departamento detestables, vivir con pocos medios como Ralph Nader, escribir durante años bajo una bombilla colgante como T. S. Eliot, limpiar mierda y porquería interminablemente como san Francisco y la Madre Teresa, y soportar el desprecio, el desdén y el exilio, como Sajarov. Una mano con garras arranca al niño aferrado a la comodidad, y un guerrero adulto ocupa su lugar.

¿Cómo sobreviviría una cultura compleja sin la vigorosa energía del guerrero? Hoy en día, los guerreros exteriores de ciertas mujeres son fuertes, a veces más que los de los hombres. Las fuerzas de la sociedad actual vienen desde hace algún tiempo alentando a las mujeres a convertirse en guerreros, al tiempo que desalientan esta misma opción en los jóvenes y los hombres.

Michael Meade señala la estrategia como una cualidad esencial del auténtico guerrero. La estrategia supone astucia, conocimiento del mundo, inteligencia. El héroe de alguna vieja historia, que va en busca de la Mujer de Cabellos Dorados, o que intenta capturar a los Tres Sementales Negros que viven bajo el océano, puede encontrarse a un gigante o a una bruja, o a ambos, interponiéndose en su camino. La parte de soldado que hay en él dice: «¡Atácalos! ¡Acaba con ellos!» Al guerrero se acude para diseñar una estrategia. La estrategia, aquí, consiste en que el muchacho entre al bosque del dragón tocando un pequeño tambor. Cuando el gigante le pregunte por qué lo hace, el muchacho le dirá que está guiando a diez mil hombrecillos que vienen detrás de él. Explicará que los hombres son pequeños, pero que cada uno lleva un diminuto tambor, y que todos juntos son capaces de reventar el cerebro del gigante cuando se eche a dormir. Para un gigante, el sueño es sagrado y las cosas pequeñas le horrorizan, de modo que lo más probable es que lleguen a un acuerdo. La visión del guerrero supone estrategias astutas de este tipo.

## **El guerrero Sacro o Eterno**

En su libro *The Old Enemy: Satán and the Combat Myth*, Neil Forsythe aporta una gran cantidad de material mitológico sobre el Guerrero Eterno. El guerrero material, se trate de Roland, de Juana de Arco o de Patton, ama el campo de batalla. El campo que ama el Guerrero Santo es el del bien y el del mal, donde las Fuerzas de la Oscuridad se enfrentan a las Fuerzas de la Luz. Los textos antiguos, como el Ramayana, tienen muchas más descripciones de estas batallas intangibles e invisibles que de los campos de batalla en los que los seres humanos viven y mueren.

En la época de Marduk, Tiamat, el nombre del enemigo de Marduk en lengua babilonia, sugiere las fuerzas caóticas del océano. En términos mitológicos, el caos y el mal están relacionados entre sí. El caos de Tiamat tiene un matiz femenino, y el caos de Humbaba, el gigante babilonio, un matiz masculino.

Los textos cristianos llaman Satán a todas las fuerzas del caos, dándoles, por tanto, un matiz masculino; así, para los cristianos, la batalla santa enfrenta a los dos hermanos, Cristo y Satán.

Milton, que en vida encarnó muchas de las cualidades del guerrero exterior, perdió la vista luchando con las palabras contra la gente que quería recuperar el poder tras la ejecución de Carlos I. En *El paraíso perdido* imaginó la condición guerrera eterna. Amaba el campo de batalla del bien y del mal tanto como Patton amaba las batallas de infantería en África del Norte.

Los antiguos persas crearon el campo de batalla divino más elaborado, en el que Ahuramazda (cuyo apellido aún adorna algunas bombillas) lucha como Guerrero de la Luz, y Ahrimán, el Espíritu Destructivo, lucha como Guerrero de la Oscuridad. En el judaísmo, Yahvé es el Guerrero de la Luz, y Satán es el Guerrero de la Oscuridad.

El autor de Job sugiere que Yahvé tiene un lado oscuro. Cuando Yahvé destruye la salud y la familia de Job, éste vislumbra «el lado temible y monstruoso de Dios», en palabras de Neil Forsythe. La Batalla Eterna, pues, puede ser una guerra entre Dios y Su Enemigo, o entre los dos lados de Dios. Como seres humanos, sentimos estas guerras en nuestro interior.

Dijo Antonio Machado:

*Todo hombre tiene dos  
batallas que pelear:  
en sueños lucha con Dios;  
y despierto, con el mar.*

Un Rey y una Reina sagrados viven en el Reino Luminoso, cerca de Dionisios y de Jesús, pero allí también vive el Guerrero Sacro, defendido en el interior del universo. Esta batalla contra el caos, contra el mar, contra gigantes codiciosos, contra la Gran Madre, contra el Gran Padre Titán, contra los enanos, los demonios y todos los enemigos de Dios, nunca termina. El judaísmo adoptó como Dios un Dios Guerrero en lugar de un Dios Rey; y todos hemos heredado del judeocristianismo la rigidez de músculos y el pecho acorazado del Guerrero Que Lucha Eternamente.

El Guerrero Santo tiene un lado benéfico y un lado envenenado. No ha de sorprendernos, pues, que los guerreros materiales tengan también un lado santo y otro torcido. Un hombre es un guerrero abnegado que lucha por una causa superior a sí mismo; otro hombre es un soldado desquiciado que viola, saquea, asesina sin motivo o lanza napalm sobre aldeas enteras.

El Guerrero Santo nos invade desde el espacio eterno como una energía huracanada, como una fuerza tempestuosa. La fuerza del guerrero, alimentada de energía eléctrica o magnética, se mueve detrás del velo de la carne y altera los estados de ánimo y los impulsos, brilla a través de la pantalla de la piel y de los huesos, pone el cuerpo a su servicio.

Toda fuerza huracanada, se trate de un Hombre Primitivo, de un Guerrero o de un Rey, puede ser imaginada como una garra que atraviesa la pared y se lleva al bebé humano. La garra invasora es peligrosa. Pero gracias a la garra, el ser humano vive por instantes en el otro mundo. El antiguo guerrero vikingo que enloqueció, por ejemplo, emprendió un viaje al otro mundo, del que luego regresó. Decenas de historias del folclore norteyuropeo refieren esta experiencia. Un guerrero experimentado se queda un día dormido en su silla, dentro de la casa. En ese preciso instante, en el campo de batalla aparece un enorme oso que ataca y lucha contra el enemigo. Si el oso recibe una herida en su pata derecha, el hombre, al despertar exhausto y confuso, encontrará una herida en su mano derecha.

Cuando está bien entrenado, el guerrero material puede atravesar una puerta y encontrar, en la siguiente habitación, el guerrero febril y tenebroso. La literatura menciona a guerreros celtas y vikingos que se adentraron «demasiado» en ese mundo, siguiendo a la mano con garras; y los hombres y las mujeres los calmaban y les ayudaban a volver a entrar en contacto con la comunidad humana. Nosotros dejamos que nuestros guerreros enloquezcan y luego los marginamos.

Cabe decir, pues, que se ha perdido el conocimiento de lo que es el estado de guerra, y de cómo enfrentarse a su lado oscuro y admirar su lado positivo. Al mismo tiempo, el guerrero mismo, o la imagen que tenemos de él, se ha desmoronado en los tres mundos.

Lo que Milton quería en realidad, tal como señala Blake, es que triunfara Satán. Para los antiguos mitólogos, el anhelo de Milton es una profunda traición. Nosotros, y Milton, nos hacemos una idea romántica

del caos. Como gente industrial, tal vez confiamos secretamente en que el caos se instituya y desentumezca nuestras vidas, tan rígidamente estratificadas. La India continúa regocijándose con las victorias de Krishna sobre los gigantes y los demonios, y en Bali, los adoradores siguen representando a diario escenas fantásticamente vividas de la batalla entre los principios del bien y los principios del mal, así como de la victoria del bien en el Ramayana. Pero no estamos convencidos de querer que triunfe Krishna, y preferimos Woody Allen al Ramayana. Pretendemos enfrentarnos a los enemigos de Dios con un poco de humor y un aprobado en conducta. La falta de imaginación nos impide ver qué es el caos; y la reciente historia de Irán demuestra que un fundamentalismo sin sentido del humor no sustituirá la falta de imaginación. En el mundo musulmán, la guerra santa se ha reducido a una guerra entre Irán e Irak, del mismo modo que nuestro febril placer imaginativo en las guerras de la imaginación en tiempos de Arturo se ha concretado en la «Guerra Fría».

Cuando el Guerrero Santo cae, arrastra a los guerreros de los otros dos lugares en su caída. La tradición caballeresca, que vio su auge en los siglos XI y XII, intentó, nutriéndose de las fuentes árabes y persas, sostener el ideal guerrero en la vida cultivada incorporándole cualidades como la elegancia, la compasión, el sacrificio y el pensamiento solidario. En Italia, en fecha tan tardía como el siglo XVIII, el lenguaje del guerrero contenía imágenes del amante.

El estudiante y maestro de aikido Terry Dobson, que a tantos de nosotros enseñó las bondades del guerrero, refiere estas palabras pronunciadas en 1465 por el caballero francés Jean de Brueil:

La guerra es una cosa alegre. En la guerra ama uno a los demás. Cuando vemos que nuestra causa vence y que los nuestros combaten bien, se nos llenan los ojos de lágrimas. Una dulce alegría y emoción inundan el corazón al ver la valentía y la lealtad con que unos se ayudan a los otros. Y cuando uno ve al enemigo exponerse bravamente al peligro con el fin de cumplir y realizar el mandato de nuestro Creador, entonces formula el propósito de ayudarlo y de morir o vivir con él y no abandonarlo a causa de ningún amor. Es tal la alegre serenidad que nos invade, que quien no lo haya experimentado no es capaz de describirla. ¿Crees que alguien que esto siente puede temerle a la muerte? ¡Ni por asomo! Está tan fortalecido, tan encantado, que no sabe dónde está. En verdad, ¡no le teme a nada en el mundo!

Aquí vemos confundirse al amante y al guerrero. Pero esa confusión casi ha desaparecido. El guerrero material se desintegró en el soldado con la llegada de la guerra mecanizada.

Algunas personas creen que el guerrero consciente y sus ideales murieron con las últimas batallas de la Guerra Civil Americana, que fueron una carnicería. Consciente de ello, el general Grant prefirió refugiarse en el alcohol. En Ypres, en 1915, cien mil jóvenes murieron en un solo día sin ver a los que sobre ellos descargaron la metralla.

Sea lo que sea que quedó del guerrero, desapareció con los bombardeos masivos de Dresde, las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y los bombardeos de los «B-52» sobre los arrozales de Vietnam.

Con su destrucción mecánica y cruel, las guerras de hoy han hecho que el ardor de la agresión parezca vergonzoso. Ares no está presente en los campos de batalla de nuestros días. Los veteranos de Vietnam recibieron heridas espirituales porque fueron a la batalla con la convicción de servir a un dios guerrero y salieron de ella sin dios. «Las mujeres odian la guerra —se ha dicho a menudo—, pero aman al guerrero». Esto ha dejado de ser cierto. La mayoría de mujeres occidentales no ve ninguna razón para hacer distinción alguna entre el guerrero y el soldado, o entre el soldado y el asesino. Fue la locura asociada al guerrero —durante la última gran guerra— la que destruyó el fundamento mismo de la cultura, de cuya conservación antaño se encargaba el guerrero. Las mujeres de otros países lo entienden de manera distinta. Una mujer de Kiev cuya generación vivió durante años sin hombres de su edad, me dijo: «Todos los jóvenes que sobrevivieron a la batalla de Kiev fueron a defender Moscú. Ni uno solo volvió.» Y continuaba: «Sé que las mujeres de Estados

Unidos reprochan a los hombres su agresividad. Nosotras no sentimos lo mismo. Si nuestros hombres no hubiesen estado tan llenos de agresividad, Moscú estaría ahora ocupada por los alemanes. La cuestión de la agresividad se ve de manera distinta desde la óptica del que ha sido invadido.»

Todos podemos añadir más detalles al relato que he hecho sobre la degeneración del guerrero en soldado, y del soldado en asesino, pero es importante tener en cuenta el resultado. El guerrero disciplinado, relegado a un tercer plano por la guerra mecanizada, menospreciado y desamparado por la cultura de la alta tecnología, está desapareciendo en el varón americano. La desaparición del guerrero favorece la destrucción de la sociedad civilizada. Un hombre que no puede defender su propio espacio, tampoco puede defender a las mujeres y a los niños. Los guerreros envenenados llamados «capos» de la droga, reclusos en primer lugar muchachos sin dios, sin espíritu de lucha.

Y todo se mueve con enorme rapidez. Las carnicerías de 1915 acaban con el guerrero disciplinado o exterior, y treinta años después los guerreros que hay en el interior de los varones occidentales empiezan a debilitarse. El doble debilitamiento nos descubre la estrecha relación entre el mundo exterior y el mundo interior, nos hace reparar en la gravedad de los acontecimientos históricos.

Nuestra historia se remonta a un tiempo en que el guerrero aún era respetado. Veamos, ahora, cómo introduce el narrador al guerrero.

### **El cuento: El campo de batalla**

Poco tiempo después, el país entró en guerra. El rey reunió a sus combatientes, ignorando si podría resistir al enemigo, que era poderoso y tenía un gran ejército. Dijo entonces el ayudante del jardinero: «Ya soy mayor y también quiero ir a la guerra. Tan sólo pido un caballo.» Los otros se rieron y dijeron: «Cuando nos hayamos ido ve a buscar uno. Te dejaremos uno en la cuadra.»

En cuanto se fueron, el joven se dirigió a la cuadra y sacó un caballo; estaba cojo de una pata y renqueaba. Se montó en él y cabalgó hacia el espeso bosque.

Cuando llegó al lindero, gritó tres veces «¡Juan de Hierro!» con tanta fuerza que su voz retumbó entre los árboles.

Poco después apareció el Hombre Primitivo y dijo: «¿Qué quieres?»

«Quiero un caballo fuerte para ir a la guerra.»

«¡Lo tendrás, y aún más de lo que pides!»

El Hombre Primitivo se volvió y regresó al bosque y, al cabo, del bosque salió un palafrenero con un caballo que resoplaba por los ollares y que era difícil de sujetar. Detrás del caballo venía un enorme ejército de guerreros con armadura, las espadas brillando al sol. El joven le dio al palafrenero su caballo de tres patas, se montó en el otro y se puso a la cabeza del ejército. Para cuando llegó al campo de batalla, una buena parte de los hombres del rey habían muerto y no hacía falta mucho más para vencerles por completo.

El muchacho se precipitó a la carrera con su ejército, galopó hacia el enemigo como un huracán, derribando a todo aquel que les oponía resistencia. El enemigo intentó escapar, pero el joven les persiguió hasta acabar con el último hombre. Luego, en lugar de volver al lado del rey, el muchacho dio un rodeo y condujo a su ejército al bosque, donde llamó al Hombre Primitivo.

«¿Qué quieres?», preguntó el Hombre Primitivo.

«Toma tu caballo y tu ejército y devuélveme mi caballo de tres patas.»

Se hizo como quiso, y volvió a casa con el caballo cojo.

Cuando el rey volvió a su castillo, la princesa salió a su encuentro y le felicitó por la victoria.

«No fui yo quien se hizo con la victoria —dijo el rey—, sino un extraño caballero y su ejército de guerreros, que acudieron en nuestra ayuda.»

La princesa quiso saber quién era aquel extraño caballero, pero el rey no le supo responder y añadió: «Salió al galope detrás del enemigo, y ésa fue la última vez que le vi.» La muchacha llamó al jardinero y le preguntó por su ayudante, pero este se rió y dijo: «Acaba de llegar en su caballo de tres patas, y los mozos de labranza se han reído de él diciendo: "¡Mirad quién está aquí! ¡Nuestro cojitranco!" Luego dijeron: "¿Dónde has estado? ¿Durmiendo bajo un árbol?" Él les respondió: "Luché muy bien; si no hubiese estado allí, ¿quién sabe qué hubiese ocurrido?" Los demás se troncharon de risa.»

El pasaje empieza con la afirmación de que el Reino ha sido invadido. Si los personajes de un cuento de hadas forman una sola psique —a saber, la nuestra—, tendríamos que inferir que es nuestra psique la que ha sido invadida.

La batalla, diría yo, aparece en este momento de la historia, no porque un enemigo haya ocupado la psique hace apenas dos o tres días, sino porque el ayudante del jardinero descubre finalmente que la ocupación ha tenido lugar. Y que se intensifica.

Durante siglos, los observadores han notado que cuando el esfuerzo para el cambio caldea la psique, el propio calor atrae demonios, complejos latentes o enemigos implacables del espíritu: problemas de algún tipo.

La gente que ha estado en algún grupo de meditación tiene mucho que decir acerca de este fenómeno: empiezan a meditar; durante dos o tres semanas las cosas no les pueden ir mejor, y luego, de pronto, la patrona les echa del piso; se les cae un empaste de la muela; se pierde su ropa en la lavandería; chocan contra su coche, etcétera.

Estas historias apuntan a una renovación o intensificación de la invasión. Pero, ¿quién nos invade?

Mientras estábamos ocupados asistiendo- al colegio, preparando la carrera o anhelando la pureza, una fuerza misteriosa invadía el Reino. Con qué frecuencia se sienten en peligro los chicos y las chicas de veinte años. Una voz secreta les dice: «Tienes que cambiar ya. Si no lo haces, será demasiado tarde.»

A los treinta años, describí al invasor como una pitón:

*El simio, solo en su jaula de bambú,  
huele a la pitón, y chilla, pero nadie oye su llamada.  
La tumba avanza desde su escondite  
enrollándose lentamente, con movimientos oblicuos,  
pasando bajo arbustos y por canales de hojas.*

*Dejando perros y ovejas muertos a su paso.  
Algo que brilla en nuestro interior, que no ha  
servido bien, agita sus barrotes de bambú.*

### *Quizá ya no esté cuando despertemos.*

Hay un país invadido y hay un invasor, hay una parte espiritualmente optimista en nuestro interior y otra hostil. En el alma hay una parte similar a una paloma, y otra dentada. Escribió César Vallejo:

*¡Si después de las alas de los pájaros,  
no sobrevive el pájaro parado!  
¡Más valdría, en verdad,  
que se lo coman todo y acabemos!*

La invasión es algo más que una incomodidad o una molestia. El narrador nos dice que el Rey está perdiendo la batalla. Parece ser que el centro de la psique no puede proteger su propio territorio. Se ha activado un enemigo, y el alma ya no está acompañada, apoyada, armonizada o in *harmonium*, como diría Wallace Stevens.

Considerando el campo de batalla donde lucha el guerrero eterno, podríamos asumir que el enemigo que invade el alma es el mal en sí mismo, pero no parece ser así. El invasor puede ser el caos, pero el enemigo también parece ser una parte de nuestra propia alma. «El león y el panal, ¿qué dice en la Sagrada Escritura?» Las abejas hacen miel en el cuerpo sin vida del león hostil.

Si el Rey está perdiendo la batalla, es tiempo de que el guerrero que hay en nuestro interior aprenda a luchar. El guerrero de nuestra historia lucha hasta el final, sin concesiones... sin retroceder.

El lobo que devoró a los seis niños debe morir; no se dice nada sobre medidas intermedias, como una terapia para el lobo. Todo esto es trabajo interior con lobos interiores, pero la actitud debe ser tajante. Si no hay una actitud firme, el lobo seguirá comiéndose a nuestros «hijos».

Aquí nos sentimos inmersos en una situación religiosa, quizás en un ritual religioso. Lo que «muere», transforma. Sabemos, por ejemplo, que cuando en tiempos romanos un hombre abrazaba la religión mitraica, un sacerdote apuñalaba un toro en su presencia y el novicio decía: «Así como Dios da muerte al toro, yo doy muerte a mis propias pasiones.»

Sabemos también que en la cueva mitraica, donde se llevaban a cabo las ceremonias religiosas, una pintura del sacrificio del toro giraba sobre goznes, y en el anverso había vino —pues la sangre del toro se había transformado en vino— y trigo, que crece del toro muerto. Asimismo, en Egipto, cada primavera se veía brotar el trigo de la capa de tierra que cuidadosamente se había colocado alrededor y encima del cadáver de Osiris.

Es probable que la escena de guerra de la que hablamos se lleve a cabo en un espacio ritual, y nuestro deseo es que crezca trigo, maíz o miel de estos «cuerpos».

Pero antes que nada hemos de ver la escena de guerra como la iniciación del joven a las intensidades del guerrero. Le dice al muchacho que le hace bien entrar en contacto con el enemigo. Una actitud pasiva, como contratar a un experto para que luche contra el enemigo, no sirve de nada. Me gusta mucho el hecho de que no se nombre nunca al enemigo de nuestra historia.

### **Ganar un caballo de cuatro patas**

Un detalle destacable de esta escena que exige cierta interpretación es el caballo de tres patas que el muchacho encuentra en el establo. Este caballo de tres patas no parece muy halagüeño visto por vez primera, y mucho menos cuando lo monta. Veamos qué puede ser un caballo en una historia como ésta, y la diferencia que puede haber entre tres y cuatro patas.

«Cuatro» es un número completo, en tanto que simboliza la ciudad de cuatro puertas, las cuatro direcciones, los cuatro ríos del Paraíso, las cuatro estaciones, las cuatro letras del Nombre Sagrado, los cuatro caballos del carro solar y las cuatro cuerdas del sistro. Dice la vieja rima:

*Uno para el dolor,  
dos para la alegría,  
tres para la boda,  
cuatro para el nacimiento.*

Por otro lado, «tres» se queda algo corto. Una ciudad de tres puertas no es tan impresionante como una ciudad de cuatro puertas, y un planeta con tres direcciones nos parecería un poco raro. El alba, el mediodía y el atardecer son tres partes de un buen día, pero falta la noche. El otoño, el invierno y el verano no serían suficientes para los granjeros, porque les hace falta la primavera. De modo que falta algo importante.

En cuanto al caballo, se le asocia con una gran variedad de cosas, desde el cielo hasta la tierra. El caballo ha simbolizado para los seres humanos las olas del mar, la muerte, la tormenta, la energía sexual (en particular la de los varones), la Gran Madre (Lady Godiva cabalgó en un caballo), la gloria y la realeza, y las energías divinas (como los cuatro caballos del Apocalipsis).

En contraste con el jinete, el caballo recuerda a los hombres y a las mujeres el lado animal de los seres humanos y del cuerpo. El jinete simboliza la inteligencia, el intelecto o la mente, y el caballo simboliza los deseos animales, los instintos y las energías que habitan allí.

Consideremos la cuarta pata como una pata avergonzada. Supongamos que el cuerpo animal del muchacho se ha lisiado por vergüenza; el adolescente que hay en él camina así porque tiene una pierna avergonzada.

Hemos hablado ya de la vergüenza y de su poder. La vergüenza puede tener muchos orígenes: padres que nos humillan deliberadamente para controlarnos mejor, padres adictos que nos humillan como efecto colateral de su propia adicción, o semejantes que nos humillan para liberarse de una parte de su vergüenza. Esperar una respuesta de un padre y no obtenerla es motivo suficiente para sentirnos avergonzados; podemos ingerir un padre aferrado a la vergüenza y heredar vergüenza; toda invasión, se trate de abuso sexual o abuso físico, produce en cinco minutos una vergüenza que puede durar toda una vida. La humillación de la que somos objeto por parte de profesores malhumorados, de sacerdotes católicos maniáticos o de nuestro propio perfeccionista interiorizado, incrementa la reserva de Vergüenza que se vierte sobre nuestra pierna hueca, y cada gota de vergüenza incrementa nuestra tendencia al aislamiento. Asistimos a citas secretas con la apología, la sumisión, el resentimiento y la colaboración.

Cuando éramos muy pequeños, nuestro caballo tenía sus cuatro patas y cabalgaba alegremente hacia cualquier sensualidad asequible. Para cuando un niño de nuestra cultura alcance los doce años, al menos una de sus piernas estará lisiada por la vergüenza, viva o no en un hogar disfuncional.

Nadie a los doce años sabe cómo curar su caballo de vergüenza. La historia sugiere que el caballo del niño necesita ser llevado a un hombre mayor o a un mentor, o, elevando la escena a un nivel fantástico, necesita ser llevado al Hombre Primitivo. Sacamos el rocín del establo, donde «los chicos mayores» lo han dejado para

nosotros, cabalgamos hasta el lindero del bosque y luego le pedimos al Hombre Primitivo un caballo mejor. Sabemos que debemos devolverlo, pero el solo hecho de montar un caballo sin una pata lisiada, aun por unos pocos minutos, vale el esfuerzo.

En una versión sueca, el caballo de cuatro patas sale directamente de la tierra. En nuestra versión sale del bosque con unos cincuenta hombres armados cabalgando a su lado, «las espadas brillando al sol». Estos hombres decididos serán ahora de gran valor. Su hierro es importante.

Al proporcionarnos el caballo, Juan de Hierro no elimina nuestra vergüenza temprana; ésta no se puede suprimir. Pero podemos hacer un esfuerzo para evitar posteriores humillaciones. Y podemos aprender qué nos une aún a ese caballo temprano de cuatro patas. Eso es lo que quiere dar a entender el Hombre Primitivo cuando dice: «Te daré lo que pides, y aun más.»

## **La condición guerrera en la enseñanza, en la literatura y en la ciencia**

En los monasterios tibetanos de los siglos XII y XIII, los jóvenes novicios budistas se alineaban en un largo pasillo, frente a frente. Caminando en medio, el maestro budista les hacía preguntas en voz alta: «¿Cómo era la cara de Buda antes de nacer?» Los jóvenes oían los enérgicos gritos de sus compañeros y los del maestro, las respuestas en voz alta. La adrenalina fluye al cerebro, las cuerdas del instrumento musical del pensamiento se tensan, el cerebro se convierte en un halcón que desciende y se eleva por el aire, se eleva desde la muñeca en busca de alimento.

El padre Ong, sacerdote y autor de *Orality and Literacy*, escribió recientemente un artículo sobre el destino de ese método combativo de enseñanza en Occidente. Los famosos debates sobre ángeles en la Edad Media pertenecían a este tipo de enseñanza combativa que hoy en día ridiculizamos, aunque Henri Corbin ha demostrado que esos debates eran una batalla entre Aristóteles y Avicena. Se discutían los temas fundamentales del alma: por ejemplo, lo que Corbin llama «el mundo imaginal», Avicena afirmaba que era un tercer reino entre el espíritu y el cuerpo; Aristóteles lo negó.

El padre Ong observa que los debates combativos sobreviven aún en algunas universidades europeas, pero que casi han desaparecido de las universidades americanas. Los hombres sin una tradición familiar de discusiones intensas se pueden sentir agobiados en semejantes debates. Más aún: algunos hombres y algunas mujeres no disfrutaban con este tipo de aprendizaje: el estado de ánimo competitivo, la agresión, la ferocidad de la frase no les gusta, y cierta lástima por el perdedor afecta el placer del combate.

Pero la desaparición de los debates encendidos es una verdadera pérdida. Cuando desaparecen los combates verbales intensos, el amor por el combate queda reducido a la lucha libre, el fútbol, las artes marciales, la guerrilla, las películas violentas.

Tanto la ciencia como la literatura evolucionan mediante batallas rituales entre generaciones. Eliot inventa un nuevo estilo en el monólogo poético, y superó a Robert Browning. Durante esta época, la denominada «Nueva Crítica» sostuvo una batalla ritual contra la «Crítica Histórica». Más tarde, la crítica de izquierdas de los años treinta atacó a la Nueva Crítica, y así sucesivamente. Si cada generación hace suyo cierto espíritu guerrero, la literatura se impulsa a sí misma y evita el estancamiento. Se rompen los huesos del lenguaje, pero el flujo continúa.

José Ortega y Gasset describe con lujo de detalle este tipo de combate entre pensadores de la astronomía, remontándose a unos cien años antes de Galileo. La ciencia adoptó la lucha generacional durante el Renacimiento como una forma de progreso, y aún se sirve de ella.



Blake se enfrentó mentalmente a Newton:

*No renunciaré a la Lucha Mental,  
ni la espada dormirá en mi mano  
hasta que hayamos construido Jerusalén  
en la amable y verde Inglaterra.*

Los ideales del guerrero también ocupan un lugar en los negocios. Desde el tiempo de los shogun, los japoneses han estudiado los actos de abnegación que requiere el ideal guerrero, y el estudio parece haber fortalecido el sentido de la responsabilidad o del deber hacia los empleados de sus empresas. En Estados Unidos, los empresarios del siglo xix tenían tan poco sentido del deber que los sindicatos tenían que intervenir para proteger a los obreros. En nuestros días, los directores de empresa cambian de compañía como de camisa, se adjudican deuda inmediatamente antes de la quiebra, saldan el fondo de garantía, etcétera. Estos hombres no están, ciertamente, construyendo Jerusalén.

Sorprende lo poco que protestan los contribuyentes ante estos atropellos, o ante el escándalo de los bonos basura, o ante la negativa de los candidatos a la presidencia a discutir los principales problemas.

En un capítulo anterior mencioné al hombre literalmente incapaz de extender el brazo si en la mano tenía una espada, aun una espada de madera. La destrucción del guerrero significa que la espada ha sido tirada. Muchos hombres buenos me han dicho que si alguien les diera una espada, la romperían o la hundirían en la tierra y se marcharían.

## **El mito pelasgo de la creación**

Sabemos que en nuestros días un buen número de varones americanos necesita una espada para separar su alma adulta de su alma aferrada a la madre. Los iniciadores aborígenes australianos emplean esa espada precisamente para cortar el cordón umbilical psíquico. El filo de la espada separa el aferramiento del amor, la bravuconada infantil de la firmeza masculina y la agresión pasiva de la ferocidad. Los tibetanos se refieren a semejante espada afilada interior como «la espada Vajra». Sin ella, dice, no es posible la vida espiritual, ni la vida adulta.

También podríamos necesitar una espada para separarnos de nuestra propia autoindulgencia. Podemos haber adquirido el carácter de víctima inadvertidamente en la niñez, en una situación desagradable con un pervertido sexual, un hermano o una hermana crueles, un padre o una madre agresivos. El alma de la víctima queda inevitablemente unida a la autoindulgencia, el resentimiento, la depresión, una baja autoestima, la pasividad y la rabia. ¿Quién va a separar esas emociones del alma?

Los griegos admiran un mito pelasgo de la creación, distinto y más viejo que el mito olímpico de la creación. El mito dice que había una vez un huevo flotando en el océano. Luego una espada empezó a acercarse al huevo hasta dividirlo en dos. Resultó que dentro del huevo estaba Eros.

Si el huevo hubiese permanecido como estaba, no hubiese habido Eros en el mundo. Sin espada no hay Eros, dice el mito. El amor paterno por el hijo, el amor del hombre por la mujer, el amor de la mujer por el hombre, el amor de la abeja por la colmena, el amor del creyente por Dios... nada de eso cobra vida sin la espada.

Semejante historia de creación es una historia de discriminaciones. Tan pronto apareció la materia, el Gran Cortador llegó y la dividió en lo pesado y lo liviano. Lo liviano se elevó y lo pesado se hundió. Luego, volvió a aparecer el Gran Cortador y dividió lo liviano de forma que una parte se convirtió en Fuego y la otra

en Aire. Luego, el Divino Cortador dividió la materia pesada de forma que una parte se convirtió en Tierra y la otra en Agua. Después, el Divino Cortador, o Lagos, dividió la tierra de forma tal que una parte se convirtió en tierra firme y la otra en isla. La espada volvió a dividir el agua en agua dulce y agua salada. Y siguió cortando y cortando. Estos tajos resultaron finalmente en el mundo articulado, hermosamente fragmentado y resplandeciente de detalles minuciosos que tanto aman los paisajistas. ¿Por qué hemos de tener miedo a los cortes? Nótese qué diferente es esta historia de «Y Dios creó el cielo y la tierra».

Pitágoras, a quien le gustaba esta historia de la creación, dijo que si miramos con detenimiento, también podremos ver las huellas que dejó el Divino Cortador en su camino hacia el reino de lo invisible. El Cortador deja tras de sí pares de opuestos que existen en todas partes; como ejemplos citemos la izquierda y la derecha, lo recto y lo torcido, lo masculino y lo femenino, lo limitado y lo ilimitado, lo móvil y lo inmóvil, etcétera. Más adelante, en este mismo capítulo, echaremos un vistazo a estos opuestos.

Jung se refirió al valor de la particularidad en su extraño fragmento «Siete sermones a los muertos». Un halcón es siempre un halcón, incluso cuando vive entre búhos; y un búho es siempre un búho, incluso cuando vive entre puercoespines. Pero los seres humanos son sugestionables y pueden perder su particularidad. Cuando se funden con «las masas», como en el fascismo, se hunden en la uniformidad. Los gnósticos concibieron un lugar llamado Pleroma, que es una enorme abundancia, pero también una enorme uniformidad. Es deseable, pues, que hombres y mujeres procuren distinguirse conscientemente. Lo contrario es peligroso.

Se discute mucho últimamente acerca de cuáles son las diferencias entre los dos sexos. El mito pelasgo nos enseña que la «prodigiosa complejidad» que todos amamos depende, tanto por naturaleza como por cultura, de un amor a la particularidad.

## **La condición guerrera en el matrimonio y en las relaciones**

La pelea consciente es de gran ayuda en las relaciones entre hombres y mujeres. Decía Jung: «Los matrimonios americanos son los más tristes del mundo, porque el hombre sólo pelea en la oficina.»

Cuando un hombre y una mujer discuten cara a cara, ¿qué es lo que quiere el hombre? A menudo no lo sabe. Quiere acabar con el conflicto porque tiene miedo, porque no sabe cómo pelear, porque «no cree en las peleas», porque nunca vio a sus padres pelear de forma constructiva, porque sus fronteras están tan desprotegidas que cada puñalada le penetra hasta el centro mismo de su pecho, blando y aprensivo. Cuando el hombre estalla en gritos de cólera es porque los guerreros no han sido capaces de proteger su pecho; las lanzas ya han entrado y ya es demasiado tarde.

Michael Meade ha sugerido que los dos miembros de la pareja empiezan por identificar las armas que han heredado de sus respectivas familias. La mujer puede haber heredado la daga corta, que emplea inesperadamente, y la maza, que descarga ya avanzada la discusión en la cabeza del soldado de a pie. El esposo puede haber heredado un sable, que cuando está asustado agita en grandes círculos indiscriminados; quiere decir «nunca» y «siempre». «Siempre hablas como tu madre.» A ello puede agregar la lanza ligera del ingenio.

Algunas personas también emplean la «lanza de la puerta». Cuando ha finalizado la discusión y la mujer, pongamos por caso, se apresta a salir a trabajar, el hombre dice: «Por cierto», y la lanza la clava contra el marco de la puerta.

El marido y la mujer pueden decir qué armas piensa usar cada uno en la pelea particular que se avecina. Durante estas conversaciones preliminares, el guerrero del hombre y el guerrero de la mujer son bien recibidos en la casa y honrados. Una buena pelea clarifica las cosas, y creo que a las mujeres les gusta pelear y estar con

hombres que saben pelear.

Cuando el hombre y la mujer emplean sus armas de forma inconsciente o sin nombrarlas, tropiezan y, una vez acabada la batalla, los dos niños interiores suelen estar seriamente heridos.

Cuando está entrenado, el guerrero adulto que hay en el interior del hombre y de la mujer puede recibir un golpe sin inmutarse o desplomarse, sabe cómo luchar por objetivos establecidos, tiene siempre en mente las reglas del combate y, por lo general, es capaz de luchar limpio e imponerse límites.

Marie-Louise von Franz contó una vez una historia sobre una amiga. «Esta mujer había pasado por varios matrimonios. Cada matrimonio iba bien hasta que surgía una discusión. Entonces le daba un ataque y decía cosas hirientes. Las terribles riñas continuaban hasta que, finalmente, el hombre se marchaba. Un día nos enteramos de que se había vuelto a casar, y dijimos: "Ya empezamos otra vez." Pero sucedió otra cosa. Unas semanas después de la luna de miel, surgió una pelea y ella volvió a sacar su veneno y a decir cosas horribles. El marido palideció, pero, para su sorpresa, no dijo nada y abandonó la habitación. Lo encontró arriba, haciendo sus maletas. "¿Qué haces?", le preguntó. "Sé —le dijo él— que se supone que tendría que actuar como un hombre y gritar y pegarte, pero no soy ese tipo de hombre. No permito a nadie que me hable como lo has hecho tú, y me marchó." Ella estaba estupefacta. Le rogó que no se fuera, y no lo hizo. Siguen casados.»

Esta historia no es perfecta. Si una mujer discute con fundamento, el hombre no tiene que irse; debe quedarse y pelear. Pero el uso que Von Franz hace de la palabra ataque sugiere que su amiga solía pasarse de la raya y de volverse una posesa. Más que al ámbito humano, sus ataques pertenecían, en términos metafóricos, al reino de Kali. Los hombres también cruzan ese límite a menudo. El guerrero interior nos puede decir de qué lado de la línea está la otra persona.

En *The Ravaged Bridegroom*, Marian Woodman señala: «La rabia surge del nivel personal, la cólera, de un centro arquetípico... En ambos sexos, la cólera es resultado de siglos de abuso. Si se introduce en las relaciones, destruye. Atacarse el uno al otro como posesos no tiene nada que ver con la liberación.» El guerrero interior del hombre y de la mujer puede ayudarles a pelear en un plano humano. Si el hombre y la mujer sólo tienen soldados o niños avergonzados en su interior, de sus batallas sólo sacarán heridas.

## **Hierro contra cobre**

Cuando llegan cabalgando junto al caballo de Juan de Hierro, los soldados de nuestra historia están «cubiertos de hierro». El hierro pertenece al reino de Marte y Ares. Antaño se asociaba el hierro a la sangre, debido al rojo oculto en su interior. Los antiguos distinguían entre dos tipos de hierro: el hierro magnético, que se asocia a los dioses del cielo y que «ha caído del cielo», y el hierro común, que se asocia a oscuros dioses terrestres como Set, que persigue y mata a Osiris, el dios solar.

En la astrología, el hierro gobierna el planeta Marte. Por lo general, el hierro se considera buena suerte, sobre todo si se lo encuentra en el camino. Se puede emplear herraduras como protección contra el mal; y en las cunas se ponen clavos para proteger a los bebés, o en las camas, para proteger a las mujeres embarazadas; también se suelen ocultar tijeras en la cama.

Blake asoció el hierro con el intelecto y con la guerra espiritual. En los cuentos de hadas, la energía del padre-espíritu benévolo a veces aparece en forma de hombrecillo cubierto de hierro. Cuando el joven de nuestro cuento lleva hierro a la batalla, lleva una gran formación de poderes propicios y ventajosos: herraduras, hierro magnético, sangre, el planeta Marte, los dioses del cielo, el padre-espíritu, la lucha intelectual.

Hasta aquí hemos vinculado la condición guerrera a la abnegación y al servicio al Rey, al combate intelectual, a la pelea limpia en el matrimonio y al filo de la espada Vajra. La espada Vajra debe moverse de forma tal que separe lo que está inoportunamente unido. Cuando la espada ha hecho su trabajo y el Cuchillo-Logos ha cortado bien, nos encontramos menos necesitados y más preparados para entrar en los pares de opuestos. Recordemos algunos de los pares de opuestos que citó Pitágoras: claro y oscuro, limitado e ilimitado, masculino y femenino, movimiento y reposo, etcétera.

¿Qué ocurre si nos sentimos demasiado jóvenes para habitar el peligroso espacio entre lo masculino y lo femenino? ¿Qué ocurre si no nos gusta la feroz tensión entre lo recto y lo torcido y no nos sentimos capaces de enfrentarnos a tantos puestos? En una familia perturbada, el hijo puede sentir una horrible tensión entre el padre adicto y la madre sana, entre la frialdad del padre enojado y el calor de la amorosa madre, o entre la frialdad de la madre furiosa y el calor del afligido padre.

En semejante situación, es relativamente fácil renunciar al trabajo de hierro para hacer el trabajo de cobre. Un niño se puede convertir fácilmente en un puente profesional. Un niño se puede convertir en un conductor hecho de ese magnífico metal conductor que es el cobre.

El trabajo de cobre de un hombre suele empezar temprano, colocando una mano en el pecho iracundo del padre y la otra en la tierra; o quizá colocando una mano en el corazón angustiado de la madre y la otra en la tierra, o una mano en la cabeza desolada del adulto y la otra en la tierra.

El niño que se convierte en conductor se valora a sí mismo por la complicada corriente que fluye a través de su cuerpo, por su habilidad para descargar a tierra la cólera con una respuesta apacible, por el sacrificado estiramiento de sus brazos para tocar cada polo.

Muchos de nosotros experimentamos esta sensación de conductibilidad en la niñez: el padre y la madre se hablan a través del hijo. La vergüenza del padre alcohólico, por ejemplo, atraviesa nuestro cuerpo con dirección este, y la ansiedad de la madre dependiente atraviesa nuestro cuerpo con dirección oeste. La rabia y el desprecio pasan del uno al otro, encontrándose en algún punto del pecho del hijo o de la hija.

Si se trata de un niño, el intenso aislamiento del padre puede pasar por él con poca resistencia... El cobre es tan buen conductor que el niño no se calienta. La intensidad del sufrimiento femenino también puede pasar por él sin calentarle demasiado. No sé cómo es en el caso de las niñas; sospecho que se calientan un poco más.

El hijo pierde su particularidad de hombre al aprender a ser un conductor; de forma similar, la hija que acepta esta tarea se convierte en un puente, y no en una mujer. Cuando el hijo o la hija alcanzan la madurez, encuentran muchas situaciones en las que hacer de puente.

Esta forma de tratar los opuestos se ha hecho sumamente popular en los últimos cuarenta años. Cuando un hombre o una mujer se convierte en conductor, el hecho de conducir le da la sensación de no ser vergonzosamente insignificante y limitado, y de tener algo para todos. Por supuesto, para que una persona pueda mantener la ilusión de ser limitado e ilimitado, niño y puente, carne y cobre, tiene que ignorar muchas percepciones que se deslizan en momentos imprevistos.

Si un hombre se ha convertido en cobre de niño, lo más probable es que siga trabajando con ese metal durante la madurez. Es probable que coloque una mano en la corona de su furiosa mujer y la otra en la tierra. Se podría convertir en un apologista público, descargando a tierra —a través de su propio cuerpo— siglos de justificada rabia femenina.

A medida que los padres pierden contacto con el guerrero, el número de éstos enfrentados a la rabia femenina capaces de ofrecer una alternativa al puente de cobre es cada vez menor. «Mi padre nunca se enfrentó a mi madre, lo que hoy en día me sigue molestando.» Cientos de hombres han dicho esa frase en reuniones. A veces, lo único que se hubiese necesitado es que el padre defendiese sus fronteras, o los límites del abuso verbal con un simple: «¡Basta!» Si el padre no puede poner límites a la furia de la madre, ni la madre a la «pérdida de la paciencia» del padre, los hijos se convierten en hilos de cobre.

Cuanto más acepta ser cobre el padre, más se convierte en algo que no está vivo ni muerto, en una tercera cosa, amorfa, desmasculinizada, en un conductor psíquico medio vivo. Creo que algunas mujeres se descubren a veces canalizando la rabia de decenas de mujeres muertas que no pudieron manifestar su rabia en vida. Conducir esa rabia es peligroso.

Conducir grandes cantidades de encanto y simpatía es también peligroso. Ingerir una cantidad excesiva de cobre es un gaje del oficio de los pastores de la Iglesia, los terapeutas y los sacerdotes, semejante al riesgo de ingerir plomo que supone el trabajo de ciertos obreros. Los pastores eclesiásticos de nuestros días canalizan la comodidad espiritual, el mimo y la tranquilidad, pero al precio de la asunción de riesgos y de la soledad. Más de un pastor renuncia a sus anhelos por la soledad, por la severidad y la extravagancia del compañerismo masculino; y cuando entierran a alguien como un pastor, lo que están enterrando en realidad es un cuerpo compuesto casi exclusivamente de cobre.

De modo que hombres y mujeres se convierten a menudo en conductores, no por valentía o por disponibilidad al cambio, sino por un anhelo de comodidad, de paz en el hogar, de espadas acolchadas, de coloración protectora, por deseo de ser la codorniz oculta en el cañaveral.

Convertirse en conductor de corrientes masculinas y femeninas no es lo mismo que volverse andrógino. El hermafrodita es una imagen de la alquimia y como ya hemos mencionado se hace posible, en un plano interior tras años de particularidad: es decir, años de cortar, de opuestos y de discriminación. Mediante la conducción se alcanza pronto una falsa andrógina, pero, por lo general, no están presentes ni Hermes ni Afrodita.

Éste es un tema complicado, y resulta difícil enunciarlo con propiedad. Ninguno de nosotros ha recibido muy buenos consejos en lo que respecta al trabajo del cobre. En los inicios del movimiento feminista, las mujeres exigían que los hombres condujeran más rabia que ellas. Hace mucho que las mujeres están cansadas de ser cobre para las fantasías de dominación de los hombres; supongo que las primeras feministas no advertían cuánto conducían ya los hombres.

### **Sostener la tensión entre opuestos**

Mediante la imagen de un ser humano que se convierte en un hilo de cobre, intento describir con palabras una sensación que la mayoría de nosotros ha experimentado de niños en el hogar. Al convertirnos en hilos de cobre, perdemos nuestra niñez y gran parte de nuestra alegría. ¿Qué nos ocurre al crecer?

Desconfiamos de cualquier forma de fusión. El amor romántico supone una buena dosis de fusión; y no se trata de rechazarlo, sino de examinarlo. Conviene examinar todas las fusiones: la fusión del degenerado sexual y la víctima, la del tirano y el ciudadano, la de la compañía y el empleado, la de la Iglesia y el creyente, la de la década y el estilo, la de la mente del grupo y la mente individual, la del marido y la esposa.

En «La querida», Chéjov compuso una obra de arte sobre esta última forma de fusión. Conocemos a una mujer que, al casarse con un productor de teatro, se queja de que el público sólo respeta las comedias musicales. Cuando muere su marido, se casa con un comerciante de madera y aprende a hablar con

desenvoltura de «dos-por-cuatro», «revestimientos» y «vigas de roble». Cuando este marido muere, se enamora de un cirujano veterinario y habla apasionadamente de enfermedades de la pezuña, fiebre natal, cólera porcina, etcétera. Como no tiene ningún hijo, se liga afectivamente al hijo pequeño del veterinario, y pronto empieza a hablar con honda emoción acerca de lo injustos que son los principios, lo difícil que es la vida en el patio de recreo, etcétera. La historia termina con el niño gritando dormido: «¡Te lo he dado! ¡Vete! ¡Calla!»

Podríamos escribir fácilmente una historia paralela en la que un hombre se adapta a los sentimientos de una mujer tras otra... El niño-que-dice-la-verdad que hay en cada uno de nosotros tiene que aprender, cuando se enfrenta a un exceso de fusiones, a decir como el niño: «¡Vete! ¡Calla!» Algunas fusiones están bien, otras no.

Es nuestra intuición la que nos puede decir cuándo es conveniente la fusión; es el guerrero que hay en nuestro interior el que nos puede enseñar cómo proteger las fronteras. En el modelo que no está hecho de cobre, las fronteras se mantienen pero la relación sigue siendo vital.

Dijo Frost: «Hay algo allí que no ama los muros.» Pero sabemos que una frontera no es un muro. En el matrimonio, puede haber fronteras, y puntos de vista válidos a ambos lados de la frontera. No tienen por qué fundirse en un solo punto de vista.

Cuando Robert y Elinor Frost perdieron a su hijo, y Robert mismo enterró al niño, se encontró con que su mujer odiaba el modo en que cavaba la fosa, y el modo en que hablaba de ello:

*«Y a esto hemos llegado, un hombre  
no puede hablar de su propio hijo muerto.»*

*«No puedes porque no sabes cómo hablar.  
Si tenías algún sentimiento, tú, que cavaste  
con tus propias manos —¿cómo pudiste?— su pequeña fosa;  
te vi desde aquella ventana,  
haciendo saltar la grava por los aires,  
saltar así, así, y caer alegremente  
y volver al montón junto al hoyo.  
Pensé: ¿Quién es ese hombre? No te conozco...»*

*«Mis palabras son casi siempre una ofensa.  
No sé cómo decir las cosas  
para agradarte. Pero podría aprender,  
supongo. No sé cómo.  
Un hombre debe, en parte, dejar de ser un hombre  
con las mujeres...»*

*Lo dijo dos veces antes de caer en la cuenta:  
«¿No puede un hombre hablar del hijo que ha perdido?»*

*«¡Tú no! Oh, ¿dónde está mi sombrero? ¡Oh, no lo necesito!  
Tengo que salir de aquí. Necesito tomar aire.  
No sé en verdad si lo puede hacer ningún hombre.»*

*«¡Amy! No acudas a otra persona esta vez.  
Escúchame. No bajaré las escaleras.»*

de «Entierro casero»

Me gusta Robert Frost porque es capaz de sostener la tensión entre opuestos, en este caso entre hombre y mujer, sin que ninguna de las actitudes sea considerada errónea, sino distinta.

Cuando una persona madura lo bastante para sentir los opuestos y comprender que debe tomar una actitud hacia éstos, dos posibilidades saltan a la mente: o establecer un puente entre éstos con el metal de Afrodita, el cobre, del que ya hemos hablado, o vivir en los opuestos, sin comprometerse con ninguno de los dos lados.

## **Vivir en los opuestos**

Podemos hablar, pues, de vivir en los opuestos. Vivir entre significa que no sólo reconocemos los opuestos, sino que, además, nos alegramos de que existan. Pitágoras, como mencionamos antes, dejó una cuidadosa lista de opuestos por los que él respondía. Masculino y femenino forman un par, la luz y la oscuridad otro, uno y muchos otro, par e impar otro. Para vivir entre, extendemos los brazos y alejamos los opuestos lo máximo posible, y luego vivimos en el espacio resonante de un medio.

Vivir en los opuestos no significa identificarse con un lado y despreciar el otro. La idea no es que un hombre, por ejemplo, elija el rol masculino y considere al femenino el enemigo.

La Iglesia católica, obsesionada con la oposición entre actitudes paganas y actitudes cristianas, se identificó con un lado durante la Inquisición, y el resultado fue desastroso. En cualquier religión, los ascetas se sienten tentados a identificarse con el polo masculino. Luego, disfrazados de guerreros espirituales, suelen pasar el resto de sus vidas enojados con las mujeres. Cada vez más, en las últimas décadas las mujeres se identifican con el polo masculino, y sostienen que todo lo malo es masculino, y todo lo bueno femenino.

Regocijarse en los opuestos significa emplear la imaginación para alejar de nosotros los opuestos y crear espacio, y luego disfrutar de la maravillosa música que nos llega de ambos lados. Para hacerse una idea del poder de esta sensación, basta sentarse entre una cítara y una tabla cuando ambas están produciendo música.

Se puede sentir la resonancia entre opuestos en el baile flamenco. El defensor y el atacante se miran, seductor y seducido, hombre y mujer, rojo y rojo. Cada uno es un soplo con su propia carga magnética, cada uno es una nación defendiendo sus fronteras, cada uno es un guerrero disfrutando del calor de la pasión extravagante, una pasión concreta que es feroz, semejante al águila, misteriosa.

## **Admirar la elección de París**

En la mitología griega, Ares tenía una hermana; se llamaba Eris (Discordia). Eris le dio una manzana de oro a París para que la regalara a la diosa que más le gustaba. París dudaba entre Hera y su Energía Terrestre, Afrodita y su Alegría Erótica, y Atena y su Conocimiento Espiritual Extático. Y Eris le dijo: «¡Elige!» La mayoría de nosotros finge no oír esa palabra. La tarea de París es elegir una diosa, y eso quiere decir que dos de ellas se enfadarán con él. Cuando una persona elige lo máspreciado, su elección es un acto muy serio. La elección acaba bien, pero no para las divinidades rechazadas.

«Lo quiero todo.» «A por ello» es una frase muy en uso que expresa codicia, ingenuidad y amor por lo ilimitado. Algunos hombres y algunas mujeres ingenuos no quieren elegir: quieren que las circunstancias elijan por ellos. Richard Wilbur escribió un poema maravilloso al respecto:

*Leo cómo el Quijote en su rara cabalgata  
llegó una vez a una encrucijada, y a menos que perdiera  
la pureza del azar, no decidiría*

*qué camino tomar, y desearía que su caballo eligiese.  
Porque la gloria aguarda donde quiera que él vaya.  
Llevaba la cabeza alta por el orgullo, las herraduras de su caballo  
pesaban, y se dirigió al establo.*

Elegir una diosa es muy distinto a identificarse con un lado de un par de opuestos. Aquí se trata de lo que uno ama de verdad. Eris dice elige lo que quieras y luego paga por ello. Un hombre elige el deseo de su vida, y el guerrero que hay en él acepta las desagradables consecuencias de la decisión. A las mujeres les ocurre lo mismo.

El guerrero le da al hombre o a la mujer permiso para vivir en sufrimiento. Ya anciano, Yeats escribió:

*Todos los hombres viven en el sufrimiento  
lo sé como pocos,  
bien tomen el camino superior,  
bien permanezcan satisfechos en el inferior,  
el remero inclinado en su barca  
o el tejedor inclinado en su telar...*

El sufrimiento significa aquí las difíciles tareas asumidas en función de nuestro deseo, pero también la dolorosa constatación de los caminos que no se tomaron.

La naturaleza apasionada del ser humano le urge a elegir «la cosa más preciada», y le urge a pagar por ello con la pobreza, los problemas, la privación, el esfuerzo y el sufrimiento de la ira de las divinidades rechazadas. Es el guerrero el que capacita al ser humano para inclinarse exclusivamente por la música, la poesía, la medicina, el recogimiento del eremita o la pintura. Es el amante que hay en el hombre y en la mujer quien ama «la cosa más preciada», y quien le dice cuál es; pero es el guerrero que hay en Rembrandt o en Mirabai quien se aviene a soportar el sufrimiento que la elección entraña.

El estudiante de la yeshivá puede sentir que la diosa de la sexualidad le ataca. Sajárov eligió, y recibió a cambio la hostilidad del sistema, el rechazo de sus propios hijos y el exilio en Gorki.

Los alquimistas de la Edad Media sacaron muchas consecuencias de la escena en la que Paris elige entre las diosas. Un grabado en madera del siglo XVI, que Edward Edinger incluye en su *Anatomy of the Psyche*, muestra, junto a Paris y a las diosas, a un rey tendido en el suelo, profundamente dormido. En el instante en que Paris señala a la diosa elegida con su vara, el rey despierta.

Según los alquimistas, si elegimos «el objeto máspreciado» —el objeto de nuestro deseo—, el Rey que habita dentro nuestro, dormido durante tantos años, despierta. Durante todos los años de conducción en que enterramos nuestro hierro y nos convertimos en puentes de cobre, el Rey no tenía otra opción que la de dormir. Mientras nada esté claro, hasta que no decidamos si vamos a ser humanos o conductores, el Rey —y la Reina— permanecen dormidos.

La elección de Paris señala la preferencia de una diosa (un camino de la vida) sobre otra. Hay cierta crueldad en el acto de elegir.



Cabe decir que, en general, la gente New Age es adicta a la armonía. El grabado alquimista dice que un niño no se hará adulto hasta que rompa la adicción a la armonía, elija «el objeto máspreciado» y entre a participar con júbilo de las tensiones del mundo.

Una vez acabada la batalla de nuestra historia, el joven deja de ser ingenuo en algo más: sabe qué es una espada. Desde luego, como todo lo demás en la historia, la batalla se libra una y otra vez. Encontramos a nuestro caballo de tres patas; cabalgamos hacia el bosque; le pedimos al Hombre Primitivo un caballo entero; sin cólera nos unimos a las tensiones del mundo. Cada vez que hacemos buen uso del guerrero, más que librar batallas, estamos despertando al Rey.

## **El paso del cobre al hierro**

Este proceso de redención de los guerreros interiores lleva años, y se asocia al paso del cobre al hierro. Cada uno de nosotros necesita plantearse cómo redimir a los guerreros interiores, y este esfuerzo no es tanto físico como imaginativo.

Los integrantes de la Fianna amaban Irlanda y estaban dispuestos a defender sus fronteras. ¿Cuándo amamos lo bastante para querer defenderlas?

Proteger las fronteras y al Rey significa, según la metáfora anteriormente citada, poner un pomo en el lado interior de la puerta. Para ello no basta con envejecer. Apenas oye manipular el pomo por el lado exterior, un hombre de veinticinco o treinta y cinco años podría quedarse perplejo, y dejar que todo vuelva a ocurrir. En términos metafóricos, el objetivo es cambiar el pomo y colocarlo en el lado interior de la puerta. Cuanto más honremos a los guerreros interiores, más posibilidades habrá de que nos adviertan de una posible manipulación en el exterior.

Cada vez que pedimos a la intuición de nuestros guerreros que identifique a quienes podrían humillarnos, nos hacemos más perspicaces. Podemos perder algo de «ingenuidad infantil», por supuesto, algo de «confianza en la naturaleza humana», pero dejamos de ser niños de seis años humillados. Puede que el niño herido aún necesite ser alimentado y protegido, pero ya no nos posee.

La tarea del guerrero es advertirnos cuándo la persona que nos habla tiene la intención de transferirnos parte de su vergüenza. Por ejemplo, cuando acabamos un discurso o una conferencia, alguien puede decirnos: «Me ha gustado tu discurso, excepto por una cosa. ¿Quieres saber cuál?» Ése es el momento. La persona puede o no tener buena voluntad. Si el guerrero dice que no, una posible respuesta es: «Si no te importa preferiría que hoy no me humillaras.» No hay necesidad de golpear a la persona con un palo. A veces, la sola mención de la palabra «humillación» es suficiente para proteger las fronteras. La persona pone cara de sorpresa y dice que no tenía semejante intención... Oh, claro que no.

Proteger la casa interior supone remplazar parte del cobre por hierro. En «La doncella Maleen», un cuento de los hermanos Grimm, Maleen y su doncella de cámara, que pasan penurias, se ven obligadas a comer matas de ortiga, que son, en realidad, una fuente de hierro. Comer ortigas supone aceptar las espinas tanto como las rosas, vivir con estrecheces, hacer las tareas desagradables y evitar hablar sobre cómo podrían estar mejor las cosas. Hablar de la realidad es una buena forma de atraer el hierro.

Una forma práctica de evitar convertirse uno mismo en un puente de cobre es ser consciente de la conducción en el momento en que ocurre. La conducción es subconsciente, y nombrarla ayuda a trasladarla a la comunicación. «No quiero seguir siendo un conductor para ti.»

La conducción guerrera interior, pues, equivale a un estado de alerta del alma que ayuda a evitar que el ser humano se convierta en un hilo de cobre, y que nos protege de quienes podrían humillarnos, los espadachines subconscientes, la gente hostil y los seres codiciosos.

La Odisea dice que hay cortejadores interiores que pretenden casarse con el alma. Esos pretendientes dentados tienen planes para nuestra vida. Una persona que nunca desenvaina la espada puede destacar por su dulzura, pero también puede acabar siendo un esclavo de los pretendientes, o el blanco de un matrimonio convenido. De una persona que se niega a levantar la espada cabe decir:

*Llevaba la cabeza alta por el orgullo,  
las herraduras de su caballo pesaban,  
y se dirigió al establo.*

Lo mismo le puede ocurrir a una cultura. Si una cultura no apela a la energía del guerrero —la asume, la disciplina, la honra—, ésta tomará la forma de pandillas callejeras, malos tratos a las mujeres, brutalidad con los niños y asesinatos indiscriminados.

Una de las principales tareas del varón de nuestros días es replantearse, ahora que las imágenes del guerrero eterno y del guerrero exterior han dejado de ser un modelo, el valor del guerrero en las relaciones, en los estudios literarios, en el pensamiento y en la emoción.

Y tal vez imaginemos qué es lo que sigue a las intensidades del guerrero. ¿No necesita esa energía que ama la lucha aprender a reiterar la representación? ¿Cómo se da esto?

## VII. CABALGANDO EN LOS CABALLOS ROJO, BLANCO Y NEGRO

Sabemos que nuestra sociedad produce una gran cantidad de niños, pero cada vez parece producir menos hombres. Algunas culturas de nuestros días —de las que las tribus de Nueva Guinea podrían ser un ejemplo— fuerzan a los jóvenes a ser hombres mediante diversas privaciones y enseñanzas ingeniosas, febriles, imaginativas y osadas que podrían darse a una edad demasiado temprana para producir un hombre sólido. Nosotros nos situamos en el extremo opuesto de este espectro en tanto que no tenemos la menor idea de cómo producir un hombre, y que dejamos que todo caiga por su propio peso al tiempo que miramos hacia Wall Street y esperamos lo mejor.

Michael Ventura, en un magnífico ensayo titulado «La era del oscurantismo» (publicado recientemente en el *Whole Earth Review*), habla de la condición primitiva del hombre adolescente y de su desafío a nuestra falta de ideas. Su música, sus modas, sus palabras, sus códigos, dice, anuncian la llegada del momento de la iniciación. Esas extravagancias son una demanda de respuesta. Señala Ventura:

La gente tribal de todas partes saludaba el inicio de la pubertad, especialmente en el varón, con elaboradas y atroces iniciaciones [...], una práctica que sencillamente hubiese sido necesaria si sus jóvenes no hubiesen sido tan extremos como los nuestros [...] Los adultos de la tribu no corrían en ese momento al encuentro de sus hijos como lo hacemos nosotros; lo celebraban. Asaltaban a sus adolescentes —literalmente— con un terror sagrado; rituales que hasta ese momento se había ocultado a los jóvenes [...] Rituales que proyectaban sobre el joven toda la luz y toda la oscuridad de la psique colectiva de la tribu, todo su sentido del misterio, todas sus preguntas y todas las historias contadas tanto para responder como para ocultar esas preguntas [...] La palabra crucial aquí es «proyectar». Los adultos tenían algo que enseñar: historias, habilidades, magia, bailes, visiones, rituales. De hecho, si estas cosas no se aprendían bien y del todo, la supervivencia de la tribu peligraba [...] Las culturas tribales satisfacían las ansias al tiempo que proporcionaban la necesidad, y a eso le llamamos «iniciación». Esta práctica era tan efectiva que, por lo general, a la edad de quince años, un joven estaba en condiciones de ocupar su lugar como un adulto totalmente responsable.

Ventura explica que durante unos cuarenta años, los jóvenes de nuestra cultura han generado formas —la música, las modas, los comportamientos— «que postergan el momento de la iniciación [...] como si de algún modo esperasen ser iniciados en algún lugar del camino». Cosa que no ocurre: Mick Jagger se hace viejo y los adultos no tienen aún ninguna propuesta para los más jóvenes.

La postergación del momento de la iniciación —y la falta de respuesta por parte de los adultos— guarda estrecha relación, dice Ventura, con el enorme mercado de drogas de los Estados Unidos.

Cada uno de nosotros tendría que saber mucho más de lo que sabemos acerca de la iniciación para poder responder a esta necesidad de iniciación. Pero no nos haría daño pensar.

### **Una visión de conjunto de la iniciación clásica**

Hay muchos tipos de iniciación, muchos modelos, muchas secuencias de rituales y enseñanzas. Todas las secuencias de las etapas iniciáticas son lineales, y la propia iniciación semeja una esfera. Dicho lo cual, podemos considerar una visión lineal de la iniciación masculina separada en cinco etapas. En primer lugar, vinculación a la madre y separación de la madre. (Hacemos lo primero moderadamente bien, y lo segundo muy mal, sobre todo en los suburbios y en los guetos.) En segundo lugar, el acercamiento al padre y la separación

del padre. (A menudo posponemos el acercamiento al padre hasta los cincuenta años, más o menos, dejando pendiente la separación.) En tercer lugar, la llegada de la madre masculina. (Este paso se da rara vez o nunca.) En cuarto lugar, aprendizaje de una energía huracanada como el Hombre Primitivo, el Guerrero, Dionisios o Apolo. Si ha tenido éxito, el joven recibe un sorbo de las aguas del dios. (Este sorbo lo piden los adolescentes.)

Y finalmente el matrimonio con la Mujer Sagrada o la Reina.

Los acontecimientos de nuestra historia encajan perfectamente con este modelo de iniciación clásica. Juan de Hierro representa al menor adulto que vuelve a poner al joven en contacto con su grandeza y con su «Cabeza de Oro». Como Hombre Primitivo, Juan de Hierro es también la energía divina de cuyas aguas al joven le es dado beber.

Habiendo abandonado la iniciación, nuestra sociedad tiene dificultades para conducir a los jóvenes hacia la masculinidad. En términos mitológicos, cabe decir que el Gran Padre, en su forma primitiva, obstaculiza el camino de los jóvenes, lo mismo que la Gran Madre. Estas obstrucciones explican también, en parte, el hecho de que tengamos tantos jóvenes y tan pocos hombres. Así y todo, la principal causa es nuestro desconocimiento de la iniciación, y el desprecio de su valor.

El padre que sepa transmitir la bendición, la disciplina y el lado creativo del Rey Sagrado, será capaz de ayudar a su hijo a pasar alegremente las etapas iniciáticas. Pero sabemos que también transmitirá el lado Torcido o Envenenado del Rey Sagrado. El Rey Envenenado «maldecirá las alegrías más hermosas», como dijo Blake, y de ese modo perjudicará la creatividad, la autoestima y la sexualidad, obstruyendo la entrada al jardín. Algunos padres cometen incesto con sus hijos, algunos incesto físico. En el Capítulo Cuarto hemos hablado exhaustivamente del lado Torcido del Gran Padre.

Tenemos que ocuparnos, también, de los dos lados de la Gran Madre. De su lado positivo, su hijo recibe aprobación, nutrición y coraje. Pero la Gran Madre tiene asimismo un lado Torcido o Envenenado, porque ella es, también, una enorme energía huracanada que atraviesa la pared con sus garras. A veces esas garras arrancan el lado humano de la madre, y sólo dejan la parte mecánica, que repite patrones psíquicos conocidos por sus abuelas, bisabuelas y tatarabuelas. Nuestra historia resume el lado positivo de la Gran Madre en una sola idea: «Es necesario robar la llave de debajo de la almohada de la madre.»

Marian Woodman propone que distingamos entre la madre consciente, sabedora del poder que ejerce sobre el hijo o la hija, y la madre subconsciente, que ejecuta los programas de la Gran Madre una y otra vez, sin distinguir entre vida en común y dominación.

El lado Torcido de la Gran Madre no quiere que el muchacho crezca porque, si lo hace, saldrá de su reino. No le maldice, como hace el lado Torcido del Rey Sagrado, pero le retiene.

En el cuento celta «Culhwch y Olwen», que mencionamos anteriormente, se habla de un joven llamado Mabon que está preso bajo el agua. Salmón puede oír sus lamentaciones noche y día. Los compañeros de Culhwch le dicen a Arturo que el primero no puede completar sus tareas hasta que Mabon sea rescatado de su prisión subacuática, y ello no se puede hacer hasta que el Gran Salmón, la criatura viviente más antigua, sea encontrada, y así sucesivamente. El muchacho apresado bajo el agua es el joven varón atrapado en la posesividad habitual de la Gran Madre. No es la madre personal la que le apresa, sino la Gran Madre, para quien la madre personal es receptiva o transparente. Conviene insistir en que no es la madre personal la que apresa al hijo, ella quiere que sea libre. Es el lado posesivo o primitivo de la Gran Madre la que le mantiene prisionero.

En otras historias se describe cómo se lleva a cabo el apresamiento. Una de estas historias es el cuento ruso «El zar doncella», en el que el hijo de un mercader, cuyo nombre es Iván, pierde a su madre de niño. Su padre se vuelve a casar, por lo que Iván pasa a tener una madrastra. «Madrastra es la palabra clave de los cuentos de hadas para designar el lado Envenenado de la Gran Madre. Más adelante, conocemos un hecho perturbador: la madrastra se ha enamorado de Iván. Cabe decir que la Gran Madre se ha enamorado perjudicialmente del joven sin iniciar.

El padre se va de viaje, y el tutor que ha contratado se lleva a Iván de pesca a la bahía. En el horizonte aparecen varios barcos. Al acercarse, una poderosa mujer rubia saluda desde el más grande a Iván como si le conociera. Con gran regocijo para él, promete regresar la siguiente tarde. Se llama «la doncella que también es un zar». Nosotros la conocemos como la Mujer de Cabellos Dorados. Esa noche, la madrastra emborracha al tutor y se entera de todo lo ocurrido. Le da al tutor un alfiler, y le dice que lo coloque en el cuello de la camisa de Iván apenas aparezca el barco al día siguiente. El alfiler le hará dormir. El tutor hace lo que se le manda; Iván se siente cansado, se acuesta y no vuelve a despertarse.

Este acto de la Gran Madre, en connivencia con el tutor, es más sutil que la maldición del padre, y no deja ninguna huella: tan pronto se van los barcos, el tutor retira el alfiler; Iván despierta. Pero el desarrollo o el proceso iniciático del muchacho se detiene justo antes de poder llevarle las flores silvestres a la Mujer Sagrada; la madrastra lo corta en seco. Durante los momentos cruciales para el próximo paso consciente, dormía.

Me gusta que el tutor, nominalmente masculino, y la madrastra, nominalmente femenina, realicen juntos esta labor maligna. Con la palabra «tutor», la historia sugiere que el sistema educativo, que adormece a los chicos y a las chicas durante años, se halla en connivencia con el lado oscuro de la Gran Madre. Los ensayos sobre la teoría de la reconstrucción están escritos por gente con alfileres en sus camisas. Todos sabemos lo suficiente sobre educación colectiva para llevar más lejos esta idea. Las universidades se autodenominan Alma Máter. Y la negativa del materialismo adormece a naciones enteras.

Marian Woodman se ha referido a este alfiler como un «falso falo» insertado junto a la cabeza. Lo asocia con cierto tipo de conversaciones intelectuales que, provenientes de su mente racional, la madre subconsciente se permite con el hijo adolescente. A veces, las ideas intelectuales que la madre transmite al hijo tarde por la noche son una bendición, otras no. Años después, el joven podría acabar aislado en una torre mental elevada.

Pero si la unión tiene lugar al nivel de los sentimientos, podría acabar apresado bajo el agua, donde el salmón le oiría lamentarse noche y día.

Durante los últimos años, nuestra cultura se ha preocupado, y con razón, del incesto físico de los varones con sus hijas, que es horrible y repugnante en su alcance y en su capacidad de vulneración. Y también hemos dedicado cierta atención al incesto psíquico entre padre e hija. Somos conscientes del perturbador incremento del número de hijos víctimas de abusos sexuales por parte de madres, padres, tíos y hermanos mayores; pero la cultura aún no se toma muy en serio el daño que produce el incesto psíquico entre madres e hijos.

En *These Were the Sioux*, Mari Sandoz dice que, a partir de los siete años de edad, el joven sioux nunca miraba a su madre a la cara. Todas las demandas se realizaban a través de la hermana. «¿Le puedes pedir a mamá que arregle estas sandalias?» «Dumbo quiere que le arregles las sandalias», etcétera. Cuando acababa la faena, la madre no le daba las sandalias al hijo diciéndole: «Toma tus sandalias», sino que, nuevamente, el objeto pasaba por las manos de un intermediario. En el acto de mirar a los ojos al hijo y decirle: «Toma tu camiseta recién lavada» puede fluir mucha energía sexual.

Semejantes precauciones entre madre e hijo nos parecen absurdas, ridículas, inhumanas. Y sin embargo, ya adultos, los varones sioux fueron famosos por su falta de miedo en el trato con las mujeres, sus conversaciones desinhibidas en los tipis, la facilidad para hablar de cuestiones sexuales con sus esposas. Sin duda, las mujeres sioux eran más conscientes de las posibilidades de incesto psíquico entre madres e hijos.

He mencionado que las madres americanas confían a veces detalles de sus vidas privadas a los hijos pequeños, detalles apropiados para adultos de su edad. La revelación sincera es a menudo mejor que el mutismo, pero puede ser perjudicial si el hijo se siente involucrado. En muchas ocasiones, el hijo toma partido por su madre, y dice, en una forma u otra, estas palabras terribles: «Mamá, cuando sea grande te compraré una casa muy grande y nunca tendrás que volver a trabajar.»

Hoy por hoy, el 20 o el 30 por ciento de los jóvenes vive en hogares en los que no habita ningún varón adulto; y la mayoría dice esas palabras, abiertamente o en silencio. Pero el incesto psíquico no se limita a los hogares con un solo padre. El énfasis que se ha dado en las últimas décadas a la insuficiencia de los hombres, y a la perversidad del sistema patriarcal, alienta a las mujeres a menospreciar a los varones adultos. Las mujeres de nuestros días se han hecho conscientes, también, del valor de sus propias y ricas vidas interiores. Se puede decir que la novela europea, un encantador fenómeno de los últimos dos siglos, ha hecho que más de una mujer repare en la rica reserva de impulsos y de anhelos, satisfechos o no, que esconde en su alma. Pocas mujeres dicen, ya, que «Los límites de mi vida son los de mi esposo». Ni siquiera lo piensan. Una mujer del siglo xx tiene una compleja sensibilidad que ningún hombre común o mortal puede satisfacer plenamente.

Sugiero, pues, que estamos ante la convergencia de dos tendencias contemporáneas. Una viene dada por el creciente énfasis que pone la cultura americana en la incompetencia del varón adulto, aun en su absurdidad, y la otra es la creciente consciencia que la mujer tiene de su riqueza emocional interior.

Cuando estas tendencias convergen, la esperanza del cambio y de la satisfacción de los anhelos recae sobre los hijos jóvenes. La madre busca satisfacción emocional en el hijo, y sus fantasías a este respecto pueden haberse intensificado en los últimos años. Es muy frecuente que un hombre de edad madura busque compañía sexual en mujeres jóvenes; una mujer de edad madura puede buscar compañía espiritual en un hijo de ocho años. Entre sus fantasías puede esconder el sueño de que éste compense las asperezas de otros hombres, que desarrolle una mente abierta a los valores de la mujer y que sea su compañero espiritual. En sus fantasías tal vez le haga vivir una historia heroica que ella no tuvo. Pero sobre todo, ella espera que él aprenda a ser más bondadoso con las mujeres de lo que fue su padre, y que satisfaga sexualmente a su propia mujer. En suma, espera que sea mejor amante para «su mujer» de lo que fue o es su padre. ¿Quién podría ser «su mujer»?

Cientos de veces un hombre u otro me ha dicho que, a la edad de cuarenta o cuarenta y cinco años, descubrió que había consagrado su vida a sustituir al esposo, amante y compañero espiritual de su madre. Hombres así se ven a sí mismos como caballeros blancos de la femineidad. Si se les pregunta: «¿Qué sientes hacia los hombres?», lo más probable es que respondan: «Nunca me he podido fiar de ellos.»

Si la segunda etapa de la iniciación sirve para acercar al padre y al hijo (y para separarles), semejante hombre está muy lejos de dar este paso. No se fía de los hombres; y suponemos que nunca se fiaría lo bastante del Hombre Primitivo para dejarse llevar en sus hombros.

El niño que es requerido demasiado pronto por su madre se siente inútil al descubrir que es demasiado pequeño para hacer lo que se le pide. Su energía emocional está demasiado fragmentada para soportar las demandas de su madre, y su autoestima masculina es demasiado débil para remplazar al padre.

Es frecuente que un chico en semejante situación se sienta un fracasado en relación con su padre, con el que prácticamente no tiene ninguna relación. Luego, cuando no salva a su madre, se siente también un fracasado en relación con ella. Empieza su vida con un doble fracaso.

Hay que ser capaz de decir estas verdades sin depositar demasiada culpa en la madre, porque Freud ya ha hecho de ella, erróneamente, la principal responsable. El conjunto de la tradición iniciática, de la que Freud sabía muy poco, atribuye la responsabilidad principal a los varones, sobre todo a los más viejos y a los ancianos iniciadores. De ellos es la responsabilidad de convocar a los jóvenes. Cuando no lo hacen, el lado posesivo de la Gran Madre empieza su apresamiento, aun si la madre personal se opone en principio a esta posesión negativa. A menudo la madre ni siquiera es consciente de esta situación; pero el niño sí.

Avergonzado por su incompetencia, y hasta cierto punto asustado por estar siendo arrastrado al lado de su madre antes de estabilizarse como hombre, el niño descubre en sí mismo una cólera inexplicable, una rabia que impide que el sueño materno de un varón delicado se haga realidad. Esta rabia se pone de manifiesto cuando el adolescente le habla groseramente a la madre en la cocina. Es su forma particular de lírica heavymetal, que a ella le desconcierta. La rabia inexplicable puede adoptar más tarde otras muchas formas: aislamiento, adicción al trabajo, o las hazañas de un Don Juan o James Bond inconsciente que estafa sexualmente a las mujeres y luego las degrada o, en el caso de Bond, las mata si se cruzan en su camino.

Al hecho de depositar grandes expectativas en el hijo pequeño, de esperar que remplace a un padre imperfecto, lo que detiene el proceso de iniciación masculino a temprana edad, lo llamamos «la madrastra se enamora de Iván».

Por otra parte la falta de mitología, especialmente la pérdida de la mitología griega en el conjunto de la cultura, y el destierro de los cuentos de hadas, contribuye a que las madres no tomen conciencia de lo que ocurre. Es como si muchas mujeres fuesen perspicaces respecto del lado oscuro o negativo del Rey Sagrado, pero ingenuas respecto del lado negativo de la Gran Madre.

Recientemente, cuando a un público de mujeres muy despiertas se les pidió adjetivos para la Gran Madre, ofrecieron una maravillosa diversidad de palabras: nutricia, húmeda, acogedora, terrosa, apasionada, acrítica, dulce, compasiva, amorosa. Pero nadie dijo «inconsciente». A las mujeres les cuesta distinguir entre el lado positivo y el lado negativo de la Gran Madre. Se necesita gente que recuerde una y otra vez a los hombres lo difícil que es ser un padre consciente, y gente que recuerde a las mujeres lo difícil que es ser una madre consciente. Hay una parte del hombre y de la mujer que permanece oculta para unos y para otras.

Sabemos que hay muchas excepciones a lo que acabo de decir, y muchos tipos de padres y de madres. Algunos padres son buenos tanto con los hijos como con las hijas; algunas madres no les piden a sus hijos o hijas que las salven, o que se conviertan en sustitutos de sus parejas.

Pero cuando un hijo es requerido demasiado pronto no puede salvar a su madre. No la hace más feliz, ni alivia su dolor. No reemplaza a su (incompetente) padre, de modo que el padre se avergüenza, pero el hijo se siente culpable por haber sido incapaz de lograrlo.

Existe una forma tradicional de diferenciar la vergüenza de la culpa: la vergüenza, se dice, es la sensación de ser una persona profundamente incompetente, y de que probablemente no se puede hacer nada al respecto. Culpa es la sensación que sobreviene cuando se ha hecho algo mal, pero que se puede remediar. Algunos hijos requeridos demasiado pronto alimentan tanto la vergüenza como la culpa.

Cuando tras matar a su propia madre era perseguido por las Mujeres Furiosas Invisibles, Orestes se arrancó un dedo y se lo lanzó; al ver esto, algunas de las Mujeres Furiosas Invisibles negras se volvieron blancas, y le dejaron tranquilo.

Una estrategia tradicional, pues, cuando nos sentimos demasiado culpables, es arrancarnos una parte del cuerpo y lanzarla hacia atrás. Un hombre con sentimiento de culpa puede decidir venirse abajo durante la

primera mitad de su vida. Ése es su castigo por no haber salvado a su madre. Algunos hombres abrazan una profesión que odian después de haberse arrancado la alegría, y sólo un 50 por ciento regresa a lo que le gusta. Un hombre puede casarse con «la mujer inadecuada» en medio de su culpa; otro se puede volver impotente. Otro se puede convertir en un seductor compulsivo, para seguir sintiéndose culpable por no satisfacer las auténticas necesidades emocionales de las mujeres. Algunos hombres que no consiguen salvar a sus madres se vuelven terapeutas, e intentan salvar a una mujer tras otra. Se arrancan el dedo de sus emociones, y se pasan el resto de sus vidas escuchando las emociones de los demás. Si el caballo de nuestra historia hubiese hecho eso, se hubiese arrancado una de sus propias patas.

No todos los hombres, pues, avanzan por las etapas de la iniciación a la misma velocidad que el discípulo de Juan de Hierro, quien rompió definitivamente con sus padres a temprana edad. ¿Y los hombres que son realmente desafortunados, el hombre que no ama a su madre o a su padre, el hombre que ha sido severamente golpeado, o humillado, o abandonado? El dolor de estos hombres es más intenso del que ninguno de nosotros pueda imaginar.

Semejante hombre se convierte en un superviviente insensible que vive en el Idaho de su mente con sus perros y una «AK-47».

El hombre superviviente sigue luchando en alguna pequeña isla del Pacífico años después de que haya acabado la guerra. Su belleza masculina no aflora a la superficie, y las rígidas fronteras, el enojado niño interior, el Rey muerto, los soldados autómatas interiores, llevan a su familia y a su mujer a la desesperación. Él mismo vive desesperado. Su madre no le protegió de su padre, piensa él, y su padre no le protegió de su madre. En ese estado, los dos hemisferios de su cerebro no se comunican entre sí. Puede volverse violento en quince segundos, ante un semáforo, y ello sólo le producirá mayor desesperación.

¿Cómo puede un hombre salir de este estado, que le lleva a golpear a otros países y otras personas obsesiva y destructivamente toda su vida? ¿Cómo pueden los hombres, amados o no, salir de esta condición de monótona agresividad? Ésta es una pregunta que tiene que hacerse toda nuestra nación tras el colapso de la Guerra Fría.

Nuestra historia dice que un hombre así necesita una madre masculina en este mundo o en el mundo eterno, a quien pueda llevar su caballo de tres patas, y de quien pueda recibir un caballo de cuatro patas.

## **El cuento: el festival de las manzanas de oro**

Pero volvamos a nuestra historia. El joven cuyos pasos estamos siguiendo, mucho más afortunado que la mayoría de nosotros, ha pasado por las cenizas, el jardín y la batalla. Marchó al campo de batalla con el caballo entero que le proporcionó el Hombre Primitivo. Devolvió su caballo de guerra al bosque y montado en su caballo renqueante volvió a casa, donde fue recibido con burlas por los mozos de cuadra. Pero él sabe lo que ha conseguido.

¿Por qué no acabar la historia aquí? Durante la batalla, el joven ha entrado jubiloso en el reino del conflicto, como si se tratase de su propio territorio. Los verdaderos guerreros son preciosos, tanto es así que cuando un hombre ha desarrollado su guerrero interior y exterior, siente la tentación de decir: «Basta ya.» El hombre que vive en los maravillosos opuestos del cerebro medio, en sus furias de ensueño, en sus secretas defensas de la pasión, en su intenso flujo sanguíneo, puede dar espíritu al mundo, proteger a la comunidad y sentirse él mismo apasionado.

Los hombres reciben el regalo del guerrero, ese enorme éxtasis del servicio, de mansiones de guerreros impersonales en lo alto del cielo genético; pero la vida nos exige otras cosas, además de la condición guerrera.



La habilidad para bailar, así como para pelear, prueba de una disposición entusiasta a permanecer en la tierra, no es tan apetecible cuando el hombre no ve sino enemigos en las demás personas y en las demás naciones, y cuando no puede relacionarse con los demás si no es por medio de la guerra. Hombres tan brillantes como Savonarola, San Ignacio de Loyola (que fundó la Orden de los Jesuítas), Carl Marx, el general Patton, Nietzsche e Ibsen se quedaron estancados en el modelo del guerrero.

El modelo del guerrero tiene también un lado envenenado o negativo. El lado torcido o envenenado del guerrero se traduce en brutalidad, pillaje, porfía o rendimiento incondicional, matanzas indiscriminadas, violación, traición de todos los valores humanos del Rey.

Los hombres fortalecidos por la energía del guerrero necesitan la habilidad para sacar partido del modelo del guerrero. Sabemos que la historia no puede acabar aquí porque aún no ha aparecido la liberación de la agresividad o el paso iniciático.

Volviendo a la historia, recordemos que la última sección acaba con la victoria sobre los enemigos del Rey. Suponemos que la princesa siente curiosidad por conocer la identidad de ese misterioso caballero que salvó el reino. Sabemos que sospecha que el ayudante del jardinero es alguien especial. Se le ocurre que la única manera de averiguar si el ayudante del jardinero es el misterioso caballero es invitar a todos los caballeros del reino a un festival organizado por la corte.

El Rey le dijo a su hija: «Voy a anunciar una gran fiesta que durará tres días, y tú lanzarás una manzana de oro. A lo mejor aparece el caballero misterioso.»

Se anunció la fiesta, y el joven volvió al bosque y llamó a Juan de Hierro.

«¿Qué necesitas?», preguntó.

«Quiero atrapar la manzana de oro que lanzará la princesa.»

«¡Dalo por hecho! —le dijo Juan de Hierro—. Te daré, además, una armadura roja y un poderoso caballo castaño.»

El joven llegó galopando al campo en el momento preciso y se mezcló entre los demás caballeros sin que nadie le reconociera. La princesa dio un paso hacia delante y arrojó una manzana de oro hacia el grupo de hombres; y fue él quien la cogió. Sin embargo, en cuanto la tuvo, se alejó al galope.

Al segundo día, Juan de Hierro le dio una armadura blanca y un caballo del mismo color. Esta vez también se hizo con la manzana; una vez más, partió al galope sin detenerse ni un instante.

Esto hizo enfadar al Rey, que dijo: «No toleraré ese comportamiento; tendría que acercarse a mí y decir su nombre.»

«Si vuelve a coger la manzana por tercera vez y se va —les dijo a sus hombres—, perseguídle. Es más: si se niega a volver, apresadle. Si hace falta, utilizad vuestras espadas.»

Al tercer día del festival, Juan de Hierro le dio al joven una armadura negra y un caballo del mismo color. Esa tarde, el joven volvió a coger la manzana. Pero esta vez, cuando huía con ella, los hombres del Rey le persiguieron, y uno de ellos se acercó lo bastante como para herirle en la pierna con la punta de su espada. El joven escapó; pero el caballo dio un salto tan poderoso que el yelmo del joven cayó al suelo y sus cabellos dorados quedaron al descubierto. Los hombres del Rey volvieron al castillo y le relataron todo lo ocurrido.

Tres temas o detalles de este pasaje llaman nuestra atención: el significado de las manzanas de oro, la curiosa naturaleza de este festival y la secuencia de tres colores de los caballos.

## **Las manzanas de oro**

Las manzanas de oro en este cuento, como en muchos otros cuentos, indican que los hechos tienen lugar en un espacio o tiempo especiales, conectados con lo ritual.

Paris tenía una manzana de oro que ofrecer, y recordemos que se le pidió que eligiera entre Hera, Atena y Afrodita. La manzana se asocia con la inmortalidad, y sabemos que a algunos jóvenes a punto de ser sacrificados en el ritual griego de Adonis se les daba una manzana de oro como pasaporte para el paraíso. En la Persia antigua, la palabra paraíso quería decir espacio amurallado, y los celtas imaginaban el paraíso como un huerto de manzanos en el Oeste, donde está la muerte. Esto tiene un correlato en todo tipo de detalles de la vida antigua en Europa. Por ejemplo, es una manzana la que se agita en la víspera de Todos los Santos, cuando los muertos regresan a este mundo. Los banquetes rituales solían empezar con el huevo del Este, y acabar con la manzana del Oeste. Hay otro detalle delicioso sobre la manzana: si se la corta transversalmente a las pepitas oscuras, se verá el pentágono sagrado con sus cinco puntas. Ése es el signo secreto de la Mujer Sagrada o Sofía. La manzana es la tierra; y el pentágono es su configuración secreta. Y Sofía es, en esos términos, el alma de la tierra.

Algo nos dice que la hija del Rey, la Mujer que Ama el Oro, ha elegido al muchacho para que sea el Rey Sagrado.

Es natural que nuestra historia se mueva ahora en un espacio ritual. Nótese que los caballeros no pelean durante este festival: la pelea tuvo lugar en la sección anterior. En el festival que manda organizar el Rey no se ven lanzas tumbando a hombres de sus monturas, armaduras atravesadas, espadas hundiéndose hasta los intestinos o cercenando brazos. Se exige un cambio en la forma de manifestación de la energía del guerrero. Se puede decir que, aquí, el joven aprende a sacar partido de la agresividad a través de la exhibición, la forma y el ritual. Los jóvenes exhiben su belleza al pasar en procesión, y la «suerte» determina quién se queda con la manzana.

## **El espacio del umbral**

El antropólogo Víctor Turner ha recuperado en las últimas décadas el concepto casi olvidado de espacio ritual. Los seres humanos entran y salen del espacio ritual a través de un umbral ceremonial, o «limen». Este espacio ritual también es conocido como espacio liminal. Antes de entrar en él, uno se somete a cierta preparación ritual; también hay que preparar el lugar físico para diferenciarlo. Dentro de ese lugar ceremonial, el tiempo y el espacio son distintos que en un lugar profano.

El cambio o la transformación sólo pueden operarse cuando un hombre o una mujer está en un espacio ritual. Al entrar, primero hay que atravesar un umbral mediante cierto tipo de ceremonia; después es preciso «caldear» el espacio mismo. El hombre o la mujer permanece dentro de este lugar caldeado (como en la danza ritual *suffi*) durante un tiempo relativamente breve, y luego regresa a la conciencia corriente, al desorden o a la abulia habituales.

La Iglesia católica recordó el espacio ritual en la misa latina, pero los protestantes lo dejaron caer en el olvido. Con escasas excepciones, el protestantismo extendió su desconocimiento del espacio ritual por todo el mundo. Perdido este concepto, es fácil cometer dos errores: no proporcionar ningún espacio ritual a nuestras vidas, y permanecer «insensibles»; o permanecer demasiado tiempo en él. Algunos fundamentalistas permanecen cuarenta años sin salir del espacio ritual... sin permitirse desorden humano alguno. Si una persona

no entra en ningún espacio ritual, siempre será barro blando; si se queda demasiado tiempo, acabará como una vasija agrietada, cocida en exceso, ennegrecida.

Dionisios, se dice, fundó el teatro griego. Sabemos que la labor de iniciación de Dionisios tuvo lugar en un espacio ritual exquisitamente conservado. La tragedia griega podría ser una transferencia de este espacio ritual a un acontecimiento público.

El espacio ritual tiene otras muchas características. Cuando estamos en él, la energía de nuestro deseo no se precipita hacia el clímax, adopte éste la forma de un orgasmo o la de una batalla; el placer sustituye la furia, y el giro de una frase o el giro de un símbolo sustituyen al giro de la espada.

A esto hay que añadir que en el espacio ritual, los hombres y las mujeres pueden entrar en contacto con el hombre desconocido o con la mujer desconocida que habita en ellos. El Rey y su hija instituyeron el festival porque —y éste es un detalle hermoso— querían saber quién era «el caballero misterioso».

En la India y en el Tíbet, el coito se realiza a veces dentro de un espacio ritual. Los maestros religiosos ayudan al hombre y a la mujer a establecer ese espacio caldeado en el que la pareja se une sexualmente, pero en el que ninguno de los dos alcanza el orgasmo. La relación sexual puede durar dos, tres o cuatro horas. Las ceremonias, algunas de ellas muy elaboradas, preparan el espacio. El varón lo prepara con conocimiento y utiliza su energía imaginativa para visualizar en detalle diversas diosas al mirar a los ojos a su pareja, y la mujer lo prepara con conocimiento y emplea su energía imaginativa para visualizar en detalle diversos dioses al mirar a los ojos a su pareja. Ambos cabalgan sobre sus instintos como si de un caballo se tratase; ese caballo les mantiene dentro del espacio ritual, aun cuando hasta ese momento sus instintos hayan disfrutado una vida plenamente orientada hacia sus objetivos.

Disfrutar del espacio ritual, pues, es un acto íntimo e imaginativo, y disfrutar de ese espacio se parece a estar encerrado en un tazón o en una canasta. Morris Berman ha señalado que, por lo general, la única evidencia de la cultura primitiva que se exhibe en los museos son cosas duras, como hachas y lanzas. Lo más probable, sin embargo, es que la cultura empiece con cosas «suaves» y dotadas de un vacío como canastas de caña.

El vacío interior de cada persona tiene su propia forma. En la vida corriente, intentamos satisfacer nuestros anhelos y llenar el vacío, pero en el espacio ritual, tanto el hombre como la mujer aprenden a experimentar el vacío o el anhelo, y no a llenarlo.

Semejante hombre puede estar en presencia de la inocencia sin sentirse impulsado a relacionarse sexualmente con ella, disfrutar de su furia sin expresarla, conocer las necesidades de su madre sin intentar satisfacerlas. Un guerrero puede disfrutar la belleza de esta sagrada condición guerrera sin involucrarse en la batalla.

En el festival, cada caballero se une a los otros en un desfile o exhibición en el que no hay violencia. Habiendo entrado en el espacio ritual, reduce su velocidad, confiere gracia a sus movimientos, se inclina ante el Rey y la Reina, no atraviesa ninguna frontera, no ofrece ninguna hostilidad, está allí para ser visto. Cabe decir que esta exhibición lleva a la princesa a lanzar la manzana... en el momento preciso.

Los biólogos creían que las garzas y los gansos creaban sus enigmáticas danzas rituales por razones de fertilidad o de supervivencia, que eran, en una palabra que empleamos para nosotros mismos, prácticos. Pero tras una exhaustiva observación de las garzas, los gansos, los venados, etc., los biólogos de nuestros días han llegado a la conclusión de que algunas danzas rituales no tienen ningún valor particular para la supervivencia; son sólo una exhibición. La exhibición incorpora belleza y expresividad, a menudo aderezados con una gracia

estrafalaria. Los seres humanos tienden a exhibirse frontalmente; subrayamos la belleza en el rostro, y el rostro se vuelve emocionalmente expresivo. Los venados, sin embargo, se exhiben por delante y por detrás: los venados de cola blanca exhiben su belleza en el área facial y en el área trasera con sus magníficas colas. Las danzas de las garzas, los contoneos de los pavos reales, las procesiones de los ciervos pueden considerarse exhibiciones artísticas o superficiales.

Se expresa el anhelo, la belleza, la alegría. Las energías atrapadas allí, contenidas en un momento formal, activan algo en los otros pájaros o animales que observan. De modo que las exhibiciones son danzas de activación. Los actos están hechos para ser vistos.

Nuestra cultura permite ciertas exhibiciones: el pavoneo del macho, el acto de recorrer la calle principal en ostentosos coches, se dan cuando el joven o la muchacha están en la etapa previa a la del guerrero o en la etapa del guerrero. Las pandillas son sumamente exhibicionistas. Todo esto forma parte del fuego de la adolescencia, pero no es de eso de lo que hablo aquí.

El espacio ritual aleja al joven del modelo del machista, de la batalla, de las fantasías de dominio. Blake llamó al grado más alto de la conciencia «creatividad constante» o «La resplandeciente ciudad del arte». La manzana de oro nos permite entrar en el paraíso de la forma. Los caballeros del festival se exhiben como expresión del amor por la forma y la belleza. Este tipo de exhibición está más cerca del arte que el pavoneo. Mediante el espacio ritual, se alejan de la guerra para acercarse a la comunidad.

Cuando un viejo guerrero celta, como Cuchulain, regresaba de la batalla, toda la comunidad tomaba parte en el ritual. A veces un grupo de mujeres, su madre entre ellas, se descubrían los pechos ante él para despertar compasión, y los hombres le colocaban, exaltado aún por el recalentamiento del cerebro medio, bajo tres chorros de agua, uno tras otro, para enfriarlo. El primer chorro de agua desaparecía al contacto, el segundo se evaporaba, etcétera. A los hombres que fueron a Vietnam les pedimos que se convirtiesen en soldados. Pero no ha habido ceremonias para poner de relieve la compasión, ni para reconocer el calor, ni para honrar una exaltación que había sido solicitada.

Los veteranos de Vietnam estarían hoy en mejor situación si a su regreso hubiésemos organizado festivales en cada pueblecito del país, si las jovencitas hubiesen lanzado manzanas de oro a su paso. El desfile hubiese honrado su regreso, y con las manzanas de oro se les hubiese incorporado a una ceremonia de miles de años de antigüedad.

Los comandantes de la era de Vietnam no tenían ningún ritual para ayudar a los veteranos al volver a casa. El Ejército les llevó en avión a Nueva York y les dejó tirados en la calle. Todos sabemos lo que ocurrió. El número de veteranos que se han suicidado desde que se acabó la guerra es mayor que el número de soldados muertos en ella. El muro negro de Washington es un intento de remediar el fracaso; también es un testimonio de la falta de imaginación del Ejército y de nuestro peligroso olvido de todo cuanto los hombres en el pasado sabían sobre este importante paso de la condición de guerrero a la de no guerrero.

Muchos adolescentes de nuestros días viven intensidades de guerra en las ciudades. Vemos a esos jóvenes fundidos por condenas a prisión o por miradas hostiles. No reciben nada, y cada año es mayor el número de adolescentes que se suicidan. Pronto necesitaremos un muro negro que evoque nuestros fracasos rituales con los adolescentes.

Recordamos que, tras la invasión del enemigo, el muchacho cabalgó en su caballo de tres patas hasta el lindero del bosque y lo cambió temporalmente por el caballo de guerra que Juan de Hierro le proporcionó. Aunque la historia no repite la imagen, suponemos que durante el festival, cada día cabalgó al bosque en su caballo renqueante. Tiene que ser así, porque, de lo contrario, hubiesen advertido la presencia de un caballo extraño en los establos.

Si en términos metafóricos el caballo de tres patas es su propio cuerpo con una pata avergonzada, el joven cambia otras tres veces su cuerpo por un caballo entero y experimenta lo que supone cabalgar a una exhibición sin sensación de vergüenza. La garza, el pavo real y el venado expresan ausencia de vergüenza en su viva y escandalosa exhibición. «El orgullo del pavo real es la gloria de Dios», dice Blake.

El hombre de nuestros días, en el supermercado, en el sótano de la iglesia o en el despacho del abogado, no tiene ningún Juan de Hierro de quien recibir un caballo de cuatro patas. Sabemos que el joven tiene que devolver el caballo prestado; sin embargo, la experiencia de habitar un cuerpo sin vergüenza le enseña lo que es el orgullo.

Suponemos que durante el intervalo entre la batalla y el festival, los guerreros interiores del muchacho se han vuelto lo bastante fuertes como para no tener que ocultarse en los rincones o en los almiarés, y poder aparecer en un acto público. El muchacho tiene capacidad para desfilar con otros hombres y reclamar, por decirlo así, el lanzamiento de la manzana.

Un buen amigo me contó una historia similar. El padre de este hombre abandonó avergonzado a su familia cuando su hijo tenía cinco años de edad, y el hijo se sintió también avergonzado durante años a raíz de este abandono. A los veinte años, el chico se fue a Japón y pasó diez años estudiando artes marciales con un mentor fuerte. Fue sólo después de estudiar este arte que pudo volver con su propia familia y ocupar su lugar. Para un hombre no tener un padre que le apoya es otra forma de decir «estar avergonzado». El apoyo, como el del muchacho de nuestro cuento, vino de un padre sustituto... el mentor oriental, en su historia. Un hombre puede participar del placer de la exhibición sólo cuando sus guerreros interiores se han hecho lo bastante fuertes.

Con esta fuerza también puede entrar en el placer de la forma. La ropa informe, el verso descuidado, la decoración caótica... todo esto está secretamente relacionado con la vergüenza. El Universo no siente vergüenza y se deleita con la forma. El sol que se eleva sobre el océano y que se oculta en el océano, las apariciones y los ocultamientos solitarios de la luna, las hojas que caen son sus manifestaciones. La poesía es una forma de exhibición. El pájaro poeta repite las vocales y las consonantes para desplegar su cola. La métrica y las sílabas pareadas se parecen a la cola de un pavo real. El poema es una danza ejecutada para algún ser del otro mundo.

*Qué dulce es cargar la línea con todas estas vocales:  
Cuerpo, Thomas, el salmo del bacalao.  
La alegría de la forma reside en la obra de su carácter juguetón.  
El sonido, contado y recontado, alimenta a alguien.*

El regocijo de la forma, pues, nos aleja de la vieja dualidad entre héroe y enemigo, entre bien y mal, entre adversario masculino y adversario femenino. Cuando un hombre o una mujer entra en el espacio ritual, realiza acciones concebidas para ser vistas, y el placer de la exhibición emplea energía que de otro modo se invertiría en conflictos. Los caballeros que desfilan ante el Rey esperando pacientemente recibir una «manzana de oro», son hermosos emblemas de la nueva etapa en la que el infinitivo ganar es sustituido por el infinitivo ser visto.

Nuestro festival, pues, ha tenido lugar en el espacio ritual. Ese espacio, caldeado por lo Femenino Sagrado y por el Rey, se calienta lo bastante como para permitir el cambio. La condición guerrera que no ha sido reprimida ni omitida puede tornarse en belleza, placer, exhibición y arte.

## Cabargar en los caballos rojo, blanco y negro

En el cuento se dice que Juan de Hierro le dio al muchacho un caballo, una silla de montar y una armadura de distinto color cada uno de los tres días sucesivos, y presentimos que este dato tiene un significado particular. Todo lo que podemos hacer es investigar los tres colores y sus asociaciones, y ver a dónde conducen.

Recordemos que la Reina de «Blancanieves» cosía un día junto a una ventana con marco de ébano mientras afuera nevaba; y cuando se pinchó el dedo, tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve. Entonces dijo: «Quiero un hijo blanco como la nieve, rojo como la sangre y negro como el marco de esta ventana.»

Cuando un héroe o una heroína de un cuento de hadas, se trate de un cuento ruso, alemán o finlandés, ve caer una gota de sangre roja de un cuervo negro en la nieve blanca, entra inmediatamente en un trance yoga. Ello sugiere el enorme poder que el rojo, el negro y el blanco tienen o tenían sobre la conciencia humana en la Edad Media.

Echaremos un breve vistazo al significado de estos colores en África y en Europa. En *Proceso Ritual y Un bosque de símbolos*, Víctor Turner ha reunido una gran cantidad de información sobre los tres colores en África. Gran parte del sistema religioso de la tribu Ndembu de Zambia, con la que Turner convivió muchos años, depende de las particularidades atribuidas a estos colores.

Para la tribu Ndembu, el rojo es la sangre del parto, la sangre menstrual y la sangre de una herida. Los ashanti lo asocian con más cosas: para ellos, el rojo simboliza la tierra roja y, por lo tanto, los cultos a la tierra; simboliza asimismo la guerra y la brujería, así como el sacrificio de hombres y bestias. Las asociaciones europeas son similares a las africanas. En su *Women's Encyclopedia of Myths and Secrets*, Margaret Walker llama al rojo el «hilo rojo-sangre de la vida». Los europeos también lo asocian con la furia: «Lo vio todo rojo.» El rojo sugiere la furia del toro. «Nunca agites una tela roja ante un toro.»

Para las tribus Ndembu y Ashanti, el blanco se asocia con el semen, la saliva, el agua, la leche, los lagos, los ríos, «la bendición del agua en movimiento», el mar y la condición sacerdotal. Dice Turner de los ndembu: «La blancura representa la inconsútil red de conexiones que idealmente incluiría tanto a los vivos como a los muertos. Es la relación justa entre las personas, sencillamente en tanto que seres humanos, y sus frutos son la salud, la fuerza y todas las cosas buenas. La risa "blanca", por ejemplo, que se manifiesta visiblemente en el brillo de los dientes, representa la camaradería y la buena compañía» (El proceso ritual). Por la asociación del blanco con el semen, el blanco sugiere el principio masculino, del mismo modo que el rojo sugiere el principio femenino. Sin embargo, la oposición no es sencilla, porque una gallina blanca significa vida y fertilidad, en oposición al gallo rojo, que significa muerte y brujería. Dice Turner «No existe una correlación clara entre los colores y los sexos. El simbolismo cromático no tiene un correlato consistente en el sexo, si bien la oposición entre rojo y blanco puede representar, en determinadas situaciones, la oposición de los sexos.»

Para los europeos, el blanco se vincula a la bendición y a la leche, y también sugiere algunas cualidades como el compañerismo y la fuerza. También evoca la pureza de los bebés y de las novias y, por extensión, las personas con altos propósitos morales, como el caballero blanco, que lucha por la pureza, la Virgen y el bien.

Para los ndembu, el negro es el carbón, el lodo del río y los frutos negros, y también el mal, el cadáver ennegrecido, el sufrimiento, el padecimiento de enfermedades, la falta de pureza, la noche y la oscuridad. Turner añade que el negro también se refiere «al concepto de muerte mística o ritual y al concepto relacionado de muerte de la pasión y de la hostilidad [...] Para los ndembu, «morir» significa a menudo alcanzar el final de una etapa particular de desarrollo «a través de la muerte de la madurez». El negro también significa muerte y

duelo para los europeos. Como también significa depresión: «Lo ve todo negro.» El negro sugiere, asimismo, el camino izquierdo: «Ella es una bruja negra» o «Él se dedica a la magia negra». Las asociaciones de los alquimistas europeos y egipcios en torno al color negro no difieren mucho de las de los africanos: el negro simboliza la materia prima («prima materia»), el plomo y el cuerpo de Osiris en el submundo.

## **La secuencia de la gran madre**

Si nos fijamos bien, los cuentos de hadas europeos insisten en estos tres colores al igual que los ndembu, y, en Europa, estos tres colores suelen aparecer en cierto orden. El orden o secuencia de colores más conocido es el que se menciona en «Blancanieves»: blanco, rojo, negro. Podemos llamar a este orden la secuencia de la Gran Madre. Blanco, rojo y negro también hace referencia a las tres fases de la luna: primero el blanco de la Virgen como Luna Nueva; luego el rojo de la Maternidad como Luna Llena, y finalmente, el negro de la Vieja como Luna Vieja.

Barbara Walker, en su libro sobre la Vieja, estudia exhaustivamente estas tres etapas y sus colores. Cabe decir que primero experimentamos la inocencia, luego el amor y la batalla, y por último la muerte, la destrucción y el conocimiento. Los viejos mitos vikingos dicen que cuando un ser humano muere, tres gallos cantan: primero el gallo blanco, luego el gallo rojo y finalmente el gallo negro. De modo que todos recorremos ese camino, y es un camino extenso. Es el camino de la Gran Madre: blanco, rojo, negro.

## **La secuencia de los alquimistas**

Los alquimistas egipcios o europeos tienen la misma secuencia de tres colores, pero empezando por el negro. Primero es el negro de la prima materia, el negro del plomo, el negro de la materia sin contacto con el espíritu o la consciencia. Quieren que el negro se intensifique. Los viejos textos dicen que «la bestia negra» debe manifestarse antes de que empiece nuestro crecimiento. «La bella y la bestia» habla de lo mismo.

En la segunda etapa, la bestia negra se blanquea, del mismo modo que se blanquea el horizonte antes del alba. El blanco simboliza aquí un proceso de purificación; el desarrollo de la imaginación, el espíritu y el humor. «Pero en este estado de "blancura" uno no vive en el sentido literal de la palabra; es una especie de estado abstracto e ideal. Para cobrar vida, debe tener "sangre", debe tener lo que los alquimistas llamaban el rubedo, la "rojez de la vida"» (Jung).

La tercera etapa de los alquimistas es el rojo del sol naciente. Con él aparece el sulfuro, la llama, la pasión.

Éste es el camino de los hombres y las mujeres que quieren ver incrementada su personalidad, llenarse de espíritu, de conocimiento oculto, de los que quieren que el plomo espiritual se convierta en oro espiritual. Recorremos el camino de plomo y oro al mismo tiempo que recorremos el camino de la vida y la muerte.

## **La secuencia masculina**

Nuestro cuento recuerda el tercer camino. Si la secuencia de la Gran Madre señala los misterios femeninos de la vida y la muerte, y la secuencia alquimista señala una secuencia neutra, buena tanto para hombres como para mujeres, podemos decir que la secuencia de Juan de Hierro señala los misterios masculinos del hecho de ser herido y de la maduración. Este camino empieza con el rojo. Su secuencia es rojo, blanco y negro.

Si la joven empieza con el blanco de la inocencia o el blanco del vestido de confirmación, el muchacho empieza con el rojo. El rojo es el color de Marte. Los ancianos iniciadores Gisu y Masai, en África, conducen a los jóvenes «morán» directamente al rojo: a los jóvenes se les anima a estallar, a pelear, a perder los estribos, a meterse en problemas; y en el plano de las emociones se les alienta a expresar el orgullo, a ser arrogantes, antisociales, pendentieros, a hacerse amigos de la ira. Las chicas, por su parte, les incitan a pelear. Un anciano guía a cada joven, de forma que las peleas no les produzcan lesiones. El joven puede permanecer en la etapa roja durante diez o quince años. Durante ese tiempo, las mujeres se acuestan con ellos, pero nunca se casarían con semejante hombre porque aún está inacabado; no tiene respeto, dicen los ancianos, está demasiado rojo.

Cuando un joven está rojo, manifiesta su cólera, le grita a la gente, se enciende como una cerilla, se pone rojo de ira, lucha por lo que es suyo, deja de ser pasivo, es un halcón rojo, es feroz. Por supuesto nadie se fía de un hombre rojo.

Un gran cuento ruso llamado «El príncipe Iván y el pájaro de fuego» relata de forma vivida el inicio del rojo. Un guerrero joven que cabalga, ve de pronto, en el lecho del bosque, una pluma «caída del pecho ardiente del gran pájaro de fuego». En términos metafóricos, es una pluma roja.

Su caballo le aconseja no recogerla porque, si lo hace, le traerá problemas. No obstante, el joven la recoge. Puesto que la pluma ha caído del pecho del pájaro de fuego, sabemos que está vinculada al corazón: quema, es feroz. Llama al hombre como llama una vocación o una iniciación.

En la Edad Media se daba mucha importancia a la secuencia de Juan de Hierro, y este movimiento del Caballero Rojo al Caballero Blanco, y de éste al Caballero Negro, se ve claramente en las aventuras de Parsifal. Cuando Parsifal deja la casa materna, donde no había hombres adultos, es un tonto torpe e ingenuo. Poco después mata al Caballero Rojo y coge su armadura, convirtiéndose él mismo en el Caballero Rojo. ¡Cuántos malentendidos provoca; cuánta violencia y arrogancia destila; cuánto comportamiento antisocial se permite durante su etapa de Caballero Rojo! Pero sin el rojo no hay blanco.

En nuestros días intentamos llevar a los jóvenes, mediante una educación preceptiva, directamente de la niñez a la etapa del Caballero Blanco.

Y se puede decir que, a veces, una madre quiere que su hijo sea blanco cuando ya está en la etapa del rojo. (A la inversa, un hombre de edad madura puede querer que su mujer sea blanca —y respetable— cuando ya ha entrado en la etapa del rojo.)

El primer día, el Hombre Primitivo de nuestra historia le da al joven un caballo rojo. Al segundo día le da un caballo blanco. ¿Qué podemos decir del blanco?

Un caballero blanco reluce y resplandece. A menudo nos burlamos de ello, pero un caballero blanco también está comprometido. Lucha por el bien, y ya no es inopinadamente antisocial. Ralph Nader es un caballero blanco en tanto que se enfrenta al mundo de las corporaciones.

Cuando se enfrentó al dragón, San Jorge cabalgaba en un caballo blanco, y llevaba armadura blanca. Contemplado desde un ángulo positivo, podemos decir que cuando un hombre entra en el blanco puede establecer una relación con el dragón. Ello no implica matar al dragón. Sabemos que los cruzados, que conocieron el mito de san Jorge y el dragón en Palestina, lo distorsionaron al volver a casa. En algunas versiones antiguas, el dragón se transforma en una mujer, o entrega un tesoro. En los mitos antiguos, el dragón no encarna el mal. Es una energía oscura, un poco regresiva tal vez, pero su hambre es vieja y comprensible.



Un típico héroe celta traba relación con un dragón, lanzándole hogazas de pan a la boca. Por supuesto, tiene que lanzarlas con tino. Por tanto, es lícito decir que el blanco se asocia con cierta habilidad y con cierta precisión.

En nuestra cultura, el caballero blanco suele ser inaguantable porque no ha pasado por la etapa del rojo.

Los caballeros blancos de nuestra cultura apoyan la Guerra Fría y proyectan un rojo negativo sobre los indios americanos, sobre los rojos comunistas, sobre las mujeres primitivas o sobre los negros. Un hombre que no ha pasado por la etapa del rojo, es un caballero blanco estancado, que por lo general crea una guerra falsa contra algún dragón concreto, como la Pobreza o las Drogas. El debate entre Bush y Dukakis fue el triste debate de dos caballeros blancos estancados. Semejantes debates son extraordinariamente aburridos.

En el momento en que recogió la pluma del pájaro de fuego, el joven jinete ruso ya estaba en camino, bien lo sabía el caballo, del negro.

En nuestro cuento, al tercer día Juan de Hierro le da al joven un caballo negro con montura negra, riendas negras y armadura negra. Cabalga en su caballo negro cuando hace su decisivo descenso hacia la herida, que recibe de «los hombres del Rey».

Cuanto más envejece Rembrandt, más se oscurecen los contornos de sus pinturas. Si se disponen en orden las últimas fotos de Lincoln, se le ve oscurecerse. En la etapa del negro, los hombres por lo general superan la vergüenza. Una madre entró una vez en la Casa Blanca y despertó a Lincoln a las cinco de la mañana, diciendo que su hijo había sido enviado en tren a Washington, que no había dormido, que le habían encargado la guardia al llegar, que se había quedado dormido y que esa mañana, a las ocho, iba a ser ejecutado. Si Lincoln hubiese estado en la etapa del rojo, hubiese gritado a los guardias: «¿Quién dejó entrar a esta mujer? ¡Echadla de aquí!» Si hubiese estado en la etapa del blanco, hubiese dicho: «Señora, todos tenemos que obedecer las reglas. Su hijo no obedeció las reglas, y lo siento tanto como usted, pero no puedo intervenir.» No dijo nada de esto. Dijo: «Bien, supongo que el que le ejecuten no le servirá de mucho», y firmó un pedazo de papel. El negro también está asociado al sentido del humor.

Aun si no sacamos ninguna otra enseñanza de la historia de Juan de Hierro, podemos sacar provecho de la idea de que el joven varón pasa de la intensidad roja al compromiso blanco, y de éste a la humanidad negra. Todos recibimos tres caballos, que montamos en diversos momentos de nuestra vida; nos caemos y volvemos a montarnos.

No creo que debamos considerar un caballo mejor que los otros; lo único que podemos decir es que no hay que omitir ninguno. Necesitamos tres habilidades, porque cada caballo tiene su propio modo de andar; cada caballo respinga ante distintas cosas, responde de modo distinto al jinete.

Los profesores y los padres nos suelen aconsejar que pasemos por alto el caballo rojo. Algunos hombres no pasaron por la etapa roja en la adolescencia. Éstos tendrán que volver al rojo más tarde, aprender a acalorarse, y a ser detestables a los cuarenta.

Los pastores eclesiásticos se descubren a menudo confinados por fuerza al blanco porque pasaron por alto el rojo, y sus congregaciones no les permiten volver. Por consiguiente, tampoco pueden pasar al negro. Los políticos tienen que parecer blancos, sin que se sepa cuál es su verdadero color. Sin duda, Anuar el-Sadat llegó al negro en prisión; tal vez habría que encarcelar a más políticos. También les vendría bien a los poetas.

El proceso de transición de una persona a la etapa del negro equivale a la recuperación de la materia oscura, que durante años ha sido proyectada sobre las caras de hombres y mujeres malos, comunistas, brujas y tiranos. Se podría hablar de recuperar y comerse la oscuridad.

Robert Frost se comió gran parte de su oscuridad, que ciertamente forma parte de su grandeza. Escribió sobre la oscuridad de su matrimonio. Una pareja de esposos atraviesa el bosque en un carro tirado por un solo caballo. De pronto, un hombre sale de entre los árboles y apuñala al caballo hasta el corazón. La pareja, dice Frost, era «el par más indudable que jamás haya aceptado el destino».

*Supusimos que el hombre  
o alguien a quien obedecía  
quería que nos apeásemos  
e hiciésemos el resto del camino a pie.*

Un hombre que pasa a la etapa del negro, pues, tiene que «hacer el resto del camino a pie». Toma mucho tiempo llegar al negro. ¿Cuántos años pasan antes de que un hombre descubra las partes oscuras de sí mismo, que apartó de sí? Cuando encuentra esas partes, y las recupera, los demás empiezan a confiar en él.

Cuando está en condiciones de montar el caballo negro, el mismo caballo le lleva al lugar en el que le hirieron los hombres del Rey. En ese instante, su pelo de oro cae sobre sus hombros para que todos sepan quién es... pero todavía no hemos llegado a esa parte del cuento.

## VIII. LA HERIDA INFLIGIDA POR LOS HOMBRES DEL REY

Nos hemos dejado un detalle importante en la parte del festival y de la manzana de oro: la herida que el muchacho acaba de recibir en la pierna. Esa tarde, el joven volvió a coger la manzana. Pero esta vez, cuando huía con ella, los hombres del Rey le persiguieron, y uno de ellos se acercó lo bastante como para herirle en la pierna con la punta de su espada. El joven escapó; pero el caballo dio un salto tan poderoso que el yelmo del joven cayó al suelo y su cabello dorado quedó al descubierto. Los hombres del Rey volvieron al castillo y le relataron todo lo ocurrido. Todos sentimos algo misterioso e importante en torno de esta pierna herida. Representa algo que recordamos a medias.

### Una herida en los genitales

Con Freud fresco en nuestras mentes, lo primero que suponemos es que, probablemente, haya una herida sexual oculta en todo esto. Siempre cabe la posibilidad de que pierna sea un eufemismo por genitales. Sabemos que el Rey Pescador, el más famoso de los heridos artúricos, había recibido cierto tipo de herida genital. Parsifal, en la versión de (Chretien de Troyes, le hace una pregunta al respecto a su prima, y ésta le responde:

*«Buen Señor, le puedo asegurar que es un Rey, pero fue herido y mutilado en una batalla, de modo que no se puede mover. Una lanza le produjo una herida entre los muslos. Su dolor es aún tan grande que no puede montar a caballo, pero cuando desea distraerse, se hace colocar en un bote y sale de pesca con un anzuelo; por ello le llaman el "Rey Pescador".»*

Algunos críticos sugieren que tiene un trozo de hierro alojado en los testículos. En los cuentos de hadas, el hierro se asocia por lo general con la reclusión de los hombres. La sexualidad del Rey Pescador está, pues, de algún modo, cautiva, o lastimada por el hierro. Pero nadie sabe con certeza qué quiere decir «sexualmente herido». Es posible que hacia el siglo xi, la actitud hostil de los romanos hacia el sexo hubiese alcanzado ya territorio celta. El Rey Pescador ya no podía «montar a caballo»..., la vieja vulgaridad sexual había sido apartada, relegada.

Puesto que nuestra historia es, presumiblemente, precristiana, no sabría decir si el dolor constante del Rey Pescador guarda alguna relación con esta historia. La narración no asocia la ansiedad con el funcionamiento sexual. Creo que la explicación de la herida se encuentra en otro lugar; es decir, es una herida de pierna, más que en una herida de «muslo».

### Una herida que incapacita

No hay nada como una herida en la cabeza, en el hombro o en el pecho para concentrar nuestra atención en la cabeza, el hombro o el pecho. La nueva herida hace que el joven concentre su atención en su muslo. Conforme el cuento se desarrollaba, el joven ha ido estableciendo una relación cada vez más estrecha con los tesoros del submundo —sus cenizas, sus hombres armados, sus caballos— y, ahora, el muchacho es enviado, por decirlo así, a la mitad inferior de su propio cuerpo.

Hay una herida viva en «El agua de la vida», otro cuento de los hermanos Grimm. En un intento por recuperar «el agua de la vida» para salvar a su padre enfermo, un joven pasa por una sucesión de laboriosas pruebas. Una princesa le revela el lugar de la fuente, al tiempo que le advierte que debe extraer el agua antes de

que den las doce. El joven logra hacerse con el agua. «Justo cuando pasaba bajo el portón de hierro, el reloj dio las doce y la puerta se cerró con tal fuerza que le arrancó un trozo de talón.» Otra pierna herida cerca del final del evento... y suponemos que le hace ir más lento.

Una pierna herida afecta la locomoción. Es como si la primera herida, la del dedo, le hubiese acelerado, mientras que ésta le hace ir más lento, mucho más lento. La antigua tradición dice que el sentimiento está asociado a la lentitud. Tal vez esta herida intensifique su sensibilidad.

Jacob, rápido y escurridizo, lo bastante astuto como para engañar a Esaú, es llamado a luchar contra Dios, y durante ese enfrentamiento desigual, sufre una dislocación en la pierna, después de la cual camina cojeando. Una tradición antigua dice que Jesús cojeaba, leyenda que Robert Graves evoca en Rey Jesús.

Podríamos hablar aquí de descarga a tierra, en el sentido en que un hilo de cobre penetra en la tierra por sí mismo. ¿Nos permite una pierna herida establecer mejor contacto con la tierra? Los tobillos unidos de Edipo parecieran haberle dado una pobre conexión durante su infancia. Después de perder la vista camina con lentitud, guiado en la Arboleda Sagrada por sus hijas. Su conexión con la tierra es tan buena que, al morir, el suelo se abre y se lo traga.

También Hefestos cojeaba. En tiempos antiguos, la gente creía que los herreros poseían una magia peligrosa y única porque se atrevían a fundir el metal, y parece ser que algunas tribus lisiaban deliberadamente a sus herreros para impedir que se fuesen a otras tribus. Semejante herrero está conectado a tierra, del mismo modo en que conectamos a tierra a un joven si vuelve muy tarde a casa.

Algunas tradiciones antiguas dicen que ningún hombre se hace adulto hasta abrirse al mundo espiritual, y que semejante disponibilidad se alcanza mediante la herida en el lugar adecuado, en el momento adecuado, en la compañía adecuada. La herida da cabida al alma. James Hillman, refiriéndose a Hans Castorp en La montaña mágica y a la mancha de tuberculosis en los pulmones de Castorp, dice: «El vasto reino de lo espiritual entra a través del pequeño agujero de su herida.»

La gente demasiado sana, demasiado resuelta a hacer jogging, demasiado atlética, puede valerse de su salud para impedir la entrada de lo espiritual. Para no dejar ninguna puerta abierta. Mediante la perfección de la victoria alcanzan la salud, pero el alma entra por el agujero de la derrota.

Rumi, el poeta persa, resume hermosamente todo esto en su poema sobre la cabra coja.

***Has visto una manada de cabras  
descendiendo al agua.***

*La cabra coja y soñadora  
va a la zaga.*

*Son rostros preocupados por aquél,  
pero, oh, ahora ríen, porque, mira,  
al volver, jesa cabra es la primera!*

***Hay muchas formas distintas de saber.  
La de la cabra coja es una rama  
que se remonta a las raíces de la Presencia.  
Aprende de esa cabra coja  
y guía a la manada de vuelta a casa***

**de Mathawi. III, 114-1127**

## La herida de jabalí que mata a Adonis

El detalle de la pierna herida tiene una lectura completamente distinta a la luz de las heridas rituales de Adonis y Attis. Sir James Frazer consigna en *La rama dorada*, especialmente en la parte titulada Adonis, Attis, Osiris, los resultados de sus investigaciones en este campo. En las culturas del Mediterráneo y de Mesopotamia como la de Cybele, la de Inanna, la de Venus y la de Isis, al Niño-Que-Sería-Herido se le consideraba al mismo tiempo amante e hijo de la Gran Madre.

Es más fácil entender el doble rol del muchacho si tomamos en cuenta que en aquellos tiempos toda la vegetación —las flores, la hierba, el trigo, las uvas, la lechuga— se consideraba masculina. Puesto que decimos «Madre Tierra», nosotros, cuando pensamos en ello, asumimos que la vegetación es femenina. Para ellos era masculina.

La tierra vive todo el año; las hojas se marchitan. La tierra vive eternamente; el «mundo vegetal», muere. Como la tierra, la Gran Madre vive año tras año, pero la vegetación verde muere con el calor del verano y vuelve a morir con el frío del invierno. Para que el mundo humano y el mundo natural se moviesen en armonía, los sistemas religiosos de aquellas culturas dispusieron el sacrificio de un joven el 21 de junio y el 21 de diciembre. El muchacho, una especie de ser mágico, crecía y era podado. Por simpatía, la gente cultivaba flores en tiestos poco profundos llamados «Jardines de Adonis». Estos jardines eran tiestos de flores efímeras, como la lechuga y el hinojo, que crecen rápidamente y, como Ad de Vries señala en su *Dictionary of Symbols and Imagery*, «se las cuidaba durante ocho días y luego se las dejaba marchitar, para lanzarlas al mar con la imagen de Adonis [...] los jardines estaban a menudo en los techos». «Los jardines de Adonis sólo duran un día», decía una vieja tonadilla.

*Time, like an ever-rolling stream,  
Bears all its sons away.*

El joven, elegido y sacrificado ritualmente, recibía en ciertas áreas el nombre de Adonis, Attis en otras, Jacinto en algunas partes de Grecia y Tammuz en Mesopotamia. Era un joven iniciado; no tenía ninguna fuente de energía comparable a la de la Gran Madre y moría, mientras que ella vivía.

Robert Graves tiene mucho que decir acerca de este ritual, pero no estoy de acuerdo con él en que se trataba de una gran conspiración de las sacerdotisas de la Gran Madre para humillar y sacrificar a los hombres. El ritual lo preparaban y llevaban a cabo tanto hombres como mujeres, en su anhelo religioso de que «lo que está abajo sea igual que lo que está arriba». Y no hay por qué considerarlo como parte de una guerra entre hombres y mujeres.

Hemos olvidado estos hechos. Los sacrificios han caído en el olvido, pero los historiadores de esta época, apoyados en miles de referencias de textos antiguos, coinciden en que la herida mortal era infligida por un jabalí. El jabalí, con su colmillo en forma de medialuna, hirió a Adonis en el área genital, y esa herida resultó fatal.

Es probable que en la más remota antigüedad griega, el templo organizara una caza del jabalí. El jabalí surge directamente de la naturaleza, y en la cara, en los colmillos, en las poderosas patas y en los movimientos impredecibles, lleva el terror de fuerzas impetuosas de la naturaleza, como las inundaciones, las erupciones, las cascadas y los vientos. Su colmillo es una hermosa curva como una ola a punto de romper, la luna nueva o la guadaña del segador.

Las historias de jóvenes heridos por jabalíes tienen miles de años de antigüedad. Sabemos que esos cuentos se remontan al estrato de cultura europea organizado en torno al cerdo salvaje y al cerdo domesticado.

El cerdo fue el primer animal domesticado, y a la cultura del cerdo siguió la cultura de la oveja y, para algunos, la cultura del ganado vacuno. Los mitos se reescribían cada vez que cambiaba el animal simbólico.

John Layard, que pasó muchos años viviendo en la cultura medieval de Malekula, descubrió para su sorpresa que ésta seguía totalmente impregnada de la cultura del cerdo y el jabalí por la que los europeos habían pasado siglos atrás. Los malekula expresaban todas sus ideas simbólicas y religiosas mediante la vida y los hábitos de los cerdos y, cabe decir, experimentaban toda su trascendencia a través del jabalí. En Grecia, el jabalí actúa, pues, como animal sagrado.

Así es como describe Ovidio el ataque sobre Adonis:

*Pero el joven cazador  
desdeñó semejantes advertencias y, un día, ocurrió,  
siguiendo sus huellas, los sabuesos despertaron al jabalí,  
y al emprender la huida, Adonis le hirió  
oblicuamente, y el jabalí se volvió y, sacudiéndose  
la lanza del costado, embistió al cazador,  
que tuvo miedo, y corrió, y cayó, y el colmillo se hundió  
en la ingle, y el joven quedó tendido, agonizando,  
en la arena amarilla.*

## **de Las Metamorfosis, Libro 10**

Los eruditos creen que en la Grecia tardía, una sacerdotisa o un sacerdote, con una máscara de jabalí y una guadaña de segador, hacía el corte ritual en la barriga o en los genitales del muchacho, y que éste se desangraba hasta morir. Parece ser, también, que el joven recibía una manzana de oro antes del ritual para que pudiera ser admitido en el paraíso, que estaba en el Oeste.

El sacrificio puede resultar chocante sólo a quienes no hayan leído la abundante literatura sobre este tema. Margaret Walker, cuyo trabajo es serio y digno de crédito, dice acerca de Adonis en su *Encyclopedia of Women's Myths and Secrets*:

Adonis: versión griega del Adonai semítico, «El Señor», dios-salvador castrado y sacrificado cuyo amor-muerte le unió a Afrodita. Asherah o Mari. En Jerusalén, su nombre era Tammuz...

Otra forma del mismo dios era Anchises, castrado: «corneado en la ingle» por el sacerdote con máscara de jabalí de Afrodita. Su falo arrancado se convirtió en su «hijo», el dios fálico Príapo, identificado con Eros en Grecia [...] Castrar al dios se comparó con el acto de segar el grano, que Adonis encarna.

Recuérdese que «Abraham» detuvo el sacrificio de «Isaac», práctica que, presumimos, llevaba siglos en vigor. En tiempos de Abraham, Palestina vivía en la cultura de la oveja, de modo que en su lugar se introdujo el carnero.

Gran parte de esta área permanece en la oscuridad, y muy poca gente habla de ello. Pero sabemos que en un momento determinado, distinto en cada una de las culturas estudiadas, la herida del jabalí deja de ser fatal.

## **La herida del jabalí que ya no mata**

Bruno Bettelheim realizó un estudio detallado de los rituales de iniciación aborigen y reunió algunos de

sus hallazgos en Heridas simbólicas. Según Bettelheim, los aborígenes dicen que la Gran Madre instituyó ciertos ritos pertenecientes a la iniciación masculina. Aparentemente, los hombres los asumieron más tarde.

Cuando los ancianos toman posesión de un ritual, se mantienen fieles a lo más esencial de la ceremonia, pero el sentido de la misma cambia. Si la vieja forma, a su entender, debilitaba a los varones, la nueva puede fortalecerles. Con este modelo en mente, no es difícil imaginar que los ancianos iniciadores de Grecia tomaran posesión del ritual del jabalí y lo alteraran con vistas a acabar con el sacrificio de los jóvenes varones.

De hecho, la Odisea anuncia la llegada de ese momento. La aventura del niño Odiseo con un jabalí que narra Hornero, debió ser importante en aquella época. Odiseo, se cuenta en la historia, había salido a cazar un jabalí «con su abuelo», lo que sugiere que el ritual estaba ya en manos de los ancianos. Homero cuenta la historia en el decimonoveno libro de la Odisea, y Robert Fitzgerald lo expresa de esta forma:

*Pisadas de patas de sabuesos, de pies de hombres, despertaron al jabalí  
al acercarse... y desde su guarida en el bosque  
con el lomo erizado y los ojos iracundos,  
corrió y se encontró acorralado. Odiseo,  
que se hallaba encima de él, pudo dar el primer golpe  
en la embestida; pero el jabalí  
ya se había abalanzado bajo la larga lanza.  
Clavó oblicuamente un colmillo blanco y desgarró  
la carne debajo de la rodilla, sin quebrar el hueso.  
La segunda estocada de Odiseo dio en el blanco por fortuna,  
su brillante lanza atravesando la cerviz,  
y la bestia cayó gimiendo mientras la vida lo abandonaba.*

Se puede decir que en aquel tiempo había dos hombres: aquellos a los que el jabalí mataba, y aquellos a los que el jabalí sólo hería. Hay hombres que no sobreviven a un encuentro con el lado negativo de la Gran Madre, y otros que sí. Cuando la batalla tiene lugar bajo la férula de los ancianos —los abuelos—, el ataque del jabalí sólo deja una cicatriz. El joven vive y, de viejo, es astuto y sabio como Odiseo.

El ritual del jabalí empezó como la matanza de un joven sin iniciar, y se convirtió en una ceremonia que señalaba una última y decisiva etapa en la experiencia del hombre iniciado. La alteración nos recuerda la metamorfosis que sufrió Osiris en la religión egipcia, que contribuyó a la estabilidad de Egipto. Considerado en un principio hijo de Isis, con el tiempo se convirtió en su «hermano» y «esposo».

Odiseo, como ha señalado James Hillman, no es un héroe con una sola cara, al igual que tantos héroes griegos que llamean y se apagan como las flores efímeras. En Odiseo nos sorprende su fuerza de carácter masculino: honra a su padre y es muy cariñoso con su hijo. En términos mitológicos, Odiseo encarna al joven aventurero, el «puer», y al anciano juicioso, el «senex».

Cuando los romanos tradujeron la Odisea, le dieron a Odiseo el nombre de Ulises, que para algunos es la fusión de oulas, herida e ischea, muslo. El nombre de Ulises, por consiguiente, significaría literalmente herida de muslo. Recibe la herida y sobrevive. Los romanos deben de haber considerado muy importante este detalle de la vida de Odiseo.

Más adelante, en el libro vigésimo cuarto de la Odisea, se relata una maravillosa escena en la que Odiseo regresa secretamente a Ítaca y se esconde en el corral de los cerdos (otra vez cerdos). Su vieja nodriza baña al viajero, y al ver la herida en el muslo, descubre pronto quién es. El nuevo tipo de hombre puede ser reconocido por la cicatriz en su muslo.

Ocurre algo fuera de lo común, pues, cuando los hombres del Rey hieren al joven en la pierna. Ahora podemos hacer una distinción entre la herida del jabalí que envía al joven al paraíso y la herida del jabalí que le deja con una cicatriz en el muslo. Si tenemos esa cicatriz, nuestra «vieja nodriza» nos puede reconocer. Los demás pueden saber quién somos, pero nuestra propia visión es también, en apariencia, más clara.

Es probable que en «Juan de Hierro» estemos ante una herida iniciática, quizás una herida infligida por ancianos iniciadores en alguna época del pasado. Podemos especular sobre la posibilidad de que los mentores le hicieran al joven una herida en el muslo en algún momento tardío de la iniciación. Odiseo, como ya se mencionó, tiene la cicatriz de una herida similar, y sabemos que él fue iniciado; por ejemplo, es «el decimotercero» de su cuadrilla en visitar a Circe.

¿Qué es una cicatriz? Los nativos americanos tienen una magnífica tradición en torno a las cicatrices, a las que Lame Deer alude en su autobiografía. He oído contar la tradición de la siguiente manera: «Al morir, vas donde la Vieja Bruja, y ésta se come tus cicatrices. Si no tienes cicatrices, se comerá tus ojos y serás ciego en el próximo mundo.» Esta historia transcurre demasiado aprisa, pero defiende, sin lugar a dudas, el valor de las cicatrices.

Si no tenemos cicatrices, llegamos ciegos al siguiente mundo, pero tal vez el hombre sin cicatrices sea también ciego en el mundo de la imaginación. Odiseo demuestra que su cicatriz le ayuda a ver, porque, al pasar de una isla misteriosa a otra, los hombres que le acompañan mueren aplastados por rocas o devorados por los cíclopes, o son convertidos en cerdos (¡otra vez cerdos!) por Circe; él ve algo que el resto no ve, y sobrevive a estos peligros, aunque corre grandes riesgos.

Me parece, pues, que la herida que los hombres del Rey infligen al joven no es necesariamente una herida sexual; y que es más que una simple lesión. Alude a un ritual iniciático ya olvidado, llevado a cabo por ancianos. Aparentemente, la herida de la pierna, cuando se producía en un ritual o en el espacio del umbral, fortalecía a los jóvenes. Veamos qué tipo de fuerza puede ser ésta.

## **La herida como útero masculino**

Dionisios, recuérdese, nació del muslo de Zeus. Puesto que el destino de Dionisios era el de ser «Un hombre con dos madres», 1 rayo de Zeus le separó del útero de Semele. Una versión dice que Hermes salvó al nonato, y que le cosió al muslo de Zeus. La listona está llena de pensamiento mágico, pero destaca la abertura en el muslo de Zeus. En otra versión se dice que el mismo Zeus e hizo la abertura en el muslo para proporcionarle un útero a Dionisios.

Este tipo de pensamiento tiene miles de años de antigüedad, André Leroi-Gourhan, que pasó años estudiando las enigmáticas unturas de las cuevas de la Dordoña, concluyó que la famosa escena del mamut herido, el chamán en trance y la vara con cabeza le pájaro era un estudio de «la herida». Se sabe por fuentes liberianas que el chamán ha de ser necesariamente una mujer herida, y que Cristo recibió la herida de una lanza en su flanco izquierdo antes de morir.

Leroi-Gourhan especula con la posibilidad de que los pintores de la Dordoña emplearan un lenguaje visual cuyas «palabras» visuales fuesen múltiples. Por ejemplo, una lanza, dibujada, es también un falo, de modo que una herida representada es también una vulva. En el arte de la Dordoña, pues, recibir una herida de ana lanza equivale a tener una vulva o recibir un útero.

Shakespeare, con su asombroso genio, entendió muy bien el paralelo. Su primer poema largo fue «Venus y Adonis», que aborda frontalmente esta vieja historia mediterránea de sacrificio masculino. Shakespeare presenta a Venus como una mujer madura y apasionada, y a Adonis como un muchacho joven,



ardiente e inexperto. Incitado por ella, hacen el amor, pero los lectores que conocen la mitología clásica saben que se avecina una cacería de jabalí. El jabalí ataca a Adonis y, de algún modo, convierte su muslo en el de una mujer. Es así como lo expresa Shakespeare:

*...Es verdad, es verdad; así sucumbió Adonis.  
Corrió con su aguda lanza sobre  
el jabalí, que no afilaba sus defensas  
contra él, sino que quería desarmarle con un  
beso, y, acomodándole en su quijada el  
amoroso puerco le hundió inopinadamente  
el colmillo en su tierno costado...*

Shakespeare llama nuestra atención sobre una cosa extraña: es como si el jabalí fuese al joven lo que un hombre es a una mujer. De hecho, el jabalí abre un conducto sexual; crea una funda; el joven recibe una abertura masculina:

*le hundió inopinadamente  
el colmillo en su tierno costado.*

El pasaje resulta asombroso: alude a un conocimiento secreto. La unión de funda y herida se consigue mediante contactos mejor cuanto más ligeros, mediante el sorprendente genio de Shakespeare, capaz de invertir por completo una imagen.

El jabalí «amante» se parece al cuchillo de Zeus, o al de Hermes; abre una herida en el muslo de Adonis semejante al útero creado en el muslo de Zeus. Y no olvidemos la asociación de Dionisios con esta misma herida.

## **La herida como compromiso de un hombre con el dios del dolor**

Dionisios es el dios griego que más se asocia con las heridas y con el hecho de ser herido. Los Titanes, dice el mito, le dieron a Dionisios un espejo cuando era niño, y luego, cuando estaba distraído, lo arrancaron y se lo comieron. Como ya dijimos antes, fue reconstruido a partir del corazón sin que los Titanes lo supieran. Algunos de los demás dioses griegos, Apolo y Zeus, por ejemplo, simbolizan la entereza, la brillantez y la integridad solar; pero Dionisios simboliza el éxtasis que puede alcanzarse por el hecho de desgarrar y ser desgarrado. El vino únicamente fermenta cuando el racimo de uvas es arrancado, pisado, encerrado.

Dionisios es la parra de uva que las manos arrancaban y lanzaban a la tina en los pueblos griegos. Se sabe que al pisar las uvas, los hombres y las mujeres cantaban: «Oh, Dionisios, no lo sabía, no lo sabía.» Con la llegada a Grecia de la cultura del ganado, la gente del pueblo mataba ritualmente un toro en primavera, y comía la carne cruda repitiendo la palabra «Dionisios» una y otra vez. La filosofía ética busca lo apolíneo, lo moral, lo perfecto. El pagano busca el desgarramiento y el éxtasis.

En los últimos años de su vida, W. B. Yeats escribió un poema en el que un obispo católico que busca la ausencia de pecado y una descocada gitana llamada Jane la Loca protagonizan una discusión. Yeats le hace decir al obispo:

*«Quizá pueda ser tiesa y altiva  
la mujer que el amor se propone;  
mas el amor ha alzado su mansión  
en el lugar del excremento;  
pues nada puede ser solo o completo  
que antes no fuera dividido.»*

Estos versos expresan hermosamente la exaltación pagana y dionisiaca de la condición de desgarrar y ser desgarrado; y la diminuta explosión que tiene lugar en la cabeza durante los últimos cuatro versos es un testimonio de la grandeza de Yeats, pero también de la fuerza de esta antigua idea pagana.

Creo que se ha dicho ya todo lo posible acerca de la herida en la pierna. Concluimos que unos jóvenes del pasado, presumiblemente aquellos que los ancianos guiaban, se parecían cada vez más al césped y menos a las flores primaverales. No morían al ser heridos, pero recibían una herida y sobrevivían con una cicatriz, la Odisea, que recuerda todo lo que los hombres y las mujeres han aprendido acerca del Gran Padre y de la Gran Madre durante cien mil años, es un anuncio de la presencia de este tipo de hombre en el mundo.

Más aún: la herida en la pierna que los hombres del Rey infligieron ha creado, según la fantasía que los seres humanos vienen arrastrando durante siglos, un útero en el interior del cuerpo masculino. Nadie llega a la madurez sin una herida en el corazón. Y el joven de nuestra historia no podía ser Rey sin la herida.

La antigua tradición dice que las mujeres tienen dos corazones: uno en el pecho y otro en el útero. Son seres de doble corazón.

Los ancianos iniciadores, pues, hacen del joven, a través de la herida infligida en el espacio ritual, un hombre de doble corazón. Ahora el hombre tiene el corazón material que siempre había tenido, pero también un corazón compasivo. Tiene un corazón doble. Veremos en la historia cómo se da esto.

### **El cuento: pedir la mano de la novia**

A la mañana siguiente, la hija del Rey preguntó al jardinero por su ayudante. «Está trabajando en el jardín. Ese extraño joven estuvo en el festival, y no ha vuelto hasta ayer por la noche. Les mostró a mis hijos, de paso, tres manzanas de oro que había ganado.»

El Rey mandó a llamar al joven, y éste apareció con el sombrero de nuevo en la cabeza. Sin embargo, la princesa se acercó a él y se lo quitó, y su pelo dorado cayó sobre sus hombros; su belleza era tan grande que todos se quedaron admirados.

Dijo el Rey: «¿Eres tú el caballero que apareció cada día en el festival con un caballo de distinto color, el que cogió las tres manzanas de oro?»

«Soy yo —dijo él—, y aquí están las manzanas.» Extrayéndolas de su bolsillo, se las entregó al Rey. «Si necesitáis más evidencias, podéis ver la herida que me infligieron vuestros hombres cuando me perseguían. También soy el caballero que ayudó a vencer al enemigo.»

«Si podéis llevar a cabo acciones de esa magnitud, obviamente no sois ayudante de jardinero. Quién es vuestro padre, si se puede saber.»

«Mi padre es un Rey poderoso, y tengo oro en abundancia, más del que jamás pueda necesitar.»

«Está claro —dijo el Rey—, que estoy en deuda con vos. Podéis pedirme lo que queráis. Si está en mi poder, os lo daré.»

«Bien —dijo el joven—, os pido vuestra hija como esposa.»

Entonces, la princesa se rió y dijo: «Me gusta cómo no se anda por las ramas; ya sabía, por su pelo de oro, que no era ningún ayudante de jardinero.» Se acercó a él y le besó.

El joven al que el Rey ha mandado llamar sabe que ha llegado el momento del pelo de oro. Su pelo de oro cayó sobre sus hombros al ser herido, y ahora vuelve a caer en presencia del Rey. No hay razón para que no sea así, porque ha llegado el momento sagrado. Ocurra lo que ocurra en ese momento, está bien.

El joven ha insistido repetidas veces en cubrirse la cabeza, siguiendo el principio: si eres joven, oculta tu oro. Recordamos que regaló las monedas de oro; renunció al reconocimiento público tras su victoria sobre los enemigos del Rey; rechazó el conocimiento público cada vez que cogió una manzana de oro. ¿Por qué ahora sí puede mostrar su cabellera de oro, enseñar las manzanas de oro, aceptar su recompensa por salvar el reino?

Es legítimo pensar asimismo en una conexión con lo femenino. La andadura del joven por una senda exclusivamente masculina ha terminado. El Hombre Primitivo, que es un dios de la naturaleza, ha orientado la iniciación del muchacho. Las enseñanzas de Juan de Hierro no aspiraban al separatismo masculino, ni a ningún tipo de separatismo, y pronto veremos hasta qué punto y de cuántas formas distintas la evolución de nuestra historia implica asociación con el principio femenino. En la naturaleza, el yin y el yang se amalgaman en todas partes; la naturaleza es inconcebible sin la incesante amalgama de receptividad e iniciativa, curiosamente entremezclada en todas las conchas de caracol y en todos los robles, en todos los tigres, en todas las montañas y en todas las abejas.

En los cuentos, el tiempo transcurre más rápido que en la vida real, en la que en estos momentos el hombre tiene unos cincuenta años o más. Algunas flores ya se han abierto; los salmones de oro ya han puesto sus huevos; el joven de nuestro cuento ha recibido en su descenso una base lo bastante firme como para volver a entrar en contacto con cierta creatividad que le hubiese asustado unos años atrás.

En los cuentos de hadas se dice que, al nacer, todos traemos con nosotros ciertos anillos o husos o recuerdos de gloria que nos aseguran un lado grandioso o trascendente. Pero la vida en familia nos arrebató rápidamente esa seguridad; y cada uno de nosotros pasa por una etapa de vergüenza o de privación. Durante este tiempo, los hombres y las mujeres se suman en la depresión, no son capaces de producir pensamientos de oro, se dejan pisotear por los caballos, han perdido por entero su autoestima. Su corona está guardada bajo llave, encerrada en un baúl, perdida en el sótano o ha sido robada por ladrones, ha desaparecido. «Ay, somos los hombres huecos.»

Pero, con suerte, el puente se ha reconstruido durante esta etapa. Quién tiene los planos, quién es el arquitecto, quién hace los ladrillos o las vigas de acero; nadie lo sabe con certeza y, en cualquier caso, es distinto en cada caso. Pero finalmente, a los cincuenta y cinco años de edad, volvemos a sentir un anillo de oro en el dedo.

La mayor parte de los sistemas psicológicos rechazan la más mínima expresión de grandeza masculina. Cualquier mención de grandeza es una exageración, y todas las coronas han de permanecer en el polvo. Nuestra historia propone desde el principio un punto de vista distinto. Sostiene que la autoestima humana es una materia delicada que no debe ser desechada como grandiosidad infantil. Nuestra «grandeza reflejada», como la llama Heinz Kohut, no debe ser inflada ni aplastada, sino cuidadosamente honrada. Si rechazamos por completo la «grandeza reflejada» de un hombre o una mujer, él o ella se quedarán lisiados y serán candidatos a todo tipo de invasiones por parte de la mente grupal.

Dice Kabir:

*En el interior del jarrón de arcilla hay cañones y montañas de pinos.  
Todos los hacedores de cañones y montañas de pinos.  
Los siete océanos están dentro, y cientos de miles de estrellas.*

El joven de nuestra historia se ha hecho amigo del Hombre Primitivo y ha recibido un sorbo de esa agua luminosa. No ha perdido su vínculo con el Rey. El Guerrero le ha ofrecido una copa. Hermes le ha dado un sorbo de vez en cuando.

Toda esta reconstrucción del puente, toda esta exaltación del gran yo, toda esta distribución de las aguas que calman la sed, se ha llevado a cabo en nuestro cuento bajo la dirección del Hombre Primitivo. Tal vez ya ha llegado la hora de preguntarnos: «¿Quién es este Hombre Primitivo?»

## **El hombre primitivo y sus cualidades**

La relación del hombre occidental con el Hombre Primitivo fue alterada o interrumpida hace muchos años, y, desde entonces, se ha generado mucho miedo. «Todo ángel es peligroso», dice Rilke, de modo que cierta dosis de miedo es conveniente. Pero no es bueno no saber nada.

En lugar de salir al exterior a buscar al Hombre Primitivo, debiéramos echar un vistazo a las huellas que permanecen en nuestro interior. Una huella del Hombre Primitivo es la espontaneidad que conservamos de la niñez. No importa en cuántas reuniones familiares hemos participado, a cuántas reuniones de comité hemos asistido, pequeños y extraños movimientos de los hombros y extraños gritos nos esperan en nuestro interior. Cuando asistimos a una conversación aburrida, en lugar de decir algo aburrido podríamos pegar un grito. Nunca se puede predecir lo que saldrá; una vez fuera, debemos librarlo a la interpretación de los demás, sin disculpas ni explicaciones. Los pequeños bailes son útiles en medio de una discusión, como lo son los haiku totalmente incomprensibles recitados en voz alta en una iglesia o en unos grandes almacenes. La dureza y el sarcasmo pueden ser salvajes, pero lo inesperado no lo es.

Cuando el Hombre Primitivo ha sido conservado en el interior, el hombre siente también una simpatía genuina hacia la condición salvaje en la Naturaleza. Una mujer de Concord describió a Emerson, Hawthorne y Thoreau patinando sobre hielo. Emerson se inclinaba hacia delante, ofreciendo el pecho al viento, Hawthorne esquiaba como una estatua enormemente calma y Thoreau daba pequeños saltos y hacía piruetas constantemente. Gerard Manley Hopkins escribió:

*¿Qué sería el mundo, privado  
de la humedad y de lo salvaje? Dejad que permanezcan,  
dejad que permanezcan, la humedad y lo salvaje;  
larga vida a los hierbajos y lo salvaje.*

Dijo Thoreau: «En literatura, sólo lo salvaje nos atrae.» Es el Hombre Primitivo quien protege al Búho Moteado. El Hombre Primitivo es el protector masculino de la tierra.

Creo que estamos empezando a recordar al Hombre Primitivo —y las mujeres empiezan a recordar a la Mujer Primitiva y a otras vigorizantes— porque hombres y mujeres necesitan, hoy más que nunca, proteger la tierra, sus criaturas, las aguas, el aire, las montañas, los árboles, la condición salvaje. Más aún: cuando desarrollamos el Hombre Primitivo interior, éste sigue la pista de los animales salvajes que habitan en nuestro interior y nos advierte cuando están en peligro de extinción. El Ser Primitivo que hay en ti es aquel que está dispuesto a dejar su vida laboral y a acudir a la llamada.

*Las fuertes hojas del saúco,  
agitándose al viento, nos invitan a desaparecer  
en la inmensidad del Universo,  
donde nos sentaremos al pie de una planta  
y viviremos eternamente, como el polvo.*

Podemos decir también que el Hombre Primitivo representa el lado positivo de la sexualidad masculina. El pelo que cubre la totalidad de su cuerpo es natural como el de un venado o un mamut. La vergüenza no le ha obligado a afeitarse, y sus instintos no han sido suprimidos lo bastante como para producir la ira que humilla a las mujeres. La sexualidad del Hombre Primitivo no se nutre de lo femenino o de retratos de lo femenino; resuena también en las colinas, las nubes y el océano. El nativo americano tiene mucho Hombre Primitivo en su interior, lo que se manifiesta en el amor por las cosas comunes. Lame Deer menciona una y otra vez que el indio experimenta lo divino en un trozo de piel de animal, en la niebla, en el vapor o en los hechos cotidianos. Una mujer chippewa escribió este poema:

*A veces siento piedad por mí misma,  
y siempre  
soy arrastrada por fuertes vientos por el cielo.*

El Hombre Primitivo es la puerta hacia la condición salvaje de la naturaleza, pero también podríamos decir que el Hombre Primitivo es en sí mismo la naturaleza. Lo mismo se puede decir de la Mujer Primitiva. Hermes, Apolo y la Virgen pueden estar por encima de la naturaleza, pero el Hombre Primitivo es la naturaleza.

El Hombre Primitivo simboliza la confianza en lo que hay debajo. El Hombre Primitivo alienta la confianza en la parte inferior de nuestro cuerpo, en nuestros genitales, en nuestras piernas y en nuestros tobillos, en nuestras incompetencias, en las «suelas» de nuestros pies, en los ancestros animales, en la tierra misma, en los tesoros de la tierra, en los muertos hace largo tiempo encerrados allí, en la inquebrantable riqueza a la que descendemos. «El agua prefiere lugares inferiores», dice el Tao Te-King, que es un auténtico libro del Hombre Primitivo.

La toma de conciencia de lo que está debajo nos anima a seguir nuestros propios deseos, que sabemos no están restringidos al deseo sexual, y que incluyen el deseo de lo infinito, de la Mujer al Filo del Mundo, del Pájaro de Fuego, del tesoro en el fondo del mar, deseos enteramente superficiales. James Hillman se refiere a este párrafo de William James como unas grandes palabras sobre el deseo:

La principal diferencia entre el hombre y las bestias estriba en el exuberante exceso de las propensiones subjetivas del primero. Su preeminencia sobre éstos descansa simple y llanamente en el número y en el carácter fantástico e innecesario de sus deseos físicos, morales, estéticos e intelectuales. Si su vida entera no hubiese girado en torno de la búsqueda de lo superfluo, nunca se hubiese establecido tan inexpugnablemente en lo necesario. Y de la conciencia de esto debería aprender que sus deseos merecen confianza, que aun cuando su gratificación parezca lejana, el desasosiego que ocasionan es, así y todo, la mejor guía de su vida y le conducirán a cuestiones que están más allá de sus actuales poderes de cálculo. Quitadle sus extravagancias, serenadle y acabaréis con él.

### **De la voluntad de creer**

Necesitamos construir un cuerpo, no un cuerpo atlético sino un cuerpo activo y emocional lo bastante fuerte como para contener nuestros propios deseos superfluos. El Hombre Primitivo sólo puede acceder a la plenitud de la vida interior cuando el hombre ha pasado por las serias disciplinas de la recepción de la primera herida, el trabajo de cocina y de cenizas, la creación de un jardín, la ofrenda de flores silvestres a la Mujer Sagrada, la experiencia del guerrero, la cabalgata en los caballos rojo, blanco y negro, el aprendizaje del arte y la adquisición del segundo corazón.

El Hombre Primitivo no cobra vida cuando somos «naturales», nos dejamos arrastrar por la corriente, fumamos marihuana y no leemos nada. El éxtasis significa vivir al alcance del alto voltaje de los regalos de oro.

El éxtasis llega después de la meditación, después de la disciplina autoimpuesta, después del dolor.

*Soy feliz de seguir hasta su origen  
cada hecho de acción o pensamiento;  
¡hacer balance y perdonármelo todo!  
cuando alguien como yo renuncia al remordimiento  
fluye tal dulzura en el pecho  
que debemos reír y debemos cantar,  
pues todo nos bendice  
y todo cuanto miramos es bendito.*

**de «Diálogo del Yo y el Alma», de W. B. Yeats**

Así pues, a través de sus disciplinas, el Hombre Primitivo prepara un cuerpo emocional capaz de recibir dolor, éxtasis y espíritu. Prepara la materia. Sofía descendió de los Eones superiores a este planeta, dice la historia, y quedó atrapada en la materia. Por tanto, podemos encontrar a Sofía en cualquier trozo de corteza y en cualquier piedra o pluma. El Hombre Primitivo es un amigo de Sofía. «Todo el que es tranquilo y sensible está loco», dice Rumi.

Por último, la energía del Hombre Primitivo es la que tiene conciencia de una herida. Su rostro, que vemos en tallas medievales, y su cuerpo, que vemos en la pequeña estatua de basalto del 4000 antes de Cristo, contiene dolor, conoce el dolor, comparte el dolor con la naturaleza. El duro superviviente que hay en nosotros sobrevivió a la madurez. Pero el Hombre Primitivo guía el camino de regreso que, en algún momento de la edad adulta, tenemos que emprender al lugar del abuso y del abandono infantiles. En ciertos casos, el Hombre Primitivo nos conduce a ese dolor con más precisión que nuestro niño interior, precisamente porque no es un niño. Puesto que no es un niño, conoce historias y nos puede ayudar a descender al sufrimiento personal, y a salir de él.

Las cualidades del Hombre Primitivo, entre ellas el amor a la espontaneidad, la asociación con lo primitivo, la honra del dolor y el respeto por el riesgo, asustan a mucha gente. Algunos varones, tan pronto reciben los primeros impulsos hacia el riesgo y reconocen su vinculación con lo que hemos dado en llamar el Hombre Primitivo, se asustan, anulan su parte primitiva y recomiendan timidez y comportamiento colectivo a los demás. Algunos de estos hombres acaban siendo directores de escuela, sociólogos, empresarios, pastores protestantes, burócratas, terapeutas; otros se vuelven poetas y artistas.

Pero si un hombre no desciende a la cocina, no conocerá las cenizas. Algunos hombres están abiertos a las cenizas y son tan distintos como Richard Pryor, John Cassavetes, James Baldwin, Reshad Field, C. Everett Koop, Woody Allen, el Jimmy Carter reciente, César Chávez, etc. Todos recomiendan el sendero que entraña intensidad, conciencia de la herida, del impulso y de la posibilidad de una caída.

Los rusos están ahora asumiendo las cenizas de una industria incompetente, de las granjas colectivas, las mentiras, la paranoia estalinista, el machismo militar, los gulags, la locura leninista, etcétera, y por ello merecen nuestro respeto; quizá porque dominan las cenizas, tienen ideas.

Es triste que en los Estados Unidos nos sigamos negando tercamente a recoger las cenizas que hemos creado en las últimas cuatro décadas. Nuestra política agrícola es cenizas, nuestras escuelas son cenizas, el tratamiento de los negros es todo cenizas, el déficit de la balanza comercial es cenizas, la política medioambiental es cenizas, la pobreza de las mujeres y los niños es cenizas.

Cuando empieza el descenso en una persona o en una nación, experimentamos una caída, un resbalón consensuado de la respetabilidad y la obediencia al vientre oscuro de la ballena, Sin blanca en París y Londres, un viaje al fondo, sintiendo el peso del coche sobre nuestros hombros.

Para los lectores de poesía, Blake y Yeats son los maestros del camino del Hombre Primitivo. Blake toma a su dios Ore, que vive en llamas, por su imagen; Yeats toma a Cuchulain como imagen del Hombre Primitivo, y a las dos grandes mujeres, Emer y Jane la Loca, como imágenes de la Mujer Primitiva.

Cuchulain y Jane la Loca no aceptan la vida corriente; prefieren la intensidad, aunque entrañe el riesgo al fracaso o la demencia; la prefieren a la «vida ecuánime prometida al buen sirviente». Jane la Loca y Cuchulain son los que corren riesgos, los que prefieren ir al Infierno, si en él hay vida, que vivir cómodamente en el Cielo.

La meta no es ser el Hombre Primitivo, sino estar en contacto con el Hombre Primitivo. Ningún griego en sus cabales hubiese dicho «Quiero ser Zeus», pero en la cultura americana, pasada y presente, encontramos gente que quiere ser el Hombre Primitivo: escritores tan inteligentes como Kerouac no consiguen distinguir entre ser y estar en contacto con. La pretensión de ser el Hombre Primitivo acaba en la muerte temprana, y en la confusión para todos.

## **La comunidad en el interior de la psique**

El Hombre Primitivo forma parte de una compañía o una comunidad en el interior de la psique de un hombre, y sería tan absurdo concentrarse únicamente en él como concentrarse únicamente en el Guerrero. Así como el varón de nuestra historia existe como compañero de la energía femenina, a veces siguiendo su iniciativa, a veces no, el Hombre Primitivo vive en complicados intercambios con los demás seres de nuestra historia interior. Una comunidad entera de seres es lo que se llama un hombre adulto.

Por lo pronto, veo a siete de esos seres. En este libro hemos hablado en detalle del ser al que llamamos el Rey y también hemos dedicado nuestra atención al Guerrero. Una de las figuras más importantes de la psique masculina es el Amante, y hemos hablado de él cuando nos referíamos al jardín. Por supuesto, el Hombre Primitivo pone en movimiento la historia. Aquí hablaré brevemente de los tres seres que aún no hemos mencionado.

Al quinto ser le llamaremos el Embustero. Fue un erudito americano, Paul Radin, el que lo describió en detalle en su libro *The Tockster* [El embustero], inspirado en el ciclo del embustero de Winnebago. Parece haber más energía embustera acumulada en suelo norteamericano que en ninguna otra latitud. Los nativos americanos han inventado atroces historias de coyotes, y Toro Sentado fue un heyoka toda su vida. El confidente de Melville recoge todos los hombres del siglo XIX en quienes era aconsejable no confiar.

El Embustero no se deja «arrastrar por la corriente»; en cuanto percibe en qué dirección fluye, la invierte, de modo que la mayor carga energética continúe en movimiento. Quien haya visto el cómic americano Cary Oates ha visto al Embustero en una forma maravillosamente pura. La elegancia de Hermes de la que hemos hablado aquí, como el contacto que se establece entre la Princesa y el joven mediante la refracción de la luz solar, pertenecen al Embustero. Shakespeare siempre contrapone el clown o bufón a la figura del Rey; le gusta esa pareja de opuestos. En *El rey Lear*, escrito en la madurez, honra al Embustero más que en cualquier otra obra anterior. Cuando el rey Lear, hacia el final de la obra, encuentra una cabaña en la tormenta, le dice al bufón: «Entra tu primero.»

Al sexto ser le llamaré el Mitólogo o el Cocinero. Él sabe cuánto tiempo debe prolongarse la cocción, y cómo pasar de una etapa a otra. Robert Moore, que ha escrito cosas interesantes acerca de este ser, le llama el

Brujo o el Mago. En el nivel más alto es un chamán. Está vinculado a energías del mundo invisible, y por esa razón se puede decir que también los matemáticos son magos.

A veces, aun cuando el cuerpo emocional del hombre haya quedado severamente dañado en la infancia, el Mago o el Cocinero sobrevive. Esa energía intelectual pura, no tan perjudicada como la emocional, es consciente de lo que ocurre y aflora para conservar la cordura. Tal vez el sabio aflorar del Mago es la forma en que nace el hombre ingenuo. Así pues, el Mitólogo, el Cocinero o el Mago representa una gran bendición. Invisible, se mueve detrás del telón de nuestra historia, enviando al joven al jardín, por ejemplo, diga lo que diga el Rey.

Al séptimo ser le llamo el Hombre Afligido. Creo que en los hombres hay una figura especial que les guía en el descenso a uno de sus grandes poderes: el poder de afligirse. En los hombres hay un sufrimiento que no tiene explicación. Lo que sentimos en Bach, en Rembrandt, en Goya, en Hornero. No digo que las mujeres no sientan dolor; pero el de un hombre tiene un tono particular. Sin embargo, en nuestra cultura, los hombres apenas tienen derecho a afligirse.

*Yo nací un día  
que Dios estuvo enfermo.*

**CÉSAR VALLEJO**

*Es hermoso sentir los latidos del corazón,  
pero a menudo la sombra parece más real que el cuerpo.  
El samurai se ve insignificante  
sin su armadura de escamas de dragón negro.*

de «Después de una muerte», de Thomas Tranströmer

*¿Cómo puedo vivir sin ti?  
Ven a mí, amada,  
Sal del río, o yo  
Iré hacia ti.*

**de «A la Musa», de James Wright**

Conforme un hombre envejece, se permite descender con mayor frecuencia.

*Vivimos anhelando el descenso.  
Ahora la tierra sabe cuándo es el momento de caer.*

La comunidad de siete seres que acabamos de citar forma una estructura que podríamos describir como un apuntalamiento cristalino del agua espiritual. En nuestros días, los veinte o treinta metros superiores de agua del alma masculina están, como todos sabemos, muy turbios. De modo que muchos de los papeles de los que los hombres han dependido durante siglos se han disuelto o han desaparecido. Ya nadie quiere que los varones realicen ciertas actividades, como la caza o la piratería. La Revolución Industrial ha separado al hombre de la naturaleza y de su familia. Los únicos trabajos que puede realizar son propensos a dañar la tierra y la atmósfera; en general, no sabe si sentirse o no avergonzado de ser un hombre.

Y, sin embargo, la estructura en el fondo de la psique masculina sigue siendo tan firme como hace veinte mil años. Sólo que un hombre de nuestros días recibe escasa ayuda para acceder a ella.



Esta estructura subyacente está compuesta por la mezcla de las viejas energías familiares, las siete figuras o seres o poderes luminosos. Tiene que desarrollar las otras.

Sabemos que, hoy por hoy, las aguas del alma femenina también están muy agitadas, Y creo que la estructura de la psique de la mujer implica también una compleja mezcla de seres. Algunos de éstos son comunes al hombre y a la mujer; otros son privativos.

Los profesores y los terapeutas suelen tener un Cocinero o Mago fuertes. Pero si un profesor no ha desarrollado al Hombre Primitivo o a la Mujer Primitiva, corre el riesgo de convertirse en ese extraño ser al que llamamos «académico», cuyo amor a las normas es admirable en todo sentido, pero que de algún modo filtra la condición primitiva de Thoreau, Emily Dickinson o D. H. Lawrence en sus clases. No todos los profesores lo hacen, gracias a Dios, pero las universidades amparan a muchos de ellos.

Si un terapeuta no se sumerge en busca del Hombre Primitivo o de la Mujer Primitiva, intentará curar con palabras. La energía curativa acumulada en las cascadas, los árboles, la arcilla, los caballos, los perros, los puercos espines, las llamas y las nutrias pertenece al dominio de la Gente Primitiva. Los terapeutas lo habrán entendido cuando insisten en hacer terapia con una vaca en la consulta.

Sin el Hombre Primitivo, el Hombre Afligido puede perderse en el laberinto de la infancia. Como Coleridge, el Hombre Afligido puede enamorarse de las metáforas y los símbolos, y no establecer ninguna conexión con las montañas, las rocas y las flores de las que hablaba y se nutría Wordsworth.

Cuando un hombre hereda la gran energía del guerrero pero no incorpora al Hombre Primitivo o a la Mujer Primitiva, puede sacrificar otras vidas pero no saber sacrificar la suya. Puede luchar por la Estatua pero no por el Cosmos, en palabras de John Weir Perry.

Cuando el Hombre Primitivo no es la parte fuerte del Embustero, éste puede llegar a invertir todos los flujos de la corriente y acabar por no tener ninguno propio. Sabemos lo que no es, pero ignoramos su profundidad. Por así decir, lanza flechas desde detrás de un árbol sin presentar un blanco.

Si un Amante carece de Hombre Primitivo, es posible que no dé suficientes flores silvestres. Es posible que ame sólo de puertas adentro, que sea demasiado respetable, que carezca de lo que Yeats llamaba «locura», la disposición a perder casa o tierra por una mujer. Encolerizada con él, Grania le clavó a Diarmud un cuchillo en el muslo, que éste no se extrajo. El hecho de no extraerse el cuchillo del muslo fue una expresión poco convencional de su amor, que acabó por convencer a Grania.

Un Rey sin suficiente Hombre Primitivo será un rey para los seres humanos, pero los animales, el océano y los árboles no tendrán representación en su corte. Lo mismo puede decirse del presidente Truman. Y Reagan, recuérdese, dijo: «Si has visto un secoya, los has visto todos.»

Los obispos y los Papas han carecido, tradicionalmente, de Hombre Primitivo: se toman en serio la doctrina de la Iglesia pero no la ecología de la tierra.

## **El cuento: El banquete de bodas**

Hemos llegado ya a la última parte de nuestro cuento, en el que lo masculino y lo femenino acaban por unirse. También están presentes los padres legítimos. Es una ceremonia de boda, interrumpida por un extraño acontecimiento.

A la boda asistieron los padres del joven; estaban muy contentos, porque ya habían perdido toda

esperanza de volver a ver a su amado hijo.

Estando sentados todos a la mesa de los esponsales, de pronto cesó la música, las enormes puertas se abrieron de par en par y entró un espléndido monarca, seguido de un gran séquito.

Se acercó al joven novio y le abrazó. Dijo el invitado: «Soy Juan de Hierro, a quien con un encantamiento habían convertido en un Hombre Primitivo. Me has liberado del encantamiento. Todos los tesoros que poseo serán tuyos de ahora en adelante.»

Al volver la vista atrás, descubrimos que el Hombre Primitivo ha ido ascendiendo lentamente, peldaño a peldaño, en consonancia con el lento descenso del muchacho.

En una versión sueca de esta historia, el personaje principal, el iniciador, es en realidad un animal llamado «el animal horrible». Huye, le da caballos al joven, etcétera. Cuando llega el momento de la boda, aparece, pero se arrastra debajo de la mesa a la que están sentados los novios y, desde allí, le dice al joven qué tiene que hacer. En el momento oportuno, el novio toca al «animal horrible» con una espada oxidada, y el animal se transforma en un rey que hacía mucho faltaba en la región. Colocar al animal debajo de la mesa es una maravillosa variación del tema: el despreciado y humilde es honrado, el ser aparentemente primitivo se convierte en un rey.

Nos hemos habituado a ver al Hombre Primitivo como un ser húmedo, arcaico, ignorante, peludo, y de pronto es un ser vinculado con el intelecto sagrado y la luz solar... es un Rey.

La energía oculta por el agua y la oscuridad, tumbada boca arriba entre los juncos, se convierte en un poder luminoso. En nuestra presencia, los portales del vestíbulo de la boda se abren, y un espléndido rey entra con su propio cortejo.

Al leer esta última escena, nos preguntamos algo perplejos: «¿De quién era esta historia?» Suponíamos que era la historia del joven; pero, más bien, parece la historia del Hombre Primitivo. Y hay algo que ignorábamos. Una fuerza invisible ha dado a la sofisticada energía de este ser una forma primitiva, como si le hubiese enjaulado.

Nuestra labor, pues, como hombres y como mujeres, no consiste únicamente en liberarnos de las jaulas familiares y de los sistemas impuestos por la mentalidad colectiva, sino en liberar, también, a los seres trascendentales del encierro y el trance. Eso es lo que al final nos transmite la historia.

Creo que hemos dicho ya todo lo necesario acerca del Hombre Primitivo. A algunas personas les molesta la sola mención de la expresión «Hombre Primitivo». Es algo incendiaria, y la verdad es que a mí tampoco me acaba de gustar. La primera vez que se oye, promete demasiado. Es más: me asustan los libros prácticos sobre el Hombre Primitivo. «Comí un mollete de salvado y me encontré al Hombre Primitivo.» «Estuve pensando en términos mitológicos durante diez minutos y el Hombre Primitivo entró de un salto por la ventana.»

Necesitamos rodear al Hombre Primitivo y a la Mujer Primitiva de delicadeza, rozarlos apenas con la punta del ala de nuestra mente. Sería desastroso lanzar una red sobre ellos, o tranquilizarlos habiéndoles en su media lengua y luego llevárnoslos a nuestro zoológico privado.

En la vida cotidiana, un mentor puede guiar a un joven a través de diversas disciplinas, ayudándolo a hacerse hombre; y esto, a la vez, se asocia, no con el físico culturismo, sino con la construcción de un cuerpo emocional capaz de contener más de un tipo de éxtasis.

Sabemos, además, que esta iniciación no se da una sola vez. Se da una y otra vez. Un aborigen australiano dijo algo al respecto: «Hace cuarenta años que vengo haciendo este trabajo de iniciación con jóvenes, y creo que yo mismo me estoy empezando a beneficiar.»

El camino iniciático de nuestra historia se divide en ocho etapas; una historia distinta podría proponer las mismas etapas en otro orden, o etapas completamente distintas. Me gusta mucho el orden en que se presentan las enseñanzas en «Juan de Hierro», pero no creo que haya ningún orden correcto de iniciación. Recorremos las mismas experiencias una y otra vez; al principio superficialmente, y luego, a medida que envejecemos, cada vez más profundamente.

Podemos creer que nos saltamos una etapa de la que, sencillamente, no fuimos conscientes. Podemos haber sufrido, por ejemplo, la herida en la pierna que nos dio un segundo corazón, y lo único que nos hace falta es una mayor dosis de imaginación para determinar cómo y cuándo ocurrió.

La iniciación masculina continúa la iniciación femenina y la iniciación humana. Los hombres y las mujeres comparten una complicada iniciación a la calidez humana que no tiene nada que ver con el sexo. Nuestra historia no habla de ello directamente. Algunas iniciaciones pertenecen, en su esencia, a lo humano, otras a lo femenino y otras a lo masculino. Es importante ser capaz de decir la palabra masculino sin creer que estamos pronunciando una palabra sexista.

Los genetistas descubrieron recientemente que la diferencia genética entre el ADN de los hombres y el de las mujeres se reduce a un 3 por ciento. No es un porcentaje muy alto. Sin embargo, esa diferencia existe en cada célula del cuerpo.

Sabemos que muchos hombres de nuestros días se avergüenzan de ese 3 por ciento. A algunos les avergüenzan el pasado histórico, los patriarcados opresivos, las guerras demenciales, las rigideces largo tiempo impuestas. Otros hombres, que no han tenido un buen modelo masculino, no quieren ser hombres. Pero lo son. Creo que, en este siglo y en este momento, es importante recalcar ese 3 por ciento de diferencia que hace que una persona sea varón, sin por ello perder de vista el 97 por ciento que hombres y mujeres tienen en común.

Algunos dicen: «Bueno, seamos sencillamente humanos, y no hablemos para nada de lo masculino o lo femenino.» La gente que dice eso cree que ocupa la primera categoría moral. Creo que aquí debemos ser un poco benévolo, y permitir que se mencionen las palabras masculino y femenino sin temor a que un carpintero moral fabrique cajones con esas palabras y nos encierre en el interior. Todos tememos a los cajones, y con razón.

Muchos hombres me han dicho que literalmente no saben qué quiere decir la palabra hombre, ni si son personas adultas o no lo son. Cuando un hombre mayor se arriesga a mencionar un par de cualidades masculinas, el joven puede ver a qué distancia se encuentra él del lugar, y si quiere o no tomar esa dirección.

La simple mención de atributos humanos no ayudará al joven. He mencionado que ciertas psicólogas de nuestros días también creen en la necesidad de nombrar atributos femeninos, para que la mujer pueda tomar conciencia de su feminidad. Cualquier enumeración de cualidades es peligrosa, porque la lista puede convertirse en cajones. Pero hemos de confiar en hacerlo mejor que en el pasado.

Dudo que la atención que se presta a la iniciación masculina haga que los hombres y las mujeres se distancien aún más. Un hombre cuyo Guerrero o Amante esté destruido (sin que él sea consciente de ello) ya está bastante alejado de las mujeres. No puede estarlo más.

Algunas personas creen que «la labor masculina» sólo es importante para algunos hombres, los «sensibles». «Bueno, todo este rollo mitológico está bien para los hombres sensibles; quizá lo necesiten. Pero veo a los obreros de la construcción comiendo su merienda con otros hombres: no tienen ningún problema con su masculinidad. Ni siquiera piensan en ello. Son verdaderos hombres...»

Pero los periodistas de veintiséis años, hombres y mujeres, que dicen esto, ¿creen realmente que los obreros no se avergüenzan de su condición masculina? ¿Creen que los hogares de estos hombres superlativos no estaban también perturbados? Un hombre que suelta una grosería a una mujer que pasa, suele ser doblemente inseguro, ya que no es consciente de su vergüenza.

En todo caso, es absurdo dividir a los varones en «hombres sensibles» y «trabajadores de la construcción». Los obreros y leñadores que han participado en las conferencias en las que he estado son tan reflexivos y sensibles como cualquier profesor, ejecutivo o terapeuta. Así que creo que es justo decir que todos los varones, y no sólo algunos, se avergüenzan y enorgullecen de ese tres por ciento.

Nuestra obligación —y me refiero a todos los hombres y mujeres que escribimos acerca de este tema— es describir lo masculino de forma tal que no excluya lo masculino en la mujer, y que aun así toque una cuerda sensible en el corazón del varón. Nadie dice que no haya también cuerdas sensibles en el corazón de una mujer... pero en el corazón del varón hay una cuerda inferior que hace que todo su pecho tiemble cuando se habla de forma adecuada de las cualidades de lo masculino.

Nuestra obligación es describir lo femenino de forma tal que no excluya lo femenino en el varón, y que aun así haga sonar una cuerda en el corazón de la mujer. Sonará, también, una cuerda en el corazón del hombre, pero creo que en el corazón de la mujer hay una cuerda inferior que hace que todo su pecho tiemble cuando se habla de forma adecuada de las cualidades de lo femenino.

Al mismo tiempo, todos sabemos que además de estos dos estados, «masculino» y «femenino», hay, en realidad, diversos grados, estados intermedios, uniones, combinaciones, casos especiales, excepciones geniales, etcétera.

Por lo pronto, es en los hombres y las mujeres que han cruzado el umbral del dolor hacia su infancia en quienes más calará la historia que hemos contado. Serán capaces de utilizar esta historia y otras similares, felizmente conservada por la cultura de la memoria en la que vivieron nuestros ancestros hasta el tiempo de la escritura.

Todos reconocemos ciertos momentos sagrados, cuando el mundo exterior y el interior se cruzan, cuando el tiempo vertical y el horizontal se interceptan. Ese momento se dio cuando los hombres del Rey hirieron al jinete. Aun cuando se mantuvo firme sobre el caballo, perdió el yelmo y la cabellera dorada cayó. Ése es el momento en que puede ser revelada su verdadera identidad.

Poco después, se conocerá la del Hombre Primitivo. Escribió Rumi:

*Es importante prestar atención al nombre que el Sagrado da a las cosas.  
Nombramos todas las cosas según el número de patas que tiene. Pero el Sagrado lo llama según lo que posee en su interior. Moisés tenía una vara. Pensó que su nombre era «bastón», pero en el interior de su nombre había una «serpiente dragonesca». Creíamos que el nombre «Ornar» significaba agitador contra los sacerdotes, pero en la eternidad su nombre era «El Que Cree». Nadie conoce nuestro nombre hasta que exhalamos el último suspiro.*

El joven de nuestra historia descendió del patio de la corte a las cenizas, de las cenizas a la tierra, luego a los caballos que habían bajo la tierra y así sucesivamente. El Hombre Primitivo se cruzó con él en su ascenso, de debajo del agua al patio del castillo, de allí a su propia fuente sagrada, luego a Señor de los Caballos y, finalmente, a la categoría de Rey.

La parte de Hombre Primitivo de cada varón, antaño en contacto con lo primitivo y con los animales salvajes, se ha hundido bajo el agua de la mente, fuera del alcance de la vista, debajo de la memoria humana. Cubierto ahora de pelo, él mismo parece un animal. En realidad, en la escena de la boda, el Hombre Primitivo dice: «Un enorme poder me condenó, mediante un encantamiento, a vivir bajo el agua hasta que apareciera un joven dispuesto a acometer la disciplina y experimentar el sufrimiento que tú has experimentado. Ahora que lo has hecho, puedo aparecer como soy: un Señor.»

## Epílogo

# EL HOMBRE PRIMITIVO EN LAS ANTIGUAS RELIGIONES, LA LITERATURA Y LAS COSTUMBRES POPULARES

### La era de la caza

Se puede considerar el salto imaginativo que condujo a la visión del Señor de los Animales, parte humano, parte dios, parte animal, como un gran acontecimiento religioso. Es una situación distinta pero paralela, las mujeres de la antigüedad vieron con sus ojos interiores a un ser compasivo, nutricional, abundante, despiadado, a una Madre del Nacimiento y a una Madre del Sepulcro, resplandeciendo detrás del confuso espectáculo de focas envejecidas, bebés de ojos claros, capullos y hojas secas, pececillos y ballenas, niñas y viejas.

En ambos casos, los hombres y las mujeres de la antigüedad ven, a través de un velo, a un ser invisible del otro lado de la pantalla de la naturaleza.

En el albor de los tiempos, el Señor de los Animales o el Liberador de los Animales cruzó la línea del lado animal de las cosas, pasó al lado humano y después regresó. Podemos encontrar historias del Señor de los Animales o el Señor de la Caza en las culturas mediterránea, africana, siberiana, aborigen, china, noreuropea y americana. Los pies negros, por ejemplo, hablan de un anciano que en una época de hambre recurrió al búfalo. El jefe búfalo respondió pidiendo una novia humana. La hija del anciano se trasladó al campamento de los búfalos y, en respuesta, decenas de búfalos saltaron por el precipicio para alimentar a la tribu. Tiempo después, cuando el padre fue al campamento a ver a su hija, los búfalos le descubrieron y pisotearon hasta matarle. A la larga, la hija reconstruye al padre a partir de una sola vértebra. Pero está claro que tanto el padre como la hija sintieron en carne propia el poder impersonal del reino de los búfalos, y que se estableció algún tipo de pacto que el intelecto no puede comprender del todo.

Esta historia, y muchas como ésta, sugiere que en algún momento del pasado hubo un pacto entre el reino humano y el reino animal, y que ese pacto, que estipulaba derechos y obligaciones para ambas partes, fue duro. Más aún, inferimos que el búfalo comido remonta el barranco al año siguiente; el búfalo sacrificado renace al cabo de un tiempo. Y un ser humano se adentra en el territorio de los búfalos cada vez que un búfalo se adentra en el nuestro.

Hacia la Edad de la Piedra, el Liberador de Animales aparece como el Señor de las Criaturas bailando en las paredes de las cuevas de la Dordoña. Se cree que el «hechicero» pintado en lo alto de las paredes del santuario de Trois Freres es este Señor. Como señala John Pfeiffer en su libro *The Creative Explosión*, muchos estudiosos del Paleolítico creen hoy que las cuevas, que datan de unos 12.000 años antes de Cristo, no eran únicamente lugares para los rituales de la fertilidad y la caza, sino también cámaras para la iniciación de los jóvenes varones.

Si esto es así, el Hombre Primitivo, o el Señor de los Animales, se asocia con la iniciación de los jóvenes desde hace al menos catorce mil años. A través de la iniciación del Hombre Primitivo, los hombres aprenden a venerar el alma del animal, y esa antigua veneración evoca en el atareado hombre adulto el dolor de la vida animal, la aflicción de toda la naturaleza, «las lágrimas de las cosas», la conciencia presente entre lo uno

y lo otro; y, finalmente, despierta en el chamán la habilidad de introducirse en la conciencia de las montañas, las rocas, las aguas, los árboles y los demonios. Pero, sobre todo, la devoción por los animales que mueren, evoca la sabiduría del sacrificio, y lo que este sacrificio representa.

Cuando los animales mueren en presencia del cazador, ¿tiene lugar un sacrificio deseado o se trata únicamente de un sueño? Nos hacemos esa pregunta cuando un hombre sagrado o una mujer sagrada se sacrifican. La pregunta y la respuesta pertenecen a la esfera de conocimiento del Señor de la Caza.

Éste no es el lugar para un ensayo extenso sobre los misterios del Paleolítico. Todo lo que queremos hacer aquí es afirmar que el hombre peludo que aparece bajo el agua al inicio de nuestro cuento, tiene otro lugar en el reino superior habitado por los dioses. Es el dios de la profundidad, las heridas y el sacrificio. Mircea Eliade dijo que veía al Señor de la Caza como «la figura más divina de toda la prehistoria» y, por consiguiente, como el prototipo de todos los dioses posteriores. En nuestro sistema industrial, ignoramos a la Gran Madre y también ignoramos al Señor de los Animales. Somos, tal vez, los primeros en la historia en intentar vivir sin honrarle, a él y a su profundidad, a sus heridas y a su conocimiento del sacrificio apropiado. Como resultado de ello, nuestros sacrificios se han vuelto subconscientes, regresivos, inútiles, indiscriminados, autodestructivos y masivos.

## **La era de la agricultura**

¿Qué ocurrió con el Señor de los Animales cuando los seres humanos pasaron de la cultura de la caza a la cultura de la caza y la recolección, y de ésta a la de la agricultura? No se puede hacer ninguna afirmación precisa acerca de la transformación de los dioses, ya que éstos se incluyen unos a otros, se intercambian, llevan a cabo desconcertantes uniones que desbordan a los mitólogos.

Habiendo afirmado esta reserva, también podemos afirmar con toda confianza que en el subcontinente indio, el Señor de los Animales se transforma de forma tal que se convierte en Siva.

La cultura drávida del sur de la India, que antecedió a la cultura hindú, llamó Pashupati al Señor de los Animales y Parvati a su compañera, la Dama de las Montañas. Los estudiosos han seguido la pista de esta pareja hasta la Edad del Bronce y el Neolítico. El enorme movimiento filosófico y religioso organizado en torno del Señor de los Animales y de la Dama entra en la cultura clásica india como Sivaísmo, que se fusionó con el animismo primitivo, y de cuya fuente beben muchas religiones posteriores. La lengua drávida del sur de la India es la principal portadora de la energía Siva, y Alain Danielou señala en su libro *Shiva and Dionysus* que tiene muchas palabras en común con las lenguas sumeria, vasca y georgiana. *The Dance of Shiva*, de Ananda Coomaraswamy, contiene hermosos detalles de la religión de Siva; y Gary Snyder explica que Siva es aún el dios con la mayor cantidad de adoradores vivos en el mundo.

Siva es una floración o desarrollo del Hombre Primitivo, enormemente articulado. Siva conserva el aspecto primitivo —sus devotos van desnudos y no se cortan el pelo—, pero también tiene un aspecto ascético, un lado conyugal y un lado furioso o Bhairava.

El Señor de los Animales del área correspondiente al Cáucaso, Tesalia, Grecia y Creta se extiende y se transforma en el dios Zagreus, Zan o, en Creta, Zeus.

La antigua cultura cretense llamaba Zagreus al Señor de los Animales, y Cibele a la Dama de la Montaña. El toro, la serpiente y el falo representan a Zagreus, Zan o Zeus, y el tigre y el león representan a Cibele. A medida que evolucionaba la cultura cretense, los rituales natalicios del bebé Zeus en el monte Ida y en el monte Dicte se empezaron a fusionar con los ritos organizados en torno del bebé Dionisios. No hay que olvidar que Dionisios nació del muslo de Zeus.

Cuando los pueblos mediterráneos se vuelven agrícolas y vinícolas, Dionisios pasa a ser portador de la vieja energía del Señor Animal, y la Dama de las Montañas se convierte en Ariadna, que sencillamente quiere decir Mujer Sagrada. Los ritos organizados en torno de Dionisios muestran a las claras cómo, a medida que el hombre se mueve hacia el misterio de las plantas, el Señor de los Animales puede cambiar sin perder por ello su esencia iniciática. Dionisios, como ya se ha dicho, es la mata de uvas que, arrancada, pisada y encerrada en la oscuridad de la piel del buey, da a todos los de la comunidad un éxtasis, es decir, un vino. Y los sufíes saben mejor que nadie cuán delicado puede ser ese vino. «Pues nada puede ser solo o completo que antes no fuera dividido.»

La prolongación del Señor de los Animales en la forma de Dionisios supuso un gran regalo para nuestra cultura, en la forma de la tragedia griega y en el concepto mismo de tragedia. El término tragedia significa la canción de la cabra (sacrificada). También es un legado de Dionisios el respeto que sentimos por la oscuridad de abajo, el éxtasis del vino y el silencio que habita dentro del hombre que conoce el dolor. Dionisios comporta una sabiduría que llega hasta el alma cuando se medita en el hecho de rasgar y ser rasgado.

El Hombre Primitivo prolonga su existencia a través de las sociedades celtas de la antigua Europa, donde aparece bajo el nombre de Cernunnos, Cornelio o Cornelius, cuya raíz significa cuernos de venado. En algunas tierras celtas se le conoce con el nombre de Hermes el Cazador, cuyos perros de caza son blancos con orejas rojas.

De Cernunnos se conserva una buena descripción, en una caldera encontrada en Jutland, conocida como la Caldera de Gundestrup, que data del primer siglo antes de Cristo. Cernunnos aparece sentado en posición de flor de loto, una serpiente en una mano y el collar de la Dama en la otra, la cabeza coronada por cuernos de venado y hojas. Le rodean un delfín, una gacela, un león y un perro. En el ciclo celta artúrico, que surgió en los siglos XII y XVIII, hay reminiscencias de él; por ejemplo, en El Caballero de León, donde recibe el nombre de Señor de los Animales y Guardián de la Fuente. La compañera femenina de Cernunnos tiene muchos nombres, entre los cuales cabe destacar el de Artio —cuya raíz comparte con Arturo—, que significa «oso hembra».

Así pues, el Hombre Primitivo, que parece una expresión tonta cuando se la oye por primera vez y que se confunde fácilmente con hombre irresponsable, un hombre hosco, lleva dentro una enorme cantidad de información histórica.

Cuando echamos un vistazo al pasado ayudados por el telescopio del Hombre Primitivo, muchas figuras borrosas adquieren nitidez, entre ellas la de Juan el Bautista, el Hombre Primitivo que bautizó a Jesús, y la de María Magdalena. María Magdalena produce cierta sensación de luz oculta en la oscuridad, que también se asocia a Sofía. Tanto Sofía como Dionisios contienen sus respectivas leyendas el secreto de un sol que no irradia su luz desde el cielo hacia abajo, sino desde el centro de la tierra hacia nosotros.

Así pues, el Señor de los Animales de la Edad Media, al transformarse en Pashupati, Siva, Dionisios y Cernunnos, conserva y elabora la energía original. Florece en vastos jardines religiosos y mitológicos. Pero los jardines acaban en Occidente. Es triste constatar que el desarrollo del Señor del Bosque se trunca cerca del año 1100 después de Cristo, por no fijar la fecha en el siglo primero antes de Cristo, cuando César invadió la Galia. Como quiera que se interprete, está claro que el Señor de los Animales no legó su humedad y su energía a nuestras religiones. Como Hombre Primitivo se le recuerda, por supuesto, en la literatura y en el imaginar colectivo.

## **El Hombre Primitivo en los textos antiguos**

El Señor de los Animales aparece por primera vez como personaje épico completamente desarrollado en la epopeya sumeria Gilgamesh, que rué escrita en torno al 700 antes de Cristo, pero que se inspira en



material mucho más antiguo. Ya existen las grandes ciudades-Estado. Cuando Gilgamesh, un joven rey dorado, infatuado, ávido de placer, empieza a crear problemas, los ancianos deciden que la única solución es ponerle en contacto con un hombre llamado Endiku.

Su cuerpo entero estaba cubierto de pelo y sus rizos eran semejantes a los de una mujer, o al cabello de la diosa del grano. Por otra parte, nunca había tenido contacto con tierras pobladas o con seres humanos, y vestía como una deidad pastoril. Comía hierba con las gacelas, se peleaba a empellones con las bestias salvajes por beber del abrevadero y vivía satisfecho con los animales [...] Cuando Gilgamesh fue informado del prodigio, «Ve, mi cazador —dijo—; llévate contigo una prostituta del templo, y cuando llegue al abrevadero con las bestias, haz que se despoje de su ropa, que revele su desnudez. Cuando la vea, se acercará. Y de allí en adelante, las bestias que crecieron con él le abandonarán.»

El cazador y la prostituta del templo se pusieron en camino, y tres días después llegaron al abrevadero. Esperaron uno, dos días, y al tercero llegaron las bestias, Endiku entre ellas, alimentándose de la hierba con las gacelas [...]

La mujer hizo como se le mandó: descubrió sus pechos, reveló su desnudez. Endiku se acercó y la poseyó. En lugar de asustarse, y puesto que se había quitado la ropa, ella acogió su ardor; y durante seis días y siete noches Endiku siguió acoplándose con la abundancia de la mujer del templo, después de lo cual volvió el rostro y se dirigió hacia las bestias. Pero, al verle, todas huyeron, y Endiku quedó sorprendido. Su cuerpo se tensó, sus rodillas se helaron... los animales habían desaparecido. Ya no era como antes.

Endiku volvió con la mujer y, sentándose a sus pies, la miró a la cara; y cuando ella le habló, sus orejas le prestaron atención. «Eres hermoso, Endiku, como un dios —le dijo ella—. ¿Por qué corres con las bestias del llano? Ven, te llevaré hasta las murallas de Uruk, la ciudad sagrada de Anu e Ishtar, donde vive Gilgamesh, incomparable en poder, quien, como un toro salvaje, impone su fuerza sobre los hombres.» Al oír esto, su corazón se alivió. Anhelaba un amigo. «¡Muy bien! —dijo—. Y yo me enfrentaré a él.»

Endiku va a la ciudad y conoce a Gilgamesh; los dos pelean, Endiku gana y ambos se hacen amigos inseparables. Endiku representa la sombra peluda del rey de la ciudad recién civilizada.

Los lectores del Antiguo Testamento recordarán a Esaú, el hombre peludo de las leyendas semíticas, que le llevó carne de cabra a su padre Isaac como regalo. Sabemos ya que los astutos agricultores remplazan a los cazadores religiosos en todo Oriente Medio, y no nos sorprendemos cuando Jacob, colocándose pelo de animal en el dorso de sus manos, obtiene del padre la bendición que legítimamente pertenecía a Esaú. Así son las cosas en el mundo agrícola. La historia de Esaú demuestra que en determinado momento de la historia de Oriente Medio, el hombre peludo fue exiliado o vaciado de contenido.

## **El Hombre Primitivo en la Europa medieval**

El Hombre Primitivo desempeñó un papel importante en la fantasía y la vida popular de los europeos en la Edad Media. En Alemania, Austria, Holanda y algunos países vecinos se representaban anualmente obras populares en las que él era el personaje central. Posteriormente, los pintores del norte de Europa se inspiraron en esas representaciones.

Podemos citar como ejemplo a Peter Brueghel el Viejo, que pintó una escena de un espectáculo flamenco que en 1566 fue copiada en un grabado en madera por un artista anónimo. El grabado, que aún se conserva, muestra la plaza del pueblo en el momento en que entra el Hombre Primitivo. Previamente, los actores del pueblo han acudido al bosque y han disfrazado a un joven con una especie de traje con escamas de pez y zarcillos de vid enredados en el pelo y en la barba. También lleva zarcillos alrededor de la cintura y una

porra que recuerda la del gigante Cerne Abbas, tallado en las laderas de Dorset, en Inglaterra. Tres actores que representan los poderes establecidos o civilizados lo reciben en la plaza. El que representa a la Sacra Iglesia Romana y al Emperador le muestra un globo terráqueo coronado por la cruz para recordarle al Hombre Primitivo que le ha llegado la hora. El que representa a la milicia lleva una ballesta cargada, con la que apunta al hombre del bosque. El tercer personaje, una mujer, lleva, en varias descripciones de este espectáculo, el mismo sombrero curiosamente cónico. Vestida como una monja, le tiende un anillo de oro. El anillo parece ser el anillo sagrado de la unión sexual, que la sacerdotisa del templo le había ofrecido ya en Sumeria 2.200 años atrás. Hace unos años, el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York publicó un libro titulado *The Wild Man in Medieval Myth and Symbolism*, que reproduce este grabado en madera. Timothy Husband, su editor, resume el ofrecimiento de la sacerdotisa de la siguiente manera: «Símbolo de la unión con una mujer, el anillo tienta al Hombre Primitivo con el lazo sagrado y legal del matrimonio, del que carece. El soldado y emperador, con la espada desenvainada en la pintura de Brueghel, persigue al Hombre Primitivo dispuesto a derribarlo por sus transgresiones al orden civilizado.»

El Hombre Primitivo no hace caso de las amenazas y rechaza todas las ofertas de integración; se niega a renunciar a su vida en el bosque. El grabado indica que el pueblo se ha llenado de bailes y de celebraciones en el momento en que el Hombre Primitivo entró, y éste parece ser el origen del Mardi Gras<sup>2</sup>. Abandona el pueblo con los vítores de los jóvenes y las exuberantes danzas de los amantes.

Pero el espectáculo acababa, aparentemente, con un acontecimiento mucho más siniestro. A un par de kilómetros de allí, le cierran el paso los pueblerinos. Visten con la ropa del Hombre Primitivo a un hombre de paja, lo arrojan a un lago o un estanque, y lo ejecutan. Este detalle es fascinante en relación con nuestra propia historia, porque explica en términos mitológicos cómo llegó a parar el Hombre Primitivo al fondo del pantano. En este hecho ritual también vemos vestigios de una ejecución real, probablemente una práctica habitual en aquel tiempo.

Timothy Husband reproduce también una miniatura en la que se ve a Alejandro Magno separando a un Hombre Primitivo de su mujer, y lanzándolo luego al fuego. En otras pinturas vemos al Hombre Primitivo conducido ante las autoridades eclesiásticas para ser juzgado. La quema del Hombre Primitivo precede en varios siglos a las quemas de brujas, y se origina en el mismo miedo y en la misma cólera.

El Hombre Primitivo también desempeñó otros papeles en la fantasía medieval. La tradición amorosa cortesana incorporó al Hombre Primitivo. Algunos vitrales de capillas familiares, por ejemplo, muestran a Hombres Primitivos trepando por los muros de un castillo. Han remplazado a los caballeros de la corte «alterando la paz del Castillo del Amor». Y añade Husband:

Las doncellas del castillo son criaturas encantadoras y atractivas que parecen agitar sus flores más para adelantar que para repeler a sus atacantes. Los Hombres Primitivos jóvenes, conscientes de la verdadera naturaleza de su empresa, han abandonado las armas y la armadura. La legendaria destreza sexual del Hombre Primitivo, combinada con la actitud complaciente de las doncellas, produce una imagen de lascivia absoluta. Al dejar de ser un baluarte de la pureza, el castillo se convierte en un centro de sensualidad, y la alteración de su paz habitual equivale a la satisfacción del deseo físico.

Schweiger, el artista alemán, hizo hacia 1515 un maravilloso dibujo a la tinta de María Magdalena como Mujer Primitiva. La retrató como los artistas retrataban tradicionalmente a la mujer primitiva: el cuerpo cubierto de pelo excepto en los pezones, los codos y las rodillas. Tres ángeles con toga y un ángel con plumas la llevan al cielo. El dibujo trasluce una considerable simpatía hacia la Mujer Primitiva.

---

<sup>2</sup> *Martes de carnaval (N. del T.)*

Así pues, el Hombre Primitivo y la Mujer Primitiva ocupan un lugar complicado en la imaginación aristocrática y popular de la Edad Media. Estas figuras son a veces exaltadas por su espontaneidad y su energía sexual, pero las más de las veces son castigadas, exiliadas o asesinadas por los mismos motivos.

Es un hecho admirable el que la cultura medieval mantuviese vivo en la conciencia al Hombre Primitivo. Está claro que el Mar-dí Gras de Nueva Orleans, por ejemplo, se origina en los espectáculos aldeanos, pero ha olvidado al personaje del Hombre Primitivo. Basilea conserva aún ese lazo, y su Fastnacht, representado cada año, conserva el carácter y, en la celebración, la gente se pone máscaras de Hombre Primitivo.

## **La amenaza del Hombre Primitivo en Europa**

Habría que preguntarse por qué el norte de Europa se sintió tan amenazado por el Hombre Primitivo. La respuesta no tiene por qué sorprendernos. El Hombre Primitivo es un familiar, quizás un tío, de Pan, el dios griego cuyo nombre significa «todo» y que, indirectamente, simboliza la naturaleza misma. Pan tenía patas peludas que, cabe decir, pertenecían a la misma cabra a la que tanto amó Esaú y a la que más tarde la Iglesia calumnió, atribuyendo sus patas a Satán.

Las actitudes ascéticas, o el anhelo popular de reprimir la libido, que tanta relevancia cobraron hacia el final de la era pagana, se unieron en la cultura romana con los temores al énfasis libertino de la Gran Madre para formar un frente antisexual.

Un amigo me refirió una vez su visita al antiguo monasterio del monte Atos, en Grecia, cuyas tradiciones datan de los primeros días de la cristiandad. Se sentó un día durante horas con un viejo monje, contemplando las montañas y el mar. No sabía nada de griego, pero deseaba conversar de asuntos espirituales con el anciano. El viejo monje debió de percibirlo, porque se dirigió a él en inglés para decirle: «Las mujeres son perversas.» Eso fue todo. La idea supone que toda sexualidad es perversa. En ese relato se percibe el lado oscuro de la cultura medieval, y de él se deduce el escaso apoyo que pueden darle a María Magdalena o al Hombre Primitivo los ascetas cristianos, musulmanes o sijs.

Poderosas fuerzas sociales y religiosas han actuado en Occidente para favorecer lo podado, lo pulcro, lo cerebral, lo no instintivo y lo pelado. Blake dijo:

*Sacerdotes de negro hacen sus rondas  
atando con espinos mis deseos y mis alegrías.*

La sexualidad femenina ha sufrido tremendamente y aún sufre esta tiranía de lo pelado, lo ascético y lo cerebral. La diosa Afrodita, viva dentro del cuerpo de la mujer, es insultada día tras día.

Las mismas fuerzas han condenado la sexualidad masculina a lo trivial y lo profano, y a lo horriblemente práctico. Por contraste, la transformación del Hombre Primitivo, mediante la imaginación india, en Siva, honra la energía sexual. Vemos estatuas de Siva en la gloria sexual sentado junto a Parvati, cuyo cuerpo irradia energía sexual por todos los poros. Jesús no tuvo mujer ni hijos, y los Evangelios no recogen la razón de su asociación con María Magdalena. En el Cristianismo, fue Pablo quien creó las condiciones para el odio a la sexualidad, al comentar en la Primera Epístola a los Corintios: «Que aquellos que tengan mujer vivan como si no la tuvieran.» Orígenes se castró a sí mismo. Justino informa que los cristianos de su tiempo, el siglo n después de Cristo, suplicaban a los cirujanos que les extirparan los testículos; en aquella época, muchos monjes del monte Atos se dejaron castrar. Algo más tarde, dice Gregorio de Niza: «El matrimonio, por tanto, es la última etapa de nuestra separación de la vida que abandonamos en el Paraíso; al ser una elipsis, el matrimonio es lo primero que se debe dejar atrás.» Dice san Agustín: «El hombre se avergüenza por naturaleza

del deseo sexual», y, aunque de joven había sido un libertino, cambió al convertirse al Cristianismo. Más tarde, sostenía que tenía erecciones involuntarias. Las calificó de «movimiento de desobediencia», y sostenía que demostraban que «el ser humano está corrompido desde Adán». Para el Hombre Primitivo, semejante hecho sería una encantadora evidencia de espontaneidad.

Sabemos que en el interior del Cristianismo, del Judaísmo y del Islam ha habido, y aún hay, corrientes de opinión opuestas que defienden el amor sexual. Entre los grupos cristianos se encontraban la Hermandad del Amor, los cataros, los trovadores y los Hermanos del Espíritu Libre, para quienes pintó El Basco su retablo. Pero estos movimientos sensibles no pudieron alterar el impulso institucional del Cristianismo, que sostiene la idea de que la sexualidad inhibe el crecimiento espiritual.

Menciono todo esto no para atacar al ascetismo, que tiene su propia dignidad, sino para llamar la atención sobre lo que debían de sentir los aldeanos europeos cuando veían pasar al Hombre Primitivo camino de su ejecución ritual.

Con pensadores de la calidad de san Agustín de nuestro lado, es sorprendente que los hombres puedan siquiera hacer el amor. En nuestra cultura, los jóvenes concluyen tempranamente que sus instintos sexuales son problemáticos, molestos, raros y hostiles para el espíritu.

Actitudes permisivas como las de los editores de Playboy no conducen a ninguna parte, porque Playboy asume que la sexualidad masculina es secular, una especie de juego propio de un playboy.

Cuando la Iglesia y la cultura en su conjunto dejaron caer en el olvido a los dioses que representaban el elemento divino en la energía sexual —Pan, Dionisios, Hermes, el Hombre Primitivo—, los hombres perdimos mucho. La imaginación occidental de la Edad Media no transformó al Señor de los Animales o al Hombre Primitivo en un Siva o un Dionisios más desarrollado, y la energía erótica de los varones perdió su habilidad para pasar, como se dice en la música, a la siguiente octava.

Cerraremos aquí esta historia del lugar del Hombre Primitivo en la religión, la literatura y la imaginación colectiva. Una vez oí una disertación de Marie-Louise von Franz sobre el Hombre Primitivo. Eligió, para la ocasión, a un Hombre Primitivo histórico, de la Suiza medieval, que pasó años en el bosque y cuyo consejo era muy buscado tanto por gobernantes como por la gente común. Explicó que advertía en los sueños de hombres y de mujeres una figura que, siendo espiritual, también está cubierta de pelo, una especie de Cristo peludo. Ella cree que lo que hoy necesita la psique es una nueva figura, una figura religiosa pero peluda, en contacto con Dios y con la sexualidad, con el espíritu y con la tierra.

# EL CUENTO DE JUAN DE HIERRO

## (1)

Érase una vez un rey que tenía un enorme bosque cerca de su castillo, donde vivían todo tipo de animales salvajes. Un día envió al bosque a un cazador para que le trajese un venado, pero el cazador no regresó. «Algo malo le debe de haber ocurrido», dijo el Rey, y al día siguiente mandó a dos cazadores a buscarle, pero éstos tampoco volvieron. Al tercer día, mandó a llamar a todos sus cazadores, y les dijo: «Registrad todo el bosque, y no volváis hasta haber encontrado a los tres.»

Jamás volvió ninguno de esos cazadores, ni los perros que habían llevado consigo.

Desde entonces nadie se atrevió a internarse en el bosque, que quedó totalmente tranquilo y solitario. Sólo de vez en cuando se veía sobrevolar el bosque un águila o un halcón.

Esta situación duró años, hasta que un día apareció un cazador en busca de empleo que se ofreció a poner pie en el peligroso bosque.

Sin embargo, el Rey no quiso dar su consentimiento, diciendo: «Es un lugar peligroso. Tenso la sensación de que acabarás como los demás, y que nunca más se volverá a saber de ti.» El cazador respondió: «Señor, soy consciente del riesgo, pero no sé lo que es el miedo.»

El cazador se dirigió al bosque, llevándose a su perro. No había transcurrido mucho tiempo cuando el perro olfateó un animal y se puso a perseguirlo; apenas había dado unos cuantos pasos cuando topó con un profundo pantano y tuvo que detenerse. Un brazo desnudo salió del agua, lo cogió y lo arrastró hacia el fondo.

Al ver esto, el cazador volvió al castillo, tomó a tres hombres con cubos y empezaron a vaciar el pantano. Cuando llegaron al fondo, vieron tendido un Hombre Primitivo cuyo cuerpo era marrón como el hierro oxidado. Estaba cubierto de pelos de pies a cabeza. Le ataron con cuerdas y le llevaron al castillo.

En el castillo, la presencia del Hombre Primitivo produjo un gran revuelo. El Rey mandó encerrarle en una jaula de hierro que había colocado en el patio, y prohibió bajo pena de muerte que se abriese la puerta. Puso la llave en manos de la Reina. Hecho esto, la gente pudo volver con tranquilidad al bosque.

El Rey tenía un hijo de ocho años. Un día, jugando en el patio, su bola de oro rodó hasta el interior de la jaula. El muchacho corrió hasta ella y dijo: «Dame mi bola de oro.» «Te la daré si me abres la puerta», contestó el hombre. «Oh, no —dijo el muchacho—, no lo puedo hacer, el Rey no me deja», y huyó corriendo. Al día siguiente, el muchacho volvió a acercarse y a pedir su bola. Dijo el Hombre Primitivo: «Si me abres la puerta», pero el muchacho se negó a hacerlo. Al tercer día, mientras el Rey estaba fuera cazando, el muchacho volvió a acercarse y dijo: «Aunque quisiera, no podría abrir la puerta pues no tengo la llave.» El Hombre Primitivo dijo: «La llave está bajo la almohada de tu madre; puedes cogerla.»

El muchacho, que ansiaba mucho recuperar su bola, olvidó cualquier reparo y fue a por la llave. La puerta se abrió con dificultad, y el muchacho se pilló un dedo. Una vez abierta, el Hombre Primitivo salió, le dio al muchacho la bola de oro y se alejó aprisa.

El muchacho sintió de pronto un gran miedo. Se fue tras él gritando: «¡Hombre Primitivo, si te vas me pegarán!» El Hombre Primitivo se volvió, lo subió a sus hombros y se dirigió con paso rápido al bosque.

Cuando volvió el Rey, reparó en la jaula vacía y preguntó a la Reina cómo había escapado el Hombre Primitivo. La Reina, que no sabía nada, fue a buscar la llave y no la encontró. Llamó al muchacho, pero no obtuvo respuesta. El Rey envió una partida de búsqueda al bosque, pero no encontraron al muchacho. No era difícil imaginar qué había pasado, y la corte se sumió en una gran tristeza.

## (2)

Cuando el Hombre Primitivo alcanzó el corazón del bosque, bajó al muchacho de sus hombros y le dijo: «Nunca más verás a tu padre y a tu madre, pero yo te mantendré conmigo, pues me has liberado y me das lástima. Si haces lo que yo te diga, te irá bien. Tengo más oro y tesoros que nadie en este mundo.»

Le hizo al muchacho un lecho de musgo, donde durmió, y a la mañana siguiente le llevó a una fuente. «¿Ves esta fuente de oro? Es clara y luminosa como el cristal. Siéntate aquí y presta atención para que no caiga nada en ella, de lo contrario quedará mancillada. Vendré todas las tardes a ver si has cumplido mis órdenes.»

El muchacho se sentó al borde del pozo. De vez en cuando veía aparecer un pez de oro o una serpiente de oro, y se guardaba de que no cayera nada dentro. Sin embargo, estando allí sentado, le empezó a doler tanto el dedo que sin quererlo lo metió en el agua. Lo sacó en seguida, pero vio que se le había vuelto dorado y, por más que se esforzó en lavarlo, no obtuvo ningún resultado.

Por la tarde regresó Juan de Hierro y dijo: «¿Ha pasado hoy algo en el pozo?»

El muchacho escondió el dedo detrás de la espalda para evitar que lo viera y dijo: «Nada en absoluto.»

«¡Has metido el dedo en el pozo! —dijo el Hombre Primitivo—. Por esta vez, pase, pero que no vuelva a ocurrir.»

A la mañana siguiente, muy temprano, estaba otra vez sentado en el pozo, vigilando. El dedo le dolía aún y, al cabo de un rato, se lo llevó a la cabeza. Un pelo, ¡ay!, se desprendió de la cabeza y cayó en el pozo. Lo sacó rápidamente, pero ya se había vuelto de oro.

Al volver, Juan de Hierro ya sabía lo que había ocurrido: «Has dejado caer un pelo en el agua. Lo pasaré por alto esta vez, pero si ocurre una tercera vez, el pozo quedará mancillado, y no podrás seguir conmigo.»

Al tercer día estaba sentado el muchacho en el pozo, decidido a no mover el dedo por mucho que le doliera. El tiempo pasaba lentamente, y empezó a mirar el reflejo de su rostro en la superficie del agua. Tuvo el deseo de mirarse directamente a los ojos y, para hacerlo, se inclinó más y más. De pronto, sus largos cabellos cayeron sobre su frente y al agua. Echó la cabeza hacia atrás pero todo su cabello era ya de oro y brillaba como el mismo sol. ¡El niño estaba asustado! Cogió un pañuelo y se cubrió la cabeza de modo que el Hombre Primitivo no se enterara de lo que había ocurrido. Pero, al volver a casa, Juan de Hierro lo supo de inmediato. «Quítate ese pañuelo de la cabeza», dijo. El pelo dorado cayó liberado sobre los hombros del muchacho, y el muchacho tuvo que guardar silencio.

«No puedes quedarte más tiempo porque no has superado la prueba. Vuelve al mundo y sabrás lo que es la pobreza. Sin embargo, puesto que no tienes mal corazón y te deseo lo mejor, te daré este regalo: cuando tengas problemas, acércate al límite del bosque y grita: «¡Juan de Hierro! ¡Juan de Hierro!» Vendré a ti y te ayudaré. Mi poder es grande, más grande de lo que crees, y poseo oro y plata en abundancia.»

### (3)

El hijo del Rey abandonó el bosque y recorrió caminos buenos y malos hasta que, por fin, llegó a una ciudad. Allí buscó trabajo, pero no pudo encontrar ninguno; no había aprendido ningún oficio con el que poder ganarse la vida. Al cabo de un tiempo, se dirigió al castillo y solicitó que le admitieran. La gente de la corte no sabía en qué menester podían utilizarlo, pero les cayó en gracia y le dijeron que se quedara. Por fin le tomó el cocinero a su servicio, y le dijo que se ocupara de la leña y del agua, y que barrierá las cenizas.

### (4)

Una vez, como no había ningún otro disponible, el cocinero ordenó al niño que llevara la comida a la mesa real, pero, puesto que el niño no quería que viesén su pelo de oro, se dejó puesto el sombrero. Nunca antes había ocurrido algo semejante en presencia del Rey, que dijo: «Cuando vengas a la mesa real, has de quitarte el sombrero.» El niño respondió: «¡Ay, señor, no puedo! Tengo una costra en la cabeza.» El Rey llamó al cocinero, le riñó, le preguntó por qué había tomado a un chico así a su servicio, y le ordenó que le despidiera y le echara del castillo.

Sin embargo, el cocinero se compadeció de él y lo cambió por el chico del jardinero.

Ahora el muchacho tenía que plantar, regar, escardar y cavar, y soportar el viento y el mal tiempo.

Una vez, en verano, mientras trabajaba solo en el jardín, subió tanto la temperatura que se quitó el sombrero para que el viento le refrescara. Cuando el sol le tocaba, resplandecía con tanta fuerza que unos haces de luz penetraron la habitación de la hija del Rey, y ésta se levantó para ver lo que era. Vio al muchacho fuera, y le llamó: «¡Joven, tráeme un ramo de flores!»

Se puso el sombrero a toda prisa, recogió algunas flores silvestres y las ató en un ramillete para ella. Cuando subía las escaleras con el ramo, se topó con el jardinero, que le dijo: «¿Qué haces llevándole unas flores tan vulgares a la hija del Rey? Ve a buscar otras ahora mismo, las mejores y las más hermosas.»

«No, no —dijo el muchacho—, las silvestres huelen mejor y le gustarán más.»

Cuando el muchacho entró en su habitación, la princesa dijo: «Quítate ese sombrero; has de descubrirte en mi presencia.»

Respondió él: «No me atrevería a hacerlo. Tengo tina, ya lo sabe.»

### (5)

Sin embargo, ella le cogió el sombrero y se lo quitó; sus cabellos de oro cayeron sobre sus hombros y era algo maravilloso de ver. Quiso correr hacia la puerta, pero ella le cogió del hombro y le dio un puñado de monedas de oro. Él las aceptó y se fue, pero no les prestó la menor atención; de hecho, se las llevó al jardinero y le dijo: «Toma, dáselas a tus hijos para que jueguen con ellas.»

Al día siguiente, la princesa volvió a llamar al muchacho y le pidió que le trajera más flores silvestres. Cuando entró con ellas, intentó quitarle el sombrero, pero él lo sujetó con ambas manos. Una vez más, le dio un puñado de monedas de oro, pero él no se las quiso quedar y se las dio al jardinero.

Al tercer día ocurrió lo mismo: ella no pudo arrancarle el sombrero, y él no aceptó las monedas de oro.

## (6)

Poco tiempo después, el país entró en guerra. El rey reunió a sus combatientes, ignorando si podría resistir al enemigo, que era poderoso y tenía un gran ejército. Dijo entonces el ayudante del jardinero: «Ya soy mayor y yo también quiero ir a la guerra. Tan sólo pido un caballo.» Los otros se rieron y dijeron: «Cuando nos hayamos ido, ve a buscar uno. Te dejaremos uno en la cuadra.»

En cuanto se fueron, el joven se dirigió a la cuadra y sacó un caballo; estaba cojo de una pata y renqueaba. Se montó en él y cabalgó hacia el espeso bosque.

Cuando llegó al lindero, gritó tres veces «¡Juan de Hierro!» con tanta fuerza que su voz retumbó entre los árboles.

Poco después apareció el Hombre Primitivo y dijo: «¿Qué quieres?»

«Quiero un caballo fuerte para ir a la guerra.»

«¡Lo tendrás, y aún más de lo que pides!»

El Hombre Primitivo se volvió y regresó al bosque y, al cabo, del bosque salió un palafrenero con un caballo que resoplaba por los ollares y que era difícil sujetar. Detrás del caballo venía un enorme ejército de guerreros con armadura, las espadas brillando al sol. El joven le dio al palafrenero su caballo de tres patas, se montó en el otro y se puso a la cabeza del ejército. Para cuando llegó al campo de batalla, una buena parte de los hombres del Rey habían muerto, y no hacía falta mucho más para vencerles por completo.

El muchacho se precipitó a la carrera con su ejército, galopó hacia el enemigo como un huracán, derribando a todo aquel que les oponía resistencia. El enemigo intentó escapar, pero el joven les persiguió hasta acabar con el último hombre. Luego, en lugar de volver al lado del Rey, el muchacho dio un rodeo y condujo a su ejército al bosque, donde llamó a Juan de Hierro.

«¿Qué quieres?», preguntó el Hombre Primitivo.

«Toma tu caballo y tu ejército y devuélveme mi caballo de tres patas.»

Se hizo como quiso, y volvió a casa con el caballo cojo.

Cuando el Rey volvió a su castillo, la princesa salió a su encuentro y le felicitó por la victoria.

«No fui yo quien se hizo con la victoria —dijo el Rey—, sino un extraño caballero y su ejército de guerreros, que acudieron en nuestra ayuda.»

La princesa quiso saber quién era aquel extraño caballero, pero el Rey no le supo responder, y añadió: «Salió al galope detrás del enemigo, y ésa fue la última vez que le vi.» La muchacha llamó al jardinero y le preguntó por su ayudante, pero éste se rió y dijo: «Acaba de llegar en su caballo de tres patas, y los mozos de ¡mirad quien esta aquí! ¡Nuestro cojitranco!» Luego dijeron: "¿Dónde has estado? ¿Durmiendo bajo un árbol?" Él les respondió: "Luché muy bien; si no hubiese estado allí, ¿quién sabe qué hubiese ocurrido?" Los demás se troncharon de risa.»



## (7)

El Rey le dijo a su hija: «Voy a anunciar una gran fiesta que durará tres días, y tu lanzarás una manzana de oro. A lo mejor aparece el caballero misterioso.»

Se anunció la fiesta, y el joven volvió al bosque y llamó a Juan de Hierro.

«¿Qué necesitas?», preguntó.

«Quiero atrapar la manzana de oro que lanzará la princesa.»

«¡Dalo por hecho! —le dijo Juan de Hierro—. Te daré, además, una armadura roja y un poderoso caballo castaño.»

El joven llegó galopando al campo en el momento preciso y se mezcló entre los demás caballeros sin que nadie le reconociera. La princesa dio un paso hacia delante y arrojó una manzana de oro hacia el grupo de hombres; y fue él quien la cogió. Sin embargo, en cuanto la tuvo, se alejó al galope.

Al segundo día, Juan de Hierro le dio una armadura blanca y un caballo del mismo color. Esta vez también se hizo con la manzana; una vez más, partió al galope sin detenerse ni un instante.

Esto hizo enfadar al Rey, que dijo: «No toleraré ese comportamiento; tendría que acercarse a mí y decir su nombre.

»Si vuelve a coger la manzana por tercera vez y se va —le dijo a sus hombres—, perseguídle. Es más: si se niega a volver, apresadle. Si hace falta, utilizad vuestras espadas.»

Al tercer día del festival, Juan de Hierro le dio al joven una armadura negra y un caballo del mismo color. Esa tarde, el joven volvió a coger la manzana. Pero esta vez, cuando huía con ella, los hombres del Rey le persiguieron, y uno de ellos se acercó lo bastante como para herirle en la pierna con la punta de su espada. El joven escapó; pero el caballo dio un salto tan poderoso que el yelmo del joven cayó al suelo y sus cabellos dorados quedaron al descubierto. Los hombres del Rey volvieron al castillo y le relataron todo lo ocurrido.

## (8)

A la mañana siguiente, la hija del Rey preguntó al jardinero por su ayudante. «Está trabajando en el jardín. Ese extraño joven estuvo en el festival, y no ha vuelto hasta ayer por la noche. Les mostró a mis hijos, de paso, tres manzanas de oro que había ganado.»

El Rey mandó llamar al joven, y éste apareció con el sombrero de vuelta en la cabeza. Sin embargo, la princesa se acercó a él y se lo quitó, y su pelo dorado cayó sobre sus hombros; su belleza era tan grande que todos se quedaron admirados.

Dijo el Rey: «¿Eres tú el caballero que apareció cada día en el festival con un caballo de distinto color, el que cogió las tres manzanas de oro?»

«Soy yo —dijo él—, y aquí están las manzanas. —Extrayéndolas de su bolsillo, se las entregó al Rey—. Si necesitáis más evidencias, podéis ver la herida que me infligieron vuestros hombres cuando me perseguían. También soy el caballero que ayudó a vencer al enemigo.»

«Si podéis llevar a cabo acciones de esa magnitud, obviamente no sois ayudante de jardinero. Quién es vuestro padre, si se puede saber.»

«Mi padre es un Rey poderoso, y tengo oro en abundancia, más del que jamás pueda necesitar.»

«Está claro —dijo el Rey—, que estoy en deuda con vos. Podéis pedirme lo que queráis. Si está en mi poder, os lo daré.»

«Bien —dijo el joven—, os pido vuestra hija como esposa.»

Entonces, la princesa se rió y dijo: «Me gusta cómo no se anda por las ramas; ya sabía, por su pelo de oro, que no era ningún ayudante de jardinero.» Se acercó a él y le besó.

A la boda asistieron los padres del joven; estaban muy contentos, porque ya habían perdido toda esperanza de volver a ver a su amado hijo.

Estando sentados todos a la mesa de los esponsales, de pronto cesó la música, las enormes puertas se abrieron de par en par y entró un espléndido monarca, seguido de un gran séquito.

Se acercó al joven novio y le abrazó. Dijo el invitado: «Soy Juan de Hierro, a quien con un encantamiento habían convertido en un Hombre Primitivo. Me has liberado del encantamiento. Todos los tesoros que poseo serán tuyos de ahora en adelante.»

# ÍNDICE

Prefacio .....	4
I.    La almohada y la llave .....	6
II.   Cuando un pelo se vuelve de oro.....	23
III.  El camino de cenizas, descenso y dolor .....	40
IV.  El hambre de rey en una etapa sin padre .....	61
V.   Encuentro en el jardín con la mujer-dios ..	80
VI.  Resucitar a los guerreros interiores .....	94
VII.  Cabalgando en los caballos rojo, blanco y negro ..	115
VIII. La herida infligida por los hombres del Rey ..	131
Epílogo. ....	150
El cuento de Juan de Hierro .....	157